

Cuerpo de Asalto Clon



Lainier Sind

Cuerpo de Asalto Clon por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](#).

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Esta narración comenzó a gestarse en 1991, cuando yo contaba con unos 12 años; como un simple divertimento consistente en escribir una historia de ciencia-ficción cuyos protagonistas estaban basados en personas reales que conocía, incluido yo mismo (disculpen mi egolatría). Durante los años siguientes la narración comenzó a aumentar de tamaño, esta vez en forma de rudimentarios tebeos (viñetas garabateadas en cualquier trozo de papel que caía en mis manos), incluyendo a cada una de las personas que iba conociendo y que me parecían interesantes para convertirlas en personaje. Finalmente, como trabajo para clase de Lengua en mi Instituto de Educación Secundaria, tuvimos que escribir una pequeña novela sosteniendo una tesis particular. No viene a cuento decir qué tesis defendí yo, pero aproveché para redactar otro capítulo más de mi narración, y como obtuve sobresaliente, empecé a plantearme redactar una novela coherente. Me ha costado mucho pero finalmente lo he hecho. Esta novela es solo la primera de una serie que pretendo escribir. Desde 1991 hasta el día de hoy he tenido tiempo para pensar muchas cosas, pero ya veremos si todas llegan a buen puerto. Por ahora espero que el lector disfrute de esta primera entrega. Llamarán la atención del lector los grandes fallos gramaticales en los diálogos, pero he tratado de que mis personajes se expresaran de forma realista. En ningún caso debe interpretarse esto como una defensa de la degradación del lenguaje. Además, hago uso de signos de exclamación y admiración repetidos, influenciado por el estilo narrativo de los cómics. Finalmente, he aquí la lista de los personajes basados en personas reales. A ellos va dedicada mi obra:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Tete, el Kapitán, Night Rider, Natch, Fresh, Däsh, Neiden, Nevuroy, Sama, Helio, Wolfgang Shecknacklet.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------|----|
| I - Atraco al banco..... | 5 |
| II - La Academia..... | 10 |
| III - Viaje a Marte..... | 15 |
| IV - En Corona..... | 37 |
| V - El duelo..... | 65 |
| VI - Conspiración..... | 73 |
| VII - Speed..... | 96 |

I

ATRACO AL BANCO

Los tres coches se detuvieron a pocos metros de la entrada al Banco de Inversión de Thuris. El banco fue creado después de la Masacre Internacional, una serie de guerras civiles que estallaron en la mayor parte del planeta de forma casi simultánea a finales del siglo XXI debido a la corrupción de la clase política, y que acabaron con el triunfo de los sublevados. Aunque una minoría pretendió cambiar todo el sistema, no tuvo éxito, y al final solo cambiaron los gobernantes. Pronto los revolucionarios fueron perseguidos, pues no aceptaban haber fracasado. La mayoría se exilió de La Tierra. Ahora corría el año 2153.

El Banco de Inversión de Thuris estaba situado en pleno centro de Valencia, la capital de Thuris, que formaba parte de la Federación Ibérica, obviamente situada en la Península Ibérica. Esta Federación era uno de los países más importantes de la Unión Europea, y también uno de los más importantes de La Tierra. Thuris se encontraba en la parte este, junto al mar Mediterráneo.

El planeta parecía funcionar ahora mejor; excepto el estado de Corona, que ocupaba la antigua México y Centroamérica. Durante la Masacre Internacional, varios dirigentes políticos y militares procedentes de diversas partes del mundo se aliaron para mantener un territorio propio, y lograron fundar el estado de Corona mediante la fuerza. Corona se regía por un régimen dictatorial y opresivo de corte fascista. Los vencedores de la Masacre Internacional habían pensado derrocar el régimen en numerosas ocasiones, pero se preguntaban cómo hacerlo sin provocar una matanza en la zona. Se habían intentado diversas operaciones contra diversos peces gordos, pero la mayoría había fracasado. Además se rumoreaba que el actual presidente, Alfonso Strauss, era bien capaz de ordenar a sus tropas exterminar a cuantos civiles pudieran antes de que el país fuese liberado por el enemigo.

La función del Banco de Inversión de Thuris era solo la de almacenar el capital de los alienígenas más ricos de la galaxia. El problema era que si los clientes ingresaban su dinero en bancos de otros planetas era obviamente porque querían sacarlos de los suyos. Thuris era un paraíso fiscal para ellos. También se rumoreaba que la mayoría de clientes, si no todos, debía su riqueza a asuntos turbios y de ahí que necesitara ingresar sus ganancias en planetas ajenos.

Realmente el banco era impresionante, un enorme edificio de veinte plantas; uno de los más protegidos de La Tierra. Por fuera estaba recubierto de cristal blindado reflectante, eficaz contra ataques de proyectiles o láseres. Estaba situado en una avenida enorme. Todo su sistema de seguridad y defensivo había sido diseñado por Cyborg Inc., una empresa cuyo principal cliente era la Federación Ibérica. Los clientes del banco solían enviar a representantes por temor al ataque de diversos grupos. Dichos ataques nunca se producían en el mismo banco, y por lo general ni siquiera en La Tierra; sino en el espacio: los llamados piratas espaciales abordaban las naves cargadas con el dinero del banco; pero lo que obtenían eran migajas comparado con todo lo que se almacenaba en él.

Muchos habían pensado en robar el fabuloso capital, pero el sistema de seguridad era demasiado sofisticado y la vigilancia era intensiva. Aparentemente, era totalmente imposible conseguir semejante cosa...

Pero los ocupantes de los coches, unos modelos voladores, como la mayoría de los coches de gama alta que había en el tercer milenio, estaban convencidos de su éxito. Iban a llevarse todo el dinero que pudieran. Los maleteros eran grandes, y podría caber mucho en ellos. Eran modelos deportivos y aerodinámicos, de color rojo mate. Ahora estaban posados sobre tierra sobre sus ruedas, ya que solo vehículos autorizados podían volar dentro de las zonas pobladas; pero eran capaces de esconder sus ruedas y alzarse en el aire en pocos segundos. Había un hombre en cada coche, vestido con una camiseta y pantalones anchos, botas sintéticas y portando un pasamontañas dotado de un cristal negro para ocultar los ojos. Salvo dicho cristal, el resto de la indumentaria era toda gris. En el cuello llevaban distorsionadores de voz, que tenían el aspecto de collarines de un centímetro escaso de grosor.

Uno de ellos comenzó a hablar con los otros dos por el intercomunicador de su vehículo, cuyo aspecto era similar al de un portero automático del siglo XX pero la mitad de pequeño; mientras tecleaba rápidamente y mantenía fija la mirada en el monitor de su ordenador, el más potente de los portátiles. Lo tenía colocado sobre una bandeja acoplada al salpicadero.

—Esto ya está —dijo—. He desconectado todos los sistemas de seguridad y he pinchado el sistema de vigilancia. ¿Veis el interior del banco en vuestros monitores?

—Sí —respondió uno.

—Yo también —dijo el tercero.

En los monitores de los coches aparecía el interior del banco. La planta baja estaba dividida en cinco secciones, que podían aislarse mediante compuertas. En cada sección había un vigilante. Inmediatamente después, el informático comenzó a teclear de nuevo. Se había hecho con el control total del edificio. Tras unos minutos consiguió cerrar las puertas de todos los niveles excepto los de la planta baja, desde donde podían recibir el dinero de los niveles superiores por un conducto especial, el cual era suficientemente ancho para que un hombre pasase por él; pero el otro extremo del conducto estaba dentro de la cámara acorazada, en el tercer piso, cuya compuerta también estaba sellada, de manera que nadie podría entrar e intentar bajar por el conducto para sorprender a los delincuentes. Así la mayoría de vigilantes no molestarían. Sus armas eran demasiado débiles contra las puertas. No podrían hacer nada. Ahora solo tenían que preocuparse de los guardias de la planta baja. El informático se fijó en la sección más cercana a la entrada. Había tres clientes en ella, dos hombres y una mujer vestidos de forma ostentosa.

—Tengo a los tipos esos —dijo el informático—. Son tres de los bastardos alienígenas que se dedican a robar a diestro y siniestro.

—¿Quiere decir eso que si le disparo a uno no pasará nada? —preguntó el segundo tipo en tono jocoso.

—Mejor que no. Contrólale —dijo el tercero—. Desactiva las cámaras —añadió, dirigiéndose al informático. Obviamente, el tercer tipo era el líder.

El informático pulsó una tecla de su ordenador.

—Desconectadas —dijo.

—Bien —dijo el líder, consultando el reloj de su coche. Marcaba las 18:27—. Avisadme cuando estéis listos.

Los tres hombres cogieron sus armas: cada uno llevaba una pistola láser Valt 62, pequeña pero efectiva a distancias cortas. Los láseres eran armas de gama alta, al alcance de policías, militares y delincuentes de importancia. Su aspecto no difería mucho del de un arma de fuego convencional, excepto en que al final del cañón tenían un espejo; aunque los láseres más potentes usaban una tecnología más avanzada que permitía prescindir de espejos, ya que de lo contrario se dañarían por el propio haz láser. Los láseres eran mejores que las armas de fuego convencionales. Tenían más precisión y alcance, carecían de retroceso, eran más silenciosas (solo emitían un pequeño zumbido al ser disparadas, aunque los láseres grandes resultaban más audibles) y más rápidas (un solo disparo se producía en una pequeñísima fracción de segundo. Algunas armas eran capaces de emitir un haz continuo durante varios segundos; pero no se solía hacer, por el riesgo de convertir el aire en plasma, y por eso normalmente se usaban ráfagas) y no se podían rastrear al no emplear balas, y poseían la misma efectividad ya que los láseres no perforaban la carne limpiamente, sino que al evaporarse los líquidos corporales rápidamente debido al calor, se producía una explosión, de forma que el resultado final era similar al de un balazo producido por un arma de gran calibre; aunque menos sangrante. Además, el informático llevaba un teléfono móvil de última generación para controlar a distancia su ordenador, y el tercer hombre tenía varias granadas de humo en la cintura.

—Estoy listo —dijo el informático.

—Yo también... ¡jajajaja! —dijo el otro, riéndose a carcajadas.

—Salid... ¡¡Ahora!! —exclamó el líder.

Los tres bajaron y se dirigieron a la entrada del banco caminando tranquilamente. La gente al verlos huyó despavorida. Dentro del banco los empleados de los pisos superiores trataban en vano de retomar el control de los sistemas. El vigilante de la sección cercana a la entrada del edificio ya sospechaba algo, porque uno de los clientes se estaba quejando de que el ascensor no bajaba. Desenfundó su arma, una pistola láser. Observó fijamente la puerta de entrada manteniéndose alerta. Era un joven de unos 20 años, alto y rubio, con excepción de las cejas negras; de rostro alargado. Se trataba de un cadete de la Academia de Policía de Valencia, que había sido temporalmente asignado como vigilante, en una especie de prácticas. Otra persona no hubiera hecho nada por la aparente avería de un ascensor, pero él sí. No en vano, John Clay alias Tete (un apodo hartamente extraño, pero era el que él había elegido), era un HMG, un Humano Mejorado Genéticamente; un producto de la sección biológica de Cyborg Inc. John no era el único. La sección biológica, a cuya cabeza estaba el profesor Heliodoro Martínez (“Helio” para los colegas, con un cociente intelectual de 185), el mismísimo presidente de Cyborg Inc. (empresa que fundó a los 18 años), había “fabricado” varios HMG más, muchos más; pero debido a las críticas del pueblo y la oposición, cesaron en su trabajo y el proyecto Genoma 2, que así se llamaba, se canceló. Esto, junto con el desgaste progresivo del gobierno, acabó costándole las elecciones a la Unión de Futuro de Thuris, el partido que gobernaba por aquel entonces y que autorizó los experimentos. Sin embargo, durante la segunda legislatura del partido sucesor, la Alianza de Thuris, se produjo una depresión económica, lo que provocó que en los siguientes comicios la UFT regresara al poder; aunque desistió en retomar los experimentos, cosa que dejó clara durante la campaña electoral por la cuenta que le traía. La UFT logró sacar a flote Thuris a pesar de no llevarse excesivamente bien con el gobierno central de la Federación Ibérica, lo que le permitió ser reelegida en las últimas elecciones, siendo por tanto actualmente el partido gobernante, con mayoría absoluta. El Conseller (nombre de los ministros de Thuris) de Interior era el mismo que ejerció tal cargo cuando se canceló el proyecto Genoma 2 y el principal impulsor de la creación del llamado Cuerpo de Asalto al comienzo de la legislatura actual, una fuerza policial especial formada por un pequeño grupo de hombres. La oposición argumentó que sin duda el viejo Conseller esperaba sacar provecho a las antiguas creaciones de su partido, y exigió al presidente del gobierno que no sacara adelante el plan, además de intentar investigar sus actividades. Sin embargo de momento la oposición no había logrado nada, pues nadie tenía oídos para sus quejas, estando tan reciente su fracaso económico y el éxito del gobierno. Además el Cuerpo de Asalto estaba oficialmente abierto a todo el mundo, aunque era evidente que solo los HMG ingresarían en tal cuerpo debido a su superioridad. En cualquier caso, el gobierno y especialmente el Conseller de Interior eran entusiastas del proyecto, y pretendían que el Cuerpo fuera operativo y obtuviera buenos resultados antes de acabar la legislatura para acallar para siempre las críticas.

Los HMG habían sido educados obviamente por la propia Cyborg Inc. por orden del Estado, ya que no tenían padres en el término clásico de la palabra. El ADN de los HMG estaba formado por “retales” de otros ADN. Era una selección de genes humanos. Oficialmente no se había creado genes artificiales ni modificado unos para crear otros nuevos o usado genes de otras razas o especies, pero los HMG superaban los límites físicos y mentales humanos; así que eso era bastante dudoso. El menos inteligente de ellos tenía un coeficiente intelectual similar al de un superdotado estándar humano, y el menos fuerte podía medirse cuerpo a cuerpo con el humano más poderoso.

Según la opinión pública estaba claro que el objetivo del proyecto Genoma 2 era crear sirvientes fieles al gobierno. Aunque el proyecto murió, para entonces ya habían sido creadas dos series de “clones” (término inexacto que se usaba popularmente para definir a los HMG), o dos generaciones; cada una formada por quinientos clones, haciendo un total de mil. Unos cuatro años separaban a los miembros de ambas generaciones. Los clones de la Serie 1, los más viejos, rondaban actualmente los 24 años y fueron creados al comienzo de la primera legislatura de la UFT. Los de la Serie 2 rondaban por tanto los 20 años y habían sido creados al principio de la segunda legislatura. Según Cyborg Inc., los

clones de la Serie 2 eran mejores que los de la Serie 1. Este tipo de declaraciones fueron las que comenzaron a desatar las críticas, tachando los experimentos de nazis. La UFT aun lograría gobernar durante una tercera legislatura, si bien en minoría, lo cual fue muy perjudicial para el país.

Había clones de todas las etnias, pero se sospechaba que en realidad muchos eran un conglomerado de varias; aunque por su aspecto no lo parecieran. Además, el equipo creador los había bautizado con nombres de procedencias muy diversas. La Serie 2 en concreto había sido bautizada personalmente por Helio, su principal diseñador, responsable de las mejoras con respecto a la Serie 1, cuya creación solo supervisó ya que por entonces solo contaba con 20 años, y a pesar de ser superdotado decidió dejar el proyecto en manos más expertas.

John pertenecía a la Serie 2. Vestía con una variante del uniforme clásico de policía: camisa y pantalones negros, con hombreras, guantes y botas de cuero blanco. No llevaba gorra. Una placa dorada relucía en su pecho cerca del corazón, como era habitual en todos los agentes de Thuris.

En la Academia se estaba preparando para entrar en el Cuerpo de Asalto. En la clase tenía fama de lameculos del poder, pero él se consideraba un buen agente; y sus amigos también lo tenían en buena consideración. Si ahora sucedía algo realmente malo en el banco, como efectivamente estaba a punto de suceder, esta era la ocasión para lucirse y demostrar que él era el mejor.

Fue un pensamiento fugaz: de repente las compuertas que separaban los sectores comenzaron a cerrarse rápidamente. Tete se giró sorprendido. De repente la puerta de entrada, hecha de cristal reforzado, se abrió. Después de esta había otra. En teoría la segunda puerta no podía abrirse hasta que se cerrase la primera. Pero ambas se abrieron a la vez y con una rapidez inaudita. Tete se dio cuenta y se giró mientras el vigilante más cercano trataba de llegar a la sección del clon antes de que las compuertas se cerraran, sin éxito. El portador de las granadas, por su parte, se había deslizado rápidamente rodando por el suelo, aprovechando la distracción. Gracias a esto fue más rápido que Tete, destrozando la pistola del vigilante antes de que este lograra disparar. Un tiro realmente difícil, ejecutado con exquisita precisión. El atracador se alzó y apuntó a John, quien levantó las manos sin necesidad de ninguna orden. El tirador era muy alto, de un metro noventa aproximadamente. John le observó detenidamente en busca de cualquier otro rasgo característico, pero tal y como iba vestido era imposible. Los otros dos atracadores entraron. El informático pulsó un botón en la pantalla de su móvil y las puertas de entrada se cerraron.

—¡Todo el mundo quieto! ¡Esto es un atraco! —dijo el líder. El informático se puso a vigilar la entrada—. Nadie va a venir a ayudarlos, pero no intenten nada, que será inútil. Como ven, no somos ningunos chapuzas. Quédense quietecitos y así no nos obligarán a disparar.

El líder se acercó a uno de los cajeros, situado detrás de un mostrador a la izquierda; un hombre delgado de pelo gris de unos cuarenta años.

—Ábreme la puerta —ordenó el líder—. Después abre el conducto del dinero y apártate a la izquierda y no te muevas. ¿Has comprendido?

—Oigan... aunque logren escapar con el dinero... nunca lograrán abrir las cajas —dijo el cajero con voz entrecortada—. Están informatizadas y cada semana se cambia la clave de apertura...

—...Que solo conocen los directivos del banco, que por supuesto no se encuentran aquí —le interrumpió el líder—. Y además no se pueden abrir con láser. La caja tiene sensores y al detectar calor incinera los billetes. Eso lo sabe todo el puto planeta. Pero simplemente ábreme la puerta del mostrador y después, coges el asa de la puerta del conducto y estiras hacia fuera. Verás que sorpresa.

El informático manipuló su móvil. El cajero dejó pasar al líder. Después estiró de la puerta del conducto y efectivamente, para su sorpresa, esta se abrió. Después se hizo a un lado. En los pisos superiores estaban pulsando los botones de alarma, pero con los ordenadores inutilizados era obvio que nada iba a funcionar. En el tercer milenio todo estaba informatizado, y el sistema del banco ahora estaba neutralizado. El atracador informático lo controlaba con su portátil. Pasó al recinto y se dirigió al conducto mientras continuaba dando órdenes a través de su móvil sin cesar. Al instante el dinero empezó a bajar. Estaba guardado en cajas blindadas de un metro cúbico; cada una de ellas contenía cien millones de euros. El líder cogió una con el brazo izquierdo con sorprendente fuerza y se dirigió a la salida. El informático se acercó al conducto a coger otra.

En ese momento Tete se dio cuenta de que el atracador alto le estaba apuntando a una pierna. No parecía querer matar a nadie. Tete decidió aprovecharse de ello y rápidamente sacó un miniláser, una minúscula pistola, de su manga derecha; pero el tirador se dio cuenta. El atracador retorció el brazo derecho de Tete usando su mano izquierda, y con la otra golpeó el brazo izquierdo del clon con la culata de la pistola. Después le aplicó una llave, haciendo que el vigilante le diera la espalda, y lo golpeó en la nuca. Tete cayó al suelo.

—¿Ves? —preguntó el líder retóricamente a Tete—. Ya te dije que era inútil que intentaras nada. La próxima vez podrías recibir un tiro. ¿Qué te parece?

El líder y el informático salieron del banco y dejaron las cajas en los maleteros respectivos de sus coches. El informático se subió a su vehículo mientras el líder regresaba al interior del banco. Cargó con otra caja más, introduciéndola en el maletero del tirador, y de nuevo retornó al recinto.

—Ya podemos irnos —dijo el líder, mientras cogía una granada con la mano izquierda y se la pasaba al tipo alto. Salió al exterior y se introdujo en el coche, mientras el tirador activaba la granada.

—¡Un regalo! —exclamó, y lanzó el artefacto, que comenzó a echar humo—. ¡¡Bafan culo!! —añadió, y se fue al coche.

Los tres atracadores arrancaron y se dieron a la fuga rápidamente. La gente del banco salió al exterior entre el humo.

Eran las siete de la tarde y ya había oscurecido. Los delincuentes llegaron a un desguace en las afueras. Nadie había allí excepto ellos. Sacaron las cajas de los coches y después los redujeron a pedazos con las trituradoras, para más tarde lanzar los restos a una inmensa cuba de ácido.

—Sigo diciendo que los podíamos haber vendido —dijo el tipo alto.

—Ya es tarde para eso —dijo el líder.

—Por sacar algo más. Después de todo, fue un riesgo robarles esos coches a los clientes del banco.

—De algún lugar teníamos que sacar los coches. ¿Y qué mejor que usar los de los ricachones para robarles su propio dinero?

—Ya, pero esos coches valían lo suyo.

—Nada comparado con lo que tenemos aquí —afirmó el líder, palpando una de las cajas—. No seas avaricioso.

—No es eso. Solo soy práctico.

—Na. Nos podrían haber pillao intentando venderlos. A tomar por culo. Ya hemos hablado de esto anteriormente, y como he dicho, ya no tiene remedio. Deja de quejarte. Y prosigamos, coño.

Zanjada la discusión, trituraron y arrojaron al ácido también las armas y los distorsionadores de voz. El informático abrió una cabina del desguace con una simple llave y sacó del interior varias vestimentas informales. Las repartió. Tras cambiarse de ropa se libraron de las viejas en la cuba. El informático incluso arrojó su móvil.

Se dirigieron, cada uno cargando con una de las cajas, hacia tres coches de repuesto que les esperaban para irse ya a casita, en un lugar al fondo del desguace; estos ya modelos más pequeños y austeros, incapaces de volar. Colocaron los recipientes sobre los maleteros de los coches.

—Bueno, ábrela, machote —dijo el líder.

El informático pulsó unas cuantas teclas del control electrónico de la caja y esta se abrió. Los billetes aparecieron allí dentro.

—¿Qué clave es? —preguntó el líder.

—AA5748 —respondió el informático.

Los otros dos atracadores abrieron sus respectivas cajas, sin sorpresas. Cien millones de euros para cada uno de los tres. Los guardaron en bolsas de cuero en el maletero de los nuevos coches. Después arrojaron las cajas a la cuba de ácido.

Pasados un par de minutos, el informático pulsó un botón en un panel de control cercano. La cuba se vació. Volvió a pulsar botones y una palanca de control. Una grúa de la que colgaba un imán sacó los escasos restos de todo lo arrojado, que fueron introducidos de nuevo en la trituradora. Esta prensó el contenido, formando un bloque compacto donde no se podía distinguir la procedencia de cada pieza.

—Ya está —dijo el informático.

—Nos vamos —dijo el líder.

—Bueno... ¡Bafan pues! —exclamó el tirador, mientras se introducía en su nuevo coche. Los otros hicieron lo mismo. Salieron del lugar y cada uno se fue a su casa.

La policía recobró el control informático del banco, aunque los datos de los discos duros quedaron completamente destruidos. La única denuncia que se presentó fue la de Tete, por agresión. Eso daba a entender que era cierto que el dinero del banco tenía una oscura procedencia, y que tanto la directiva como los clientes preferían dejar correr el asunto. El gobierno central encargó una investigación. Descubrieron que una noche antes se habían robado los coches empleados en el atraco. En cuanto a las armas, que los testigos habían descrito a la policía, menos datos aún. Eran láseres y granadas de uso corriente entre los delincuentes. Cualquiera podía comprar una en el mercado negro, y no tan negro. Lo más extraño de todo era cómo los delincuentes podían haberse hecho con el control del sistema informático del banco, uno de los más sofisticados del mundo. Había sido programado por el equipo de la Sección Bit de Cyborg Inc., con Peter Douglas, alias Berllerak, a la cabeza. Berllerak era un HMG de la Serie 2, bajito, moreno y delgado; pero atractivo, atlético y resistente. Según se rumoreaba, la mitad de su ADN correspondía principalmente a grandes lumbreras de todas partes del mundo. Su coeficiente intelectual era inmedible. Dominaba la informática, la electricidad, la electrónica y la medicina. Además, también pretendía acceder al Cuerpo de Asalto y era compañero de Tete en la Academia.

Aparentemente las únicas personas que podrían haber aniquilado las defensas del banco eran los de la Sección Bit. Así que comenzaron a investigar a todos los miembros, sospechando que uno de ellos había participado en el atraco. Pero nada se pudo probar. Además, si alguno de ellos era culpable, ¿por qué no se había fugado del planeta o al menos del país? Por otra parte, todos los sospechosos eran ya bastante ricos y no necesitaban más dinero. Al final se descubrió que el software instalado en los ordenadores tenía un bug, esto es, un error. Solo los mejores informáticos podrían aprovecharse de ese bug, pero realmente había buenos informáticos en la galaxia. Por supuesto, algunos pensaron que este bug era una excusa; que cuando se diseñó el software, hace apenas un año, este bug fue introducido a propósito por Berllerak para dar por culo en el futuro. Así que le investigaron. Aparentemente tenía coartada para la tarde del atraco, una coartada fiable, no del tipo “estuve en casa con unos amigos, pueden testificarlo”. Después de todo, el informático había realizado el golpe con compañeros. La coartada de Berllerak consistía en que aquella noche había asistido a un Congreso Intergaláctico de Cibernética en un satélite lejano. Demasiado para hacer nada por control remoto. A pesar de esto, la policía no se dio por satisfecha. El hábil hacker podría haber charlado con varias personas en la reunión para reforzar su coartada, y en un momento dado haber vuelto a la Tierra para realizar el golpe para más tarde retornar a la reunión como si nada hubiera pasado. Pero era realmente difícil controlar todas las naves que aterrizaban en la Tierra en

un momento dado y medir los tiempos. Otro argumento a favor de que Berllerak era culpable era que Tete declaró que los atracadores cargaban con las pesadas cajas repletas de dinero con suma facilidad, algo que solo podía hacer un clon o un cyborg. Por supuesto, esto seguía sin probar nada. Solo indicaba que los atracadores eran clones o cyborgs.

Así que la cosa se dio por perdida. Aún así a Berllerak se le apartó de cualquier proyecto informático, aunque medio año después se le pasó a la sección de cibermedicina; una ciencia que aún se le daba mejor que la informática.

Pasó un año y prescribió el delito de agresión contra Tete, zanjándose así todo el asunto. En una casa de algún lugar de Valencia, tres personas celebraban su triunfo final por todo lo alto...

II LA ACADEMIA

La Academia de Policía de Valencia era un complejo situado al nordeste de la ciudad. El edificio principal tenía quinientos metros cuadrados y tres plantas. Sus ventanas eran diminutas, y el exterior era de color marrón oscuro. La zona de entrenamiento físico lo rodeaba, y todo el complejo estaba delimitado por gruesas redes metálicas de tres metros de altura. Había mil alumnos. La mayoría acudía para mejorar su formación al cabo de varios años de servicio como policías. Otros eran aspirantes a entrar en el cuerpo. Los clones, al ser superdotados física e intelectualmente, realizaban todas sus actividades al margen de los humanos; pero algunos mantenían contacto con ellos.

El Cuerpo de Asalto era el destino más codiciado por los clones, pero solo unos pocos lograrían entrar en él. El objetivo del gobierno era que el Cuerpo constase de entre cinco y ocho hombres, según sus aptitudes. Para ingresar en él había que obtener una nota media mínima de 7 en las pruebas. La nota determinaba además el rango dentro del grupo. La mayoría de pruebas eran comunes para muchos cargos, y solo unas pocas eran específicas. Por tanto, si se fallaban las pruebas específicas, los aspirantes aún tenían oportunidad de obtener otro cargo.

La mayor parte del entrenamiento de los clones era secreto. Algunos alumnos humanos podían contemplarlos en ocasiones realizando ejercicios en el exterior, pero no los veían mucho dentro del edificio. Se sabía que tenían prohibido fumar y beber alcohol, aunque no estuvieran en horas de clase o servicio. Se les sometía a controles periódicos para determinar la presencia de cualquier sustancia extraña en la sangre. Por lo que se rumoreaba, ni siquiera podían tomar un caramelo con vitamina C sin consultar antes con los médicos de la Academia. Según otras versiones, su duro entrenamiento requería tanta energía que no tenían ninguna restricción alimenticia, siempre que no rebasaran los límites fijados por las autoridades sanitarias pertinentes, y que comían tanto que cualquier persona normal habría desarrollado obesidad a los pocos meses.

Otros países, incluso de otros mundos, dotados de clones, estaban estudiando de cerca el desarrollo del proyecto, por si se decidían a crear sus propios Cuerpos de Asalto.

Era una mañana soleada de principios de verano. Los aspirantes al Cuerpo de Asalto ya habían realizado todos los exámenes excepto uno: Manejo de Armas Avanzadas. Se trataba de una asignatura teórica específica. Era la última prueba que les faltaba, y no había recuperaciones en caso de suspender. Los humanos ya no se iban a presentar, pues habían sido eliminados en sucesivas pruebas, no cumpliendo diversos requisitos mínimos. Así pues, solo quedaban clones.

A simple vista parecía una asignatura fácil. Puede que algunas armas tuvieran muchos botoncitos... pero el manejo cotidiano del ordenador y los videojuegos podía facilitar la cosa. Eso pensaban algunos ajenos al curso, pero en realidad el asunto era mucho más complicado. Una cosa es saber usar una de esas armas, que realmente eran muy sofisticadas, y otra usarla bien. Una granada se puede lanzar... pero también tiene que dar en el blanco. Hay armas que resultan efectivas en unas determinadas situaciones, pero en otras su uso puede resultar catastrófico.

Eran las diez menos cuarto. Los clones se agolpaban cerca de la puerta de entrada al edificio principal. Todos eran de la Serie 2. Eran extremadamente fuertes e inteligentes, pero no habían sido diseñados específicamente para ser atractivos. Había de todo, tanto guapos como feos como cualquier término medio, aunque mucha gente opinaba que ninguno tenía un aspecto “vulgar”. Hasta el más normal tenía unos rasgos que hacían difícil confundirlo con otra persona, lo cual era irónico, teniendo en cuenta que se los llamaba “clones.” De todos modos, dichos rasgos no eran “sobrehumanos”. Mucha gente normal tenía rostros inconfundibles, independientemente de su grado de belleza. Además, a pesar de su gran poder físico, muchos clones no tenían una masa muscular especialmente desarrollada, ya que esta era más eficiente que la de los humanos, y necesitaban menos cantidad para obtener la misma fuerza. Debido a todos estos factores, los clones pasaban inadvertidos entre la población.

—Por fin el gran momento —dijo Michael Smith Skanovich, alias Lainier Sind (pronunciado *Láinier Sind*), que estaba de pie junto a otros dos compañeros: Berllerak y Legs Forshadow, alias ElArtista; aunque no parecía tener ni idea de arte.

Lainier medía un metro ochenta y cuatro. Tenía el cabello ligeramente largo, cayéndole por delante de las orejas, y de color moreno. Siempre ocultaba sus ojos bajo unas gafas negras parecidas a las de los ciclistas, que además eran un ordenador que podía presentar imágenes. Solo sus amigos y superiores le habían visto sin gafas. Para todos los demás, sus ojos eran una incógnita. Tenía unos labios bien formados; pero su cara no resultaba atractiva. Era uno de los clones más delgados: su musculatura solo resaltaba si llevaba ropa ceñida... cosa que nunca hacía. Vestía completamente de negro, con camisa de seda, pantalón de algodón fino y botas de cuero, una combinación realmente extraña de las que tanto gustaba el clon; aunque no se alejaba mucho de los uniformes de ciertos cuerpos especiales. Junto con ElArtista, era el máximo exponente de la rebeldía en su clase. A pesar de este aparente nexo de unión, mantenían una extraña rivalidad, mantenida sobre todo por parte de ElArtista. La cuestión era simple: Lainier se rebelaba más por convicción; pero ElArtista lo hacía por joder. De esa manera, cuando no tenía a nadie más a mano a quien molestar, recurría a la persona más cercana, y esa solía ser Lainier, que por algún motivo inescrutable soportaba a su compañero apenas sin inmutarse.

En realidad, Lainier Sind no sentía mucho aprecio por las instituciones de Thuris. El porqué quería entonces ser policía, era un completo misterio. No le gustaba el hecho de que su potencial se debiera a experimentos genéticos, pues no se fiaba de los que recurrían a tales investigaciones. Así que a veces se preguntaba si la creación de clones fue un error, lo cual no significaba que despreciara su propia vida. Al contrario: Lainier era un vitalista, como todos los clones.

Todo esto podría parecer contradictorio, pero Lainier opinaba que los seres humanos, y por extensión los clones, eran contradictorios. Y Berllerak por su parte opinaba que Lainier leía demasiada filosofía.

Lainier tenía un gran potencial, obteniendo excelentes calificaciones en todos los apartados. Destacaba ante todo como líder y tirador: era capaz de idear las estrategias más absurdas con inesperado éxito, y nadie rivalizaba con él en puntería, al menos usando pistola. Su nota menos alta era en combate cuerpo a cuerpo, y ahí algunos compañeros le superaban claramente, pero esa asignatura tenía menos peso para la nota media.

Berllerak iba vestido con un equipo técnico de asalto: un peto azul oscuro acolchado a franjas verticales, sobre un traje de tela azul, con gruesos guantes, botas y cinturón, que al igual que el peto, eran acolchados y de color azul oscuro, y que llevaban numerosos compartimentos para guardar diversos utensilios de pequeño tamaño, como su móvil o medicinas. La placa de policía relucía sobre el uniforme. Se había peinado el cabello de punta.

Berllerak había hablado en ocasiones de falsificar sus notas gracias a sus conocimientos de informática, y aunque parecía decirlo en broma, sus amigos sospechaban que tenía la habilidad suficiente para hacerlo, de manera que Lainier amenazó a Berllerak con joderle si hacía trampas, ya que no podía permitir que alguien ocupara un puesto para el que no estaba capacitado. El caso es que Berllerak nunca falsificó sus notas. No le hacía falta. En lo que más destacaba, como era de esperar, era en informática, electricidad, electrónica y cibermedicina. Además era bueno con las armas pesadas y pilotando aeronaves.

ElArtista medía casi un metro noventa, pero era delgado, al igual que Lainier. Su pelo era negro y corto, e iba vestido con chaqueta marrón, camiseta azul claro, pantalones azul oscuro, y botas de cuero negro. Los que apenas lo conocían, decían que era un cachondo mental; aunque el término usado por sus amigos (sobre todo Lainier y Berllerak) era el de loco bastardo. Lainier decía que ElArtista era una amenaza latente. Aparte de eso, era el mejor luchador con armas blancas y el segundo mejor tirador con pistola. No pertenecía a ninguna Serie, pues no había sido creado en el Proyecto Genoma 2, sino en los laboratorios de Corona, que inició su propia producción de clones un par de meses después de que lo hiciera Thuris; lo cual resultaba bastante sospechoso. Se habló de espionaje industrial o de traición en Cyborg Inc., pero no se probó nada. En Corona eran menos sutiles y los clones se usaban prácticamente como esclavos; pero ElArtista había logrado escapar hace nueve años y se había refugiado en Valencia, donde pidió asilo. El gobierno de Thuris protegió su identidad, integrándolo con los clones de Cyborg Inc. y cambiando su nombre original, que era desconocido incluso para sus compañeros, con los que de hecho nunca comentaba los detalles de su pasado. También tuvo que modificar su acento al castellano de la Federación Ibérica, y ahora lo pronunciaba perfectamente, habiéndolo asimilado como propio, gracias a su condición de clon. Su aspecto tampoco supuso un problema, pues a pesar de haber sido clonado en Corona, su etnia aparente era la caucásica. Finalmente decidió ingresar en la Academia de Policía, a pesar de las críticas de algunos detractores, que lo consideraban un espía. Tras ayudar a combatir al grupo paramilitar coronés conocido como Los Defensores de la Corona Universal, formado por clones, y que fue desmantelado gracias a la información proporcionada por ElArtista, todas las dudas sobre su lealtad quedaron despejadas.

Tete llegó al campus. En su rostro se dibujaba una sensación de malestar. Iba vestido con el uniforme oficial, el mismo que llevaba el día del atraco; aunque más nuevo, por supuesto.

Tete era casi tan alto como ElArtista, pero no era tan desagradable. Por otra parte, parecía menos propenso a la juerga.

La campana que señalaba la entrada a clase sonó. Solo lo hacía para los exámenes, unos cinco minutos antes de su comienzo.

—¿Te pasa algo, Tete? —preguntó Lainier—. ¿Es... por el examen? No me digas que no vienes preparado...

—No es eso —dijo Tete, molesto—. Cuando llegaba hasta aquí, han pasado un par de cadetes humanos y me han llamado “engendro”.

—Los habrás matado, ¿no? —preguntó ElArtista, haciendo gala de su extraño sentido del humor.

—Pues no, no los he matado —replicó Tete, con cara de pocos amigos.

—Nenaza.

—No les hagas caso —dijo Lainier, interviniendo antes de que la discusión fuera a más—. Son una minoría.

—No me enfado porque me hayan insultado, sino porque semejante chusma tenga posibilidades de convertirse en agente —explicó Tete—. ¿No se supone que aquí hacen exámenes psicológicos?

—Sí, pero son una mierda —dijo ElArtista—. Yo sigo aquí.

—Bueno, nos vemos dentro —dijo Tete, y se alejó en dirección al edificio.

Lainier consideraba a Tete un gran policía, pero quizás demasiado disciplinado para su gusto. Se preguntaba si aquel clon sería capaz de rechistarle alguna vez a sus jefes, o poner en duda la eficacia o valor ético de una determinada acción.

—¿¡¡Pero qué cojones hacéis aquí fuera, joder!!! —exclamó con furia Thomas VanderHall, el profesor de los HMG, el cual era comisario en Valencia y también un clon mejorado, de la Serie 1. No era habitual que un comisario empleara parte de su tiempo en esto, pero faltaban instructores capacitados para enseñar a los HMG. Era alto, robusto, atractivo, de pelo rubio y ojos verdes; pero el carisma no era su fuerte. Vestía con un uniforme verde con dos cintas cruzadas sobre el pecho de color verde oscuro, de cinco centímetros de ancho cada una. Llevaba botas del mismo color, que le llegaban hasta las rodillas e iban atadas por varias cuerdas cruzadas de color blanco. Su placa relucía en el pecho, y una pistola láser de gran potencia colgaba de una cartuchera en su cadera derecha. Tenía muy mala leche—. ¡¡Entrad ahora mismo, que comienza el examen!! ¡¡Y dadme gracias porque os he llamado!! ¡¡Debería haberos dejado aquí fuera!!

—Ya vamos, pesao —dijo Lainier, que no respetaba en absoluto a Thomas. Como muestra de su desdén hacia el comisario, solía dirigirse a él tanto en tercera persona como tuteándole, según le viniera en gana.

—¡No me jodas, Lainier, y tira p'adentro!

Los dos se decían de todo. Thomas admiraba la disciplina. Lainier la detestaba. Sin embargo, el profesor no le había abierto expediente por la falta de respeto. Después de todo, Lainier era muy bueno en lo suyo, y pretendía mantenerlo. Además, no abundaban los de su clase.

Los tres compañeros entraron al aula y se sentaron donde pudieron. Había asientos para cien personas, pero los asistentes eran muchos menos. Las sillas y las mesas eran de madera.

Lainier estaba en primera fila, a la derecha de Natch, un alumno que hubiera deseado sentarse en la última fila; pero que había llegado tarde.

Natch era atractivo aunque algo chulo. Era moreno, con el pelo corto y rizado. Vestía con un uniforme azul con broches cruzados sobre el pecho, y hombreras similares a las de Tete, también en color blanco. Las botas eran de cuero negro. Tenía un látigo de seis filamentos. Cada uno de ellos medía casi un metro y acababa en una púa afilada. Detrás de Lainier y a su derecha se sentaba Tete.

Detrás de Lainier estaba Nickolai Stevic, alias Night Rider, un clon de pelo negro y ojos azules, con rasgos ligeramente eslavos. Iba vestido con una ropa similar a la de Tete, peto de color azul oscuro, y con los botones de la camisa rectangulares y de color blanco. Era el distintivo de la policía motorizada. Era el mejor conduciendo pequeños vehículos tales como motocicletas o coches. Estaba sudando por los nervios: tenía que aprobar ese examen como fuera.

Detrás de Natch se sentaba Takabe Lee, alias el Kapitán. No usaba ese nombre ortográficamente incorrecto por motivos ideológicos, sino para que no se confundiera con el rango real de capitán, el cual no poseía. De momento, sus superiores le habían dejado utilizar tal apodo. Los humanos se solían quejar de que a los clones se les permitían excentricidades y comportamientos que no le serían tolerados a la gente normal.

El Kapitán era un clon atractivo, con el pelo moreno corto y de punta, y ojos ligeramente rasgados. Solo Berllerak era más bajito que él, pero tenía más musculatura que otros clones. De hecho, era el más fuerte, y el mejor en combate cuerpo a cuerpo desarmado. Siempre obtenía las mejores calificaciones en las pruebas físicas. Vestía con un extraño uniforme bicolor con partes blancas y negras que se alternaban simétricamente, incluyendo una gabardina bajo la que solía esconder las armas, y unas botas, atadas cada una por tres correas.

—La gabardina, Kapitán —dijo Thomas, por si acaso el cadete guardaba chuletas en ella.

El aludido se la quitó y la colgó de un perchero. El Kapitán también necesitaba aprobar el examen, pero no sentía la menor presión. Él era un tipo extremadamente calmado. Y también un cachondo mental, y un ligón empedernido. Su carácter y carisma le hacían adecuado para el espionaje, y para conseguir mujeres para las juergas nocturnas, o incluso diurnas. Solo Berllerak se le acercaba en éxito con el sexo opuesto, y de hecho solían organizar competiciones de seducción.

—Y tú, Lainier —prosiguió el comisario—, quita las baterías de tus gafas.

—Claro —dijo Lainier, sacando una diminuta pila de la patilla izquierda de sus gafas, guardándola a continuación en su bolsillo.

Detrás de Tete estaba Berllerak, convencido de su aprobado. Para sentirse más cómodo, se quitó el grueso peto, y lo dejó colgando de su asiento.

Detrás de Night Rider se sentaba ElArtista, al cual le importaba un carajo el resultado del examen. Había escapado de Corona. Ahora era libre y ya todo le daba igual.

Detrás del Kapitán estaba Joseph Kresp, alias Fresh, otro clon fuerte, de tez ligeramente morena, de pelo oscuro, peinado hacia atrás. Vestía con camiseta negra sin mangas, pantalón de chándal azul, y zapatillas deportivas blancas.

Detrás de Fresh, se sentaba Bruns, un clon muy feo, de un metro ochenta de estatura, cabello rubio, rostro rectangular, perilla, y un aire de crueldad. Iba vestido con un conjunto de chándal negro. Era el clon más despreciado. Era irascible, desagradable y prepotente. Afortunadamente, sus notas eran bastante malas, así que nunca accedería a ningún cargo importante.

—El examen comienza ahora. Si les pillo copiando, obtendrán no solo un cero como una casa, sino también una bonita nota en su expediente. ¿Está claro? —preguntó el comisario. Algunos asintieron con la cabeza; otros ni se molestaron en mirar al profesor a la cara—. El examen durará dos horas, ni un minuto más, así que acabará a las 12:00. Y ya serán libres, para bien o para mal... —dijo Thomas, mientras repartía los exámenes bocabajo. Volvió a su mesa, se sentó y cogió su tableta informática.

—Comiencen —dijo mientras alzaba el dispositivo hasta a la altura de sus ojos para leer los periódicos.

En realidad era un truco. Solía hacer eso para que los incautos intentaran hacer trampas. Echaba miraditas de vez en cuando. Nadie se fiaba... aunque siempre había alguno dispuesto a arriesgarse, y uno de ellos era Natch. En cuanto le dio la vuelta al examen y leyó las preguntas, comenzó a sudar.

“No sé nada...”, pensaba. Comenzó a mirar al profesor, que continuaba ojeando noticias. Después miró de reojo a Lainier... Ya que iba a suspender, no tenía mucho que perder... así que pensó en arrimar la vista un poco más...

Mientras, Lainier, Tete, Berllerak y el Kapitán resolvían el examen con relativa facilidad.

Night Rider sudaba más que Natch, pero iba mejor preparado que él.

ElArtista no era muy experto en armas avanzadas. De todas formas, la falta de presión jugaba un papel a su favor.

Fresh apenas sabía contestar a la mitad de las preguntas... y Bruns tendría suerte si conseguía responder a alguna.

Natch decidió copiar de una vez por todas. Echó un rápido vistazo a Thomas. El comisario parecía inmerso en la

lectura de algún fascinante artículo (o quizás de un anuncio de contactos). Natch giró el cuello descaradamente en dirección a Lainier, pero no pudo ver nada.

—Pssst, Lai... —susurró Natch—, necesito ayuda.

Lainier lo oía, pero decidió no hacerle caso. Nunca socorría a nadie en los exámenes por temor a ser pillado. Y, como en el caso de Berllerak, no pensaba ayudar a alguien a alcanzar un puesto para el que no estaba capacitado.

—Lainier, joder... —susurró Natch, indignado; pero Lainier continuaba ignorándole. Natch no aguantó más y alargó el cuello lo más que pudo.

—¿Qué haces, Natch? —dijo Thomas mientras ponía su mano izquierda sobre el hombro derecho del cadete.

—Ah... —Natch no sabía qué decir. Los clones observaron la escena, perplejos.

—Puedes salir —dijo el comisario, retirando el examen de su alumno.

Natch abandonó la clase cabizbajo, mirando de reojo a Lainier.

—Continuad con el examen —ordenó el comisario, volviendo a su mesa.

Pasadas dos horas, se recogieron los exámenes.

—Las notas estarán listas dentro de dos horas —informó Thomas. No hacía falta más tiempo, ya que solo había nueve alumnos.

Cuando salieron al pasillo, Natch se dirigió a Lainier, visiblemente enfadado.

—Te espero a la salida. No lo olvides o tendré que ir a por ti —dijo.

—Oh, ah, oh, tiemblo despavorido —dijo Lainier sin inmutarse.

Natch se fue al dojo de la Academia junto con Fresh y Bruns. Lainier, Berllerak y ElArtista se fueron al aula informática. Los demás se fueron a la biblioteca.

Cada uno de los tres compañeros se sentó ante uno de los cien ordenadores que había en la sala y comenzó a chatear en el canal #Policía_Valencia, al que solo se podía acceder con una contraseña. Era un canal informal, pero aún así era mejor que estuviese protegido.

—¿Cuál es la contraseña de este mes? —preguntó Lainier a Berllerak, que era el creador del canal.

—Berllerakisafuckinsemental —contestó Berllerak, que estaba a la derecha de Lainier.

—Maldito cachondo...

En el canal estaba Vincent Delacroix, alias Nevuroy, un humano informático, que trabajaba para Cyborg Inc. en la Sección Bit. Era bajito y no muy fuerte, pero muy astuto e inteligente. Gracias a su amistad con Berllerak, de cuando el clon trabajaba con él, había conseguido que el policía le entregara la contraseña y le registrara en el canal. Nevuroy también tenía amistad con Lainier y ElArtista, pero de este último tenía la misma opinión que tenían Lainier y Berllerak.

<<¿Salís del examen?>> —preguntó.

<<Sí. Estaba tirao>> —afirmó Lainier.

<<¿Pero qué dices? ¡Estaba chungo de cojones!>> —exclamó ElArtista.

<<No sé, tíos... yo lo he visto fácil>> —añadió Berllerak.

<<Por supuesto. Lo tuyo son las ciencias>> —tecleó Lainier.

<<Pues sí. Cada uno a lo suyo>> —tecleó Berllerak.

<<Por cierto —añadió Lainier—, hoy a las 14:00 me doy de hostias con Natch en el campus. Bueno, supongo que solo daré hostias yo, porque él es un incompetente... XD Así que estad todos allí.>>

<<De acuerdo. Haremos apuestas, pero no creo que nadie apueste por Natch...>> —tecleó Nevuroy.

Aunque Lainier no destacaba por su gran dominio de la lucha sin armas, a Natch se le daba peor, pues estaba demasiado acostumbrado a emplear utensilios como el látigo.

Pasaron las dos horas y todos los alumnos se reunieron en el aula del examen.

—Voy a leer las notas empezando por el alumno de nota final más baja y terminando por la más alta —dijo Thomas—. Primero digo la nota del examen, y luego la nota final de vuestros estudios, que es la que importa, al fin y al cabo. Recordad que se necesita obtener una nota final de 7 para pertenecer al Cuerpo de Asalto. Los que suspendan, mala suerte. No hay recuperaciones que valgan. Allá voy... a ver... Bruns, 0 y 5'25. Fresh, 3 y 5'5. Natch, 0 y 6'3. Night Rider, 5'75 y 7'25. El Capitán, 6'75 y 7'5. Tete, 8 y 8'2. ElArtista, 8'25 y 8'75. Berllerak, 10 y 9. Lainier, 9 y 9'25. Bueno, eso es todo. ¡Y ahora, fuera de mi vista!

—Quiero una revisión de mi examen —exigió ElArtista.

—¡Mañana a las nueve! —dijo Thomas con desgana. Estaba claro que ElArtista solo lo decía para molestar: sabía que el examen estaba bien corregido.

Los clones salieron, unos con cara más alegre que otros.

En el dojo, los cadetes se agolpaban dispuestos a presenciar el combate entre Lainier y Natch. El aspecto del dojo no difería mucho al de uno japonés. Aunque en otros lugares aquello podía considerarse una reyerta, en aquella Academia tal actividad podía camuflarse de un simple entrenamiento de combate, ya que los cadetes solían luchar entre ellos para mejorar sus técnicas marciales. Envolviendo el asunto con un ligero toque de solemnidad nadie impediría que se pelearan, a menos que la cosa se tornara peligrosa.

Lainier se acercó a Berllerak, situado en primera fila.

—¿Cómo van las apuestas? —preguntó Lainier.

—No hay apuestas —respondió Berllerak—. Nadie quería apostar por Natch, así que a la mierda.

—Diles que Natch usará el látigo y yo estaré desarmado.

—¿!Pero qué dices!? ¡¡Estás loco!!

—¡Hazlo, coño!

Berllerak informó a los demás. Pronto muchos comenzaron a apostar por Natch, pero los amigos de Lainier no se contaban entre esos.

Los dos rivales se colocaron uno frente al otro, a unos tres metros de distancia.

—Usa el látigo —dijo Lainier.

—No lo necesito, cabrón —respondió Natch, malhumorado.

—Claro que lo necesitas. Además, nadie te podrá llamar cobarde... Todos saben que la petición de que uses látigo es cosa mía. Si no, no apuestan...

—Te arrepentirás. ¡Bruns, pásame el látigo!

Bruns, que estaba sosteniendo el arma, se la lanzó a Natch, quien la atrapó al vuelo. Lo blandió con la mano derecha, pero eso era irrelevante en realidad, ya que todos los clones de la Serie 2 eran ambidextros. ElArtista también lo era. Serlo era un requisito imprescindible para poder entrar en el Cuerpo de Asalto.

—Revienta a ese mamón —dijo Bruns.

—El combate comienza... ¡ya! —dijo Berllerak. Acto seguido Natch arremetió contra Lainier con un puñetazo, pero este esquivó agachándose y contraatacó con su puño derecho, que impactó en el pómulo izquierdo de Natch. La cara comenzó a sangrar.

—Has querido saber si eras capaz de vencerme sin tu látigo, pero ya ves que no —dijo Lainier, mientras su oponente se limpiaba la sangre con la manga derecha—. ¿A qué esperas para usarlo?

Natch sujetó con fuerza el arma y golpeó con furia el cuerpo de Lainier. Realmente era bueno con el látigo. El torso de Lainier era una sangría, pero finalmente consiguió agarrar el brazo derecho de su adversario. Se lo retorció y el látigo cayó al suelo; después le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula. Natch se dio por vencido y salió corriendo en compañía de Fresh y Bruns.

—¡¡Me las pagarás!! —exclamó mientras huía.

—Que cabrón... —murmuraba Lainier mientras los demás observaban sus heridas.

III VIAJE A MARTE

Pasó casi un mes y se constituyó el Cuerpo de Asalto Clon, nombre con el que era conocido entre la policía ya que finalmente estaba formado íntegramente por HMG. El líder del grupo era Lainier. Thomas VanderHall estaba por encima de él, como interlocutor entre el gobierno y el grupo, dando al Cuerpo las misiones. A su vez, VanderHall respondía directamente ante el Conseller de Interior.

Thomas y el Cuerpo de Asalto se reunieron una mañana en el despacho de VanderHall de la Comisaría Norte, un edificio enorme y metalizado con forma rectangular, dotado de cinco plantas. El comisario estaba sentado en una silla anatómica provista de ruedas tras una mesa de madera, y sus hombres estaban sentados a su vez frente a él, excepto Lainier, que permanecía en pie, al lado de la mesa de Thomas, echando una ojeada al lugar. Era un despacho absolutamente vulgar: tenía un ordenador, un archivador, y discos de almacenamiento amontonados sobre la mesa.

Berllerak, el Kapitán, Tete y Night Rider iban vestidos de igual forma que el día del examen. ElArtista había sustituido la camisa azul por una camisa negra similar a la de Tete, la oficial del cuerpo. Lainier estaba algo distinto. Del día del examen eran los pantalones, las botas y las gafas; pero ahora vestía con una camisa oficial de color gris oscuro. El pelo sobre su frente estaba ligeramente peinado hacia arriba. En la cartuchera de su cintura reposaba una Magnum 44-L, el revólver (láser, por supuesto) más potente del mundo. Los láseres funcionaban con baterías. Las armas pequeñas no tenían un sistema de refrigeración eficiente, si es que tenían alguno, y se calentaban rápidamente. Los revólveres eran los menos propensos a ello, porque el tambor albergaba seis baterías, que al ir girando, y por tanto cambiando en cada disparo, aumentaban más despacio su temperatura. Sin embargo, disponían de menos disparos. Por supuesto, no tenían martillo. En su lugar, había una ruedecilla que regulaba la intensidad del arma. Podía simplemente iluminar un punto, lo que servía para apuntar, o podía matar a un hombre. Todos los clones llevaban puestas sus nuevas placas, que los acreditaban como miembros del Cuerpo de Asalto Clon.

—¿Quieres hacer algún discursito de inauguración, Lainier? —preguntó Thomas con total desinterés, dejando reposar su cabeza sobre su mano derecha.

—Yo no me presto a semejantes gilipolleces —contestó Lainier secamente—. Pero lo que hay que hacer es montar una fiestorra para celebrarlo.

—Pero si ya montamos una cuando las notas... —dijo Berllerak.

—Bueno... ¡pues otra, joder! —dijo Lainier sonriendo.

—¡¡Dios mío, sí!! —exclamó ElArtista, excitado—. ¡¡Una fiesta por todo lo alto, con mujeres y alcohol!!

—No, si por mí encantado... —dijo Berllerak sonriendo también.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Tete levantándose de su asiento—. ¿Solo pensáis en divertir os o qué? ¡Somos los máximos representantes de la ley y el orden! ¡Y vosotros habláis de emborracharos! ¡Inadmisible! —dijo Tete girando la cabeza hacia Thomas—. Debería hacer algo al respecto...

—Si la fiesta la montan fuera de servicio yo no puedo hacer nada... —dijo Thomas mientras Tete se sentaba—, excepto en lo del alcohol. Os recuerdo que no podéis beber.

—Ouch... es verdad —dijo ElArtista, jodido—. Bueno, de todas formas, era un decir...

—Sí, pero por si acaso, te lo recuerdo... —dijo Thomas—. Y también os voy a recordar las reglas básicas de trabajo: estáis de servicio las 24 horas aunque no tengáis asignada ninguna misión. Os presentaréis en comisaría a las ocho de la mañana de lunes a viernes, y a menos que os ordene lo contrario, estaréis hasta la una del mediodía entrenando en el gimnasio de la primera planta. Tenéis que conservar la forma. Os recuerdo que cada uno tiene un cubículo de trabajo en la planta baja, con un ordenador propio que no debéis usar para tonterías —VanderHall señaló con el dedo al Artista al pronunciar la última frase.

—Si se refiere al incidente de los correos ofensivos —comenzó a decir ElArtista—, fue cosa de un virus.

—¡Eso no es lo que dijo Berllerak!

—¿Y se va a fiar de un tipo que la cagó al programar el software del Banco de Inversión de Thuris? Si no tié ni puta idea...

—Serás cabronazo... —murmuró Berllerak.

—¡Bueno, ya basta! —gritó VanderHall—. ¡He dicho que nada de tonterías!

—Sí, señor —respondió ElArtista.

—Venga, a entrenar.

—¿Entrenar?

—¿Qué os acabo de decir? ¡Entrenamiento por las mañanas! ¡Venga, en marcha!

—¡Jooderr!

Tras acabar la jornada, los clones salieron de comisaría. Comenzaron a pasear calle abajo.

—Bueno —dijo ElArtista—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lainier—. No sé tú, pero yo me voy a casa.

—Bueno, pero juerga por la noche, ¿no?

—¿Juerga? —preguntó Lainier—. Me temo que yo necesito descansar.

—¡Tienes toda la tarde para descansar!

—Mañana hay que madrugar, chaval.

—Eh, tú —dijo ElArtista, dando un golpecito en el hombro de Berllerak—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Yo he quedado, tío —respondió Berllerak.

—¡Dios mío! ¿Con quién?
—Con una chica. Je, je...
—Sí, pero... ¿cuál?
—Pues una, tío.
—¡Pero dímelo! ¿La secretaria del oficial en jefe de la planta tres? ¿La camarera del burger de la última vez? ¿La tipa esa que renueva las máquinas de café de la comisaría?
—Mira, no te lo voy a decir. ¿Y sabes por qué no te lo voy a decir? Para que no te dediques a putearme como la última vez.
—¡Dios! ¡Pero si yo no hice nada! —rió ElArtista.
—¿Qué hizo? —preguntó Lainier.
—Cuando estaba con mi última pareja —explicó Berllerak—, el cabrón hizo unos fotomontajes de un servidor con varias mujeres, y las envió al correo de mi novia. Y claro, los fotomontajes realizados por un poli son buenos de la hostia. Pues eso.
—Sí, fue la bomba —rió ElArtista.
—¿No sería por casualidad por aquella época en que alguien te rayó el coche? —le preguntó Lainier.
—Es que el joputa tiene mu mal genio...
—¿Mu mal genio, cabrón...? —musitó Berllerak—. Tú vuelve a hacerme algo así y ya verás. El coche no te lo rayo porque ahora lo tienes en un garaje, pero tú tranquilito, que me conoces.
—Vale, vale... calma —dijo ElArtista, moviendo los ojos de un lado para otro—. ¡Bueno! ¿Alguien se viene de fiesta o qué? —añadió, cambiando de tema.
—No, tío —dijo el Kapitán sonriente—. Yo he quedado con un grupo de polis para irme a alguna discoteca.
—¡Pues ya está! ¡Allá vamos!
—Na, na, que vamos todos en mi coche, aprovechando que yo no puedo beber, y ya no cabe nadie más.
—¡Pero me puedo agarrar al techo! ¡Rollo equipaje!
—Joder, tú estás muy mal.
—¡Dios! ¿Entonces no voy?
—No tío, no te vas a enganchar al coche.
—Hay que ver qué gentuza... ¿Y vosotros qué? —dijo mirando a Tete y Night Rider.
—Estoy agotado —dijo Tete.
—Lo mismo digo —dijo Night Rider.
—Buf... ¡Bafan pues! —exclamó ElArtista, comenzando a alejarse del grupo.
—¿Bafan? ¿¿Bafan?? —exclamó sorprendido Tete.
—Ehh... bafan... bafan culo... —explicó ElArtista, dándose la vuelta y gesticulando con los brazos—. Ya sabes... que te den por culo en italiano... o algo así... en general.
—¡Serás cabrón! ¡El atracador del banco dijo lo mismo antes de escapar!
—¡Ops! —exclamó ElArtista en tono medio jocoso, quedándose como congelado, mientras desviaba la vista hacia Lainier a su derecha y Berllerak a su izquierda, que se quedaron mirándole con rostro serio.
—Membrillo —dijo Lainier.
—Capullo —dijo Berllerak.
—Ehhh... —comenzó a decir ElArtista—. Esto... tiene... una explicación lógica... que... ehhh... ouch... —dijo, entrecerrando los ojos como si sufriera dolores punzantes—, ehh... estoy a punto de exponer... ehhh... en breves instantes, sí, sí, ya casi lo tengo, tío...
—¡Pues explica, explica! —dijo Tete, gesticulando con la mano para darle prisa al Artista.
—¡Dios, ya lo tengo! —dijo de repente. Después señaló con el dedo a Tete—. Ehhh... Yo estudié el caso, y obviamente sabía que el atracador había dicho “bafan culo”, así que se me pegó la expresión. Ale, ya está. ¿Ves que fácil, machote? Además, es una expresión muy común... De todos modos, yo no he dicho “bafan culo”, sino “bafan pues.”
—Oh... esto es increíble —dijo Tete, girando sobre sí mismo indignado.
—¿Pero por qué? Ya sabes que las frases hechas se pegan. Bueno, nada, que solo tienes pruebas circunstanciales.
—¡No me vengas con esas! Además, ¿cuántas personas usan esa expresión como despedida?
—Eso no prueba nada, machote. Si quieres ir a VanderHall, tú mismo. A ver lo que te dice. Será mejor que te relajés. ¡Estás paranoico!
—Sí... claro. Eso me lo dice el tipo que siempre ha estado a punto de no superar los exámenes psicológicos de la Academia...
—Hey, que yo también he estado siempre al límite —señaló Night Rider en voz baja, acercándose por la espalda a Tete—. No me quitéis mérito. A cada cual lo suyo.
—Bueno, pues tú y este pirao de aquí —dijo Tete, señalando con el pulgar a Night Rider.
—Jiu, jiu... sí —rió Night Rider, pasándose las manos por los cabellos mientras contemplaba las nubes.
—Bueno, da igual —dijo ElArtista—. El caso es que dices muchas tonterías. ¿Algo más?
—Sí —respondió Tete—. El hecho de que Lainier y Berllerak te hayan recriminado por haber usado ese insulto me hace pensar que son los otros dos implicados —Tete desvió la vista hacia los aludidos.
—No le hemos recriminado —intervino Berllerak—. Le hemos insultado.
—Eso es —dijo Lainier.

—Sí, bueno. Pero con clara intención recriminadora —señaló Tete.

—Na, ellos me insultan de buen rollo —dijo ElArtista—. Por costumbre. Cualquiera momento es bueno para insultar. En general.

—Es que se presta al insulto —señaló Berllerak—. Pero nada de buen rollo. Yo lo hago con mal rollo, porque este hombre es mu chungo.

—Además, en cualquier caso —añadió Lainier—, no le habríamos recriminado que nos hubiera implicado a nosotros, sino que se haya implicado a sí mismo. Sacas conclusiones precipitadas. Solo nos quejamos de su estupidez.

—Tampoco es necesario que sigáis insultando —dijo ElArtista.

—No cuele —dijo Tete—. Fuisteis vosotros. ¿¿Cómo coño pudisteis hacerme eso??

—Tete, tus acusaciones son bastante graves —dijo Lainier—, y solo se basan en una estúpida expresión.

—Lo de la expresión solo es un añadido a mi teoría. He estado pensando en el atraco todo este tiempo. Para empezar, Berllerak y su equipo fueron investigados, de manera que siempre lo consideré sospechoso. Suponiendo que fuera él el informático culpable, tenía dos compinches. Berllerak no huyó tras el robo, así que si él era el culpable, tenía planeado ser policía de todos modos. Por tanto, no podía haber cometido el delito con delincuentes corrientes que pudieran delatarlo en el futuro y arruinar su carrera. Lo más lógico es que fueran otros dos agentes, probablemente también clones, y de confianza, es decir, amigos. Berllerak siempre iba junto con ElArtista y tú, así que vosotros dos érais los máximos sospechosos; pero nunca se os investigó, a pesar de que uno de los ladrones era de estatura similar a la de ElArtista, y tenía una buena puntería. A pesar de eso, a mi también me parecía demasiado raro que vosotros fuerais los culpables, porque parece descabellado pensar que tres clones con un brillante futuro por delante, y encima con la policía, se dediquen a robar. Pero la frasecita es un añadido más al cúmulo de sospechas.

—Tete, ¿piensas acudir a VanderHall con ese rollo? Tú mismo dices que no son más que sospechas. ¿Se te ha ocurrido pensar que el banco fue atracado por Natch, Fresh y Bruns? También son tres clones policías, y sus perfiles encajan más con el de un corrupto.

—Pero ninguno tiene conocimientos avanzados de informática.

—Quizás pagaran a alguien más.

—Acusar a alguien que no está presente para defenderse es algo muy feo, Lainier.

—No acuso. Lo que quiero decir es que mucha gente podría haber atracado el banco.

—No tanta.

—Bah, ya toi harto de tanta tontería —se quejó ElArtista—. ¿Vas a presentar una denuncia formal o qué?

—Por supuesto que no —dijo Tete.

—Pues me piro, que ya agobias.

ElArtista se dio la vuelta y se alejó a paso ligero.

—¡Oh, y yo también me voy, que llego tarde a mi cita! —dijo Berllerak, y se alejó rápidamente.

—¿Y tú no te acuerdas de nada urgente que tuvieras que hacer? —preguntó Tete a Lainier.

—Depende —respondió Lainier—. ¿Vas a seguir dándome la lata mientras camino hasta la parada del autobús?

—Em... no.

—Pues entonces nada.

Los primeros diez meses transcurrieron con una monotonía casi absoluta. Los clones entrenaban casi todo el día y de vez en cuando echaban una mano a la policía ordinaria en sus actividades, pero nada relevante. Transcurrido ese tiempo, un martes por la tarde, fueron llamados por VanderHall con urgencia. Los clones acudieron raudos. Entraron en la sala de reuniones de la Comisaría Norte. La sala era una amplia estancia diseñada específicamente para el Cuerpo de Asalto y algún visitante ocasional, con espacio para unas veinte personas. Según se entraba a mano izquierda, había una gran mesa de mármol negro tras la cual estaba sentado el comisario en una cómoda silla igual a la que tenía en su despacho. La mesa estaba dotada de diversos cajones blindados. Sobre ella reposaba un ordenador. Atrás, sobre la pared, estaba colgada una pantalla plana panorámica de cien pulgadas. Dispuestas a lo largo de la habitación, mirando hacia la mesa, había cinco hileras con cuatro sillas metálicas cada una. La sala estaba insonorizada y por eso VanderHall la usaba cuando tenía que tratar temas confidenciales. La mirada del comisario hacía presagiar algo interesante.

—¿Recordáis a Natch, Fresh y Bruns? —preguntó, mientras escrutaba los rostros de sus subordinados, quienes tomaron asiento.

—¿Natch, Fresh, Bruns? —dijo ElArtista en tono irónico—. Mmm... Me suenan...

—Bueno, pues se convirtieron en agentes federales y fueron destinados a Marte —explicó el comisario—. Están en la comisaría este de la colonia del Cráter de Helio, la más importante. Natch es el comisario y los demás sus ayudantes. El problema es que desde hace una semana tenemos sospechas de que son corruptos. Nuestros informes revelan que la delincuencia ha aumentado mucho desde que Natch está ahí. Eso es muy sospechoso, porque es relativamente fácil controlar según qué delitos en las colonias, dada la dificultad de acceso y movimientos. Así que creo que Natch y su equipo están haciendo la vista gorda. Quiero que vayáis allí, los investiguéis y los detengáis.

—¿Qué pasa, no hay policías decentes en Marte o qué? —preguntó Lainier.

—Hay policías decentes, pero no son los mejores del mundo. Vosotros sí lo sois. Y esos tres bastardos de Marte también son HMG. Si enviamos policías normales, puede que alguno palme; pero si os enviamos a vosotros, puede que sobreviváis.

—¡Ah, qué bien! —dijo Berllerak sonriendo irónicamente.

—El plan de actuación es este: es inútil que lleguéis y os pongáis a investigar por vuestra cuenta, ya que en cuanto

entréis en la colonia, Natch sabrá de vuestra presencia, así que lo que haréis es presentaros en la comisaría, con la excusa de que vais a investigar a un peligroso mafioso llamado Rein Karlsson que creéis que se oculta en el planeta, y que necesitáis la colaboración de las autoridades locales. En realidad Karlsson fue detenido en La Tierra hace un par de días; pero ellos no lo saben. Lo ideal es que uséis esta excusa para tratar con ellos y obtener pruebas de su culpabilidad; pero no dudéis en detenerlos si creéis que sospechan algo o que pueden ser peligrosos. Berllerak, prepara tu móvil. Voy a enviarte los datos relevantes sobre Karlsson y las supuestas irregularidades de Natch.

—Puede enviar —dijo Berllerak, con su teléfono a punto.

—Enviando —dijo VanderHall, pulsando una tecla del ordenador—. Por cierto... aunque el gobierno central no ha declarado esta operación como de máxima importancia, el Conseller de Interior me ha pedido que os recuerde que no os confiéis y que os esforcéis al máximo, y que no dudéis en solicitar cualquier cosa que sea necesaria para arrestarlos o esclarecer el caso.

—Déjame adivinar —dijo Lainier—. Como Natch y los otros fueron entrenados aquí, no quieren que puedan hacer tonterías que causen una mala imagen de Thuris. Además, si los cogemos y resultan ser culpables, el gobierno de Thuris saldrá reforzado. Pura política.

—Eso es.

—Cojonudo.

—Datos recibidos y verificados —dijo Berllerak, guardando su móvil.

—Bien —prosiguió el comisario—. Tenéis una nave preparada en el hangar. Tiene todo el equipo necesario. Partid ahora mismo. Y espero que me los traigáis vivos. Esto va dirigido especialmente al Artista y Night Rider.

—¡Sí, claro, vivos! —exclamó ElArtista con una sonrisa mientras se levantaba de su asiento. Night Rider y él se fueron riendo. El resto salió tras ellos.

—Madre mía... —murmuró el comisario mientras se cerraba la puerta.

ElArtista y Night Rider solían disparar a matar. ElArtista era bien capaz de herir; pero no se arriesgaba a que el enemigo contraatacara, y francamente, pensaba que el mejor enemigo era el enemigo muerto, y disfrutaba mucho aplicando el refrán. Night Rider era aún más sádico en esos temas. Algunos decían que era un psicópata. Pero solo se ensañaba con los fuera de la ley. Por conveniencia, decían algunos.

Los clones subieron a la enorme nave, que tenía una forma completamente aerodinámica, lo cual tampoco importaba mucho estando destinada al espacio. Medía cien metros de largo. Relucía con un color plateado. Berllerak se puso a los mandos y el resto se sentó, abrochándose los cinturones. Despegaron.

—¡Voy a saltar al hiperespacio! —advirtió Berllerak tras salir de la atmósfera terrestre.

Los clones comprobaron los cinturones y se colocaron cascos que les cubrían la cabeza. La nave entró en el hiperespacio. Berllerak activó su móvil. Los policías escucharon por sus cascos una voz proveniente del altavoz del teléfono, que leyó en voz alta los datos relevantes para desarrollar la misión. Eran escasos, así que los clones los memorizaron sin problemas. En unos minutos regresaron al espacio convencional. Habían llegado a Marte. El Cuerpo de Asalto se quitó los cascos y contempló el planeta rojo.

La nave penetró en la atmósfera. Berllerak llamó al centro de control del aeropuerto militar de la colonia.

—Vuelo especial del Cuerpo de Asalto Clon solicita permiso para aterrizar —dijo por radio—. Clave 785-DXA.

—Permiso concedido —respondió el centro de control—. Aterrice en la pista principal.

Pronto los clones vislumbraron la colonia, aislada del exterior por unos gruesos cristales, ya que la atmósfera era irrespirable. Unas compuertas, que daban al aeropuerto, se abrieron. Las atravesaron y continuaron descendiendo, mientras los policías se levantaban y preparaban sus armas. Las compuertas se cerraron, y tras unos breves instantes unas segundas se abrieron. Los clones continuaron con su trayecto. Las compuertas se cerraron. Ya estaban dentro del aeropuerto. A partir de aquí se podía respirar aire. Berllerak tomó tierra. Night Rider sacó del hangar de la nave un gran coche policial con capacidad para ocho personas y se puso a los mandos mientras sus compañeros tomaban asiento. Atravesaron unas compuertas metálicas blindadas que separaban al aeropuerto de la ciudad y se dirigieron a la comisaría, un edificio de dos plantas. Afuera había dos agentes. Night Rider aparcó cerca de la entrada. Los clones se apearon. Saludaron a los policías y pasaron al interior. La comisaría era más rudimentaria y caótica que la Comisaría Norte, pero aún así era mejor que muchas otras de las colonias. Unos diez policías trabajaban en sus cubículos. Fresh, vestido con uniforme azul, se les acercó.

—Qué sorpresa —dijo—. ¿Y esto?

—Hemos venido para detener a Rein Karlsson, un jefe mafioso —mintió Lainier—, y precisamos de la ayuda local. Tenemos que hablar con Natch inmediatamente.

—Ha salido junto con Bruns para atrapar a un loco que amenaza con volar un edificio, pero ya lo han reducido y estará aquí en unos minutos. De todos modos le avisaré para que se dé más prisa.

—¿Podemos consultar la base de datos mientras tanto? —preguntó Lainier. En realidad, Fresh no podía negarse.

—Sí —contestó Fresh—. Seguidme.

Fresh los condujo por un pasillo hasta la sala de reuniones de la comisaría. El policía pulsó un botón y las puertas se abrieron hacia los lados. Los clones pasaron al interior. La estancia se parecía a la que tenían en la Comisaría Norte, aunque las sillas tenían toda la pinta de resultar más incómodas, y el equipo parecía de peor calidad. Por ejemplo, la pantalla de la pared solo era de sesenta pulgadas. Fresh tecleó en el ordenador.

—Listo —dijo mientras se apartaba.

Berllerak se sentó frente a la computadora.

—Yo me piro, que Natch me ha dejado al mando mientras está fuera. Si necesitáis algo, avisadme —añadió Fresh

mientras salía de la habitación, cerrando las puertas tras de sí.

De repente, comenzó a salir gas de unas rendijas situadas en el techo. Los clones no perdieron el tiempo en gritar para pedir ayuda. La sala estaba insonorizada, como la de la Comisaría Norte, así que aguantaron la respiración, cosa que podían hacer durante cinco minutos; aunque no resistirían tanto debido al esfuerzo físico: el Kapitán y Berllerak, los más fuertes, trataron de abrir la puerta con sus propias manos; pero eran incapaces. Lainier y ElArtista se subieron a la mesa para tratar de tapar la rejilla con su ropa; pero había demasiadas aberturas. Tete y Night Rider buscaron en los cajones algo que les permitiese escapar, como una granada; pero no encontraron nada. Los clones intentaron usar sus móviles para pedir ayuda a otras comisarías, pero no daban señal. Berllerak activó su móvil para usar Internet, pero tampoco funcionaba. Se abalanzó sobre el ordenador, pero la conexión a la red no estaba operativa. Finalmente no tuvieron más remedio que tomar aire. Uno a uno fueron cayendo en un profundo sueño...

Cuando despertaron, los clones se encontraban en una celda, sentados en sillas de metal; atados a ellas por gruesas láminas del mismo material por las muñecas y tobillos. Les habían quitado sus armas y utensilios. Lainier conservaba sus gafas, pero carecían de baterías. Natch los observaba desde el exterior. Iba vestido con camisa y pantalones azules, y botas negras. El aspecto de la prisión no difería del de cualquiera de las colonias marcianas: se parecía a los calabozos terrestres del siglo XX. No había comodidades allí. Tenía el aspecto de un agujero inmundo. La única muestra de modernidad era que la celda no tenía barrotes, sino una lámina de cristal altamente resistente.

—Habéis caído como principiantes —dijo Natch—, pero claro... eso es lo que sois.

—¿Estamos en comisaría? —preguntó Lainier.

—No seas ridículo. Mis hombres no saben nada de esto. ¿Te crees que puedo comprarlos a todos? Hay corrupción en las colonias, pero no tanta, Lainier. Pero decidí arriesgarme y capturaros en comisaría porque sabía que no os lo esperaríais. Después de gasearos, os sacamos de comisaría en un furgón, con mucho cuidado de que no nos vieran otros agentes. Antes de marcharnos, les dijimos a los demás policías que nos íbamos a investigar a Karlsson y que volveríamos bastante tarde, para que no sospecharan. Vosotros mismos nos buscasteis una buena excusa para ausentarnos.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—¿Qué más te da?

Lainier decidió jugársela.

—Las autoridades tienen orden de actuar si no informaba al cabo de media hora —dijo, intentando controlar los gestos faciales para que Natch no se diera cuenta de que estaba mintiendo.

—Me temo que ha pasado más tiempo, y no tengo noticia de que se hayan movilizado. Créeme, estoy bien informado. Hay gente que me debe favores y tiene ojos y oídos por mí por toda la colonia.

—Lo decía para que te apresuraras y cometieras errores —dijo Lainier, intentando arreglar la cosa—. En realidad es una hora.

—Lainier, no cuela. Precisamente me has preguntado cuánto tiempo llevamos aquí para poder mentir con credibilidad, pero olvidas que yo también soy un clon y no me dejo engañar fácilmente. Y ahora, te voy a contar qué coño hacemos aquí.

—¿Estás dispuesto a hablar? No me puedo creer que seas uno de esos malos cutres de pelis de acción. Tú sabes que cuando el malo larga el plan, el bueno logra escapar y lo detiene, ¿no?

—Tú no estás en condiciones de escapar. Y tengo mis razones para hablar. Ahora, escucha. Como habrás deducido, es cierto que estoy metido en ciertos asuntos no muy legales.

—No me digas.

—Ya ves. Bueno, estarás pensando que soy un bastardo corrupto, sediento de dinero y poder; pero la verdad es que necesito el dinero para un fin superior... ¡la ciencia! —Lainier arqueó la ceja derecha—. No me mires con esa cara... Has de saber que hace tiempo estuve involucrado con Helio y el resto de la Sección Biológica de Cyborg Inc. en el proyecto secreto Genoma 3, que se fue al peo debido a que el gobierno se asustó cuando la oposición empezó a husmear de nuevo en los asuntos de clones tras el anuncio de la creación del Cuerpo de Asalto. Sí, ya sé que no sabías nada de nuestros trabajos... pero todo era secreto, por supuesto. Y es que no hay 2 sin 3... ¿o sí? Eso es lo que yo pretendo. Tengo todos los datos del proyecto, aunque solo a nivel teórico. Ahora toca el práctico. Pero para eso me hacía falta dinero para llevarlo a cabo, mucho dinero. Por eso he tenido que conseguirlo por medios no muy legales, pero esta investigación es muy importante. Además, perdí tiempo participando en ella, y ahora he de terminarla como sea.

—¡No me vengas con chorradas, cabrón! —dijo Lainier—. ¡Y una mierda lo haces por gusto científico! ¡A ti nunca te ha interesado la ciencia! ¿Qué coño pintabas tú en ese proyecto y de qué va?

—Los científicos pretendían realizar cambios en el ADN de un sujeto a una escala nunca vista. De esta forma se crearía un nuevo negocio... La... digamos... "cirugía genética total". Hasta ahora se hacían cambios sencillos. Un tipo quiere pasar de tener el pelo moreno a rubio sin tintes ni implantes. Las nanomáquinas, provistas del gen necesario, modifican unas cuantas células y se acabó. O se curan ciertas enfermedades sustituyendo genes defectuosos por otros sanos. Pero con el Genoma 3 se va más allá. Modificando el ADN de una persona con este sistema, y aplicando cierto tratamiento médico, se podría convertir al sujeto original en una copia casi exacta de otro; aunque ese otro fuera un HMG o incluso un miembro de otra especie, ya que se descubrieron muchas compatibilidades potenciales. Aunque no se podrían reproducir las características adquiridas, como los músculos de gimnasio, tendría el potencial para conseguirlos. Por ejemplo, tras introducir el ADN de un HMG en una persona normal mediante nanomáquinas y alterar la estructura muscular mediante una cámara médica especial, ya podría desarrollar una gran fuerza entrenando. Sin embargo, no podría obtener su misma inteligencia, porque el proyecto no contemplaba modificar las neuronas

cerebrales, por el riesgo de dañar la mente del sujeto. El caso es que el objetivo principal no era sustituir el ADN de una persona por el de otra, sino convertir al sujeto en un híbrido, es decir, darle características de diversas especies. Ya se han intentado cosas parecidas. Sabes que se rumorea que nuestro propio ADN no puede provenir únicamente de humanos, y los alemanes crearon a Wolfgang Shecknacklet, un clon cuyo cuerpo es capaz de generar descargas eléctricas, basándose en el modelo de ciertas anguilas marinas de Mercurel. Sin embargo, debido a un defecto en el proceso, Wolfgang tiene menos fuerza que un clon normal; aunque sigue ligeramente por encima de la media humana. Además, está algo tocao, suponemos que por las guarrerías genéticas que le hicieron. Pues bien, con Genoma 3 hubiera sido posible dotar de la capacidad de generar descargas a una persona que careciera de ella. Los científicos de Cyborg Inc. estaban muy cerca. Al principio todos los animales con los que experimentaban morían en cuanto comenzaban los cambios. Después consiguieron que tardaran más en morir. Con el tiempo, sobrevivían; pero después manifestaban mutaciones espontáneas no muy recomendables. Les quedaba ese pequeño detalle. El caso es que a mí me encargaron ocuparme de la vigilancia y seguridad del recinto, además de supervisar las actividades del equipo científico e informar al gobierno sobre ellas, ya que el ejecutivo estaba algo paranoico por las investigaciones de la oposición y no quería que nada se filtrase al exterior. Pero mira, se filtró. Cuando el proyecto se canceló, tuve que supervisar el desmantelamiento de todas las máquinas y la destrucción de los datos; pero mira por dónde, que no todos los datos fueron destruidos. Una copia fue a parar a mis manos. Qué cosas, ¿eh? El caso es que los fallos del proyecto han sido subsanados. Al menos funciona bien con ratones. No lo hemos probado aún con humanos, pero debería funcionar. En fin, supongo que te imaginas las implicaciones prácticas de esto, ¿no?

Efectivamente, Lainier y el resto de clones se lo imaginaban. Imaginaban a criminales con la fuerza de un HMG, o aún peor, un ser mezcla de varias especies, obteniendo las características más letales de cada una. Había muchas posibilidades. Además, el hecho de poder obtener el ADN de otra persona provocaba que los controles basados en el análisis del mismo perdiesen su validez; aunque por fortuna solían estar acompañados de otros métodos que no dependían del código genético, como el análisis de iris, así que la seguridad de las instituciones de relieve no peligraba demasiado.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Lainier—. Si la galaxia se llena de personas mutadas... será el caos...

—Qué quieres que te diga, Lainier... La ciencia está para ser usada. Hay que evolucionar... y llenarse los bolsillos. Pero no temas. No voy a permitir que esto caiga en manos de enemigos de La Tierra. Yo controlaré los usos del Genoma 3, y para nada demasiado grave. Un poco de dinero por allí, otro poco por allá.

—Pero idiotaaaa —replicó Lainier—, ese invento... si Cyborg Inc. ha desarrollado ese proyecto, lo más probable es que pronto se haga en otro lugar... y se te acabará el chollo... Es más... puede que sepan que se puede hacer, pero nunca lo hayan intentado porque es una locura... ya te lo he dicho. Este proyecto ni siquiera se probaría a pequeña escala, por si alguien lo roba y se lo da a otro... y ese otro a otro...

—Precisamente, si te cuento mis planes es para que toméis precauciones. No quiero sembrar el caos.

—¡Estás loco! ¡En cuanto alguien con poder descubra lo que tienes te matará y se apoderará de él! ¿Es que no te das cuenta?

—Te repites demasiado. Las posibilidades de que eso ocurra son remotas.

—Bien. Tengo otra pregunta. ¿Quién te ha ayudado a completar el proyecto? Aunque tengas los datos y el dinero necesario, sin duda has necesitado de alguien con conocimientos científicos que te ayude.

—Precisamente te lo iba a decir ahora. El simpático señor que me ha ayudado es el profesor Eric Lindelof, uno de los científicos que trabajó en Cyborg Inc. desarrollando el Genoma 3. No le gustó mucho que cancelaran el proyecto. Le encontrarás encerrado en una nave industrial cerca del aeropuerto civil.

—¿Por qué está encerrado?

—Por traicionarme. Ese hombre no quería beneficios económicos por usar el Genoma 3, sino que pretendía quedar como un dios ante la comunidad científica. El problema es que al tratarse de un hombre íntegro, decidió que no podía dejarme usar el proyecto. Pensaba que le daría un mal uso, ya ves qué cosas. Así que insinuó al gobierno que el aumento de la delincuencia en Marte era mi culpa, para que acabaran encerrándome. No les dijo quién era ni que teníamos el Genoma 3, pues sospecharían de su verdadera identidad. El caso es que el gobierno comenzó a examinar los datos con lupa, y finalmente decidieron enviarnos a vosotros. Lindelof esperaba robar el proyecto en cuanto vosotros me detuvierais, y después escaparía y lo haría público. Por desgracia yo me enteré, claro.

—Entonces sabías que veníamos a detenerte...

—Pues sí. ¿O acaso pensabas que me iba a arriesgar a enfrentarme al Cuerpo de Asalto sin estar seguro de lo que habíais venido a hacer? Aunque ha sido más fácil de lo que imaginaba...

—Espera. Nuestra captura no ha sido producto de la improvisación. ¿Cuándo supiste que te iba a traicionar Lindelof?

—Oh, hace casi un mes.

—Pero... ¿Por qué no escapaste?

—No había razón, Lainier.

—¿Qué?

—Yo escogí a Lindelof porque sabía cómo pensaba. Sabía que lo más probable era que me traicionara, con la esperanza de que os mandaran a vosotros, así que lo puse bajo vigilancia y tracé un plan para atraparos. Por supuesto, tenía algunas alternativas para atraeros en caso de que Lindelof me defraudara, como avisar yo mismo a la policía para informarles de mis actividades; pero no ha hecho falta.

—Mierda. Todo estaba previsto desde el principio —dijo Lainier apretando los dientes.

—Sí. Me habéis servido vuestro ADN en bandeja —dijo Natch mientras consultaba la hora en su móvil. Después volvió a fijar su vista en los clones—. Y ahora, lo voy a tomar.

—¡No podrás usar el experimento sin un científico! —gritó Lainier mientras Natch se acercaba a un botón situado al lado izquierdo del cristal de la celda—. ¡Tendrás que buscarte a alguno! ¡Es un peligro! ¡Alguno de los candidatos podría ser peligroso! ¡No podrás manejarlos a todos como a Lindelof!

—Puedo usar Genoma 3 cuanto quiera porque el proceso está casi automatizado y las nanomáquinas son reutilizables —explicó Natch mientras pulsaba el botón. La celda se inundó de gas—. Adiós.

Uno a uno los clones fueron cerrando los ojos. Natch esperó diez minutos antes de entrar para asegurarse de que estaban dormidos. No quería riesgos. Extrajo muestras de sangre de cada uno de los miembros del Cuerpo de Asalto. Cada una iba en un frasco metálico muy resistente. Los frascos fueron guardados en un maletín hecho del mismo material. Natch subió las escaleras de los calabozos hasta el piso superior, una amplia estancia ocupada por un furgón policial y una furgoneta de baja calidad. Fresh y Bruns esperaban de pie, vigilando el exterior a través de las ventanas, situados a izquierda y derecha de una compuerta cerrada respectivamente. Parecía un garaje.

—Listo —dijo Natch—. ¿Tenéis los billetes?

—Sí —respondieron Fresh y Bruns. Ambos iban vestidos con las mismas ropas que el día en que acabaron los exámenes para entrar en el Cuerpo de Asalto.

Los clones disponían de billetes para tomar un avión del aeropuerto civil. Un avión no era más que una nave cuya forma recordaba a los aparatos voladores de siglos anteriores. Querían llegar poco antes del despegue, para estar el menos tiempo posible a la vista. Alguien podría reconocerles y sospechar algo. Una posibilidad remota pero existente. Se subieron a la furgoneta. Fresh se puso al volante. Salieron del garaje. Estaban en el barrio más infame de la colonia, que había prosperado gracias a Natch. Aquí nadie hacía preguntas. Fresh condujo durante largo rato hasta llegar al barrio más lujoso de la colonia. Estaba compuesto exclusivamente por ostentosos chalets dotados de esplendorosos jardines, piscinas y pistas de tenis. Grandes muros los rodeaban, y las medidas de seguridad eran impresionantes. Los clones entraron en uno de ellos, dotado de dos amplias plantas. Aparcaron el coche en el garaje y se bajaron. Entraron al edificio por una puerta que había en el interior del garaje, y atravesaron un pasillo hasta llegar a una gran habitación que había sido acondicionada como sala médica. Cerca de la puerta de entrada había un triturador de basuras con forma cilíndrica de un metro de alto y medio metro de diámetro, donde solían arrojar el material médico para no dejar rastro. En la parte derecha de la sala había un ordenador, conectado a un cubo metálico de un metro de alto y medio metro de ancho y otro medio de profundidad. El cubo estaba dotado de numerosos compartimentos para introducir diversas sustancias. En una esquina había una cápsula del tamaño de un hombre en posición horizontal, parecida a las usadas para hibernar en el espacio. Era opaca y no se podía ver el interior, con la excepción de un pequeño cristal situado en un extremo. Numerosos cables y tubos la conectaban con el cubo.

—Bien. Comencemos —dijo Natch, comprobando de nuevo la hora—. Tenemos unos veinte minutos.

Los clones comenzaron a dismantelar el equipo. Al cabo de unos minutos, Natch recibió una llamada en el móvil. Lo descolgó.

—Dime —dijo.

—Problemas —contestó una voz áspera y desagradable al otro lado—. La policía se ha movilizado. Os están buscando. La frontera está vigilada y los aeropuertos también. Vuestros rostros están siendo difundidos.

—¡Mierda!

—He de colgar.

El hombre misterioso cortó la comunicación.

—Tenemos problemas —informó Natch—. Nos están buscando. Ya no podemos ir al aeropuerto. Consulta la web de la policía para asegurarnos —ordenó a Fresh.

Su compañero obedeció. Sacó un móvil y entró en Internet. Su rostro y los de sus dos compañeros aparecían en la web.

—Pues sí, nos buscan —dijo, mostrando la pantalla a los demás.

—Me parece demasiado pronto —dijo Natch—. ¿Seguro que las dosis de somnífero eran correctas?

—Por supuesto, y aunque hubieran despertado, no podrían salir.

—Quizás hemos subestimado a Lindelof y nos la ha jugado de algún modo.

—Puede ser que el Cuerpo de Asalto sí que les dijera a las autoridades que entraran en alerta si no les avisaban en cierto tiempo —dijo Bruns.

—Es dudoso —replicó Natch.

—¿Por qué no les interrogaste para asegurarte?

—Porque hubiera perdido tiempo.

—Pero bien que tuviste tiempo para hablarles de nosotros.

—Basta de discusiones. Pasemos al plan B.

—¿Usar a Kramer?

—Sí.

—No creo que se tome a bien que lo uses de cebo.

—La distracción nos ayudará a escapar. Si podemos llevarnos a Kramer, bien, y si no, mala suerte. No sufras tanto por él. Sus delitos no son graves. No pasará mucho tiempo en prisión, y creo que el beneficio que va a obtener lo compensa. Así se lo pienso explicar, y si no acepta el plan, se queda sin mutación.

—¿Y si no obtiene beneficio? ¿Y si tras detenerlo lo revierten a su estado original? Te recuerdo que Lindelof está vivo. El gobierno podría desarrollar el Genoma 3.

—Efectivamente, pero te digo dos cosas. Primera: no creo que el gobierno tenga ganas de crear el Genoma 3, que para algo lo canceló. Segunda: no permitirán que Lindelof desarrolle el Genoma 3. Lo encerrarán hábilmente y crearán una campaña de desprestigio para desacreditarlo. Lo que probablemente haga el gobierno es ponerle a Kramer un cuerpo cibernético de baja potencia, y asunto solucionado. Por supuesto, así también pierde su fuerza; pero pase lo que pase, solo tiene que ponerse en contacto con nosotros cuando salga libre para que le volvamos a someter a Genoma 3. Le diré que tendré preparado un cuerpo orgánico de repuesto por si lo cyborgizan. Sí, los cambios bruscos de cuerpo pueden ser problemáticos; pero las condiciones no son negociables. Como he dicho, le plantearé la situación y si no acepta, a la mierda el experimento.

—¿Por qué no haces que Kramer se haga pasar por Lainier?

—¡De eso hemos estado hablando!

—No, no. Lo que vas a hacer es darle su aspecto para que al verlo, vayan a por él. Pero si no liberas a los clones, es poco probable que averigüen que es un impostor, y entonces sí que puede hacerse pasar por Lainier, y saldremos tranquilamente, o casi.

—Para eso tendría que dejar a Lainier casi una semana en la celda, y no tiene comida ni agua.

—¿En teoría no podría aguantar?

—No voy a arriesgarme.

—Prefieres usar a Kramer.

—¡Pues sí!

—¿Y si volvemos a por Lainier y lo traemos aquí? Tenemos comida de sobra.

—No pienso salir ahora. Nos quedaremos hasta que se complete el proceso. Además, tendría que traer a todos los clones.

—¿Sabes? Podríamos haber trazado ese plan desde el principio. Secuestrar a Lainier y mutar a Kramer para que se hiciese pasar por él y salir de aquí. ¿Por qué coño no lo hemos hecho así?

—Porque el plan original era mejor.

—Pues no ha funcionado.

—Lo sé, pero era mejor. Además, ¿te crees que me gusta tener que esconderme aquí varios días? Es poco probable que nos descubran, pero el caso es que no podremos salir durante un tiempo.

—Otra alternativa para escapar era tomar algún clon como rehén...

—¿Tomar como rehén a un miembro del Cuerpo de Asalto? ¡No estoy loco! ¡Y sigue siendo peor plan que el que tenía pensado! ¡Además ya te he dicho que no pienso salir, así que basta de discusiones!

—Como quieras.

—Ahora, volvamos a conectar el equipo médico. Fresh, avisa a la poli de dónde están los clones, y luego llama a Kramer y plantéale la situación.

—Bien —dijo Fresh.

Cuando los clones despertaron, estaban tumbados en el suelo en medio de la calle. Había varios médicos tratándolos, y varios agentes estaban inspeccionando la zona. Estaban frente al garaje.

—¿Cómo están? —preguntó uno de los médicos.

—¡Orden de busca y captura contra Natch, Fresh y Bruns! —gritó Lainier, mientras él y sus hombres se levantaban del suelo.

—¡¡Malditos bastardos!! —gritó Night Rider, mientras golpeaba una camilla con el puño derecho.

—Ya la hemos tramitado —informó un agente—. Alguien nos avisó de que estaban en peligro y que Natch, Fresh y Bruns eran los culpables y que pretendían salir del planeta, así que cercamos los aeropuertos y la frontera con la colonia alemana. Después recibimos otro aviso, creemos que de otra persona diferente, diciéndonos dónde encontrarlos.

—No entiendo nada —dijo Lainier.

—Natch nos dijo dónde estaba Lindelof, para que le encontráramos —señaló Berlllerak—. Es decir, nos iba a dejar libres. Quizás él sea quien ha informado de nuestro paradero. Pero... ¿y el otro aviso? ¿Quién sabe lo de Natch?

—Lindelof. Quizás logró escapar —Lainier se volvió hacia los agentes—. Hemos de ir a una nave industrial cerca del aeropuerto civil.

—Bien. Aquí tienen sus cosas —dijo el agente. Otro compañero devolvió las armas y utensilios a los clones—. Las encontramos en el garaje.

—¿Cuánto tiempo hemos estado encerrados? —preguntó Lainier, mientras se dirigían a los coches.

—Dos horas.

—¿Y cuándo recibieron los avisos?

—El primero hará cosa de media hora, y el segundo hace cinco minutos.

—Entonces no creo que hayan salido del planeta.

—De hecho, hemos revisado la lista de pasajeros de los vuelos. Los nombres de los tres figuran en la lista. Habían reservado un amplio espacio de equipaje. Pretendían llegar a la Estación Real. El vuelo sale dentro de 20 minutos.

La Estación Real era una enorme residencia espacial con capacidad para medio millón de personas. Constituía una especie de estado que no pertenecía a la Asociación de Planetas Soberanos, organización a la que sí pertenecía La Tierra. Debido a eso, apenas mantenía contactos con los integrantes, y menos aún acuerdos, incluyendo de extradición.

Su economía dependía del turismo. El 75% de sus habitantes no eran residentes fijos.

—Por eso miraba el reloj —dijo Lainier, mientras se montaban en los coches. Desvió la mirada hacia Night Rider—. Rider, tú conduces. Vamos a dejar a Berllerak en el aeropuerto militar.

—¿Y eso? —preguntó Berllerak, mientras Night Rider arrancaba.

—Vuelve a informar a Thomas. Cuéntale todo lo que sabemos.

—Bien.

Night Rider corrió hacia el aeropuerto. Lainier se descubrió el brazo derecho. Era evidente que le habían sacado sangre, pues aún tenía una marca.

—Mierda —murmuró.

Berllerak miró su reloj. Hacía unas tres horas que había partido hacia Marte y ya estaba de vuelta. Nada más poner el pie en tierra, activó su intercomunicador para llamar al comisario. El intercomunicador era una suerte de teléfono que todos los policías, militares y demás llevaban en la muñeca izquierda (aunque los zurdos lo llevaban en la derecha) y que se usaba para conversaciones internas. Cada intercomunicador tenía un número asociado, como cualquier teléfono, y disponía de las mismas funciones básicas, especialmente útiles para los cuerpos que usaban el aparato, como modo silencioso y/o vibratorio (el que se solía usar como norma general), llamada a varias personas (por ejemplo, avisar a todas las unidades disponibles), programación de teclas (para llamar a un individuo pulsando una sola tecla), etc. En caso de no contar con repetidores cerca para amplificar la señal, podía funcionar como un tranceptor de radio de medio alcance.

—Ahora mismo mandaré a todos los efectivos posibles del ejército y la policía a Marte —dijo Thomas—. Veré si te autorizan a emplear un misil de antimateria. Si tienen alguna gran nave, la necesitaremos. No podemos permitir que alguien escape de Marte con el proyecto. Bien, nos veremos allí. Yo ya salgo para allá. Tú quédate en el aeropuerto hasta que te llame.

—Sí, señor... —dijo Berllerak, cortando la comunicación. Al cabo de una media hora, Thomas le llamó.

—Permiso concedido —dijo el comisario.

Berllerak acudió a Cyborg Inc. La sede de la empresa, situada cerca de la Ciutat de les Arts i de les Ciències, era un enorme edificio de cien plantas de quinientos metros cuadrados, bastante curioso. Exteriormente, su aspecto era como el de un gran edificio de principios del siglo XXI, de color oscuro. Por dentro, era el más sofisticado de Thuris. Helio recibió al clon en el amplio vestíbulo, tan grande como una planta de un centro comercial. El científico era un hombre de unos 45 años, aunque aparentaba diez menos, gracias a la medicina; con pelo corto y negro, y una mirada que delataba su sentido del humor. Vestía con una camisa roja y pantalones vaqueros, portando la típica bata blanca médica.

—Berllerak, supongo que no he de repetirte como funciona el cañón... —dijo Helio, mientras caminaban hacia un ascensor.

—Claro que no —contestó el clon, mientras la puerta se abría. Se encontraban en la azotea, donde les esperaba una enorme y robusta nave, diseñada para minimizar los daños si la carga de antimateria explotaba en su interior. El depósito de antimateria consistía en una cámara de cinco metros cúbicos dotada de un campo electromagnético que evitaba que la antimateria entrara en contacto con las paredes del continente, manteniéndola en el centro. En estos momentos la cámara estaba vacía.

Berllerak se subió a la nave y se puso a los mandos mientras un agente de Cyborg Inc. se colocaba a su derecha como copiloto y se abrochaba el cinturón. Berllerak encendió los motores, y el copiloto contempló diversos monitores.

—Todo está en orden —dijo el copiloto.

—Vámonos pues —dijo Berllerak, elevando la nave del suelo. Puso rumbo al espacio.

—Mantén la trayectoria —ordenó al copiloto—. Voy a hacer una llamada.

—Sí, señor.

Berllerak activó su intercomunicador.

—Estamos en ruta —dijo.

—Nos reuniremos en el sector B212 —contestó VanderHall—. Ordenaré evacuar varias zonas por las que podrían escapar, así que tendremos más facilidades para usar la antimateria.

Berllerak se hizo de nuevo con el control de la nave. Se dirigía a la Estación Atómica Lunar. Era un centro de investigación nuclear construido en la Luna. El centro estaba dotado de un gigantesco acelerador de partículas. Allí fabricaban y almacenaban la antimateria. En la Tierra era demasiado peligroso hacerlo, y tampoco tenían el espacio necesario. En cuanto la nave aterrizó, los técnicos del centro introdujeron la antimateria en el depósito especial de la misma; e inmediatamente después partió rumbo al planeta rojo. Una vez llegada a su destino quedó custodiada en el aeropuerto militar por diversos guardias. Una pantalla metálica recubrió el cristal que daba al exterior por si la antimateria estallaba dentro. Todo el aeropuerto estaba preparado para soportar explosiones nucleares, y estaba alejado de núcleos urbanos, con lo cual el peligro era mínimo, y una opción preferible a dejar la nave en el espacio, ya que podía ser asaltada por piratas espaciales.

Nada más llegar, Berllerak fue informado de que la policía había encontrado muerto a Lindelof en la nave industrial mencionada por Natch. El Cuerpo de Asalto barajaba varias teorías. Una era que Natch había descubierto que Lindelof había escapado, así que llamó a algunos sicarios para que lo ejecutaran. Pero entonces, ¿por qué no matar a Lindelof desde un principio para prevenir problemas, y por qué dejar el cadáver en el lugar donde había estado encerrado

previamente? La teoría más plausible era que había sido eliminado por la misma persona que había avisado a la policía de que Natch y sus compañeros pretendían fugarse. Aunque los clones eran partidarios de airear la noticia a los cuatro vientos, para que a Natch le entrara la paranoia y cometiera un error, VanderHall se negó. El gobierno quería mantener la operación en secreto, así que ocultaron la muerte del científico.

Natch estaba preparando una cápsula con suero en el laboratorio cuando Fresh y Bruns entraron por la puerta acompañados de un tipo rubio bastante feo, aunque muy musculoso. Natch y sus hombres iban vestidos como cirujanos, y el hombre rubio como un paciente.

—¿Todo bien, Kramer? —preguntó Natch sin dejar de comprobar el suero.

—Sí —contestó Kramer. Era el mismo hombre de voz desagradable que había hablado con Natch por teléfono—. Pero no me gusta esto.

—Con el Cuerpo de Asalto Clon y el ejército aquí, la mafia no nos ayudará a conseguir un avión. Tendremos que hacerlo nosotros mismos.

—Tienes suerte de que tenga mucho interés en esto.

—¿Estás listo?

—Claro.

—Bien. Comenzad —ordenó Natch, mientras introducía la cápsula con suero en un agujero del cubo médico.

Kramer se desnudó y se introdujo en la cápsula. Fresh le sujetó con varias correas especiales y le conectó diversos cables y tubos.

—Relájate, Kramer —dijo Natch acercándose al sujeto.

Natch pulsó un botón del cubo, y de la pared surgió una jeringuilla que inyectó un líquido claro en el brazo derecho de Kramer.

—Haz una cuenta atrás de diez —dijo Natch.

—Diez... nueve... ocho... —comenzó a decir Kramer—, siete... seis... cinco... cuatro.... tr...

Kramer quedó profundamente dormido. La cubierta de la cápsula se cerró, y Natch volvió a pulsar un botón del cubo.

Durante cinco días se barrió Marte, pero no hallaron ni una sola pista. Los fugitivos podían estar en cualquier parte. La colonia estaba habitada por casi un millón de personas. Simplemente era un lugar demasiado amplio. El espacio alrededor del planeta estaba fuertemente controlado y ni la más pequeña nave podía salir de él sin ser detectada. La nave de Berllerak se mantenía expectante, lista para usar la antimateria en cuanto fuese necesario. Los aeropuertos estaban extremadamente vigilados. Carteles con los rostros de los tres corruptos aparecieron por todas las colonias marcianas, y la policía de estas colaboraba con la de Thuris. De todos modos, nadie pensaba que hubieran logrado cruzar la frontera sin ser detectados.

—Tal vez están haciendo tiempo con la esperanza de que nos cansemos y disminuyamos la vigilancia —dijo ElArtista mientras Lainier y él visitaban la enésima casa de sospechosos. Iban puerta por puerta buscando y preguntando. El problema es que en la mayoría de ocasiones carecían de orden de registro, así que poco podían hacer.

—Dada la gravedad de la situación —dijo Lainier—, no es descabellado pensar que el gobierno tendrá militarizada la colonia indefinidamente, con lo cual será cuestión de tiempo que Natch cometa un error.

—Pues todo esto es culpa del gobierno. Ya sabemos por qué les preocupaba tanto el tema de Natch. ¿Cómo se les ocurre hacer el puto Genoma 3? Deberíamos denunciarlos... si no pagaran tan bien.

—La ley admite la investigación secreta y la investigación genética, así que el proyecto parece legal. Otra cosa es que parezca inmoral, así que puedes hacer campaña política contra ellos. No te preocupes por la paga, seguro que te contrata el siguiente gobierno.

—¿Estás de coña? Entre que se va uno y viene otro, perdería por lo menos un par de pagas.

—El problema es que borraron todos los datos, así que de todos modos no hay nada que hacer.

—Tengo una duda absurda sobre el proyecto. ¿Por qué mutar el cuerpo de la persona? ¿Por qué no crear el cuerpo aparte y trasplantar el cerebro?

—Supongo que se tardará más tiempo en crear un cuerpo de cero, y es probable que si se trasplantara el cerebro, se produjera un rechazo físico o psicológico. Ya suele ocurrir con los cyborgs.

Mucha gente no tenía el aguante necesario para aceptar la mecanización y quedaban trastornados. Por eso los cyborgs estaban vetados en el Cuerpo de Asalto. Sin embargo, los clones tenían numerosas copias de sus cuerpos y órganos almacenados en distintas sucursales de Cyborg Inc. para reconstruir sus partes dañadas.

Mientras, Natch se empezaba a preocupar.

—Debería haber acabado ya —dijo, contemplando los indicadores en el monitor del ordenador de la sala médica.

—Según esto, se estima un día más —señaló Fresh—. Tampoco se va tanto.

—Ayer se desviaba menos, y era admisible; pero hoy ha aumentado.

—El caso es que según esto, el paciente se encuentra bien.

—Mmm... ¿Habremos cometido algún error? —se preguntó Natch, acercándose a la cápsula. Contempló el rostro de Kramer, que permanecía dormido. Ahora tenía el de Lainier—. En fin, no podemos hacer nada. No tenemos a Lindelof para solucionar los problemas, y parar esto ahora sería peor. Además, solo falta un día... espero.

Y así, pasó un día más. Natch y Fresh estaban de nuevo en la sala médica, mientras que Bruns estaba al lado de una ventana del piso superior vigilando el exterior.

—Las lecturas indican que ya ha acabado —dijo Fresh, observando la pantalla. Natch se acercó a ella para asegurarse.

—Mmm... —murmuró mientras comprobaba los datos.

—¿Lo sacamos ya?

—La mutación ha requerido más energía de la esperada. Se ha consumido un tercio más de suero. Estoy desconcertado. Pero el caso es que esto se ha acabado.

—¿Entonces lo sacamos?

—Pues sí. Trae las cosas.

Fresh se retiró. Al cabo de unos segundos regresó empujando una mesita provista de ruedas. Sobre ella había ropas similares a las de Lainier, una réplica de sus gafas, una Magnum Láser, una placa y un intercomunicador. La placa era falsa, por supuesto, y el intercomunicador no podía conectar con la policía, sino que conectaba con los de Natch, Fresh y Bruns.

Natch se acercó a la mesa de operaciones.

—¡Pantalla arriba, Fresh! —exclamó Natch—. ¡Cruza los dedos!

Fresh pulsó un botón del panel, y la cápsula se abrió. Natch se acercó lentamente con rostro preocupado, mientras se inclinaba levemente sobre el sujeto, aún dormido. Kramer seguía teniendo el rostro de Lainier, aunque conservaba su pelo rubio; un detalle que Kramer le había solicitado. De todos modos, si pretendía hacerse pasar por Lainier, solo tendría que teñirse el pelo; aunque con los clones libres, tal intento era muy difícil. La musculatura del paciente había aumentado ligeramente gracias al uso de drogas para potenciar el crecimiento, un detalle que Natch no había revelado a Lainier. Era cierto que la máquina no podría reproducir las características adquiridas... como norma general. Kramer ya poseía una buena base muscular. Teniendo en cuenta que los clones tenían más fuerza que un humano usando la misma masa corporal, y que además se habían empleado drogas, Kramer ya tendría incluso más fuerza que Lainier, o eso esperaba Natch, porque desde luego, Lainier era más habilidoso que Kramer luchando. Esperaba compensar eso mediante el subidón de fuerza. Esperaba que realmente hubiera funcionado. Todo parecía en orden. Natch comenzó a desconectar los tubos. Cuando desconectó los de las manos, se quedó desconcertado.

—¿Pero qué coño es eso...? —murmuró.

En ese mismo instante recibió un fuerte puñetazo en la cara, mucho más fuerte de lo que se lo había propinado Lainier tiempo atrás...

—¡Aaaag! —Natch tenía dislocada la mandíbula. Se llevó las manos a la cara mientras daba varios pasos hacia atrás.

—¿¡Pero qué cojones pasa!? —gritó Fresh.

Kramer incorporó el tronco. Había roto las correas del brazo derecho, la cabeza y el tórax. Sin dejar de mirar a los presentes, rompió el resto y se incorporó con un leve salto. Natch retrocedió uniéndose a Fresh, mientras sacaban sus armas. Apuntaron a Kramer con las pistolas. Ahora podían contemplarle perfectamente.

Desde luego había cambiado por completo. Sus rasgos se parecían a los de Lainier, pero el pelo continuaba siendo rubio. La esclerótica e iris de sus ojos eran amarillos. Su dentadura también era del mismo color, con unos colmillos que recordaban a los de algún animal salvaje. Tenía garras retráctiles en las manos, también amarillas, que había extraído al levantarse. Natch se había dado cuenta de que sus uñas no eran normales, y por eso se había sorprendido tras abrir la cápsula.

—Tumbaos en el suelo con las manos en la cabeza —ordenó Kramer con una voz gutural, mirando a los clones con sus espantosos ojos—. Voy a esposaros.

—No creo que estés en posición de dar órdenes —dijo Natch, preparado para disparar.

—Lo está —dijo una voz al otro lado de la puerta. Bruns entró, apuntando a Natch y Fresh con su pistola—. Soltad las armas.

—¿Pero qué es esto? —dijo Natch, pasando la mirada de Kramer a Bruns.

—Solo lo repetiré una vez más —dijo Bruns—. Soltad las armas.

Natch y Fresh arrojaron las pistolas al suelo. Kramer las recogió.

—Deprisa, ponte la ropa —dijo Bruns mientras preparaba un par de esposas. Se acercó a los clones mientras Kramer se dirigía a la mesita.

—Tú avisaste a la policía —dijo Natch, lanzando una mirada llena de odio a Bruns.

—Qué listo.

—¿Por qué? ¿Cómo coño esperas salir del planeta?

—Pues tengo la ayuda de Kramer... —dijo Bruns mientras colocaba las manos de Natch en su espalda, esposándole a continuación—, y os tengo a vosotros de cebo... y otras cosas más que no tenéis porque saber.

—¿Y lo de ese tipo? —preguntó Natch, echando una ojeada a Kramer.

—Oh, hice un pequeño añadido al ADN. Le puse de thorn y reprogramé la máquina.

La raza alienígena thorn era conocida por su eficiencia en el arte de matar y por su por lo general desagradable aspecto a la vista del ojo humano. Sus miembros desarrollaban una gran variedad de rasgos, pero todos poseían armas naturales de índole punzante, cortante o desgarrante en alguna parte del cuerpo. Además era una de las razas más fuertes de la galaxia. Kramer seguía pareciendo mayormente humano en comparación con un thorn, pero tenía casi la misma

fuerza y también poseía las armas naturales.

—¿Pero por qué? —preguntó Natch.

—No lo sabrás —dijo Bruns, colocando las esposas a Fresh—. En cualquier caso, Kramer tiene ahora un gran poder y nos facilitará la huida si se complica la cosa. ¿Dónde está el mando?

—En el bolsillo derecho de mi pantalón.

—Gracias —dijo Bruns mientras sacaba del bolsillo de Natch un pequeño aparato similar a una consola portátil de videojuegos. Tenía una superficie de cinco centímetros cuadrados.

—Sí, gracias —dijo Kramer, apuntando a Bruns con el arma de Natch. La de Fresh la había arrojado al triturador—. Suelta el arma y lánzame el mando.

—¿Qué? —preguntó Bruns.

—Verás, me será más fácil salir del planeta si no voy contigo. A mí no me buscan pero a ti sí. Me parece a Lainier, pero eso se puede solucionar con un poco de disfraz. Mientras os capturan a vosotros, yo cogeré un avión tranquilamente.

—No puedes hacerme esto. ¡Tengo contactos para ti!

—Pobre iluso, yo ya tengo mis planes. Ahora suelta el arma de una vez y tírame el mando.

Bruns dejó la pistola en el suelo y lanzó el mando a Kramer. Este lo atrapó con su mano izquierda y se lo guardó en el bolsillo.

—Empuja la pistola hacia mí —ordenó Kramer. Bruns así lo hizo. Kramer arrojó el arma al triturador—. Muy amable. Ahora desnúdate.

—¿Cómo?

—¡Voy desnudo! No pienso salir así a la calle. Tú eres un hombre grande, así que no tendré problemas de talla. Te pondrás las ropas de Lainier —Kramer arrojó la vestimenta al clon.

Bruns se cambió de ropa.

—Como no quedan esposas, te ataré con los cables y tubos —explicó Kramer.

—Hay unas en el garaje.

—Mmm... no me fio. Ahora, tumbate en el suelo y pon las manos en la espalda.

Bruns se colocó junto a Natch y Fresh.

—Si alguien mueve un músculo, lo mato —advirtió Kramer, mientras arrancaba los cables de la cápsula. Se acercó a Bruns. Le aplastó el cuello con la rodilla izquierda para asegurarse de que no se moviera. Guardó el arma y comenzó a atar los brazos del clon, que se veía incapaz de superar la fuerza de Kramer.

En ese momento, Fresh, haciendo gala de su enorme flexibilidad, logró pasar los brazos por debajo de las piernas. Kramer se dio cuenta y sacó la pistola, pero Natch lo empujó. No pudo mover demasiado al poderoso ser, pero sí lo suficiente para que no disparase; y lo suficiente para que Bruns pudiera zafarse. Kramer pateó el dolorido rostro de Natch, que cayó al suelo. Bruns aprovechó para revolverse contra Kramer. Comenzaron a forcejear por el suelo, pero Bruns tenía dificultades para resistir. Kramer se encontraba sobre él intentando dispararle. Aún no estaba en plena forma porque acababa de despertarse; de lo contrario ya habría eliminado a Bruns. Fresh se abalanzó sobre la espalda de Kramer, intentando quitarle el arma, mientras Natch se ponía en pie. Sabiendo que no podría mantener la pistola, Kramer dejó caer el cargador para que nadie se aprovechara del arma. Natch le propinó una patada en el rostro, pero no pareció notarlo demasiado. Fresh por su parte intentó estrangularlo con las esposas. Kramer trató de desgarrar la carne de Fresh, pero este tenía las muñecas protegidas por las esposas, así que solo recibió arañazos superficiales.

—¡Corre! —gritó Natch, precipitándose hacia la salida.

Fresh dejó a Kramer. Saltó por encima de él y siguió a Natch. Kramer golpeó con fuerza el rostro de Bruns, que pareció quedar inconsciente; recogió la pistola y el cargador y salió tras los otros.

Bruns, que se había fingido fuera de combate, aprovechó para golpear con su pierna las partes blandas de Kramer, quien se desplomó. Bruns se levantó y salió corriendo.

Fresh y Natch entraron al garaje por la misma puerta por la que habían accedido a la casa. Fresh la atrancó con una estantería, donde debía haber armas; pero no había ninguna. Después abrió las puertas de la furgoneta. Intentó poner el vehículo en marcha, pero no arrancaba.

—¡Joder, esto no va! —exclamó irritado. Lo intentó de nuevo, pero nada.

—¡Lo han jodido! —gritó Natch. De repente, aporrearon la puerta.

—¡Corramos pues!

Los clones abrieron la puerta metálica de garaje que daba al jardín. Kramer se precipitó hacia la puerta principal. Natch y Fresh corrieron, ocultándose entre los frondosos árboles. Kramer salió afuera. Disparó un par de ráfagas, pero era mal tirador. Entonces escuchó un ruido cercano: Bruns se había recuperado y había saltado por una ventana. Corría en dirección a la puerta trasera, más pequeña que la principal. Kramer no podía perseguirlos a todos. Era evidente que alguno lograría salir al exterior, y entonces alguien podría ver que se estaba liando una gorda y avisaría a la policía. Rápidamente volvió a entrar en la casa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Fresh sin dejar de correr. Estaban atravesando la calle principal. De momento no había nadie paseando, por suerte para ellos.

—¡Robar un vehículo! —respondió Natch—. ¡No podemos ir por la calle con estas esposas!

—¿Y después?

—¡A quitarme las esposas!

—¿Y... después?

—Después nos vamos, por supuesto.

—Em... hemos perdido el mando.

—No, no lo hemos perdido.

—¿No lo tiene Kramer?

—No. Ese es falso. El auténtico está en la suela de mi bota. En cuanto logremos ocultarnos avisaremos a Lainier de la presencia de Kramer y luego escaparemos.

Mientras, Kramer había copiado los datos del Genoma 3 del ordenador a una tarjeta de memoria. Se la guardó en el bolsillo. Después extrajo las muestras de ADN del Cuerpo de Asalto del cubo médico y las guardó en un maletín protector. Se dirigió a la cápsula y se hizo con un pequeño tubo metálico que contenía las nanomáquinas. Lo introdujo también en el maletín. Finalmente destrozó todo el equipo, se puso las gafas de sol, y salió a la calle tranquilamente mientras se mantenía alerta. Tenía el arma oculta bajo la ropa, pero no pensaba entrar con ella en el aeropuerto, pues la detectarían. Tenía poco tiempo...

Fresh aparcó frente a la puerta de un pub situado en un barrio de clase media, ahora cerrado pues aún no era de noche. Llegar hasta allí había sido una odisea. Fresh había tenido que conducir durante quince minutos esposado. Por fortuna, el coche era un lujoso deportivo con cambio de marchas automático. Se lo habían robado a un nuevo rico de la urbanización, que ahora yacía inconsciente entre unos matorrales. Era cuestión de tiempo que lo encontrarán, así que tenían que apresurarse. Fresh y Natch observaron a su alrededor, pero no vieron ningún agente por la calle. Se bajaron del vehículo. Fresh golpeó la puerta tres veces. Esta se abrió y los clones entraron al pub.

—Ayuda —dijo Natch mientras se acercaba al dueño, un hombre de unos cuarenta y cinco años calvo, con barba negra y exceso de kilos, que se encontraba tras la barra del bar. Fresh cerró la puerta del pub tras ellos.

—Os buscan —dijo el dueño, molesto.

—Será un momento.

—Me metéis en un lío.

—¡Tú has prosperado gracias a mí!

—Sí, pero ahora ya no puedes ofrecerme nada.

Fresh saltó por encima de la barra, golpeando al hombre con ambas manos. Este cayó al suelo inconsciente. Después le sacó las llaves del bolsillo y abrió una puerta situada tras la barra. Los clones entraron en la estancia. Por supuesto, estaba llena de bebidas alcohólicas; pero también había una especie de cañón láser sujeto a un soporte móvil. Fresh se acercó a la máquina, preparado para activarla, mientras que Natch se colocó de espaldas a ella. Fresh cortó las esposas con el láser. Después invirtieron los papeles. Una vez libres saquearon la caja registradora y se hicieron con un par de pistolas que el dueño del pub guardaba bajo la barra y bajo unas cuantas cajas de whiskey. Se las escondieron bajo la ropa y se dirigieron hacia la salida de emergencia.

—Ahora robaremos otro coche —dijo Natch, mientras salían al exterior. Giraron a la izquierda, alejándose del coche que habían robado en la urbanización.

Caminaron sin prisa pero sin pausa, observando varios vehículos; pero al llegar a la esquina, Natch se encontró con un cañón de Magnum presionando sobre su sien.

—Buenos días —dijo Lainier, arma en ristre.

—En realidad son buenas tardes —replicó Natch sin inmutarse.

Fresh, que estaba detrás de Natch y aún no había llegado a la esquina, dio media vuelta y corrió hacia atrás, mientras cogía su arma; pero Night Rider salió de un bar, apuntándole.

—¡Venga, hazlo! —gritó Rider.

Fresh levantó las manos lentamente, rindiéndose.

—Vaya por Dios —se quejó Rider, mientras tres coches patrulla se acercaban por varias direcciones.

El clon privó de su arma a Fresh. Lainier también había desarmado a Natch.

—¡Tienes suerte de que no estemos a solas! —exclamó Night Rider mientras preparaba las esposas, visiblemente furioso.

—No te hemos hecho nada —se quejó Fresh.

—¡Me habéis secuestrado! Pero ya te interrogaré, ya...

Lainier se acercó a Night Rider, llevando a Natch esposado con las manos a la espalda. Rider hizo lo propio con Fresh.

—Debemos ir al aeropuerto civil —explicó Lainier, mientras los otros agentes aparcaban los coches.

—¿Por qué? —preguntó Rider.

—Este tipo dice que hay alguien parecido a mí y que nos demos prisa.

—¡Puede que ya se haya ido! —advirtió Natch—. ¡No pierdas tiempo!

Lainier metió a Natch y Fresh en la parte trasera de un coche policial conducido por Rider. El líder del Cuerpo de Asalto se sentó al lado de su compañero.

—Y ahora, explícate mejor —ordenó Lainier mirando hacia atrás, mientras el coche se ponía en marcha.

—Se llama Kramer y le mutamos —dijo Natch—. Pero Bruns y él nos traicionaron. ¡Tiene genes de thorn! ¡Se los metió Bruns sin mi permiso!

—Ves avisando a los demás, Rider. Nos ocultaremos cerca del aeropuerto para esperarlo.

—Aquí Night Rider —dijo el clon por el intercomunicador—. Todas las unidades disponibles al aeropuerto civil. Maniobra de vigilancia.

—¿Estás seguro de que va al aeropuerto? —preguntó Lainier a Natch.

—Es lo más probable —dijo Natch—. Ir al aeropuerto militar es un suicidio, y cruzar la frontera con la colonia alemana también. Tendría que recorrer mucho más trayecto hasta alcanzar un avión alemán, y el tiempo es oro. Tiene colmillos, garras, ojos amarillos, pelo rubio... aunque tratará de ocultar sus rasgos, claro. Ten cuidado, es muy fuerte. Luchamos tres contra él y no logramos reducirle. Claro que Fresh y yo estábamos esposados...

—¿Tres?

—Kramer decidió traicionar a Bruns. Quería llevarse él solo el Genoma 3.

—¿¿Te han quitado el Genoma 3??

—Uh... supongo. Tuvimos que salir corriendo y Kramer se quedó en la casa. Bruns también escapó.

—Bruns ha sido capturado por los vigilantes de seguridad de una urbanización. Ahora está en comisaría. Le han registrado, pero no tiene el proyecto ni la sangre. El cabrón no ha abierto la boca.

—Por supuesto. En principio no hay pruebas contra él, pero te aseguro que estaba metido en todo. Solo tienes que escarbar un poco.

—Ya hablará cuando le interrogue yo —afirmó Night Rider—. Solo retrasa lo inevitable.

—Hay un equipo examinando lo que sin duda era tu chalet —prosiguió Lainier—, y parece que han encontrado equipo técnico destrozado.

—El Genoma 3 —dijo Natch—. Parece que Kramer no quiere compartirlo.

—¿No tenías más copias?

—No. Si hubiera hecho copias, las tendría que haber distribuido, y no puedo defender todos los refugios en caso de ser descubiertos.

—¿Quién es ese Kramer?

—Un delincuente de poca monta. Se presentó voluntario para someterse al proyecto. Teníamos que probarlo en un humano y nos venía de perlas.

—Así que funciona.

—Oh, sí.

—¿Cómo es que es tan fuerte?

—Ya tenía músculos de antes. Ahora, casi rinden al nivel de un thorn. Básicamente porque los potenciamos con drogas.

—Serás cabrón.

—¡Yo no sabía que se convertiría en... eso! Yo solo le había metido...

—¡Mis genes!

—Sí, sí... por eso se parece a ti.

—¿Así que no ibas dar un mal uso al proyecto, eh? ¡Le ibas a meter mi ADN a un tipo al que apenas conocías!

—Sí, pero lo de cambiarle la cara no estaba previsto. Fue un añadido extra para que os abalanzarais sobre él, para desviar la atención.

—Mientras los demás escapabais, ¿eh?

—No necesariamente. Pensábamos recoger a Kramer si lográbamos controlar la situación.

—Claro, hombre. Pero me extraña que Kramer aceptara.

—La cosa es muy sencilla. Ese hombre, que siempre ha sido un tipo mediocre, deseaba obtener el poder del que siempre había carecido. Le dije que o aceptaba, o se quedaba sin mutación.

—Quizás el principal motivo para traicionarte no fue robarte el Genoma 3, sino que tu plan le parecía muy peligroso para su persona.

—Es posible.

—En ese caso, ¿por qué Bruns le dio mi cara?

—Hombre, pues porque se puede ver el rostro del paciente mientras se somete a la mutación. Me habría dado cuenta.

—¿Es posible que se someta a cirugía antes de salir?

—Le llevaría mucho tiempo, y no creo que vaya, porque yo conozco dónde están los cirujanos dispuestos a operar ilegalmente.

—Dímelo.

—Digamos que vigiles la calle de Helio y la avenida Dorada.

—Así que allí viven cirujanos chungos, ¿eh?

—Hay cirujanos. Pero no diré más. No me gusta traicionar más de lo necesario.

—Ya veo.

Lainier activó el intercomunicador para avisar a la policía, que se sorprendió cuando el clon describió a Kramer como un hombre muy parecido a él.

—Lindelof ha muerto —explicó Lainier, hablando de nuevo con Natch—. Le han matado.

—No he sido yo —afirmó Natch.

—Lo imaginaba.

—¡Si hubiera sido él, no lo diría! —protestó Night Rider.

—¡Yo no he sido! —exclamó Natch—. ¡Es evidente que he sido traicionado! Lo habrá matado Kramer o Bruns, para

que no desarrollara por su cuenta el Genoma 3.

—De todos modos, puede que todo esto sea una elaborada trampa tuya —señaló Lainier—, así que os llevaremos al aeropuerto con nosotros por si acaso. No quiero perderos de vista. Además, perderíamos tiempo desviándonos, y no pienso meteros en un coche con un poli normal para que os lleve.

—¿Crees que podríamos escapar? —preguntó Natch, sonriendo.

—Dijiste que era imposible corromper a todos los agentes, pero eso no quiere decir que ninguno trabaje para ti, así que no me arriesgaré.

—¿Entonces dónde está Bruns?

—Encerrado en la nave de VanderHall, en el aeropuerto militar. Es un lugar seguro. Aunque hayas comprado a alguno de los soldados, es jodido que logre sacar a Bruns. Cuando acabemos con esto os llevaremos allí.

—¡Y entonces os interrogaremos! —afirmó Night Rider.

—Por cierto, no me enteré de la muerte de Lindelof —prosiguió Natch, ignorando a Rider—. Pensaba que saldría en los medios, para ponerme nervioso.

—Precisamente el gobierno no quiere que los medios comiencen a husmear —explicó Lainier—. La aparición del cadáver de un importante científico de Cyborg Inc. en medio de un enfrentamiento de clones da mucho que pensar y malpensar.

—Je... Por cierto, ¿cómo me has atrapado?

—Recibimos un aviso anónimo de que estabais vagando por la ciudad esposados. Así que buscamos a alguien capaz de quitaros las esposas. El dueño del pub era sospechoso.

—Un puto chivatazo de Bruns o Kramer.

—Posiblemente. Y hablando de chivatazos, ¿avisaste tú a la poli de dónde estábamos?

—Claro. Formaba parte del plan. En principio pensábamos abandonar el planeta tranquilamente, así que no os necesitábamos.

Lainier informó de todo lo descubierto a VanderHall por el intercomunicador. Cuando estaban a menos de cinco minutos para llegar al aeropuerto civil, Lainier recibió un aviso del comisario.

—Kramer está en el aeropuerto —explicó Thomas—. Un guardia lo encontró sospechoso y le dio el alto, pero Kramer se lo cargó. Ha intentado en vano coger una nave con rehenes, matando a otros cuatro guardias en el proceso. Las buenas noticias son que las autoridades del aeropuerto y varios policías han logrado evacuar el recinto. Kramer está encerrado y no le queda munición. Viste con camisa azul y pantalones y botas negras. En cuanto a su aspecto, iba disfrazado; pero los guardias lograron joderle el disfraz antes de sucumbir. Es exactamente como dijiste. Por cierto, no tenemos acceso a las cámaras de vigilancia del aeropuerto. Kramer también se cargó a los vigilantes de la sala de control.

—¿Un solo hombre ha hecho todo eso? —preguntó Lainier, sorprendido.

—Sí, pero ya tenemos la situación controlada. Solo falta entrar a por él. Parece que no quiere salir. Iba a enviar decenas de policías, pero prefiero que entréis vosotros.

—¿Otra vez la política? ¿Para llevarnos el mérito?

—No, porque el cabrón es listo, y aunque logremos reducirlo por superioridad numérica...

—Lo sé, lo sé —interrumpió Lainier—, algún agente podría morir; pero nosotros tenemos una oportunidad. La excusa de siempre.

—Además, prefiero enviar a los mejores hombres a las otras salidas, por si acaso.

—Natch, Fresh y Bruns ya están detenidos. ¿Qué problema hay?

—Podría haber alguien más. Aparentemente, Kramer no llevaba encima nada donde se pudieran esconder seis muestras de sangre. Sí que podría llevar los datos del proyecto encima, pero lo de la sangre es dudoso. O se ha deshecho de ella o... se la ha dado a alguien más.

—Pero como no sabemos quién es ese alguien, puede estar jodido detenerlo.

—Lo más probable es que ya haya salido del planeta. Esconder sangre es fácil. Un cyborg podría meterla en un falso circuito circulatorio, y al no ser sospechoso de ningún delito, le sería más fácil pasar la mercancía.

Berllerak estaba en el aeropuerto militar. VanderHall le había ordenado traer el cañón de antimateria al aeropuerto civil por si acaso. La zona estaba despejada, salvo por la presencia de los policías, así que no había peligro, o eso esperaban.

El clon entró en la nave que transportaba la antimateria; se acercó a la parte trasera portando el cañón, un arma cilíndrica de tamaño similar a un bazooka y que se disparaba de modo parecido. Estaba provista de una pequeña pantalla en la parte trasera para controlar el funcionamiento. Berllerak abrió una gruesa compuerta metálica y la cerró tras de sí, quedándose en una cabina de tres metros cuadrados de base y tres metros de altura. Ante él había una pared metálica llena de controles, con una cavidad cilíndrica en el centro. El policía comenzó a pulsar botones.

—Carga de antimateria lista —dijo una voz de ordenador—. Introduzca cañón.

Berllerak obedeció, y conectó la parte trasera del arma al agujero de la pared. Se produjo un pequeño ruido, y de nuevo se escuchó la voz:

—Cañón cargado con medio miligramo de antiiridio. Duración de la batería: 72 horas. Recargue la batería o devuelva la carga de antimateria al almacén antes de 72 horas. No someta el arma a fuertes impactos. Mantenga el arma a una temperatura inferior a los 50 grados.

Berllerak sacó el cañón y se lo cargó al hombro.

Los clones llegaron al aeropuerto. Estacionaron en el parking exterior. Todo el lugar estaba rodeado de agentes, coches, motos y tanquetas. Natch se fijó en que Berllerak llevaba el cañón de antimateria. VanderHall se aproximó al Cuerpo de Asalto.

—Yo me quedo vigilando a estos dos —dijo, mientras se acercaba al coche donde estaban encerrados Fresh y Natch—. Podéis entrar cuando queráis.

—¿Seguro que está encerrado? —preguntó Lainier.

—Los operarios apagaron los ordenadores antes de evacuar, y por tanto no se pueden abrir las compuertas de salida. Los ordenadores tienen clave de acceso. Además, si pudiera irse, ya lo habría hecho.

—A no ser que esté esperando que entre la policía para tomar alguno como rehén y poder abandonar Marte.

—Razón de más para que vayáis vosotros.

—Mmm... nosotros no somos difíciles de atrapar —dijo Lainier frunciendo el ceño, en clara alusión al incidente con Natch.

—Errr... ya hablaremos de eso más tarde.

—¿Se le ha ocurrido que espera que vayamos precisamente nosotros para coger nuestro ADN? A lo mejor por eso no lo lleva encima. Se le habrá perdido o algo y querrá conseguirlo de nuevo...

—¿Vas a seguir divagando o vas a entrar?

—Voy a entrar —dijo Lainier. Después se volvió hacia sus compañeros—. Vamos a dividimos. Yo iré por la sección comercial. Night Rider por la zona de recogida de equipajes y las taquillas. El Kapitán y Tete por la zona de aduanas y compra de billetes. ElArtista y Berllerak se van a explorar las pistas de aterrizaje. Entre otras cosas, porque es una zona despejada, y así podrá apuntar con ese puto cañón con menos problemas; aunque espero que avise antes de hacerlo. ¡Moveos!

—¡Si ves que se sube a una nave, no dudes en disparar! —ordenó VanderHall a Berllerak mientras los clones entraban al recinto. Después se giró para hablar con Natch—. ¿Has visto la que has armado?

—La culpa es de Kramer y Bruns —dijo Natch sin inmutarse.

—La culpa es tuya por iniciar esto.

—No se me puede responsabilizar de todo.

—Ya veremos. No me fío de ti. Si esto es una trampa —dijo, en alusión a la operación en el aeropuerto—, lo lamentaréis.

El Cuerpo de Asalto comenzó a peinar el aeropuerto. Mientras tanto, aprovechando que VanderHall estaba pendiente de la entrada al recinto, Natch se tumbó y llevó sus manos a la suela del zapato, sacando el mando. Se volvió a sentar correctamente y accionó los botones.

A los pocos minutos de iniciar la exploración, el Kapitán y Tete creyeron ver algo moverse cerca de la zona de aduanas.

—Avisa a los demás y yo me acerco —ordenó Tete, apuntando con su pistola a la puerta metálica de una habitación de registros, que estaba entreabierta.

—Oye, ¿no sería mejor que fuera yo? Sé luchar mejor —sugirió el Kapitán.

—¿Me estás diciendo que no soy capaz de hacerlo?

—Yeh, macho, no me jodas... Solo digo que soy más fuerte. Tal como están las cosas, lo más probable es que te ataque por sorpresa en cuanto te acerques, y yo soy mejor dando hostias.

—Mira, yo soy bueno luchando, así que me da igual. Además, tampoco me va a tomar por sorpresa. Estoy bien preparado. Y te recuerdo que yo llevo un arma para el cuerpo a cuerpo muy eficiente. Tú no llevas, y encima tu arma de fuego es una escopeta. Es más difícil que le apuntes si se te echa encima.

El Kapitán no solía usar pistola. Llevaba una escopeta K16-H, fabricada por Cyborg Inc. Disparaba balas antiblindaje explosivas. Primero penetraban en el objetivo y después estallaban. Se usaba principalmente contra cyborgs. No era tan efectiva como un fusil láser, pero sí más fácil de usar. Se podía manipular sin problemas con un solo brazo.

—Podrás usar el arma si sobrevives al primer golpe, pero tienes menos aguante que yo —replicó el Kapitán—. Si es un thorn te va a patear el trasero, así que mejor que vaya yo delante y tú me cubras.

—Si seguimos discutiendo como idiotas va a escapar. Vamos a por él ya.

El Kapitán dudó un segundo y finalmente activó su intercomunicador. Tete tenía más rango, así que no podía hacer nada al respecto.

—Tete va a entrar en una sala de registro de la aduana. Hemos visto una sombra por aquí —dijo, mientras su compañero se acercaba sigilosamente a la habitación, agazapado y arma en mano, mientras sus ojos miraban en todas direcciones para prevenir ataques sorpresa.

El Kapitán también estaba apuntando. Al fin Tete llegó a la puerta, que se abría hacia fuera. Mala suerte. No podría recurrir al patadón. Por un momento pareció dudar. Al fin, en cuclillas, sujetó el pomo de la puerta blindada con la mano izquierda y le hizo una señal con la cabeza al Kapitán, que apuntó a la entrada. Tete se apartó hacia la izquierda sin dejar de soltar el pomo. El Kapitán levantó tres dedos. Comenzó a bajarlos. Cuando terminó, Tete estiró de la puerta y el Kapitán se preparó para lo que saliese, pero no salió nada. Dentro había una mesa y una silla. De la pared colgaba un

gran cuadro con el logo de la policía, y nada más. El Kapitán hizo una señal a Tete mientras se relajaba. Tete se acercó a su compañero, que volvió a hablar por el intercomunicador mientras proseguían la marcha.

—Falsa alarma —dijo.

En ese momento Kramer se abalanzó sobre los dos policías por detrás. Su primer ataque fue dirigido a los brazos, haciéndoles perder las armas. Inmediatamente después y sin darles tiempo a reaccionar, propinó un codazo al Kapitán en el rostro, haciéndolo caer al suelo, y pateó el de Tete con un rápido movimiento de su pierna derecha, derribándolo. Kramer intentó hacerse con la pistola de Tete, pero el Kapitán la golpeó con una patada, alejándola, mientras sacaba otra de su gabardina. Kramer salió corriendo en dirección al centro comercial mientras los policías se levantaban.

—Tú quédate vigilando esta zona por si vuelve. Yo voy a por él —dijo Tete recogiendo su arma—. ¡Y avisa a Lainier! —añadió mientras se alejaba a toda prisa.

—Lainier, el sujeto va hacia ti a toda leche —dijo el Kapitán por el intercomunicador—. No le he visto bien la cara, pero desde luego parecía un thorn.

—Recibido. Voy a cargármelo —contestó Lainier, recorriendo el centro comercial arma en alto. Tras buscar en la cafetería y la librería, llegó a la tienda de ropa.

—Tete —dijo por el intercomunicador—. ¿Por dónde te mueves? ¿Ves al tipo?

—Estoy en la tienda de souvenirs, y no le veo —respondió Tete—. Ten cuidado. No sé de dónde cojones salió antes.

Pero el Kapitán ya sabía cómo lo había hecho. Kramer había entrado en la sala de la aduana. Dentro de ella había un conducto de ventilación. El monstruo se había metido dentro y lo había ocultado colocando delante un cuadro que había en la pared. Cuando los policías se giraron, simplemente salió de su escondite.

Lainier entró en la tienda, de corte ciertamente pijo. Le recordaba al pasado de la Tierra. Era curioso como su gobierno permitía esas cosas en sus colonias. En La Tierra era imposible encontrar trajes de la marca snob Dom-Gerz, que tenía su sede en Neo World, un planeta lejano, y cuyos trajes eran producidos por niños que trabajaban a jornada completa por cuatro céntimos y en condiciones deplorables. Esos pensamientos le distrajeron y no vio la sombra que se cernía sobre él. Un golpe le hizo perder el arma, recibiendo un segundo en el costado. Contraatacó con una patada en el plexo solar de su enemigo, que se apartó hacia atrás. Al fin, pudo verle la cara, y comprobó que era una versión horrenda de sí mismo. Se quedó paralizado de la impresión, lo cual volvió a aprovechar Kramer para golpear las piernas de Lainier con un barrido. El clon cayó de rodillas y el enemigo le propinó un patadón en la cara. El líder del Cuerpo de Asalto quedó tumbado de espaldas contra el suelo sangrando por la boca, con el labio partido. Parecía derrotado, pero al acercarse Kramer le propinó una patada en los bajos, la segunda que recibía hoy.

—¡Aaaaag! —gritó Kramer mientras Lainier se incorporaba. Por desgracia, el clon estaba ya tocado por el ataque de Kramer, así que no pudo evitar que este le golpeará en el estómago con su pie derecho, lanzándolo fuera de la tienda. Tete se estaba acercando por un flanco y pudo ver cómo Lainier era arrojado.

—¡Lainieeeeeer! —gritó, corriendo hacia su compañero mientras apuntaba a la puerta.

Kramer no salía. Temiendo una trampa, Tete frenó su ritmo y se acercó más despacio. Su compañero aún respiraba, y las heridas no parecían graves, así que no tenía prisa. La tienda de ropa era un lugar bastante difícil de vigilar. Podían atacar desde cualquier recoveco. Por desgracia no tenía a nadie para cubrirle.

—Soy Tete. Ayuda. Estoy en la tienda de ropa —dijo por el intercomunicador—. Lainier está herido.

—Aquí Night Rider. Voy hacia allá —respondió su compañero.

Tete se mantuvo alejado unos metros de la puerta de entrada. Esta vez no la perdería de vista como antes. No sucedía nada y por un momento pensó en disparar a discreción, pero eso no solía ser eficaz, y quién sabe si quedaba algún inocente dentro. De repente el escaparate a la izquierda de Tete se hizo pedazos y Kramer pasó a través con una voltereta. Tete apuntó, pero Kramer le golpeó en la mano, volviendo a privarle de su pistola. Realmente el bastardo era rápido, pero Tete contaba con el arma que le había mencionado al Kapitán. Se fue hacia atrás, esquivando una patada del enemigo, mientras se llevaba la mano izquierda bajo la manga derecha. Ahí tenía escondida una muñequera metálica dotada de varios botones y de una bola del tamaño de una canica que salía de un agujero. Tete estiró de ella, extrayendo un finísimo cable. Kramer se agachó para recoger la pistola y se levantó rápidamente, pero Tete atrapó su muñeca con el cable, seccionándole la mano derecha, que cayó al suelo aún empuñando el arma. Kramer aulló de dolor. En ese momento Night Rider llegó al lugar acercándose por detrás de Tete.

—¡Apártate que disparo! —exclamó, apuntando con su arma.

Tete así lo hizo, pero el criminal volvió a introducirse en la tienda.

—¡Cuidado! —advirtió Tete—. ¡Es muy rá...!

Pero no pudo acabar la frase, puesto que en ese momento el criminal volvió a atravesar un escaparate, apareciendo al lado de Night Rider. Sin embargo este se había hecho a un lado, así que el zarpazo solo le rajó la cara. La sangre cubrió el ojo izquierdo del hábil piloto, obligándolo a cerrarlo; pero pudo disparar a Kramer, quien se volvió a meter dentro y a recorrer el local a hurtadillas mientras Night Rider disparaba a discreción. La ropa y el inmobiliario quedaron destrozados, hechos jirones y astillas. Tete fue a recoger su arma, pero el criminal volvió a surgir. Esta vez ya estaba tocado. A pesar de que ya tenía todas las de perder no dudaba en atacar de nuevo, tal era su salvajismo. Intentó agarrar a Tete con ambos brazos a pesar de tener una sola mano. Este le esquivó y trató de atrapar el cuello de Kramer con su cable para decapitarlo, pero el monstruo le desgarró el brazo derecho con las garras y Tete se apartó. En ese momento Night Rider disparó a Kramer en el hombro izquierdo, y Tete recuperó su arma y le alcanzó en el omóplato. Al fin, el ser cayó al suelo, exhausto pero aún vivo.

—Lo tenemos. Venid —dijo Tete por el intercomunicador—. Tenemos dos heridos en el rostro.

Tete aplicó un torniquete en el brazo derecho de Kramer, mientras Night Rider vigilaba.

—Ese cabrón me ha rajado la cara... —se quejó Night Rider, llevándose la mano izquierda al ojo, que aún mantenía cerrado—. Estoy sangrando como un cerdo... mierda...

—¿Tienes el ojo bien? —preguntó Tete mientras aplicaba primeros auxilios a Lainier.

—¿Qué quieres, que lo abra para que se me caiga? —replicó enfadado Night Rider, mientras la sangre no paraba de brotar.

—Hombre... si te lo hubiera jodido te dolería un webo.

—Nunca se sabe. Algunas heridas en caliente no duelen.

—¿Cuántas heridas graves has recibido, macho? ¿Qué sabes tú de heridas y dolor?

—Tengo un preciso conocimiento de cómo causar intenso dolor al cuerpo humano. Precisamente por eso yo no abro el ojo hasta que venga Berllerak, que es médico.

—Pues yo creo que deberías abrirlo no sea que se te esté pegando la sangre al ojo y después haya que cambiártelo. Debería lavártelo.

—¿Pero qué gilipolleces dices, nano? ¡Que yo no abro esto, hostia!

Al fin llegaron todos. Berllerak se acercó a Lainier.

—Aparta ese jodido cañón de antimateria de mí —bromeó Lainier, que había recuperado la consciencia.

—Na, si esto es totalmente seguro —afirmó Berllerak, dejando las armas en el suelo. Comenzó a examinar a su compañero—. Tres costillas rotas. Hematomas en las piernas. Labio partido. Na, tas de puta madre.

Berllerak le aplicó un desinfectante en la herida y le puso una gasa. Vendó las costillas. Después le inyectó 10 miligramos de Devial, un fármaco anestésico.

—Ala, con esto vas que te matas —dijo Berllerak. A continuación se acercó a Night Rider—. Ahora veamos a este tipo.

—Tío, me han rajado la puta cara —se quejó Rider—. ¿Cuánto cuesta la operación de estética? ¿Si me la hago la paga el seguro de la policía o algo así?

—¿De qué seguro hablas? El seguro no cubre esta mierda. Cyborg Inc. tiene tejidos de repuesto, pero solo los usan si es necesario. Deja que mire... —ordenó Berllerak mientras examinaba la cara de Night Rider—. Menuda raja. Comienza arriba, baja atravesando el ojo y casi llega al labio... ¿Te duele el ojo? Lo más probable es que esté destrozado...

—Oh, mierda, no me jodas.

—Abre.

—No me jodas, tío.

—Que abras, coño.

Night Rider abrió el ojo.

—¡Hostia, puedo ver!

—Que suerte tienes... —dijo Berllerak mientras desinfectaba la herida. Después sacó hilo y aguja y comenzó a coser la cara de Night Rider.

—¡Ouuch! ¡¡Usa anestesia, hostia!!

—Bah, mariconás... —dijo Berllerak mientras continuaba cosiendo—. Recibirás heridas más graves a lo largo de tu carrera y no tendrás calmantes a mano.

—Jodido matasanos...

—Esto ya está, aunque te quedará cicatriz. Y ahora vamos a ver al cachondo ese que os ha dejado hechos unos zorros —dijo volviéndose hacia Kramer, que yacía en el suelo—. ¡Vaya, que feo es el condena! ¡Realmente se parece al Lainier!

El monstruo se retorció de dolor en el suelo mientras los clones le apuntaban con sus armas.

—Francamente, este tipo también está hecho mierda. Solo tiene una mano. ¿Como cojones le pondréis las esposas? —preguntó Berllerak a los presentes mientras inyectaba 25 miligramos de Devial al monstruo, que era sujetado por el Capitán y ElArtista.

—Joder, macho —dijo Tete—. Tú te ahogas en un vaso de agua —Tete activó el artilugio de su muñeca, extrayendo el cable; pero en vez de surgir el cortante, apareció uno ligeramente más grueso, que usaba normalmente para estrangular. El cable estrangulador era hueco: por dentro ocultaba el cable cortante, y Tete podía seleccionar uno u otro según cómo pulsara la bola del extremo. Se acercó a Kramer y le ató los brazos al cuerpo. Pulsó un botón del aparato y el cable se separó de este—. Ala, marchando.

—Señor, tenemos al sujeto —informó el Capitán por el intercomunicador.

—¿Ha habido bajas? —preguntó el comisario.

—No, señor. Solo dos heridos de carácter leve...

—Hombre, tanto como leve... El Lainier está pal arrastre —observó Night Rider.

—Esperamos instrucciones, señor —dijo el Capitán.

—¿Instrucciones? ¡Traedlo aquí! —ordenó Thomas.

—Uh... claro.

El Cuerpo de Asalto sacó a Kramer. Se acercaron con él hasta VanderHall. Aprovechando de nuevo que el comisario estaba pendiente de sus hombres, Fresh volvió a pasar los brazos por debajo de sus piernas.

—Joder —dijo el comisario, contemplando a Kramer—. Llev...

El sonido de una tanqueta moviéndose interrumpió a VanderHall. Era un vehículo blindado con capacidad para cuatro personas, con dos cañones láser, y capaz de emprender el vuelo, incluso por el espacio; aunque no podía saltar al

hiperespacio. Era el vehículo más moderno que tenía la policía de Marte. Los clones se giraron y vieron cómo la tanqueta se precipitaba hacia ellos, mientras apuntaba. Los clones se apartaron. La tanqueta disparó contra la puerta trasera derecha del coche donde estaban Fresh y Natch, dañándola. Natch la golpeó con ambos pies y esta cayó al suelo. La tanqueta se puso al lado, manteniendo a raya a los clones a disparos, mientras otro vehículo policial daba vueltas en círculo alrededor, impidiendo que los policías tuviesen un buen ángulo de tiro. Los clones lograron esquivarlo. Fresh intercambió su asiento con el de Natch mientras este continuaba pulsando botones y controles direccionales. La cabina de la tanqueta se abrió, dejando al descubierto al sorprendido conductor, que estaba intentando recuperar el control del vehículo, y a su único acompañante, un policía que al ver cómo Fresh se precipitaba sobre él, trató de sacar su arma; pero el clon le golpeó con ambos puños y lo arrojó fuera. El conductor intentó a su vez deshacerse del atacante, pero Fresh le agarró y también lo echó fuera del vehículo. Ocupó el asiento del conductor y tomó el control de los cañones, disparando en varias direcciones; aunque sin intención de matar. Los agentes se cubrieron. El Cuerpo de Asalto estaba más cerca, pero rodaba por los suelos, tratando de no ser alcanzado por el coche que daba vueltas. Finalmente el Capitán decidió librarse del coche disparando con su escopeta. Los proyectiles explosivos destruyeron el motor, y el vehículo cayó al suelo. Sin embargo Natch también había subido a la tanqueta, y Fresh la dirigió contra Berllerak. A pesar de tener las manos esposadas podía conducir, ya que el cambio de marchas era automático. Berllerak esquivó, pero Fresh dejó por unos instantes el volante, permitiendo a Natch controlar temporalmente el vehículo, y aferró al policía, introduciéndole en la tanqueta. La cabina se cerró y corrieron hacia el interior del aeropuerto, mientras recibían diversos impactos de láser.

—¡Tienen a Berllerak! —gritó Lainier.

—¡Es peor que eso! —exclamó VanderHall—. ¡Tienen la antimateria!

Varios agentes, incluyendo al Cuerpo de Asalto, subieron a los coches y persiguieron a los fugitivos, mientras que otros se quedaron fuera.

La tanqueta atravesaba el aeropuerto, llevándose por delante todo lo que encontraba a su paso. Fresh apuntaba a Berllerak con una pistola que había cogido del interior del vehículo.

—Vuela las compuertas —ordenó Fresh.

—Muerto no te sirvo —dijo Berllerak.

Fresh noqueó al policía y se hizo con el cañón.

—¡Espero que sepas usarlo! —exclamó Natch.

—¡Seguro que manejar ese mando con las manos a la espalda es más jodido! —afirmó Fresh mientras la cabina se abría.

—¡Dispara desde la salida a la pista! ¡Después retrocederé! —ordenó Natch, mientras detenía el vehículo entre las puertas de cristal de la salida, al tiempo que se escuchaba el sonido de varios vehículos aproximándose por detrás—. ¡Aún así, podríamos volar en pedazos!

Fresh apuntó con el cañón y disparó el proyectil, que voló hacia las compuertas que daban al exterior de Marte. Era un misil autopropulsado de medio metro de longitud y quince centímetros de diámetro, dotado de una cámara electromagnética para contener el antiiridio, un elemento muy denso, lo que permitía usar más masa en menos espacio, ideal para el pequeño tamaño del proyectil, un prodigio de nanotecnología creado por Helio. Tenían solo unos segundos para apartarse antes de que alcanzase el objetivo. Natch dio marcha atrás mientras se cerraba la cabina.

—¡Que viene! —afirmó Lainier, al volante de uno de los coches. La tanqueta de Natch golpeó contra varios vehículos. El misil impactó contra el cristal. Se produjo un destello cegador. Incluso Lainier, tras sus gafas, tuvo que cerrar los ojos. Los vehículos fueron parcialmente alcanzados por la explosión, siendo desplazados ligeramente y sufriendo daños en la carrocería. La pista y todo el cristal que la rodeaba había desaparecido. El aire y los escombros comenzaron a ser succionados al exterior. Fresh se puso a los mandos y arrancó, poniendo rumbo al espacio.

—¡Sellad la zona! —ordenó VanderHall mientras los agentes sacaban sus vehículos del aeropuerto. La tanqueta era el único capaz de viajar por el espacio, así que no podían seguirla—. ¡Avisad a las patrullas espaciales!

—No hay señal —dijo Lainier, intentando usar el móvil o el intercomunicador—. El amplificador más cercano está precisamente aquí en el aeropuerto. La explosión lo habrá jodido.

—¡Mierda! ¡Maldita tecnología atrasada de las colonias! ¡Inténtalo una y otra vez! ¡Nos acercaremos al amplificador más cercano!

Mientras tanto, Fresh registró a Berllerak, quitándole dos viales de Nazherac, un suero de la verdad desarrollado a partir de una planta alienígena, más rápido en hacer efecto y más eficaz que los antiguos sueros como el pentotal sódico; aunque no era infalible y el interrogatorio normalmente tenía que ser acompañado de tortura para aumentar la efectividad. Los clones eran resistentes y necesitaban una dosis doble. Fresh se la inyectó a Berllerak. Tardaría unos minutos en hacer efecto.

—¿Funciona? —preguntó VanderHall.

—Sigo sin línea —respondió Lainier.

—¿Nadie tiene línea?

—No —fueron respondiendo todos los agentes.

—¡Mierda! ¡Ya deberíamos!

—¿Es posible que Natch haya jodido algunos amplificadores? —conjeturó Lainier.

—Es posible. ¡La culpa es tuya, por no registrarlo!

—Se me pasó. Tenía prisa.

—¡Es obvio que él quería que tuvieras prisa!

—Pues sí.

—¡Ahora tendremos que comprobar todos los vehículos de la comisaría de Natch, a ver cuántos tienen control remoto! ¡No quiero más sorpresitas!

—La tanqueta no tenía control remoto de por sí. La debe haber modificado. No puede haber alterado muchos más vehículos, porque lleva mucho tiempo y habrían sospechado. En cualquier caso, alguien tuvo que modificar el vehículo. ¿Un mecánico de la comisaría, sobornado? ¿O quizás la llevó a ese garaje donde estuvimos encerrados y usó a algún contacto?

—Ya veremos. Interrogaremos a los mecánicos del barrio bajo.

Mientras, Natch y compañía abandonaban la atmósfera marciana. La nave patrulla más cercana al planeta se dirigió a la tanqueta por radio.

—Identifíquese —ordenó el oficial de la nave patrulla.

—Agente del Cuerpo de Asalto Clon. Nombre clave Berllerak. Contraseña 67439 —dijo Natch. Se preguntaba si la información que había proporcionado Berllerak era correcta. Hacía segundos que lo acababa de interrogar y no había tenido tiempo de torturarlo un poco para asegurarse. Por supuesto, Fresh podría haber perdido tiempo, dando vueltas en el aire o tratando de ocultarse en algún cráter; pero tenían prisa. Sin duda ya habrían salido tras ellos.

—Puede pasar —dijo el oficial.

—Voy a subir a bordo —dijo Natch—. Preparen un caza en la entrada del hangar.

—Sí, señor.

Natch esperó que no fuera una trampa, pero aún tenía un rehén. Finalmente la cosa se había complicado y no había tenido más remedio que hacerlo. Se acercaron a la nave patrulla. Era grande, con capacidad para diez personas. En el hangar habían cinco cazas. El aspecto de estos estaba basado en los del siglo XX, pero con un diseño más moderno y estilizado, con forma de punta de flecha, y por supuesto, con tecnología punta. Uno había sido preparado para los clones. La tanqueta se posó a su lado. Dos agentes esperaban a Berllerak, pero Fresh los hirió en piernas y brazos con los láseres del vehículo. Natch y él salieron y subieron al caza mientras los agentes pedían auxilio, pero los clones abandonaron la nave rápidamente, saltando al hiperespacio y desapareciendo. Los agentes atendieron a Berllerak y avisaron a todos los demás, con excepción del Cuerpo de Asalto y el contingente de la comisaría este. Parecía que la línea era defectuosa.

Cuando Berllerak despertó, estaba tumbado sobre una camilla de la clínica de la Comisaría Norte de Valencia. Sus compañeros lo rodeaban, incluido el comisario.

—¿Resumen de la situación? —preguntó Berllerak mientras se incorporaba y buscaba sus ropas, puesto que estaba vestido con un bata blanca.

—Natch y Fresh escaparon —informó Thomas—. Bruns y Kramer fueron detenidos, al igual que un mecánico de coches especializado en tuning electrónico, que modificó tres tanquetas, diez coches y veinte motos de la comisaría de Natch. Lo fue haciendo a lo largo de varios meses, así que nadie sospechó nada. También alteró unos cuantos amplificadores cercanos al aeropuerto, listos para petar en cuanto Natch diera la orden. Tenemos otros pocos detenidos más, pequeños delincuentes sospechosos de tratar con Natch, como el tipo del pub; pero de esos sacaremos aún menos.

—¿Y el Genoma 3?

—Ni rastro. Kramer no llevaba nada encima, excepto un mando de control remoto, que al final resultó no servir para nada. Puede que Natch le diera el cambiazo. Y quizás también tuviera el proyecto oculto en las botas —el comisario miró de reojo a Lainier tras pronunciar la frase. Aunque Night Rider también se había despistado al no registrar a los detenidos, las culpas recaían sobre Lainier por su condición de líder.

—Dijo que lo había perdido —dijo Lainier—. Creo que dice la verdad.

—¿Ah, sí? —preguntó VanderHall, girándose hacia Lainier, furioso.

—Si tuviera el proyecto, nos lo habría comunicado, solo para restregármelo por la cara.

—Pues cuando cogimos a Bruns tampoco llevaba nada encima. Dudo que se hayan deshecho del material. Lo debe tener alguien más.

—¿Van a mantener militarizado el planeta? —preguntó Berllerak.

—Pues no, porque la gente se haría preguntas —respondió Thomas—. Tendremos en alerta constante a la policía durante un tiempo y ya está. En mi opinión, quienquiera que tuviera la mercancía se piró mientras nosotros perdíamos el tiempo con Natch y compañía. De todas formas, estamos interrogando a Bruns y al bicho ese. Hemos reunido pruebas contra ambos y les estamos presionando. Algo sacaremos.

—O no... —musitó ElArtista a espaldas del comisario.

Tras una hora de interrogatorio a Bruns, el comisario entró en la sala de reuniones con semblante serio y dando un portazo. Los clones esperaban sentados tranquilamente.

—No he sacado nada —dijo Thomas.

—¿Ve? Si ya se lo decía yo... —señaló ElArtista.

—Con todos mis respetos, comisario... —comenzó a decir Night Rider—, usted no tiene ni zorra de interrogar...

—¡No me faltes al respeto! Si que tengo, pero he de agotar la vía oficial —replicó VanderHall—. Yo no puedo

interrogar como tú.

—Ah, ¿entonces yo sí que puedo? —preguntó Night Rider sonriendo malévolamente.

—Eh... teniendo en cuenta que la situación es crítica... será mejor que pases tú, pero que no se te vaya la mano.

—Pero podría írseme un pie —dijo Night Rider, tratando de contener la risa.

—Eh... no quiero tener problemas con los de derechos humanos como la última vez.

—Yo no tengo la culpa de que el tipo se rompiera el brazo al intentar agredirme. Fue defensa propia. Es que no sé que absurdo giro hizo el cabrón con él, que mira, se lo partí. ¡Culpa suya, comisario! ¡Si es que van como locos!

—Ya, ya, pero digo que seas más... limpio. Cuidadoso.

—Ya. Ahora yo tendré la culpa también de las manchas de sangre. Mire, ¡el tipo ese estaba grillao! ¿Pues no va y se muerde el labio y se pone a escupir sangre por toda la sala, el muy guarro? Si es que se lo repito, ¡van como locos! Como lo-cos.

—Ya basta, Rider. Que no estás hablando con la prensa. He dicho que seas más limpio. Es una orden mía y del gobierno. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Bien, adelante...

—¿Desde cuando nos dedicamos a este tipo de cosas? —protestó Lainier.

—¡Cállate! ¡Esto es una situación de emergencia! —exclamó el comisario—. Ya que no hay más remedio, pues a por los métodos expeditivos...

—No pasa nada, Lainier —dijo Rider, enfundándose unos guantes de cuero negro—. Ya lo has oído. Seré limpio.

Lo que en realidad significaba, simplemente, que no iba dejar marcas.

VanderHall se retiró y Night Rider se dirigió a la sala de interrogatorio donde estaba confinado Bruns. La habitación no poseía el típico espejo de vigilancia, aunque se podía ver lo que sucedía en el interior a través de un visor en la puerta, que de todos modos podía ser cerrado desde dentro. En el interior de la estancia solo había una mesa y dos sillas metálicas, colocadas junto a la mesa una frente a la otra. Bruns permanecía sentado y esposado. Una cámara de seguridad colgaba de una esquina.

—Váyase de aquí que no hay problema —ordenó Rider al guardia de la entrada, quien obedeció. El clon entró en la sala, cerró la puerta suavemente y después el visor; caminó lentamente hacia la cámara de seguridad, para comprobar si VanderHall la había desconectado. Así era, pero por si acaso, desconectó el cable. Después, siempre con deliberada parsimonia, se dirigió hacia la silla vacía y se colocó tras ella, apoyando sus manos en el respaldo.

—Te voy a matar —dijo.

—¿¿Qué?? —gritó Bruns.

—Ya me conoces, Bruns. Venga, habla —Night Rider avanzó un poco, colocándose a la izquierda de la silla. Sacó de un bolsillo una grabadora y la dejó sobre la mesa.

—Tú... a mi no me puedes hacer esto.

—Habla, hombre...

—No sé nada de nada. Y no me asustas. Puede que amedrentes a los vulgares rateros, pero a mí...

Antes de que pudiera acabar la frase, la silla de Night Rider impactó contra la cabeza de Bruns. El movimiento había sido de una rapidez asombrosa. El detenido cayó al suelo con una gran herida en la parte izquierda de la cara, que sangraba profusamente. Night Rider se acercó y apartó la silla con el pie.

—¡¡¡Aaaaarg!!!—exclamó Bruns. Había perdido tres dientes y su mejilla estaba abierta.

—Has tenido suerte —dijo Night Rider con tono serio—. Si no fueras un clon, quizás tendrías una conmoción cerebral. Claro que entonces no podríamos continuar... En fin... confíesame tus pecados, hijo mío...

—Me... contrataron...

La bota de Night Rider impactó contra el estómago de Bruns.

—¡Cooff! —el detenido tosió, expulsando sangre.

—¡Imbécil! ¡Espera a que conecte la grabadora! —Night Rider la puso en marcha—. Dios... esta juventud me pone enfermo... ¡Ya puedes empezar, tío!

—Mercenarios... de Neo World... me prometieron cien millones... por... entregarles... el proyecto... y las muestras... Me dieron un millón por adelantado... Pero también querían saber si el sistema era efectivo antes de comprarlo, así que realicé la prueba más difícil, la mutación híbrida... Mezclé el ADN de Lainier con el de otro que me dieron los neos... de un gran guerrero de Thornia... Kramer estaba metido en esto conmigo, pero... me traicionó... se fue con todo... y me dejó tirado...

—¡Serás maricón! ¿A quién coño teníais que darle la mercancía?

—A... un cyborg... Teníamos fijada la hora de entrega unos minutos después de que se completara el proceso... Iba a venir a la casa... pero todo se jodió.

—¿Quién mató a Lindelof?

—El cyborg dijo que se encargaría de él, pero no le vi hacerlo.

—Ya puestos... ¿fuiste tú quien avisó a la policía de que estábamos en peligro?

—Sí...

—¿Y fuiste tú quien le dijo a la poli que Natch y Fresh corrían por Marte esposados?

—No... supongo que fue Kramer. Yo no tuve tiempo, me cogieron en la urbanización...

—Mmm... cierto. Veamos... hay algo que no me cuadra... ¿por qué iban a fiarse los neos de Kramer, si tú no le

acompañabas? ¿No se temieron un timo?

—¿Pero... qué timo? Kramer era la prueba viviente de que la cosa funciona... Yo no hacía falta para nada...

—Nonono... esto no tiene sentido... a ver... Deberían habérselo llevado con ellos para comprobar su ADN y asegurarse de que el proceso era auténtico... pero Kramer iba por su lado... Esto no me cuadra... Aunque quizás, al liarse todo, no encontraron forma de sacarlo de Marte. Mmm... ¿quizás rompieron el pacto y lo dejaron tirado? ¿Le robarían el proyecto antes? Bueno, da igual. Te dejaré aquí tirao. Me piro a consultar con la peña. Ahora vendrá un amable señor con un ordenador para que le ayudes a hacer un retrato del cyborg ese. Sé bueno.

El policía conectó de nuevo la cámara y salió de la sala, cerrando la puerta tras él. Pasó al lado del guardia, que estaba tomándose un café, de pie en una esquina, y sin detenerse le dijo, mientras señalaba con el pulgar hacia atrás:

—Llama a un médico, que el muy mamón se ha autolesionado dándose un cabezazo contra la mesa. Y que entre un informático de Identificación.

VanderHall se acercó a Rider. Acababa de ver por la cámara de vigilancia a Bruns tumbado en el suelo sangrando.

—Te dije que fueras limpio —dijo.

—He sido limpio —replicó Rider—. ¿Acaso me ve manchado?

VanderHall no dijo ni pío. Rider y el comisario regresaron a la sala de reuniones. El feroz interrogador expuso el tema a sus compañeros.

—Bien, parece claro que Kramer debería haberse fugado con el cyborg ese —dijo Lainier—, pero quizás nunca llegó a venderles el proyecto. Quizás se acojonaron por todo el jaleo montado o simplemente decidió no tratar con ellos.

—Yo pensaba algo parecido —dijo Rider.

—Yo descarto que no quisiera cerrar el trato —dijo ElArtista—. Porque entonces, ¿dónnde coño ha dejado la mercancía? ¿Se la metió por el culo? En ese caso, conmigo no contéis para registrarlo...

—Francamente, quedan pocas esperanzas de que la mercancía no haya salido del planeta —se lamentó Lainier.

—En vez de especular... ¿por qué coño no hablamos con él y ya está? —preguntó Night Rider—. Le puedo sacar la información como a Bruns...

—Ya, pero antes más vale que sepamos qué le vamos a preguntar y qué le vamos a decir —dijo Lainier—. Ya sabes, el típico método de liar al detenido...

—Yo prefiero hostiarlo —dijo Night Rider.

—No, no puedes —señaló VanderHall—. Tuve que enviar a Kramer al hospital, y los médicos lo tienen en observación. No puedes tocarle ahí.

—¿Y cuando salga?

—No lo sé. Probablemente el juez ordene su traslado a una institución mental... Tendríamos que hacerlo durante el traslado... Pero nos acompañarían médicos... buf... lo veo mal.

—¡Pero yo debo hostiarle! ¡Jooooderrr!

—Bueno, ya pensaremos en algo más adelante. De momento esto es todo. Retiraos. Os informaré cuando tenga algo sobre el cyborg.

Los clones abandonaron comisaría y regresaron a sus hogares.

IV EN CORONA

Kramer tardó quince días en ser trasladado a una institución mental, donde se le sometería a observación. Normalmente se le habría dado el alta mucho antes, pero los doctores estaban desconcertados ante su fisiología híbrida, con lo que se vieron obligados a estudiarlo. El criminal también había heredado la capacidad regenerativa de los thorn, y su mano derecha le estaba comenzando a crecer de nuevo. VanderHall trató de interrogarle por las buenas, pero no pudo sacarle nada. Aún tenía que interrogarle por las malas, pero no podía mientras estuviera en una institución mental. Se le ocurrió montar una operación del Cuerpo de Asalto para sacar a Kramer de la clínica, pero semejante acción podría causar víctimas inocentes, así que de momento lo dejó correr. En cuanto a Bruns, fue encerrado sin posibilidad de fianza en Nueva Alcatraz, un satélite-prisión creado para los presos más peligrosos de la Tierra, a la espera de juicio. Se parecía a una réplica metálica de Saturno en miniatura. Una esfera de cinco kilómetros de diámetro, con un anillo de un kilómetro de grosor, alejado un kilómetro de la esfera central y sujeto a ella por un eje horizontal y otro vertical de medio metro de grosor. La esfera central albergaba las prisiones. El anillo contenía los aposentos de los funcionarios, que pasaban a la esfera a través de los ejes. Era la prisión más segura de La Tierra.

Por supuesto, el interrogatorio a los delincuentes que trataban con Natch fue infructuoso. Solo se logró obtener la imagen, grabada por el sistema de vigilancia del aeropuerto civil de la colonia alemana, del que parecía ser el cyborg buscado, un modelo completamente mecánico, en color plata. Había abandonado el planeta una hora después que Kramer. Para entonces las colonias habían sido alertadas, y los registros eran exhaustivos y minuciosos; pero no se le encontró nada sospechoso. Desconcertante. Eso quería decir que quizás Kramer había entregado el proyecto a una persona desconocida por Bruns, y que había salido del planeta antes que Kramer, quizás pocos minutos antes de que comenzara el jaleo en el aeropuerto. Quizás esa persona misma había puesto sobre aviso al fallecido vigilante que dio el alto a Kramer, mientras él salía del planeta tranquilamente en un vuelo regular. Pero si esa persona logró salir antes que Kramer, ¿por qué el cyborg lo hizo después? ¿A qué esperaba? La hipótesis era que Kramer había cerrado un trato con alguien distinto a los mercenarios neos, probablemente porque pagaban mejor. El mercenario neo habría esperado hasta el último momento para hacerse con la mercancía, hasta comprobar que no tenía nada que hacer.

Dos meses después del ingreso de Kramer en la clínica, los clones recibieron una nueva misión. VanderHall los convocó en la sala de reuniones.

—Tengo que hablaros de algo importante —dijo—. Está relacionado con el estado de Corona.

—Yo no he sido —dijo ElArtista, sonriente.

—Esto no tiene que ver contigo.

—Vale. Pero de todas formas, yo no he sido.

—Nuestros espías en el país dicen que el presidente Strauss está ultimando un arma secreta y que estará acabada en pocos días. Cuando eso ocurra estallará la guerra entre Corona y cualquier país elegido por ese bastardo. Me apuesto los webos a que es Estados Unidos, que para algo está al lado. Pero no creo que ese tipo se contente con el país vecino. Tiene aliados en todo el mundo. No naciones, pero sí organizaciones. Esto puede provocar una guerra a gran escala.

—Moooola... jujajajaja... —dijo ElArtista con voz siniestra y gutural mientras sonreía maliciosamente girando la cabeza en todas direcciones.

—¡Menos bromas! —gritó el comisario—. El gobierno central requiere vuestros servicios. Vais a introducir en Corona, vais a averiguar qué es ese arma secreta, y lo más importante... vais a detener a Strauss.

—¿¿Tú tas tonto?? —exclamó ElArtista con voz chillona.

—VanderHall, ¿ya tas borracho a estas horas de la mañana? —preguntó Lainier con voz cansada.

—¡Callad ya, hijos de perra! —aulló VanderHall—. ¡Vais a entrar en el puto país y vais a traerme a ese cabrón! ¡Es una jodida orden!

—Algún día se le va a salir la bilis por la boca... —advirtió Lainier mientras señalaba con el dedo al comisario.

—¡Silencio he dicho! ¡Atendedme!

—Oiga, nosotros atendemos... —dijo Berllerak—. Lo que ocurre es que cuando un cómico cuenta chistes, uno se ríe (o llora), y cuando uno dice estupideces, pues... pues eso...

—¡No olvidéis quiénes somos! —Tete se levantó de su asiento—. ¡Somos la élite! ¡Debemos ocuparnos de estos casos!

—Eso es —dijo VanderHall mientras Tete volvía a su asiento—. ¡Debéis obedecer! ¡Es vuestro trabajo, maldita sea! ¡Si no lo hacéis, estamos perdidos! ¿No os dais cuenta?

—Yo nunca me doy cuenta de naa... —señaló el ElArtista.

—Pues yo te lo explico, Artis —dijo Lainier—. Los que mandan recurren al chantaje emocional para que aceptemos matar a Strauss.

—No he dicho que lo matéis, sino que lo detengáis, malditos sordos... —explicó Thomas.

—Sí, claro —dijo Lainier haciendo un gesto de desaprobación con la mano—. Como si realmente esperase que lo cogiéramos vivo... Vamos a hablar claro... al final tendremos que matarlo. Todo el ejército detrás nuestro... porque nos descubrirán, claro... Al final tendremos que deshacernos de él para poder salir...

—Tenéis permiso para ejecutarlo si hay problemas.

—Ya empezamos a hablar claro —dijo Lainier.

—¿Entonces podemos matarlo? —preguntó Night Rider.

—¡No es eso! —exclamó el comisario.

—Ah, ¿entonces qué es? —dijo Night Rider.

—Ya ves, Night Rider —dijo Lainier—. Al final no somos más que asesinos del gobierno.

—Bueno, yo no pongo pegas.

—Yo tampoco tengo problemas para cargarme al tipo ese —dijo ElArtista sonriendo—, pero exijo que se me pague un plus.

—Renuncio a razonar con vosotros —dijo el comisario.

—Yo también renuncié hace tiempo a razonar con nosotros —señaló Lainier irónicamente.

—¡Bueno, ya basta! ¡Esta noche iremos a una base que tenemos en la frontera de Texas con Corona! ¡Tras prepararnos y descansar, cruzaréis la frontera por la Aduana 7, ya que ahí tenemos infiltrado a un hombre! Una vez dentro del país, os dirigiréis al hotel Vikk de Piedras Negras, que en realidad es una base de la resistencia. Pediréis una habitación a nombre de Mark Friedman, y entonces os preguntarán “¿la habitación de la última vez?”, y responderéis “prefiero otra”. Entonces os conducirán a los líderes de la resistencia y bla bla bla... ¿Os habéis enterado?

—¿Tiene todo eso por escrito?

—Claro. Os acabo de mandar el dossier a los móviles.

—Tonces... ¿pa qué coño habla? —replicó Lainier, gesticulando con las manos.

—¡Silencio! ¡Recoged el equipo básico, que nos vamos!

—No tan deprisa. No tengo tres cosas claras —dijo Lainier mientras los clones se levantaban.

—Escupe.

—Primero: ¿por qué Estados Unidos no envía a sus propios hombres? Ellos también tienen clones.

—Sí, los tienen; pero aún no han constituido ningún Cuerpo de Asalto. Vosotros sois los primeros. Ellos no están acostumbrados a trabajar en grupo. Ya se han introducido varios hombres en el país, tanto clones como humanos normales; pero nos han pedido ayuda, y se la hemos otorgado. De hecho, también hay algún agente francés y no se descarta alguna colaboración más. ¿No veis que está en juego la estabilidad planetaria?

—De acuerdo. Segunda duda: nosotros no somos del servicio secreto. ¿Por qué demonios nos manda allá? ¿No nos van a reconocer? ¿Por qué no manda a otros?

—Aunque todo el mundo conoce la existencia del Cuerpo de Asalto, nunca se ha hecho publicidad de sus miembros, es decir, vosotros, y como acabáis de empezar, nadie os conoce aún. Vuestras caras son desconocidas para los medios de comunicación, así que aprovecharemos eso para enviaros, ya que creo que lo haréis mejor que cualquier grupo de agentes secretos. Por supuesto, puede que esta sea la primera y última vez que hagáis un trabajo de este tipo, porque lo más probable es que todo el mundo os conozca tras esto. También pasa lo mismo con otros clones que se han infiltrado en Corona, claro. Además... volvemos a la política. Se espera un gran éxito de vosotros. ¡Espero que lo ocurrido en Marte os sirva de experiencia!

—Bien. La tercera duda: ¿es prudente ir con ElArtista? ¿No lo reconocerán? Puede que a nosotros no, pero a él...

—Muy improbable. Se escapó de Corona hace nueve años, y los coronenses nunca averiguaron quién delató a Los Defensores de la Corona Universal. Bueno, puede que sospecharan que se tratara de su antiguo alumno fugado; pero no conocen su nueva identidad. Además, es necesario para esta misión.

—Ya... —murmuró Lainier dándose la vuelta.

“ElArtista es necesario porque sus métodos son expeditivos. Realmente nos envían a matar a Strauss”, pensó el clon.

Lainier estaba abriendo la puerta, pero volvió a cerrarla, girándose hacia el comisario. Observó a VanderHall con mirada inquisitiva y volvió a hablar:

—No se ande con rodeos. Es una majadería enviar a una misión secreta a un grupo público, por mucho que no haya aparecido en los medios de comunicación y haya intereses electoralistas de por medio. Sea franco... ¿nadie estaba dispuesto a aceptar este trabajo o qué?

—Nadie es demasiado bueno. Solo vosotros. Pero como he dicho, por desgracia esto solo podrá hacerse esta vez.

—Lo siento, no me lo trago. Pruebe otra vez.

—El que detenga o mate a Strauss se ganará la enemistad de una buena cantidad de militares extremistas, fanáticos y escoria similar. No solo de este planeta, sino quizás de otros, pues se dice que Strauss tiene lazos interplanetarios. Los agentes que hubieran participado, habrían estado en grave peligro tras la misión, y no estamos como para desperdiciar hombres. Además, vosotros ya sois un blanco predilecto para nuestros enemigos, así que participar en la misión no supondrá mucho más peligro. Por otro lado, creo que esos bastardos se lo pensarían dos veces antes de intentar atacar a un clon. Y además... es cierto que parte de los agentes en principio seleccionados para la misión mostraron sus dudas. Eh... de hecho se negaron a ir, pues lo consideraron una misión suicida. Podríamos haberlos expedientado, pero eso no solucionaba el problema: que no teníamos hombres disponibles. Además... podrían habernos llevado a juicio... y es probable que el juez hubiera dictaminado que su negativa a ejecutar las órdenes estaba justificada por haberles impuesto una tarea suicida... Por eso os escogimos a vosotros.

—¡Je! ¡Lo sabía! ¡Los humanos no quieren la puta misión, y nos la comemos nosotros! ¿Y si nos negamos?

—Expediente.

—¿Y si os denunciarnos por enviarnos a una misión suicida?

—Con clones no colará. El juez sabe de lo que sois capaces.

—Je. Pero podemos intentarlo. ¡Podemos presentar el caso de Marte como prueba de que no somos tan efectivos!

—¿Presumir de nuestra ineficacia? —preguntó Berllerak—. ¡Eso es un deshonor, Lai!

—Tienes razón —dijo Lainier, echando una ojeada a Berllerak—. Olvidalo. Pero podemos recurrir al juez de todos

modos.

—Lo dudo —replicó VanderHall—. Si unos clones denuncian a la policía, sí que saldréis en los medios de comunicación. ¿Es eso lo que quieres?

—Bah... Supongo que alguien tiene que hacer este trabajo asquerosito...

—Pues eso.

—Que le den —dijo Lainier, mientras volvía a abrir la puerta. Los clones abandonaron la estancia.

El Cuerpo de Asalto se preparó para el viaje. Tras leer el dossier, borraron el archivo. Viajaron a San Antonio, Texas, en vuelo regular para no levantar sospechas. Obtendrían armas y equipo a la llegada. Tras presentarse a los servicios de inteligencia estadounidenses y confirmar que el plan seguía en marcha, viajaron en coche hasta la base de la frontera, un pequeño chalet en una zona silvestre. Era ya de noche. Tras asegurar la zona, VanderHall abrió la puerta del garaje, que estaba lleno de diverso material armamentístico y técnico.

—¿Eso es para nosotros? —preguntó Lainier, contemplando el equipo desplegado sobre varias mesas—. ¿Acaso los resistentes no tienen una puta arma?

—Como estas no —explicó VanderHall—. Estas son de gama alta, y les escasean.

—Fusiles, pistolas, explosivos... —dijo Lainier examinando el arsenal con detenimiento—. Aquí hay de todo menos el vehículo... ¿Dónde está?

—Ahora lo traen. Es que no cabía en el garaje... —dijo VanderHall.

—Joder, ¡pues con toa la mierda que hay aquí, nos tendrás preparada una furgoneta!

—No seas gilí. Eso sería sospechoso. Llevaréis un coche de mierda. No podéis llevaros todas las armas que hay aquí, sino solo unas cuantas. Escoged las que os gusten y metedlas en maletas, una por cada uno de vosotros. Berllerak deberá llevar obligatoriamente un equipo especial. Ya recibiréis más material cuando lleguéis al hotel.

—¡Hey! ¿Me puedo quedar con esto cuando acabemos? —preguntó Lainier, cogiendo una Magnum Láser de color negro.

—Ya veremos —respondió VanderHall.

—Pues yo me pido esto —dijo ElArtista, examinando un cuchillo de combate vibrador. Las armas vibradoras eran capaces de vibrar a grandes velocidades para cortar con suma facilidad, y el ojo humano era incapaz de apreciar el movimiento. La vibración se activaba generalmente con un botón en la empuñadura, como era el caso.

Tras unos minutos un policía de paisano llegó con el coche, un descapotable rojo de gama baja, aunque muy amplio. Podían caber tres personas delante y otras tres detrás.

—Bien, ahí tenéis el transporte —dijo VanderHall.

—¿Vamos a ir en un descapotable? ¿Por qué? —preguntó Lainier, contemplando el coche sorprendido.

—Es el coche que espera el aduanero infiltrado. Además, iréis con la capota bajada.

—¿Tú te pinchas?

—No. Si fuerais cubiertos, al aduanero le sería más difícil determinar si hay algún enemigo dentro del coche, ya sabéis... agazapado en el asiento de atrás con una pistola, apuntándoos y diciendo: “seguid como si tal cosa”.

—Pero vamos a ver... ¿Supones que de aquí hasta la frontera, que apenas hay diez kilómetros, alguien nos aborde?

—Pues sí. Incluso puede que nos ataquen esta noche. Pueden obligaros a que les llevéis hasta la resistencia... Además, hay otra razón para llevar descapotable, y es que ninguno de los otros aduaneros sospechará de gente que va descubierta. Siempre se fijan más en las furgonetas, camiones y demás.

—No me jodas. Aún así, somos seis en un solo coche... Eso parece sospechoso.

—Pero sois jóvenes, así que pensarán que vais de juerga.

—Anda ya. Pensarán que somos el puto Cuerpo de Asalto. ¿No podríamos al menos dejar las armas? ¿Son realmente necesarias? Intentar pasarlas por la aduana es imposible si ese aduanero no es de los nuestros, y francamente, ese plan no me parece buena idea.

—Por desgracia el tiempo apremia, así que ya no podemos preparar otro —objetó VanderHall—. Además, te aseguro que con las armas de los resistentes no se puede planificar un ataque efectivo contra Strauss.

—¿Ataque? —preguntó Lainier en tono burlón, sonriendo—. ¿No habíamos quedado en que no nos enviaba para matarlo, sino para detenerlo?

—¡Oh, vamos, tú me entiendes!

—No, si le entendemos...

—¡Oh, sí! —añadió ElArtista, cargando un revólver.

Night Rider sonrió detrás de él, mientras desmontaba un fusil AK-47-L para meterlo en la maleta.

—¡Bueno, ya está bien! —gritó el comisario—. ¡Haced las maletas y a dormir! ¡Cuando os despertéis, vestíos con las ropas que encontraréis en los armarios de las habitaciones! ¡También encontraréis bolsas con estúpidos artículos de viaje! ¡Llevadlas a vuestro lado en el coche!

Así lo hicieron los clones. Tras armarse, descansaron toda la noche sin incidentes. Se levantaron a las nueve y media de la mañana y se vistieron con vulgares ropas de turista: camisetas holgadas, bermudas y gafas de sol, ya que era verano. Lainier cambió las suyas por otro modelo parecido, pero desprovisto de ordenador. Cogieron las bolsas de viaje, cargaron el coche y se subieron en él. Night Rider conducía, como de costumbre. A su izquierda iba ElArtista y en el otro extremo Tete. Detrás de Night Rider se sentaba Lainier. A su izquierda estaba Berllerak, y al otro extremo el Capitán. VanderHall se les acercó antes de partir.

—El contacto es un tipo rubio con el pelo corto y medio calvo, de ojos marrones y de unos cuarenta años —explicó—. Francamente, no podemos ser más explícitos. Fue introducido por la resistencia, es decir, desde dentro del país, no por nosotros. La resistencia consiguió hacernos llegar el mensaje, pero no pudo mandar foto del tipo. Lo cual es lógico. Si los coronenses lo hubieran interceptado, sabrían su aspecto exacto.

—Bien. ¿Algo más? —preguntó Lainier.

—Nada. Partid y suerte.

Night Rider arrancó el coche. VanderHall subió la puerta del garaje. Los clones partieron rumbo a Corona.

A las diez de la mañana llegaron a la aduana 7 en el descapotable. Había diez aduanas en total, vigiladas con puestos de mando blindados. Al otro lado podía verse un buen número de militares.

El presunto agente infiltrado se les acercó. Parecía concordar con la descripción. Llevaba gorra, así que no se podía apreciar si era o no medio calvo; pero su pelo era corto y rubio. También portaba gafas oscuras, por lo que no podían comprobar el color de sus ojos. Eso sí, los clones no dudaban de que efectivamente rondaba los cuarenta, tal y como les había explicado el comisario.

—Documentación —solicitó el aduanero.

—Aquí tiene —respondió Lainier, entregando documentos falsos.

—Mmm... —el aduanero se quedó pensativo un momento, frunciendo el ceño. Echó una ojeada a los clones y al coche—. ¿Para qué vienen a Corona?

—Turismo —respondió Lainier sin inmutarse.

—Ya...

El aduanero les devolvió la documentación.

—Abran las bolsas —ordenó.

Los clones obedecieron. Abrieron sus bolsas. Cámaras de fotos. Una de vídeo. Condones. Tonterías. El aduanero examinó el material detenidamente.

—Pueden guardarlo —dijo, devolviéndolo. Los clones dejaron todo en su sitio—. ¿Pueden abrir el maletero?

—Claro —dijo Lainier.

¿Qué otra cosa iba a hacer? Haberse negado hubiera sido el fin, pues habría atraído la atención de otros aduaneros. Solo podía esperar que este fuera realmente un agente de los suyos. Lainier salió del coche, mientras intentaba averiguar si el acento coronés del tipo era auténtico o ese no era su idioma nativo. También se acordó que ni siquiera sabía si el infiltrado era coronense o no, con lo cual todo era inútil. Finalmente, llegó al maletero y sacó las llaves. El aduanero estaba a su lado. Night Rider bajó la mano derecha, rumbo a su pistola, escondida bajo el pantalón. Pronto el resto hizo lo mismo, de uno en uno, para disimular. Lainier abrió el maletero.

—Abra esa maleta —ordenó el aduanero, aparentemente señalando una al azar, puesto que todas eran idénticas.

Lainier puso la maleta de pie. Abrió los pestillos. El sonido del metal puso en alerta a los clones, dispuestos a atacar a la mínima sospecha. Por fin, Lainier abrió la maleta, ante los atónitos ojos del aduanero, que se quedaron abiertos como platos. Lainier no podía verle los ojos debido a las gafas, pero el arquear de cejas resultó evidente.

“Ya está... aquí palmamos todos”, pensó Lainier para sus adentros. Sin embargo el aduanero se relajó y dijo:

—Pueden irse. Que tengan una feliz estancia.

—Gracias —dijo Lainier mientras cerraba el maletero y ocupaba de nuevo su asiento. Los demás respiraron aliviados. Night Rider arrancó el coche y cruzaron la frontera, dirigiéndose al hotel.

—Ahora, hay que asegurarse de que nadie nos siga —dijo Lainier.

Pasaron por un gran bosque montañoso. La circulación era fluida y nadie parecía seguirlos. Pararon un momento para buscar localizadores en el coche o en ellos mismos, por si acaso. Al cabo de media hora llegaron a la ciudad de Piedras Negras y se dirigieron al hotel. Aparcaron en una calle cercana. Lainier se apeó del coche y se dirigió a sus compañeros:

—Voy a hacer tol lío ese. Vosotros esperadme aquí.

—Date prisa no venga un guardia —dijo Berlllerak.

El hotel tenía cincuenta plantas. Por fuera era de color gris oscuro. En el interior predominaba el gris claro. Lainier entró al hotel y se dirigió al mostrador. Un hombre de unos treinta años, moreno, y vestido de chaqueta atendía allí.

—Buenas tardes —dijo Lainier—. Quería una habitación.

—¿A nombre de quién? —preguntó el recepcionista.

—Mark Friendman.

—¿La habitación de la última vez?

—Prefiero otra.

—Comprendo... Tenemos una habitación especial... ¡Joey! —exclamó el hombre, llamando a un joven botones, que se acercó raudo—. Tenemos un invitado especial. Ocupate de él.

—Claro, señor —dijo el botones mientras el recepcionista atendía a otros clientes, e inmediatamente después condujo a Lainier a una esquina.

—¿Ha venido usted solo? —preguntó el botones.

—Na... Tengo a seis hombres ahí fuera —explicó el clon.

—Dígales que entren.

Lainier usó el comunicador, y en unos minutos los demás se reunieron con él y el botones. Cada uno de los policías iba cargado con una pesada maleta.

—Sígueme—dijo el hombre, dirigiéndose al ascensor. Llegaron a la planta 47. Allí había un largo pasillo con varias

puertas. Entraron por la tercera por la izquierda y se encontraron en una amplia sala, con vistas al exterior, cama, televisor... Parecía una suite de hotel en todos los aspectos, aunque sobre una mesa había planos y armas.

—Los líderes de la resistencia les atenderán ahora —explicó el botones, que salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Ahora es cuando nos gasean, ¿no? —preguntó ElArtista.

—Calla, cenizo —replicó Lainier— Además, ¿cómo van a gasearnos si esto da al exterior? —añadió, señalando hacia la ventana.

—¿Y a ti quién te ha dicho que puedes abrir o romper esa ventana?

—Déjalo.

—Buenas tardes, caballeros —saludó un hombre que surgió del dormitorio. Iba acompañado de otro.

—¡Oh, no puede ser! —exclamó Lainier, conteniendo un grito—. ¡Pero esto es una pesadilla! ¡El Apocalipsis!

El hombre que había saludado era clavado a Thomas VanderHall, pero iba peinado de diferente forma. El pelo le caía levemente sobre el rostro. Su expresión, al contrario que la de Thomas, era amable y sonriente. Iba vestido con camisa azul y pantalones y zapatos negros.

—Soy James VanderHall, hermano de Thomas. Dirijo una pequeña comisaría en Alicante, aunque si esta misión sale bien espero poder dirigir la Comisaría Sur de Valencia. Este a mi lado es Jack DeSalt, el segundo al mando. Es agente de la CIA —la voz de James era más aguda que la de su hermano.

El acompañante de James era un hombre moreno, con el cabello peinado hacia atrás, con gafas de sol y semblante sonriente. Vestía un traje rojo.

—Bienvenidos a nuestro cuartel —dijo DeSalt en castellano, aunque se le notaba el acento estadounidense.

—Gracias —respondió Lainier, que volvió a observar a James—. Yo preocupado porque podían reconocer al Artista y resulta que aquí tenemos a un clon de Thomas.

—Clon no —replicó James—. Hermano. No fuimos creados por separado. Uno de los cigotos de Cyborg Inc. se dividió. Y no te preocupes por que me reconozcan. Mi hermano no es famoso, y yo no salgo de aquí. Y ahora, sentémonos y discutamos cómo acabar con Strauss —añadió James, haciendo un gesto con la mano izquierda a los presentes, señalando las sillas. Los presentes se sentaron alrededor de la mesa.

—Acabar con Strauss —repitió Lainier—. Así que realmente vamos a eliminarlo.

—¿Es una forma de hablar! —exclamó James.

—Siempre que alguien habla, lo hace de una forma. Lo importante es saber qué forma es esa, y para mí está clara.

—Eres muy pesado, Lainier —dijo Tete—. Thomas nos autorizó a matar a Strauss solo si era necesario.

—¿Dudas que no lo vaya a ser? —objetó Lainier.

—Espero que no. Además, ni siquiera has escuchado el plan.

—En realidad —explicó James—, lo de Strauss aún no está claro. Como he dicho, solo era una forma de hablar. El plan que hemos trazado es para averiguar qué arma secreta ha desarrollado, y si es posible, hacernos con ella o destruirla. Nadie más salvo nosotros sabremos qué vamos a hacer, por si acaso.

—¿Entonces no vamos a contar con la ayuda de otros clones? —preguntó Lainier.

—No creo. Hay tres HMG estadounidenses, pero están en otras ciudades, investigando otras pistas. Vosotros os ocuparéis de la tarea principal.

—De acuerdo.

—Bien. Creemos que el arma se encuentra en una base militar situada en el bosque, cerca de aquí. Básicamente, se trata de un edificio de dieciséis pisos de altura, ocupando una superficie de aproximadamente cuatrocientos metros cuadrados, rodeado por una zona de entrenamiento, parking, etc., delimitada por una verja, para variar. Desde la entrada en la verja hasta la del edificio hay unos 50 metros. En teoría es un centro de entrenamiento de cadetes, pero hemos visto ir al bosque a gente importante, algunos de los cuales eran científicos. Hay que entrar allí como sea.

—Pero vamos a ver. Si tiene dieciséis pisos, eso debe tener hombres a porrillo.

—Déjame acabar. Entraremos de incógnito.

—Ah, cojones... Es que, como ha dicho “entrar allí como sea”, me los ha puesto de corbata.

—Bueno, prosigo. Todas las mañanas sale algún pequeño grupo de militares a los que dan el día libre. Van juntos en un vehículo, se van de juerga y regresan de noche. Vais a secuestrar a uno de esos grupos y los suplantaréis como quien no quiere la cosa pero queriéndola. Tenemos material para fabricar máscaras rudimentarias. Mientras investigáis el edificio, DeSalt se encargará de llevar a los militares a este lugar para interrogarlos a fondo; aunque no creo que les saquemos nada, para variar. Usaréis sus tarjetas de identidad para acceder a al edificio. Gracias a Dios, no usan la voz ni la retina para identificarse.

—¿Estás seguro? ¿Cómo has sabido eso?

—Los observamos de lejos. Usan tarjetas para entrar.

—Lo cual no quiere decir que dentro no haya controles más exhaustivos. Me parece que esta operación va a ser la gran cagada.

—Una vez dentro, observaremos el lugar y ya veremos si hay controles que no podamos pasar. En ese caso, tendremos que abortar la operación.

—Lo dicho: la gran cagada. Me juego los cojuncillos a que nada más abrir la puerta principal con una tarjeta, hay otra que solo se abre con algo más complicado, y al ver que nos damos la vuelta, nos acribillan. ¿Se te ha ocurrido pensar en eso?

—Ya empezamos a poner pegas...

—Si es un control de retina, podemos arrancarle los ojos a los soldados. También podemos usar sus cuerdas vocales... Y podemos usar la piel de sus caras para que las caretas resulten más convincentes —explicó Night Rider. A pesar de la desagradable propuesta, hablaba muy en serio.

—Es una buena solución —afirmó ElArtista. También hablaba en serio.

—Pensábamos en algo parecido —dijo James—. Pero hay que pensar en cómo usar eso... Podemos sacarnos un ojo del bolsillo, pero solo si no hay cámaras cerca ni vigilantes.

—¿No tenéis equipo de biomecánica aquí? —preguntó Berllerak.

—Claro que no —aclaró James—. No hay medios para eso. Podríamos sacar todo el material del país, que lo prepararan, y nos lo trajeran aquí; pero nos pillarían...

—Tu hermano previó estas cosas, así que me he traído un equipo básico —aclaró Berllerak, dando unos golpecitos con los dedos a su maleta—. Puedo moldear máscaras de alta calidad si me proporcionáis unos pocos materiales y productos químicos que se pueden encontrar en tiendas. En cuanto a la retina, no puedo hacer nada al respecto; pero si hay un control de iris, puedo extraerlo sin dañarlo y conservarlo intacto en una lentilla.

—También podría haber una contraseña que hayan memorizado los soldados, además de la tarjeta —añadió Lainier—. No me acordaba de eso. Y ya que me ha dado por pensar... seguro que tampoco tendréis Nazherac para que los soldados nos digan qué clase de controles nos esperan, y que nos digan las contraseñas pertinentes.

—No hay Nazherac. Mala suerte —dijo James.

—Tendré que usar el que he traído yo —dijo Berllerak—. Pero solo hay para tres dosis.

—¿Tampoco hay ningún cyborg aquí? —preguntó Tete—. Podemos sacarle un ojo y ponerle el de un militar...

—Pero no podemos conectarle las cuerdas vocales —objetó Lainier.

—De todas formas —aclaró James—, tampoco tenemos cyborgs.

—¡Joderrr! ¡Si es que no tienes de nada! —exclamó ElArtista.

—Vayamos por partes —dijo Lainier—. El control de la tarjeta está superado. Las claves que sepan los soldados de memoria se las sacamos con Nazherac y a hostias, que pa eso tenemos a Night Rider y ElArtista. Después tenemos el control de voz: vamos a tener que grabar las voces de esos tipos. Los controles de huellas se pasan fácilmente, creando una segunda piel para nuestros dedos. Lo de las máscaras también está arreglado. Si hay controles de aliento o de geometría de la mano, no los podremos pasar; pero no son comunes, así que ya veremos. Sin embargo, los controles oculares sí que abundan. El de iris está superado... pero el de retina... Este es jodido. Doy por sentado que nadie va a querer desprenderse de uno de sus ojos... así que... mmm... Mierda... me he atascado, con lo bien que iba... ¡Ayuda!

—Lainier, no le des más vueltas —dijo ElArtista con rostro serio y señalando con el dedo índice de la mano izquierda a Lainier—. Sacrifica uno de tus ojos como hizo Odín. El mundo te lo agradecerá. Y yo me reiré.

—No voy a arrancarme un jodido ojo —dijo Lainier.

—En realidad —dijo James—, no parece haber otra solución. Alguien debe sacrificar un globo ocular. Pero bueno, tenéis recambios en Valencia.

—No tengo el material adecuado para intercambiar ojos —dijo Berllerak—. Tampoco podremos superar el control de retina si lo hay.

—También podría haber controles de ADN, pero es absurdo usar bolsas de sangre si no sabes en qué parte del cuerpo pinchan las máquinas —explicó Lainier—. Otro control que no superaremos. En fin, ya no hay más que hablar.

—Entonces todo está controlado, ¿no? —dijo ElArtista con ironía.

—¡Por supuesto! —dijo Lainier, cerrando el puño y alzando el dedo pulgar de su mano derecha.

—Abordaremos al grupo pasado mañana —dijo James—. Ahora, nos vamos a dormir para coger fuerzas. Os levantaré a las diez y prepararemos todo lo necesario. DeSalt os llevará a vuestras habitaciones. Tenéis papeo en la nevera. Al lado de cada cama y en diversas partes de las suites veréis interruptores. Envían señal de emergencia a todas las otras habitaciones, por si algo va mal.

Los clones fueron repartidos en dos estancias a cada lado del pasillo. Una era la segunda por la izquierda, donde estaban Lainier, Berllerak y ElArtista. La otra era la tercera por la derecha, donde estaban el Kapitán, Night Rider y Tete. Ambas habitaciones eran acogedoras. Tenían un amplio dormitorio con tres camas individuales y grandes ventanas que daban al exterior.

Berllerak extrajo de su maleta un detector de micrófonos y rastreó la habitación. Nada. El Kapitán hizo lo propio en la suya, también con resultados negativos.

—¿Podemos pedir una pizza? —preguntó ElArtista mientras ojeaba el interior de la nevera—. Aquí solo hay comida elemental. Alimenta, pero no sabe a nada... Vegetales, carne vulgar... pildoritas de vitaminas... puaj...

—¡No, no vamos a pedir una pizza, Artista! —replicó Berllerak con voz firme, sentado en el borde de su cama.

—Pos vaya mierda —dijo ElArtista mientras se giraba, cerrando la nevera con un portazo.

—No la cierres, coño. Voy a servirme —dijo Lainier, yendo hacia la cocina.

—Na, te la abres tú —replicó ElArtista mientras se metía en el dormitorio. Berllerak estaba medio tumbado en la cama, con la espalda apoyada en el respaldo.

—¿Tú no quieres nada, Berllerak? —preguntó Lainier girando la cabeza hacia su compañero, mientras sacaba unas cuantas vitaminas básicas y algunas insípidas porquerías más.

—Esperaba que me lo trajeras tú —dijo Berllerak, sonriendo.

—Jodío vago... —murmuró Lainier mientras se metía dos pastillas entre pecho y espalda—. ¿Qué quieres... pastillas, ensalada, papilla nutritiva? Aquí no se repara en gastos, por lo que veo...

—En esa comida se puede detectar mejor los venenos —replicó Berllerak—. Tírame una pastilla de vitaminas

esenciales y un tarro de Crema Nutritiva.

Lainier obedeció, lanzando también un bote al Artista.

—Esto no me gusta —dijo ElArtista mirando sombríamente el recipiente, mientras leía la etiqueta.

—Me importa un carajo que no te guste —respondió Lainier—. Hay que alimentarse. Estamos en una misión muy importante.

—Si me trago esta mierda me pondré malo. No la aguanto. Será peor si la como.

—¿Pero qué coño dices? Esto es lo más digestivo que existe. Come y calla.

—Vaaale, peesssao...

ElArtista abrió el bote de Crema Nutritiva y comenzó a comer. Sabía a... nada. Lainier se sentó en su cama y emuló a sus compañeros. En la otra habitación también estaban probando todas esas cosillas infames.

Finalmente todos se acostaron a eso de las once de la noche. Sin embargo Lainier continuaba despierto. Siempre le costaba mucho dormirse. A las doce, cogió la pistola bajo su almohada. Activó el botón de emergencia, enviando la señal de peligro a las otras habitaciones. Se levantó en sigilo y despertó a sus compañeros.

—¿Pasa algo? —preguntó Berllerak.

—Hablad bajo —susurró Lainier—. He oído un ruido.

El líder del Cuerpo de Asalto se arrastró de nuevo hacia su cama y se colocó tras ella. Los demás lo imitaron, cogiendo también sus armas.

—Ves demasiadas películas —dijo ElArtista—. Seguro que es James en la habitación de al lado, haciéndose unas pajillas...

En ese momento un hombre encapuchado y vestido con ropa militar negra entró atravesando el cristal, pero ElArtista lo acribilló con su revólver. Cinco impactos destrozaron el cuerpo del intruso, que cayó al suelo. Rápidamente, ElArtista y Berllerak se asomaron por la ventana, apuntando hacia arriba y abajo, respectivamente, mientras Lainier salía al exterior agazapado, apuntando a derecha e izquierda. No parecía haber nadie, pero de repente la puerta de la habitación de los otros clones fue atravesada por otro atacante, que se estampó contra la pared del pasillo. Estaba muerto. El Capitán salió afuera apuntando al cadáver con su escopeta, comprobando que efectivamente la había dañada. Toda su cavidad estomacal había desaparecido.

—¡Joder! ¡Menos mal que nos avisaste! —exclamó el Capitán.

VanderHall salió de su habitación.

—Me temo que nos atacan —dijo, empuñando su pistola.

—Bravo, Einstein —respondió Lainier—. Ahora, a ver si podemos salir de aquí con vida.

—Oigo pasos que suben deprisa —dijo el Capitán, cuya habitación se encontraba más cerca del ascensor y las escaleras. Todos los clones se asomaron al exterior, apuntando.

—¡No disparéis! ¡Soy DeSalt! —El hombre de rojo apareció subiendo las escaleras. Iba armado con una automática negra de reducido tamaño—. Están por abajo y pronto llegarán aquí. Pero veo que os habéis encargado de los de arriba. Podemos irnos con la nave de la azotea, si es que no hay mucha gente.

—Andando pues —dijo Lainier, mientras trababa la puerta del ascensor con una maceta para que no subiera nadie por ahí. Berllerak cogió su maleta, indispensable para llevar a cabo el plan. Tete cogió un par de pistolas lanzagarríos, colocándose a derecha e izquierda en la cintura. ElArtista hizo acopio de munición para su revólver y se guardó un par de cuchillos. El Capitán también cogió munición para la escopeta y Night Rider para el rifle AK-47-L que sostenía en la mano. Pronto escucharon multitud de soldados corriendo hacia arriba.

—Voy a cargarme a unos cuantos —dijo Berllerak, sacando una granada de su maleta. Estaba provista de un contador programable. La preparó para estallar en diez segundos y la arrojó escalera abajo. La explosión alcanzó a cinco hombres. La escalera quedó destrozada, pero los soldados, más de treinta, usaron cuerdas para escalar, lanzadas por pistolas especiales similares a las que había cogido Tete. Berllerak se reunió con sus compañeros y subieron hacia la azotea. Quedaba un piso para llegar cuando de pronto escucharon un zumbido por su izquierda. Sabiendo lo que significaba, se colocaron instintivamente contra la pared. Una explosión provocó que gran parte del suelo y las paredes se derrumbaran. No podían cruzar al otro lado, donde continuaba la escalera hacia arriba. Ante ellos se abría un hueco enorme, imposible de saltar. Ni siquiera tenían espacio para tomar carrerilla. Un caza con una vaga forma de libélula había disparado un misil contra el edificio, y se mantenía suspendido en el aire, vigilando.

—No asoméis la jeta —dijo Lainier. Pero era bastante difícil. Solo les ocultaba un pequeño trozo de pared—. No disparará donde estamos. Caeríamos sobre sus compañeros...

—Me temo que subestimas a los soldados —dijo James—. Quizá disparen. No se me ocurre nada.

—Habría disparado ya —dijo Lainier—. Está esperando a que suban a por nosotros. No tenemos salida.

—Eso no es verdad —dijo Tete—. Tengo lanzagarríos, y no creo que vean el cable. Es muy fino y de noche.

—No perdemos nada —dijo Lainier—. Úsalo.

Tete cogió una de las pistolas lanzagarríos y disparó, mientras los demás se quitaban las camisetas. Un gancho unido a la pistola por un cable finísimo se clavó en la pared de enfrente. Después buscó un lugar para fijar el otro extremo, pero no veía nada.

—¡Mierda! —se quejó Tete.

Rápidamente, el policía sacó la otra pistola lanzagarríos y disparó contra la pared que tenían al lado, apuntando a mayor altura que en el caso anterior. Después ató ambas pistolas.

—Lainier, debes pasar primero —señaló Tete—. Eres el mejor tirador. Tendrás que derribar ese caza rápidamente, porque no nos dará una segunda oportunidad.

—Sí, sí... —Lainier se concentró. Por un hueco de la pared podía ver el caza, aunque solo desde el flanco izquierdo, dada la posición. La cabina solo tenía una pequeña franja de cristal, y el clon solo podía vislumbrar al copiloto, a duras penas. Lainier trató de situar virtualmente la posición del piloto en un plano en tres dimensiones en su cabeza. No tendría apenas tiempo de apuntar cuando saliera, así que tendría que calcular el ángulo de tiro desde su posición actual. Además, estaría en movimiento constante al deslizarse por el cable. Jodido.

—Listo estoy —dijo finalmente.

Lainier pasó su camisa sobre el cable, aferrando firmemente los extremos con su mano izquierda, mientras empuñaba su Magnum con la derecha. Apuntó al caza desde el hueco. Sin dejar de bajar el brazo armado, se deslizó rápidamente hacia delante, gracias a la diferencia de altura de los extremos del cable. Cuando pasó frente a la cabina, disparó ráfagas rápidamente, mientras el piloto intentaba esquivar. Sin embargo, al medio segundo fue alcanzado mortalmente. El caza se desplomó. Lainier alcanzó el otro lado y volvió a ponerse la camisa.

—Pasad vosotros. Yo me quedo el último —dijo Tete.

Uno a uno todos los hombres fueron pasando, hasta que solo quedó Tete. Ya había colocado la camisa sobre el cable, pero en ese momento los soldados llegaron arriba.

—¡Mierda! —exclamó el clon mientras comenzaba a deslizarse. Giró su cuerpo y apuntó con su arma.

—¡Disparad! —ordenó Lainier. Los clones tenían gran puntería y no corrían riesgos de dañar a Tete. DeSalt prefirió abstenerse y se quedó más atrás, dando más espacio a los clones para maniobrar. Uno de los militares sacó un cuchillo para cortar el cable de huida, pero su cabeza saltó en pedazos gracias a un par de tiros de ElArtista. Otro trató de disparar a Tete, pero este logró abatirlo antes. El resto tampoco duró mucho. Todo ocurrió en unos segundos. Tete había alcanzado el otro lado y cuatro soldados yacían muertos. Sin embargo más se disponían a subir. Los clones prosiguieron con su camino hacia la azotea. Había dos soldados, que cayeron rápidamente ante los disparos de James y DeSalt. Montaron raudos en una aeronave con forma de cilindro, con capacidad para diez personas. Berllerak se puso a los mandos. Despegó y se alejaron de allí, rumbo al este.

—Ahora —dijo James—. Me gustaría saber cómo coño han encontrado nuestro refugio.

VanderHall se dio cuenta de que tenía un mensaje de texto en el teléfono, recibido mientras escapaban. Al parecer, se sospechaba que el infiltrado de la frontera había caído... antes de que los clones llegaran al país.

—El tipo que os dejó cruzar no era de los nuestros —explicó James—. Me temo que os usaron para llegar hasta nosotros.

—Imposible. Nadie nos seguía —dijo Berllerak. Inmediatamente después, su mirada se desvió hacia ElArtista. El resto de sus compañeros lo imitaron.

—¡No jodáis! ¡Yo no he sido! —protestó ElArtista.

—Más vale que no mientas... —dijo Berllerak.

—¡Oh, sí! ¡Más te vale! —dijo Night Rider, sonriente.

—¡Que no, joder! —protestó ElArtista.

—Calma —ordenó James—. No creo que haya sido ElArtista. Simplemente interrogarían a nuestro hombre, que les diría que esperaba a un grupo para hoy y dónde estábamos escondidos nosotros. Os encontrarían sospechosos y han dado vuestra descripción a todos los agentes. Cuando os han visto llegar al hotel han confirmado todos los datos y han decidido actuar, avisando a las fuerzas de asalto.

—¿Pero este hotel no era seguro? —replicó Berllerak.

—Es un hotel. Es decir, no le podemos prohibir la entrada a nadie. Seguro que más de un cliente es un agente coronense, aunque tratamos de investigarlos a todos para asegurarnos quiénes son realmente. Además, seguro que después de que nuestro hombre hablara, tenían todos los alrededores vigilados. A pesar de los riesgos el hotel era un gran lugar: podía entrar y salir mucha gente distinta sin que pareciera raro, y algunos funcionarios de importancia solían hospedarse en él y los espiábamos. Así comenzamos a sospechar lo del arma secreta.

—Ya os dije que no había sido yo —dijo ElArtista, mostrando su enfado.

—No podemos volar con esto mucho rato —explicó Berllerak—. Ventrán a derribarnos.

—Baja cerca de esas callejuelas. Seguiremos por las alcantarillas —dijo James, señalando un conglomerado de calles sucias y malolientes, suburbiales. Los mendigos se agolpaban buscando comida entre la basura. Strauss había robado todas las posesiones de muchos de ellos. La nave descendió ante la mirada indiferente de los presentes. Entraron por una alcantarilla y avanzaron a través de las putrefactas cloacas. El Kapitán dio un puntapié a un molesto roedor del tamaño de un gato, que salió despedido.

—Me encanta este sitio —dijo—. Ideal para una cita romántica.

—¿No hay vigilancia aquí abajo, VanderHall? —preguntó Lainier.

—No —respondió James—. De hecho, tenemos nuestra base secundaria aquí.

—No me jodas .

—Está limpia, más o menos. Y solo DeSalt y yo conocemos su emplazamiento, así que no nos molestarán.

Tras andar durante más de dos horas e inhalar los aromas de las cloacas, llegaron a una puerta blindada y oxidada.

—Observad qué maravilloso sistema de apertura —dijo James.

—¿Un interruptor oculto? Si está bajo el agua, no pienso volver a trabajar con vosotros, pandilla guarros —replicó Lainier.

—Peor —dijo James. Se arrodilló ante al cadáver de una rata y la apretó con el dedo. La puerta se abrió.

—La rata tiene dentro un interruptor que... —comenzó a decir James.

—No me lo expliques. Tira p'adentro... —le interrumpió Lainier.

—Pues tiene su cosa... —murmuró Night Rider mientras entraban al refugio.

La base era un recinto circular con una mesa y sillas de madera en el centro y varias estancias en su circunferencia. James cerró la puerta, activando varios sistemas de seguridad. Se sentaron y mostró los planos del bosque y la ruta del grupo de militares que tenían que capturar.

—Mañana a las diez de la mañana alguien irá a comprar todo lo necesario —dijo James—. Espero que no hayas perdido tus herramientas durante el ataque —añadió, mirando a Berllerak.

—No —contestó él, palpando con la mano derecha su maleta.

—Yo compraré todo lo necesario —dijo el Kapitán.

—He perdido los dos garfios —advirtió Tete—. No tengo más.

—Pues son útiles, así que compraremos también un par en alguna tienda de deportes —dijo James. Las pistolas lanzagarfios eran usadas en espeleología y alpinismo—. Más no, que no quiero que el Kapitán vaya cargado con un paquete enorme y sospechoso por la calle. Esperemos que no tengan tu cara... —añadió, mirando al Kapitán.

—No creo que quedara nadie vivo para reconocernos —contestó el Kapitán.

—Pero el aduanero trabajaba para Strauss, así que puede que tengan retratos robot.

—No han puesto nuestras caras en Internet —señaló Berllerak, consultando su móvil.

—Procedamos con cautela de todos modos —advirtió James—. Podría ser una trampa para que nos confiemos.

—De acuerdo —dijo el Kapitán.

Finalmente los clones pudieron descansar, a pesar de saber lo que les esperaba mañana.

Al día siguiente el Kapitán salió del refugio. Se dirigió hacia las afueras en autobús, en busca de un centro comercial. Se había vuelto a cambiar de ropa y llevaba gafas de sol. Se mantenía expectante, en busca de posibles enemigos. Ninguno de los que viajaba con él le llamó la atención. Los coronenses iban vestidos de forma sencilla, y algunos con ropa que presentaba un aspecto claramente viejo y gastado. Estaba claro que el nivel medio adquisitivo de la población era bajo.

Finalmente el clon llegó a su destino. El centro comercial estaba atestado. Esta gente tenía más dinero que la que había viajado con él en el autobús. El Kapitán pensó que la mayoría de los presentes apoyaría a Strauss y estaría deseosa de avisar a la policía si detectaba una amenaza contra la seguridad nacional. Por otro lado había tanta gente que hacía difícil fijarse en alguien en concreto, y todos se movían de un lado a otro, yendo a lo suyo. El Kapitán visitó varios establecimientos. No tuvo problemas para comprar todo lo necesario. Cuando salió del centro comercial y se acercó a la parada de autobús, tres hombres de entre 30 y 35 años se acercaron a él. Iban vestidos con traje, excepto un tipo rubio, que llevaba chaleco. El Kapitán les echó una rápida ojeada. Los desconocidos se pararon, rodeándole. No tenían aspecto de ser amigables. El hombre del chaleco, que estaba a su izquierda, sacó una cartera de su bolsillo izquierdo.

—Policía —dijo, mostrando una placa—. ¿Puede mostrarnos lo que lleva en la bolsa?

—Claro —dijo el Kapitán, abriéndola. Dos de los agentes echaron una ojeada. El tercero se mantenía detrás del clon.

—Bien. Usted no es de por aquí, ¿verdad? —prosiguió el agente—. Lo digo por el acento.

—Soy turista. ¿Ocurre algo, agentes?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

—Sí, señor...

—¿Puede enseñarnos su documentación?

El Kapitán mostró el carnet a los agentes. El tipo rubio lo cogió.

—Mmm —murmuró, observando el pedazo de plástico—. Tome.

Se lo devolvió al Kapitán, que se lo guardó inmediatamente.

—¿Puede acompañarnos, señor? —preguntó el hombre.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó el Kapitán.

—No se lo estoy pidiendo. Se lo estoy ordenando. Acompáñenos, señor.

Comenzaron a caminar. El tipo rubio iba en cabeza. Los otros dos estaban situados a ambos lados del Kapitán, ligeramente retrasados, para evitar que pudiese escapar.

Se introdujeron en un callejón. El Kapitán se cansó de esperar. Golpeó con su pierna derecha la espalda del tipo rubio, que se precipitó hacia delante, tropezando y cayendo al suelo. Al mismo tiempo intentó golpear con ambos puños a los agentes que caminaban tras él, pero no logró alcanzarlos, y le sujetaron por los brazos. El tipo rubio se levantó y se dio la vuelta, sacando una pistola de su chaleco. Pero antes de que pudiese apuntar el Kapitán se precipitó hacia delante, sin que sus captores pudiesen mantenerlo en el sitio, a pesar de que continuaban agarrándole. Golpeó con un patadón el rostro del agente, que cayó al suelo con la boca destrozada. Después flexionó hacia delante los brazos, arrastrando a los agentes y haciéndolos chocar entre sí. Lo soltaron, y el Kapitán golpeó sus caras con ambos puños. Los tipos cayeron al suelo. Los tres permanecían inmóviles. El clon echó una ojeada hacia la calle. Nadie parecía haber visto nada. Se agachó y registró al tipo rubio. Observó su placa, pasando un dedo por encima. La dejó encima del tipo y salió del callejón tranquilamente.

—¿Qué tal? —preguntó Lainier al ver entrar al Kapitán.

—Me han abordado tres tipos haciéndose pasar por agentes —explicó el Kapitán—, pero los he dejado fuera de combate en un callejón. Nadie me ha visto. Creo.

—¿Crees? ¡No me jodas!

—Coño, no podía hacer otra cosa. Comenzaron a preguntarme cosas, y me llevaron a un callejón. Ahí los dejé k.o.

—¿K.o.? ¿Siguen vivos?

—Sí.

—¡Joder!

—¡Calma, Lai! ¡Ya te he dicho que no eran polis de verdad! ¡Eran de esos que atracan y timan a los turistas haciéndose pasar por policías! ¡Comprobé una de sus placas! ¡Era falsa!

—¿¿Seguro??

—¡Claro! ¡Conozco las placas de muchos países! ¡Era falsa!

—Vale. Continuemos con lo nuestro.

Los clones emplearon el resto de la jornada en preparar todo lo necesario y revisar el plan una y otra vez. Al día siguiente se dispusieron a abordar al camión militar a cinco kilómetros de la base, en un cruce de caminos en pleno bosque. Eran las siete de la mañana. James y DeSalt no los acompañaban, pues debían cuidar de la cutre-base. El bosque era un hermoso lugar donde abundaban los pinos. Los clones se ocultaron en las copas de los árboles. Eran las doce de la mañana. El vehículo se aproximaba cada vez más. Lainier lo observaba con prismáticos. Los guardó y sacó su Magnum.

—Preparaos —ordenó a sus hombres—. Está a tres minutos. Es una camioneta de mierda. Acabaremos con ella en un plis, pero no debemos joder las caras de esos bastardos. Recordad que tenemos que sacar moldes.

—Pero nada impide que les destrocemos el resto del cuerpo, ¿eh? —afirmó Night Rider, mientras colocaba su AK-47-L sobre una rama.

—Destroza lo que quieras mientras los dejes en estado interrogable.

—Cojonudo.

—Tengo el proyectil a punto —dijo Berllerak, apuntando con un lanzagranadas. Estaba cargado con una de gas adormecedor. Tenían que evitar disparos a ser posible. En su cintura tenía un inhibidor de señal, un dispositivo que cabía en la palma de la mano, para impedir que los militares pudiesen solicitar ayuda. Los demás llevaban las mismas armas que cuando escaparon del hotel. El Kapitán y Tete habían traído además los lanzagarfios. Todos dieron el visto bueno a la operación. Estaban listos.

Finalmente la camioneta estuvo a tiro. Las ventanillas estaban cubiertas por metal, de forma que no se podía ver el interior. Lainier y ElArtista dispararon a las ruedas, y el resto al motor mientras Berllerak continuaba apuntando. El vehículo derrapó, pero el conductor, en una pirueta final, evitó volcar; aunque la camioneta se dirigía hacia el árbol donde estaba Berllerak. Este lo vio venir. Con un salto se precipitó sobre el vehículo mientras este se estampaba. Berllerak se tiró al suelo, rodó, dándose la vuelta y disparando el lanzagranadas. El proyectil comenzó a expulsar gas, pero la camioneta estaba bien cerrada. El clon se alejó, poniéndose a cubierto tras otro árbol.

—Mala suerte —dijo Berllerak—. ¿Atacamos?

—No; se podría montar un tiroteo, y los queremos vivos —replicó Lainier—. Vamos a presionarlos.

—Pues esperemos que mi aparato haya funcionado, porque si han pedido ayuda tenemos un minuto.

—Haced disparos de aviso a baja potencia.

Los clones redujeron la intensidad de sus armas y acribillaron el camión, chamuscándolo.

—¡Salid! ¡Como no salgáis en diez segundos, os mataremos! —gritó Lainier.

—Lainier —dijo ElArtista— Porqué cojones no haces un agujero en la camioneta. Que Berllerak dispare otra granada. El gas entrará.

—No. Puedo darle a alguien. O pueden tener alguna mierda inflamable dentro. ¡Diez! —Lainier comenzó a contar.

—No salen, los muy... —susurró Berllerak.

—Saben que queremos cogerlos vivos y que no dispararemos. Esperan a que nos acerquemos para poder cargarse a alguien... ¡Nueve! —Lainier continuaba la cuenta de forma lenta—. Y eso haremos, bajar a abrir las puertas, si es que ellos no las abren antes al vernos, claro.

—Y tú te crees que somos tan hábiles que vamos a sobrevivir a un ataque a quemarropa, ¿verdad? —preguntó ElArtista.

—¡Ocho! —Lainier se volvió de nuevo para seguir exponiendo el plan a sus compañeros—. Tete y el Kapitán abrirán las puertas con los garfios. Desde aquí no hay ángulo, así que tendrán que bajar. Tete abrirá la de la derecha y el Kapitán la de la izquierda. Entonces Berllerak lanzará la granada. Soy la leche. Kiss my ass... ¡Siete!

Tete y el Kapitán se prepararon para descender.

—Actuad cuando llegue a dos... —les ordenó Lainier—. ¡Seis! —el líder del Cuerpo de Asalto prosiguió con la cuenta, mientras Tete y el Kapitán saltaban a tierra. Rápidamente cambiaron sus armas por lanzagarfios. El Kapitán llevaba la escopeta colgada en la espalda.

—¡Cinco!

—¡Por el culo te la hincó! —gritó Berllerak—. ¡Weeejejeje!

—Errr... ¡Cuatro!

—Por eso me encanta este grupo... —murmuró el Kapitán mientras Tete y él se acercaban al vehículo.

—¡Tres!

—Realmente no piensan salir, los muy idiotas —dijo ElArtista, mientras Tete y el Kapitán tomaban posición tumbados sobre la hierba, a diez metros de cada puerta de la camioneta.

—¡Dos!

Los clones dispararon los ganchos, que se clavaron en las cerraduras de las puertas. Tiraron de ellas con fuerza. Las débiles puertas, ya dañadas por los disparos de aviso, se abrieron. Berllerak lanzó la segunda granada. Todo volvió a llenarse de humo. Los soldados salieron. Uno por cada puerta, otros dos por el techo, que se había abierto, y tres por detrás. Todos llevaban máscaras protectoras, así que no podían caer dormidos; pero con el gas no veían nada. Sin embargo, los clones lo tenían más fácil para apuntar. En cuanto vieron las siluetas surgir de entre la niebla, les destrozaron las piernas a disparos. Los coronenses intentaron combatir desde el suelo, pero fueron reducidos.

—¿Veis qué fácil? —dijo Lainier mientras se acercaban a la camioneta. Berllerak desactivó el inhibidor de frecuencia y examinó el vehículo. No tenía localizadores. Tampoco contenía nada excepto unos cuantos objetos sin interés en la guantera. No se escuchaba nada por radio, así que supuso que no habían intentado usarla o que el inhibidor había funcionado. Por supuesto, los soldados llevaban intercomunicadores; pero no se podía saber si los habían utilizado: aunque no había llamadas registradas era costumbre no activar esta función precisamente para evitar espionaje. En cualquier caso, si habían logrado pedir ayuda, lo sabrían pronto. Lainier activó su intercomunicador.

—Comienza la juerga —dijo.

—Que comience —respondió DeSalt al otro lado.

En dos minutos llegó un camión modificado para hacerse pasar por un vehículo del servicio forestal de Corona. DeSalt conducía, disfrazado.

Los clones metieron a los militares, la camioneta, los restos de esta y las carcasas de las granadas arrojadas en la parte trasera del camión. Después trataron de disimular la marca que la furgoneta había dejado en el árbol. Más o menos lo consiguieron. Se subieron al camión y se retiraron raudos. Durante el viaje Berllerak inyectó el Nazherac a tres de los soldados. En principio Lainier había pensado en inyectárselo a uno o dos para salvar alguna dosis, pero debía asegurarse de que la información era fidedigna, así que era mejor que hablaran los tres. Night Rider y ElArtista se dedicaron a torturarlos. Berllerak estudió los intercomunicadores para ver si podía desmontarlos y hacer pasar los del Cuerpo de Asalto por los de los soldados, pero el diseño era muy distinto, así que llevarían los suyos, aunque corrieran el riesgo de ser descubiertos. Los militares confesaron que la actividad en la última planta estaba llena de secretismo pues a ella solo subía el general que dirigía la base. Al parecer solo había una habitación en la última planta, pero nadie sabía que había allí, y por tanto tampoco qué mecanismos de seguridad poseía. En cuanto al resto de la base, parece ser que no tenían ninguna contraseña memorizada para moverse por ella. Los únicos controles biométricos eran los de iris y voz. Night Rider y ElArtista se encargaron de cortarlos un poco con cuchillos para asegurarse de que decían la verdad. También afirmaron que había unos trescientos hombres en la base. Night Rider grabó la voz de cada uno de los coronenses. Todos dijeron su nombre y rango.

—Si nos habéis mentido —amenazó Night Rider—, os mataremos.

—Muy lentamente —añadió ElArtista.

A los clones le hubiera gustado extraer una información más detallada, como un plano general del edificio, nombre de los oficiales, o el armamento empleado; pero los coronenses estaban exhaustos y semiinconscientes. No se les podía sacar nada más.

Berllerak comenzó a preparar huellas falsas a partir de las de los militares. En teoría no hacía falta, pero por supuesto había que hacerlo por si las moscas.

—Hay demasiado traqueteo para proceder con la extracción del iris y el moldeado de las máscaras —dijo Berllerak.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó Lainier. Aún faltaba un buen rato para llegar a la base.

—Aprovecharé que tenemos que parar para modificar el camión para comenzar a tomar los moldes de la cara.

—Sí, pero... ¿cuánto tiempo te va a tomar todo?

—Em... dados mis instrumentos... Once horas. Suponiendo que alguien me ayude a modelar las máscaras mientras yo preparo las lentillas.

—¡Creía que sería menos!

—¡No tienes ni puta de medicina! ¡No puedo ir más rápido sin un equipo más decente!

—¡Once horas es peligroso! ¡Los soldados deben estar en su base dentro de diez horas! ¡Una hora de diferencia es demasiado!

—¡Tendremos que buscar una excusa por haber tardado tanto!

—¡Y por no haber avisado a la base!

—¿Y si hacemos que llamen ellos? —preguntó Berllerak, señalando a los militares.

—¡Ellos van a estar inconscientes!

—Ouch, ahí mas dao...

—¡Tú procura hacerlo lo más rápido posible!

—¡Me dará prisa, pero hasta cierto punto, no sea que la cague! ¡La más mínima imperfección hará que salten las alarmas!

DeSalt aparcó cerca de los límites del bosque. Se apeó del camión y sustituyó los emblemas del servicio forestal por los de una empresa de transportes, mientras Berllerak tomaba medidas de los rostros de los militares. Después continuaron el trayecto hasta la ciudad, hasta llegar a un callejón de un barrio de clase baja. Los clones se apearon y descendieron a las alcantarillas con los soldados mientras DeSalt se deshacía del camión. Caminaron durante un buen rato hasta llegar al refugio. Una vez allí, Berllerak y los demás comenzaron a trabajar en las máscaras usando piel sintética. DeSalt volvió al cabo de media hora. No había tenido problemas. Los clones emplearon dos horas en acabar el trabajo.

—Bueno, mirad que máscaras más bonitas —dijo Berllerak alzando una de ellas.

—Perfecto —dijo Lainier—. Kapitán, ponte la máscara del sargento.

Berllerak pasó la máscara al Kapitán, el cual se la colocó, suplantando la identidad del militar de mayor rango, al que sin duda se dirigirían los oficiales cuando regresaran. El Kapitán tenía una voz parecida a la del sargento. Con fingir una afonía, daría el pego, o eso esperaban.

—Ha quedado bien —dijo Lainier—. Un poco de dotes interpretativas y listo.

—Esperemos que sí —dijo el Kapitán—. Porque parece ser que si se descubre el pastel yo seré el primero en caer.

—Comienzo con las lentillas —dijo Berllerak mientras se lavaba las manos en una pequeña pila del baño.

Transcurrió largo tiempo antes de que Berllerak acabase las lentillas, aunque acabó un poco antes de lo previsto. Desde que los militares habían abandonado la base habían transcurrido unas diez horas. DeSalt había salido unos minutos antes para traer una furgoneta similar a la de los soldados.

—¡Démonos prisa, tardaremos media hora en llegar! —exclamó Lainier, mientras los clones se colocaban las caretas, lentillas, trajes y armas de los militares y demás utensilios.

Los clones salieron de las cloacas. DeSalt les esperaba en el vehículo. El espía se bajó, y los clones subieron, con Night Rider al volante, haciéndose pasar por el conductor original. El Kapitán iba a su lado. El resto estaba detrás.

El Cuerpo de Asalto llegó a las instalaciones en veinte minutos, conduciendo a gran velocidad. El primer obstáculo a salvar fueron las verjas que rodeaban el edificio. Un hombre situado a la derecha les dio el alto. Se detuvieron ante la entrada. A la izquierda tenían una cabina con otro vigilante. Los clones aparcaron a su lado y bajaron las ventanillas.

—Identificación —requirió el vigilante tras una ventanilla mientras el otro hombre abría las puertas de la furgoneta. Los clones que iban en la parte trasera saludaron al militar con un gesto, y le entregaron sus tarjetas. El Kapitán y Night Rider entregaron las suyas al vigilante de la cabina. El otro soldado cerró las puertas del vehículo y pasó el resto de tarjetas a su compañero, quien las pasó todas por un lector. Alzó la barrera y abrió las puertas de la verja.

—Adelante —dijo, devolviendo a los clones las tarjetas.

Night Rider prosiguió su recorrido mientras el Kapitán devolvía las identificaciones a los demás. Pronto se encontraron en un amplio parking. Estacionaron a unos diez metros de la entrada principal, que consistía en dos pequeñas compuertas blindadas. Había otra entrada que daba a un garaje, pero solo estaba disponible para altos mandos. Al acercarse las puertas principales se abrieron automáticamente. Al entrar un capitán se encaró con el Kapitán, que ahora parecía más feo y viejo. El oficial era un hombre de unos cincuenta años con pelo canoso y bigote.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó.

—Mi... capitán —respondió el clon fingiendo tener la garganta destrozada, imitando el acento coronés—. Se nos pasó la hora, y al volver pillamos un atasco.

—Llegan media hora tarde. Es una falta disciplinaria. Leve, pero falta. ¿Ha estado bebiendo?

—Sí, pero no me he emborrachado, mi capitán... Es de... cantar. Estamos todos afónicos. Lamento lo ocurrido. Asumo toda la responsabilidad.

—Por supuesto —dijo el capitán, frunciendo el ceño—. Es tarde y tengo cosas que hacer. Preséntese mañana a primera hora en mi despacho.

—Sí, señor —dijo el Kapitán. Todos los clones realizaron el saludo marcial.

El capitán se encerró en un despacho dando un portazo.

El lugar era extraño. Había oficinas y habitaciones cuyas ventanas daban al exterior, pero en el centro de la planta se alzaba un bloque de metal oscuro que llegaba hasta el techo y que ocupaba unos 100 metros cuadrados. No tenía ninguna puerta, ventana, rendija o cualquier otro tipo de abertura. Los clones opinaban que el bloque del centro estaba hueco y escondía algo, y por lo tanto podría haber más hombres en el interior. En cualquier caso era curioso. Los clones se acercaron disimuladamente a una de las paredes del bloque. ElArtista golpeó con los nudillos.

—Suenan resistente —dijo.

—Por supuesto —respondió Lainier.

—¿Aplico la oreja?

—No lograrás nada, y podrías llamar la atención. Prosigamos.

El Cuerpo de Asalto buscó los despachos de los soldados. Solo el sargento tenía habitación propia. La puerta se abrió al reconocer la voz grabada del oficial. Era una estancia pequeña. Solo había una cama, un armario, una mesa y una silla, y un ordenador. Berllerak accedió a la computadora. La única información relevante era un plano del edificio. Parecía atravesado en su centro por un gran prisma de base cuadrada, que recorría todos los pisos. Era el bloque metálico que habían visto. Pero había una entrada a su interior, justo en la última planta, en la cual no había más habitaciones. De eso debía ser de lo que habían estado hablando los soldados. Los clones pensaban que arriba solo estaba la entrada. Todo el bloque metálico debía estar lleno de estancias... y guardaban algo muy importante. Pero los clones se preguntaron qué arma secreta requeriría de tantas plantas para desarrollarse. Algunos se forjaron una idea, pero no dijeron nada por si acaso. Estaba claro que el único que podía acceder al interior era el general.

—Voy a ver si logro llegar hasta el último piso a ver qué seguridad tiene —dijo Lainier—. Salid pitando si no vuelvo en cinco minutos.

El clon salió del despacho y tomó uno de los múltiples ascensores situados a lo largo de la periferia del edificio. El ascensor solo llegaba hasta la planta decimoquinta, así que Lainier se bajó en ella. Para llegar a la última planta tenía que subir por las escaleras. Así lo hizo, pero cuando llegó arriba se encontró con dos oficiales vigilando, armados con fusiles. Desde su posición no podía ver la entrada al bloque, pero sí se dio cuenta de que no había habitaciones en esa planta, tal y como mostraba el plano. Estaba vacía, con las excepciones del bloque metálico y los dos hombres. En

cualquier caso, podría haber más gente al otro lado del prisma.

—No se puede estar aquí —dijo uno de los oficiales.

—Planta equivocada —dijo Lainier—. Lo siento.

El clon volvió a descender. Regresó al despacho e informó a sus compañeros.

—No tengo ni idea de los controles que hay —dijo—, pero hay dos oficiales armados con fusiles de alta potencia, y me conminaron a irme. Podría haber más hombres; no estoy seguro. Aparte de esos tipos no hay nada en esa planta, salvo el bloque metálico. En fin, tenemos dos opciones. Una es hacer que el general nos acompañe, pero no me gusta nada, y otra es hacer que nos informe de cómo entrar, ir nosotros, deshacernos de los guardias, y proceder al interior del bloque.

—¿Crees que cooperará? —preguntó Night Rider.

—Depende —dijo Lainier mientras él y los demás registraban el despacho en busca de más datos. Nada.

—¿Depende de qué? —volvió a preguntar Night Rider.

—De la clase de hombre que sea —respondió Lainier, volviendo a dejar todos los cajones, discos y objetos varios en su sitio—. Si es un putito bastardo avaricioso, cooperará. Pero si tiene devoción por su gobierno morirá antes de decir nada. Por eso no quiero llevarlo arriba, porque si es un fanático, dará orden de disparar a sus hombres aunque él resulte alcanzado.

—Aquí debe haber Nazherac —dijo Berllerak, buscando en el mapa la situación de la enfermería—. Le haremos hablar con esto. Mmm... Hace falta permiso del mismísimo general para conseguir esas drogas... Habrá que entrar y robarla. Sugiero capturar al general y retenerlo en algún lugar antes de entrar en la enfermería, por si acaso.

—No —dijo Lainier—. Cogéremos al general después. No vamos a entrar a robar abiertamente. No saldríamos vivos. Pero alguien puede fingir una dolencia mientras otro roba el Nazherac. Voy a estudiar los planos de la enfermería...

—No bastará con simularlo —dijo Berllerak—. Alguien tendrá que recibir un disparo. Eso daría problemas para una posterior huida si todo sale mal, pero creo que es la mejor opción.

—¿Y quién recibe el tiro? —preguntó Lainier—. A riesgo de parecer un bastardo, tengo que sugerir que sea el miembro de menor rango.

Todos se giraron hacia Night Rider, que tenía los ojos abiertos como platos.

—¡Pero Lainier, eres un cabrón! —exclamó.

—Podemos buscar otro modo, pero no se me ocurre —replicó el líder.

—Me temo que tendrás que sacrificarte —dijo Tete.

—Está bien —accedió Rider—. Pero que sea en una pierna. Y no me jodas el hueso, que eso duele.

—¿Puedo dispararle yo? —preguntó ElArtista, sonriendo y alzando la mano en alto—. ¡Yo, yo!

—Dispara —dijo Lainier—. Pero no le jodas el hueso. Ah, Night Rider... también debes fingir ataques de... lo que sea... Hay que exagerar la cosa.

—Solo espero que no nos trinque el general —dijo Night Rider.

—No creo. Su despacho está arriba —dijo Lainier señalando el emplazamiento en el mapa con su dedo. Era la planta decimoquinta—. Si da la casualidad de que baja, diremos que tu arma se te ha disparado, ya que al parecer se dañó tras la juerga de anoche.

—Magnífica excusa —dijo Night Rider, para a continuación dirigirse al Artista—. Venga, bastardo, dispara...

ElArtista presionó el gatillo y atravesó el muslo de Night Rider, con cuidado de no alcanzar el hueso o una arteria.

—¡Hijo de puuta! —exclamó dolorido el policía mientras sus compañeros lo sujetaban para que no cayera al suelo. Berllerak le aplicó una venda que llevaba bajo la ropa.

Rápidamente lo llevaron a la enfermería, que ocupaba los despachos de la segunda planta. Entraron corriendo con el paciente. Todos se giraron para verlo. Había varios militares pululando y muchas camillas, pero poca gente enferma. A la izquierda de la puerta de entrada había un mostrador con un médico vestido, cómo no, de blanco riguroso. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos negros, con barba y expresión de mala leche.

—¡Herido de láser en el muslo! —exclamó Lainier.

Mientras Night Rider era atendido, Berllerak se escabulló aprovechando que era el más pequeño. Llegó hasta un estante al otro lado de la sala con diversas drogas. Se levantó para coger un vial de Nazherac y entonces...

—¿Qué demonios haces? —un militar alto y de rostro duro sujetó por el hombro a Berllerak. Este se quedó por un momento paralizado.

—He venido a coger un calmante para ese herido de ahí —explicó el clon, señalando a Rider—. Es mi compañero. Ha sido un accidente...

—Vale, vale, llévaselo —dijo el militar.

Berllerak cogió el Nazherac disimuladamente, introduciéndolo en su uniforme, y un calmante, para atar cabos. Se lo llevó al médico que estaba examinando la herida de Night Rider. Había eliminado la venda y estaba desinfectando la herida.

—Aquí tiene un calmante —dijo Berllerak, alargando el frasco hacia el doctor.

—No lo había pedido —replicó este.

—Pero él sufre mucho por esas heridas. No aguanta el dolor. Déselo, por favor.

—Se lo voy a dar, porque pensaba hacerlo. Solo he dicho que no lo había pedido. No me toquen los frascos sin mi permiso. Que ya os conozco. Os dije que nada de mangarme más drogas para colocaros.

—Solo he traído el calmante... —dijo Berllerak. Ahora pensaba que la había cagado. Estaba tan nervioso que tras

escapar del militar, él mismo se había metido en otro problema.

—A ver... ¿qué más llevas encima? —preguntó el doctor mientras vendaba de nuevo la herida.

—Mierda, mierda, mierda, mierrrrda... —farfulló Lainier en voz baja, moviendo ya la mano hacia su arma. El resto de compañeros, excepto el herido y Berllerak, escucharon el susurro y también llevaron sus manos hacia sus armas.

—No llevo nada —dijo Berllerak.

—Oh, vamos... siempre me mangáis algo, jodidos yonkis... —el inmundo matasanos iba a llamar a un militar cuando Lainier le hizo girarse.

—Oiga... ¿cuál es el problema? ¿Le importaría escribir el informe y la receta o como coño se llame? ¿No ve que aquí mi colega quiere marcharse ya a casa a descansar? —incredó Lainier.

Ese momento fue aprovechado por Berllerak. Sacó el vial y la grabadora con cuidado por si alguien lo veía y se los pasó al Capitán, que después retrocedió.

—¡Me duele muuuucho! —gritó Rider, aferrando la bata del médico con su mano derecha y echando unas cuantas babillas por la boca—. ¡Aaaarg!

—Espérese un momento —dijo el doctor, apartando la mano del herido—. No se va a morir ya.

El médico llamó al mismo militar que había llamado la atención a Berllerak. El soldado registró la chaqueta del clon, pero este solo llevaba su arma.

—Está limpio —dijo el soldado.

—Bien, pueden irse —dijo el médico, entregando a Night Rider una receta y el papel de la baja.

Los clones salieron zumbando. Bajaron de nuevo al despacho.

—¿Y ahora qué cojones hacemos con este tío? —preguntó ElArtista.

—Pues se tiene que ir —dijo Lainier—. ¿No ves que le han dado la baja? Pues nada, lo acompañamos hasta la salida.

—Pero... ¿quién me va a llevar a casa? —preguntó Night Rider.

—Nadie —dijo Lainier—. Tú te quedarás fuera en el coche, esperando. Si te dicen algo, esperas a uno de nosotros para que te lleve a casa.

—No me gusta no hacer nada.

—Cojo no nos sirves. Te quedarás fuera y punto.

—Está bien...

Lainier acompañó a Night Rider hasta el vehículo.

—Si no hemos vuelto en media hora, te largas —ordenó Lainier.

—Bien —respondió Night Rider.

El líder del Cuerpo de Asalto volvió a reunirse con sus compañeros.

—Ahora, vamos a ver a ese general —dijo.

Los clones subieron al penúltimo piso. Lainier llamó a la puerta del despacho del general, situado en una esquina. La puerta, metálica y blindada, se abrió automáticamente hacia arriba. El general estaba sentado tras una mesa escribiendo una carta con su pluma, un vestigio del pasado. La mesa tenía numerosos cajones, algunos entreabiertos. Sobre ella reposaban un ordenador y una lámpara. En la pared a la izquierda del general se alzaba un armario de madera de dos puertas. La pared de su derecha estaba decorada con una fotografía de medio cuerpo del militar.

—¿Qué queréis? —preguntó el general de malas maneras. No parecía querer ser molestado.

—Tenemos que hablarle de un asunto, mi general —dijo Lainier mientras saludaba marcialmente y se adelantaba hacia el militar.

—Supongo que se trata del incidente de hoy —dijo el general—. El capitán Hernández me ha comentado algo. Espera vuestro informe para mañana, y yo también. Pero si tenéis algo que decir, decidlo ya, que es tarde. No me hagáis perder el tiempo.

—Mi compañero le expondrá la cuestión —dijo Lainier mientras ElArtista se acercaba a la mesa del general.

En cuanto estuvo a su lado, golpeó rápida y certeramente el rostro del militar, que se desplomó sobre su sofá de cuero, inconsciente. Los clones entraron y cerraron la puerta tras ellos mientras ElArtista le quitaba al general la pistola que colgaba de su cintura, arrojándola a una papelera. Después le ató las manos a la espalda con el cable de la lámpara mientras Lainier le colocaba una mordaza improvisada con la propia camisa del militar. Comenzaron a registrar todas las carpetas, archivos y el disco duro del ordenador; pero no había información sobre el arma secreta ni sobre la seguridad de la última planta.

—Reanimad a ese imbécil y ponedle el Nazherac —ordenó Lainier.

—¿No vamos a intentar primero que colabore? —preguntó Tete.

—Mejor no —dijo Lainier, observando al general—. Si es un hombre de convicciones, pedirá ayuda aunque lo matemos. Mejor no arriesgarnos. No veo aquí ningún diario, memoria, informe o indicio que indique qué clase de persona es, así que iremos directos al grano.

Berllerak despertó al general e inmediatamente le inyectó la dosis de Nazherac. Esperaron unos minutos hasta que hiciera efecto. ElArtista le quitó la mordaza.

—Habla —ordenó el clon—. ¿Cuántos hombres hay en la última planta?

—Deja... deja... —balbuceó el general.

—¡Responde, joder! —gritó ElArtista, agarrando al general de los cabellos y estirando hacia atrás.

—¡Ahh! ¡Dos... dos hombres...! —balbuceó el general.

ElArtista aflojó levemente su presa.

—¿Qué sistemas de seguridad tiene la última planta?

—Hay un... control de voz... en la puerta de la cámara... escáner de ADN... e iris...

—¿Seguro? ¿No hay nada más?

—No...

—¿El control de voz reconoce tu voz?

—Sí...

—¿Y el escáner de ADN analiza tu sangre?

—Sí...

—¿Dónde te pincha el escáner?

—En el dedo...

—Pronuncia exactamente la frase que usas para abrir la puerta de la última planta —ordenó ElArtista, activando la grabadora de voz y acercándola al general.

—General... Brock. Servicio... especial...

—Muy bien —ElArtista guardó la grabadora—. Ahora dinos qué es lo que vamos a encontrar dentro de la sala central. Queremos saberlo todo. Qué medidas de seguridad, cuántos hombres. Qué armas llevan, qué hacen o guardan allí. Todo lo que sepas. Descríbenos el interior.

—No...

ElArtista golpeó el rostro del general contra su mesa, y volvió a estirarle hacia atrás. La nariz del militar estaba rota, sangrando.

—¡Aaaag! —gritó el coronense.

—¡Habla! Te lo voy a repetir: dinos qué hay en la sala central. Medidas de seguridad, hombres, armas, secretos. Descríbenos todo.

—Hombres... no... hay nadie... Solo yo... vigilo... Entro para comprobar los sistemas... No hay seguridad... Solo la puerta... de entrada. El arma... no sé que es... Está tapada por una pantalla metálica... Se abre... pulsando un código en un panel de control que hay en la primera planta... Solo lo conoce... el presidente...

—¡Mierda! —gritó Berllerak—. ¿Ese panel de control está informatizado?

—Sí.

—¿Qué esperabas? —preguntó ElArtista, echando una ojeada a Berllerak. Después prosiguió con su trabajo—. ¿El panel está dentro del bloque metálico?

—Sí...

—Entonces, ¿todo el bloque que atraviesa el edificio son habitaciones?

—Una. Una habitación...

—¿Solo una? ¿Qué tamaño tiene esa pantalla metálica que hay dentro de la habitación?

—Cincuenta metros... Toda la altura... toda la altura del edificio...

—¿De qué material está hecha la pantalla y qué grosor tiene? —preguntó ElArtista.

—Acero... Grosor... lo ignoro... Parece gruesa...

—¿A que no la podemos joder con nuestros láseres? —preguntó Berllerak.

—Tengo un cuchillo vibrador —señaló ElArtista.

—Oh, vamosss —dijo Berllerak con voz insinuante—. Te gustan los vibradores, ¿eh?

—Sí, oh, vamosss —respondió ElArtista en el mismo tono de voz. Después continuó con el interrogatorio—. ¿Sabes algo más relevante?

—No se me ocurre nada... —murmuró el general.

—Felices sueños, jodido mamón —dijo ElArtista, golpeando la cara del militar, que volvió a quedar inconsciente.

Lainier volvió a amordazar al general y lo encerró en un armario. Después salieron del despacho, colocando en la puerta un cartel impreso por ordenador que decía: "Vuelvo en un momento". Tete y el Kapitán se quedaron vigilando en las cercanías, mientras que los demás se dirigieron hacia las escaleras. Prepararon las armas, escondiéndolas a sus espaldas, y subieron. Antes de llegar hasta arriba y ser visibles para los vigilantes, Berllerak sacó una granada de humo y la arrojó. Pronto los guardias se vieron envueltos. Lainier y ElArtista subieron rápidos como el relámpago y con sendos disparos acabaron con ambos oficiales. No tenían mucha visibilidad, pero el sonido de la tos de sus enemigos les había bastado para apuntar. ElArtista y Berllerak empuñaron las armas de los vigilantes, guardando sus pistolas. Avisaron a los demás. El Kapitán pasó a por el general mientras Tete permanecía alerta. Mientras tanto, los clones de arriba dejaron los cadáveres tras el bloque metálico. El Kapitán salió del despacho del general, arrastrando al militar, y subió las escaleras. Tete le siguió poco después. El Kapitán dejó su carga al lado de la puerta de marras, hecha de alguna aleación metálica. Lainier se acercó a la puerta de entrada al interior del bloque. Tenía una manivela, pero por supuesto, no se abría. Los tres controles de acceso estaban colocados en columna a la derecha, numerados del uno al tres. Al lado de cada uno de ellos había un pequeño indicador luminoso, ahora apagado. El primero era el de ADN. El segundo, situado abajo, era el de iris. El tercero era el de voz. El Kapitán pasó el primer control colocando un dedo del general sobre el control. El indicador se encendió con una luz verde, dando el visto bueno. El segundo era algo más complicado. El Kapitán sujetó al militar mientras Berllerak le abría el ojo derecho. La droga aún hacía efecto y el general no se inmutó. El escáner de iris también fue superado, iluminándose su indicador. Para el tercero usaron la grabación de voz del militar, también con éxito. El último indicador se encendió y por fin Lainier pudo abrir la puerta, tirando hacia afuera. Tenía unos diez centímetros de grosor y era bastante pesada. El líder del Cuerpo de Asalto pasó dentro, encontrándose sobre una pequeña plataforma metálica. Ante él había una escalera del mismo material que parecía

descender hasta la planta baja. También había un montacargas a la derecha. Y no había ninguna superficie más pisable: la mayor parte del espacio estaba ocupado por una pantalla metálica que llegaba desde el techo hasta el suelo, hecha de acero, tal y cómo había descrito el general. Era un prisma dentro de otro prisma. Todo estaba iluminado por varios focos, pero el lugar parecía desierto.

—No hay nadie —dijo Lainier—. Meteremos los cadáveres aquí.

Los clones cargaron con los cadáveres y el general, dejándolos en una esquina de la plataforma. Era tan estrecha que estaban apelotonados.

El Kapitán, que había entrado el último, cerró la puerta. Los clones contemplaron el lugar.

—Ya verás como detrás de esa pared nos encontramos con otra más, y así sucesivamente —dijo ElArtista.

—Calla —dijo Lainier, mirando hacia abajo—. Bajemos.

Los clones se dirigieron hacia el montacargas, pero Lainier los detuvo.

—¿A dónde creéis que vais? —preguntó.

—Pues abajo —dijo ElArtista—. ¿No has dicho eso?

—Pero no usaremos el montacargas.

—¿Tú te pinchas? Son dieciséis pisos.

—No me arriesgaré a que alguien venga y corte el cable mientras estemos descendiendo. Además, no tardaremos nada.

Y así, los clones bajaron a pie.

—Joder... —dijo ElArtista al llegar abajo—. Estoy reventado...

—No me jodas, Artista —replicó Lainier, acercándose al muro de acero y golpeándolo con los nudillos—. Que esto te ha supuesto menos esfuerzo que sacarte un moco de la nariz.

Berllerak examinaba el panel de control.

—Ya puedes ir sacando el cuchillo —dijo al cabo de unos segundos. No podía manipular el sistema.

—Allá voy —dijo ElArtista, blandiendo el arma blanca.

—Atrás —ordenó Lainier. Los clones se apartaron mientras ElArtista conectaba la vibración. Se acercó a la plancha y clavó el cuchillo. Comenzó a desplazarlo, cortando el metal.

En pocos minutos un trozo de plancha cayó al suelo. El agujero era suficientemente grande como para que entrara un hombre arrastrándose. Los clones agacharon la cabeza. No veían nada, excepto el otro lado de la pantalla.

—¿Vacío? —preguntó ElArtista.

—Espera —dijo Berllerak, haciendo una señal con la mano. Después se deslizó bajo el agujero. Se puso en pie y alzó la vista—. Podéis pasar —añadió al cabo de unos segundos.

Los otros clones se reunieron con su compañero. Unos seis metros sobre el suelo, sujeto por un armazón, se alzaba un artefacto cilíndrico en posición vertical. La parte inferior estaba dotada de propulsores. La superior acababa en punta y llegaba hasta el techo. Varios salientes, aletas, propulsores menores y demás accesorios lo recorrían.

—Esto es un misil —dijo Berllerak, volviéndose hacia sus compañeros.

—¡Es anormalmente grande! —exclamó Lainier.

—He estudiado su forma. Tiene características de aeronave, pero por las inscripciones y la estructura general, es fácil deducir que es un misil.

—Un misil de cincuenta metros —dijo Lainier, calculando aproximadamente la altura en función del edificio—. Eso podría arrasarse naciones enteras... ¿Qué coño hará exactamente? ¿Explosión nuclear? ¿Antimateria? ¿Pulso electromagnético?

—Quizás un poco de todo —señaló ElArtista.

—Por el tamaño, creo que un mucho de todo —conjeturó Berllerak—, aunque descarto que contenga antimateria. La tendrían que haber traído de fuera, y no nos han informado de que aquí se hayan acercado naves contenedoras. El caso es que este misil es tan grande que facilita su intercepción, pero si su objetivo son los Estados Unidos, a lo mejor no tienen tiempo de destruirlo. Está demasiado cerca. Tenemos que avisarles.

—Aquí dentro no hay señal —dijo ElArtista, intentando usar su intercomunicador.

—Era de esperar —añadió Berllerak.

—Vamos fuera —ordenó Lainier.

ElArtista cruzó el boquete en primer lugar, intentando usar de nuevo su intercomunicador, mientras el resto le seguía.

—No hay forma —dijo ElArtista.

—Es inútil —dijo Berllerak.

—Para construir esto habrá hecho falta gran cantidad de dinero —observó Lainier—. Ese bastardo de Strauss debe haber saqueado a todos los ciudadanos del país para hacer esto.

—Por no mencionar que me parece sorprendente que cuente con los hombres y tecnología necesarios —añadió Berllerak—. Ya fue sorprendente que creara clones en su día, tan buenos como los del resto de naciones.

—No tan buenos. Mira a este —dijo jocosamente Lainier señalando al Artista, que estaba a su izquierda.

—Tú qué sabrás —replicó ElArtista.

—Pero se dice que logró hacer clones mediante el espionaje industrial —recordó Berllerak—. ¿Habrá sucedido algo pare...?

—Muy bien, intrusos —Berllerak fue interrumpido por una voz de origen desconocido. Los clones se giraron, desenfundando. La voz surgía del panel de control—. Habéis entrado aquí, pero no saldréis. Os hemos localizado. Tanto

la escalera como el ascensor tienen detectores de peso, y vosotros no teníais el necesario. ¿Acaso pensabais que era tan fácil husmear en nuestros asuntos?

—Mierda, creía que no había sistema de vigilancia.

—Probablemente eso no lo sabía ni el general —dijo Lainier—. Salgamos de aquí.

—Atención. La base se autodestruirá en diez minutos —dijo la voz—. Abandonen el edificio y manténganse alejados más de doscientos metros. Comenzando cuenta atrás...

Sobre un panel numérico, comenzó a aparecer la cuenta... 9:59

—¡Mierda! —exclamó Lainier—. ¡Corred arriba! ¡Esta vez, al ascensor!

ElArtista llamó al montacargas, pero este no bajaba.

—¡Está desconectado! —gritó.

—¡A las escaleras! —ordenó Lainier, aunque no era necesario que diera tal orden. Los clones comenzaron a subir a toda prisa, empleando toda su potencia.

—¿Van a renunciar a usar el arma? —preguntó ElArtista, extrañado de que la base fuese a ser destruida.

—¿Quién te ha dicho que han renunciado? —dijo Lainier—. A lo mejor el misil es disparado antes de que esto pete.

—Probablemente. Lo lógico es pensar que es un misil nuclear, como poco —conjeturó Berllerak—. Pero han dicho que nos alejemos solo doscientos metros. Si estallara aquí, el radio sería mucho mayor.

—Pero mucho mucho... —murmuró ElArtista.

Mientras, fuera, Night Rider comenzó a darse cuenta de que algo iba mal. La gente salía corriendo del edificio sin prestarle atención. Algunos incluso poseían pequeñas plataformas voladoras y salían raudos desde diversas ventanas. Había una especie de voz que avisaba periódicamente de algo, pero no la escuchaba bien. Se bajó del vehículo cojeando. Intentaba llamar por el intercomunicador, pero no funcionaba. Finalmente detuvo a uno de los que escapaban.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó.

—El ordenador central ha dicho que la base va a ser destruida —aclaró el soldado—. Tenemos diez minutos. ¡Yo me largo!

Night Rider dejó marchar al hombre. Por unos instantes se quedó pensando si esperaba a sus compañeros o entraba a buscarlos a pesar de su cojera. Finalmente decidió entrar, ya que no respondían. Seguramente los habían descubierto.

Los clones estaban casi arriba cuando se oyó de nuevo la voz del ordenador resonando por todo el edificio:

—Quedan seis minutos.

—¡Mierda! ¡Vamos a palmar! —gritó ElArtista.

—¡Calla! —gritó Lainier mientras los clones alcanzaban la puerta. ElArtista giró la manivela, pero nada ocurrió. Lo intentó varias veces sin éxito. La puerta estaba cerrada.

—¡Nos han encerrado! —gritó ElArtista—. ¡Su puta madre!

—¡Cuchillo! —gritó Berllerak.

ElArtista sacó su arma blanca. La clavó en la puerta, pero se hundió solo un par de centímetros.

—¡¡Esto está hecho de keridio!! —gritó ElArtista. El keridio era un material artificial, el más resistente conocido hasta la fecha, aunque era muy denso. La puerta había sido recubierta de un sutil barniz para disimular su composición.

Mientras, la pantalla metálica descendió, introduciéndose bajo tierra, dejando al descubierto el misil.

—¡Van a dispararlo! —gritó Lainier, mientras su compañero volvía a clavar una y otra vez el cuchillo en el mismo lugar.

—¡No nos dará tiempo así! —exclamó ElArtista, que apenas había avanzado en su trabajo.

Berllerak aporreó la puerta.

—¡Sacadnos de aquí! —gritó, pero era inútil, pues la estancia estaba insonorizada.

Night Rider exploró el mapa del edificio, pero no lograba dar con los calabozos, de manera que si habían encerrado a sus amigos, no sabía dónde estaban. Detuvo a alguien que pasaba por allí corriendo.

—¡Escucha! ¿Dónde están los calabozos? —gritó mientras la gente corría a su alrededor.

—¡Aquí no hay calabozos! —replicó el soldado, tratando de zafarse de Night Rider.

—¿¿Pero dónde metemos a los prisioneros??

—¡Se le envía a la cárcel de la capital! ¡Déjame marchar!

Night Rider soltó al militar. Sus compañeros estaban probablemente muertos o escondidos, ya que nadie los había sacado del edificio rumbo a una cárcel. Subió al despacho del general mientras trataba de usar su intercomunicador, sin resultados.

—Esperad, tenemos explosivos —dijo al fin Berllerak.

—Eso destrozará la plataforma —replicó Lainier.

—Tenemos los garfios —dijo Tete palpando bajo su camisa—. Pondremos el explosivo. Bajaremos un par de plantas y desde allí lanzaremos los garfios.

—Bien, vamos —dijo Lainier.

Cada uno de los clones tenía una granada. Dejaron el cuchillo de ElArtista clavado en la puerta. Ataron las granadas al cuchillo, usando jirones de las ropas de los cadáveres, y las programaron para estallar al cabo de diez segundos. Todos descendieron dos plantas. Les quedaban cinco minutos para escapar.

La explosión voló en pedazos la plataforma, la puerta y los militares. Los clones volvieron a ascender. Tete y el Kapitan se colocaron al borde de la escalera, sacaron las pistolas lanzagarfios y dispararon al techo, cerca de la puerta.

Los garfios se clavaron. Los dos clones subieron, impulsados por el motor de las pistolas, saliendo de la estancia. Devolvieron estas abajo. Después siguieron ElArtista y Berllerak. Lainier subió el último.

—¡Venga, corred! —gritó el Líder del Cuerpo de Asalto.

—Quedan cuatro minutos —dijo la voz.

Los clones descendieron a la planta decimoquinta y se introdujeron en el primer ascensor que vieron libre. Con las prisas, no se dieron cuenta de que uno subía precisamente hacia esa planta. Era Night Rider. Cuando él llegó sus compañeros ya estaban bajando.

El policía entró al despacho del general, pero no había nadie. Miró en el armario, pero tampoco, así que salió corriendo. Subió a la última planta. Encontró la puerta volada. Se asomó al interior. Vio que no había nadie, y que una especie de misil ocupaba el interior. Decidió salir del edificio. No podía hacer nada más.

Los clones llegaron abajo. Corrieron hacia la salida, que estaba abierta. Finalmente alcanzaron la furgoneta. Quedaban tres minutos.

—¿Dónde coño está Night Rider? —preguntó Lainier. Ya nadie parecía quedar en el edificio, ni siquiera en los alrededores—. ¡Responde, Rider! —dijo Lainier por el intercomunicador, pero no iba.

—Quizás se haya alejado —dijo Berllerak mientras abría la puerta del conductor.

—Pero debería estar cerca —dijo Lainier. Ninguno era capaz de vislumbrar a su compañero, y sus intercomunicadores no iban.

—Puede que esté dentro —dijo Berllerak mientras arrancaba el vehículo—. O haya sido capturado. ¿Qué hacemos?

—Mierda —dijo Lainier—. Aún podemos esperarlo. Entraré a buscarlo. Kapitán, acom...

—Ehhh, Lainier —interrumpió Berllerak—. No tengo las llaves.

—¿Qué?

—No tengo las llaves del vehículo —explicó Berllerak mientras registraba la furgoneta—. Las tenía Rider.

—¡Joder! —gritó Lainier—. ¡Nos vamos de aquí!

Berllerak abrió la puerta para bajarse de la furgoneta, pero Lainier lo detuvo.

—¡Espera! —ordenó Lainier—. Empujaremos la furgoneta para sacarla de aquí. Si Rider aparece nos podremos ir en ella. ¡A empujar!

Berllerak volvió a ponerse al volante mientras sus compañeros empujaban con todas sus fuerzas. Dos minutos.

Night Rider corría hacia el ascensor, forzando su pierna. Esta al final no pudo más y dejó de responderle. Cayó al suelo. Intentó levantarse, y cojeó con una sola pierna hasta un ascensor que afortunadamente estaba en esa misma planta.

—Aún hay tiempo... —pensó para sus adentros mientras pulsaba el botón de bajada a la planta baja. Estaba inundando en sudor. Asfixiado, se arrancó la máscara y se quitó las lentillas. Además, no quería morir con el rostro de otro. Se secó el sudor con la manga derecha y respiró profundamente. El ascensor llegó al suelo, y salió cojeando. Mientras, el techo del edificio se abrió para dar paso al misil. Night Rider avanzaba lentamente por el pasillo, rumbo a la entrada principal.

Un minuto.

Los clones se detuvieron fuera del recinto, a unos doscientos metros de distancia de la verja. Lainier cogió unos prismáticos de la guantera e intentó buscar a Rider.

—Intenta avisar a los americanos —le dijo a Berllerak, mientras miraba en todas direcciones.

Berllerak sacó un móvil de la guantera e hizo una llamada. Por fortuna, daba señal. Marcó un número secreto.

—Aquí hombre en punta —dijo por el aparato—. Misil de 50 metros de longitud a punto de ser disparado. Origen: bosque de pinos al norte de Corona. Destino: desconocido.

—Aquí hombre en espera —dijo una voz al otro lado—. Mensaje recibido.

Berllerak colgó el teléfono e intentó usar de nuevo su intercomunicador, pero seguía sin ir, quizás porque Rider estaba dentro del edificio y ahí no funcionaba su aparato. Ese pensamiento no le gustó nada. Treinta segundos.

A diez metros de la entrada Night Rider intentó cojear más deprisa. Volvió a caer al suelo. Trató de arrastrarse mientras la voz resonaba por el edificio, amenazadora. Veinte segundos.

Night Rider atravesó la entrada. Se le acababa el tiempo. ¿Dónde estaba su furgoneta? No podía verla. La mayoría de vehículos habían desaparecido, incluido el de los clones. Continuó adelante, arrastrándose.

Diez segundos.

Las fuerzas le fallaban. Intentó usar de nuevo su intercomunicador sin dejar de moverse.

—¡Lainier!! —gritó al aparato, pero no hubo respuesta a pesar de estar fuera del edificio. Quizás toda la zona tuviera inhibidores de frecuencia preparados para evitar interferencias con el lanzamiento.

Cinco segundos.

—¡Ayuda! —gritó Night Rider. Nadie podía oírle, aunque Lainier lo vio con sus prismáticos. Pero no podía hacer nada.

—Dios mío... —murmuró el líder del Cuerpo de Asalto.

Un segundo.

Night Rider alargó el brazo derecho, luego el izquierdo, en un intento desesperado de avanzar medio metro más.

Ignición.

El misil rugió con un sonido atronador. Se elevó en el aire a gran velocidad. Fueron solo unos segundos. Night Rider lo ignoró, continuando hacia delante, gastando las últimas fuerzas que le quedaban en avanzar otro metro.

El edificio estalló. La explosión alcanzó a Night Rider, así como multitud de escombros y metralla. Su cuerpo rodó por el suelo, humeante. El edificio seguía en pie, pero el interior estaba en llamas.

—¡Hay que ayudarlo! —ordenó Lainier. Berllerak abandonó la furgoneta, cogiendo de la guantera un pequeño estuche médico. Corrió hacia su compañero, acompañado por los clones—. ¡No! ¡Que solo venga el Kapitán! ¡Los demás vigilad el vehículo y avisad de a dónde va el misil!

Los clones obedecieron. Lainier, Berllerak y el Kapitán se arrodillaron ante Rider mientras ElArtista avisaba de que el misil parecía dirigirse a los Estados Unidos. Berllerak realizó un examen superficial a su compañero, que permanecía inerte. Gran parte de su cuerpo estaba cubierto por graves quemaduras, con la ropa pegada a las heridas, y tenía varios trozos de metralla clavados. Al menos no estaba sangrando.

—La cabeza está bien —dijo Berllerak—. Y aún respira. Pero lo tenemos que llevar a un hospital.

—¡Las llaves! —dijo Lainier.

El Kapitán rebuscó en el bolsillo izquierdo de su compañero. Afortunadamente seguían en su sitio.

—Las tengo —dijo el Kapitán.

—Trae la furgoneta —ordenó Lainier.

El Kapitán corrió al vehículo. Se puso al volante mientras ElArtista y Tete se subían detrás. Arrancó y acercó la furgoneta a Night Rider. Lainier y Berllerak subieron al herido a la parte trasera. Después Lainier se puso al lado del Kapitán, quien se puso de nuevo en marcha, conduciendo a toda velocidad.

—Puede que Strauss decida invadir Estados Unidos tras esto —opinó Lainier—. Pero ahora lo que hay que hacer es encargarnos de Night Rider.

—No podemos llevarlo a un hospital de aquí, eso está claro —dijo Berllerak—. Y en la cutre-base de James no hay un soporte vital permanente.

—Veamos... Strauss seguramente hablará a las masas hoy sobre esto. Hay que matarlo. Quizás hable mañana. Quizás no comparezca en público sino desde su refugio —comenzó a decir Lainier—, pero vamos a poner un día. Eso nos deja veinticuatro horas para que Night Rider cruce la frontera y sea atendido. O nos arriesgamos a hacerlo pasar ya. Hablaré con James a ver si alguien puede encargarse, porque nosotros tenemos una misión que cumplir.

—No aguantará ni una hora —dijo Berllerak—. Hay que hacerle pasar la frontera ya. Y si vamos a hablar con James, perdemos tiempo.

—Entonces, ElArtista y yo nos quedamos —dijo Lainier—. Los demás os largáis con Rider.

—Si es que podemos —señaló Berllerak—. Tendremos que cruzar la frontera a sangre y fuego. Si pudiera robar un vehículo volador...

—Tengo una idea —dijo ElArtista.

—Oh, Dios mío... —murmuró Lainier.

—Saben que había intrusos, pero quizás no sepan quiénes eran. De momento seguimos siendo soldados con credenciales. Con suerte podemos ir a un hospital y hacer que atiendan a Rider, y llevarnos incluso el material médico que queramos. Un soporte vital permanente cabe aquí, ¿no? Hay que quitar los asientos de atrás y algunos de nosotros tendrán que irse a pie, pero bueno. Y si no, se les incauta una ambulancia y au.

—¿Y si no se fían de nosotros?

—Llevamos armas y ellos no. Esperemos que no haya muchos guardias de seguridad.

—Vamos a un hospital, pues —ordenó Lainier mientras encendía el televisor portátil del vehículo. Un periodista con cara tendenciosa contaba las últimas noticias.

—...idente dará su discurso mañana a las 12:30 —explicaba el periodista—, en el la sala de prensa del Polideportivo Militar Norte.

Las noticias cesaron. No decían nada del misil. Lainier apagó la tele.

—Eso está cubierto —dijo el Kapitán—. Será difícil.

—Puede que incluso esperen que vayamos —advirtió ElArtista.

—Pues va ser difícil hacerlo —explicó Berllerak—. Porque el polideportivo está en la capital. Y seguro que hay muchos controles, porque nos buscan.

—Quizás no —dijo Lainier—. Si se ha lanzado un misil probablemente el ejército se esté movilizand para prever una contraofensiva, y los policías estarán vigilando los núcleos de población menos favorables a Strauss para evitar posibles revueltas populares.

La furgoneta se detuvo ante un hospital de la zona oeste de la ciudad. Era un edificio octogonal de color blanco y tres plantas. El Kapitán se quedó en el coche. Los demás entraron corriendo.

—¡Soldado herido! —gritó Lainier mientras mostraba sus credenciales a un médico—. Está ahí fuera. Una explosión.

El equipo médico se llevó a Night Rider en camilla a una sala de cuidados intensivos. Lainier susurró al oído de sus compañeros.

—Tete, Artista, dividíos —ordenó—. Acercaos a cualquier televisor, radio o teléfonos cercanos, por si acaso dan el aviso de que nos buscan.

Tete y ElArtista se separaron, recorriendo el hospital disimuladamente. Lainier y Berllerak vigilaban la puerta de la sala de cuidados intensivos.

Al cabo de un rato los médicos salieron y se acercaron a Lainier. Uno de ellos, un hombre de unos sesenta años con pelo y bigote canosos habló:

—El cerebro está perfectamente. Solo tiene una ligera conmoción. Pero el cuerpo... habría que mecanizarlo. Lo tenemos conectado a un sistema de soporte vital.

—Bien. Nos llevaremos a nuestro compañero, pero solo su cabeza, conectada a un soporte vital portátil —dijo Lainier—. También nos llevamos un soporte vital permanente y recargas para el soporte portátil, todas las que pueda. Y supervisaremos la incineración de los restos de nuestro compañero.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. Nos tenemos que llevar a ese hombre, pero si el cuerpo ya no sirve, pues con la cabeza basta. Así podemos transportarlo mejor —Lainier no estaba mintiendo. Sabía que tendrían problemas al llegar a la entrada a las cloacas.

—Pero...

—¡Ahora, maldita sea! —gritó Lainier. Los médicos obedecieron. Lainier y Berllerak les acompañaron para asegurarse de que hacían lo ordenado.

Tardaron diez minutos en preparar el equipo solicitado y conectar la cabeza a un soporte vital portátil y separarla del cuerpo, seccionando donde el cuello se unía con el tronco. El soporte vital portátil era una caja negra del tamaño de un balón de fútbol pero con forma de cubo, con la cabeza de Night Rider firmemente conectada a ella. El cuerpo del policía fue incinerado en una cámara dedicada precisamente a deshacerse de los restos sobrantes. Lainier y Berllerak supervisaron el proceso. No querían que nadie pudiera conseguir el ADN de Rider. Después fueron en busca del sistema de soporte vital permanente. Berllerak se quedó mirando la máquina, también con forma de cubo pero tan grande como una mesita de noche. No era tan manejable como los que usaban en Thuris.

—Oh, mierda —dijo Berllerak—. Necesito herramientas para desmontarlo.

Los médicos le miraron sorprendidos por un instante.

—¡Herramientas para desmontarlo! —ordenó el clon.

Los médicos se retiraron acompañados por Lainier, y regresaron al cabo de un minuto. Lainier llevaba una maleta metálica en la mano.

—Listo —dijo.

—Las recargas para el portátil —requirió Berllerak a los médicos.

Uno de los doctores abrió un cajón y sacó cinco recargas, pequeñas cajas metálicas cuyo tamaño era la mitad que el del soporte vital portátil.

—Esto es todo lo que puedo darles —dijo, metiendo las recargas en una bolsa.

—Bien —dijo Berllerak, cogiendo la bolsa—. Ahora, una ambulancia. No podemos llevar todo esto en nuestro vehículo.

La ambulancia aparcó cerca de la entrada. Los clones salieron al exterior cargando con el equipo y la cabeza de Night Rider.

—Fuera —ordenó Lainier al conductor de la ambulancia.

—Pe... —comenzó a decir el conductor, un joven de unos veinte años.

—¡Abajo! ¡Se la devolveremos mañana!

El conductor se apeó y Lainier ocupó su lugar. Berllerak se colocó en la parte trasera con el sistema de soporte vital permanente. El Artista y Tete se subieron a la furgoneta con la cabeza de Night Rider. Los dos vehículos salieron a toda velocidad, haciendo sonar la sirena de la ambulancia. Berllerak abrió la maleta, cogió las herramientas y comenzó a desmontar el sistema de soporte vital permanente. Sabiendo que usar el vehículo militar resultaba demasiado sospechoso y que estaban forzando su suerte, se detuvieron un momento en un callejón. Dejaron allí la furgoneta, y sus ocupantes se subieron a la ambulancia, que prosiguió su camino. El Capitán se puso al volante, y Lainier se cambió al asiento de al lado. Los demás iban detrás, algo apretados. Finalmente llegaron a la entrada a las cloacas en pocos minutos. Todos se bajaron, excepto el Capitán. Berllerak cargaba con la cabeza de Night Rider, además de con la maleta de herramientas y las recargas del soporte vital portátil, y cada uno de los otros llevaba una pieza del soporte vital permanente, que había sido desmontado en tres partes. Descendieron a las cloacas. El Capitán se fue con la ambulancia para estacionarla en un lugar apartado.

Lainier llamó a la puerta del refugio con los nudillos, golpeando cuatro veces, una señal de identificación. James abrió levemente la puerta desde el otro lado, arma en mano por si acaso. Al comprobar que eran sus aliados los dejó entrar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó VanderHall mientras el Cuerpo de Asalto entraba. DeSalt estaba sentado en un rincón. Se levantó al ver entrar a los clones.

—El edificio de la base explotó tras ser lanzado el misil —contestó Lainier—. Rider fue alcanzado. ¿Qué ha pasado con el misil?

—Ha sido interceptado gracias a vuestro aviso —informó DeSalt—. Pero se produjo una explosión que ha dañado los sistemas electrónicos de las instalaciones defensivas de Texas, lo que supongo aprovechará Strauss.

—¿Crees que invadiría Texas?

—Mis superiores me han informado que Estados Unidos no empleará una respuesta nuclear, a menos que detecten más de esos misiles; aunque suponemos que solo tenían ese o ya los habrían lanzado. Y como Estados Unidos aún no ha respondido nuclearmente, Strauss sabrá que no piensa hacerlo, así que movilizará las tropas y las enviará a la frontera antes de que lleguen los norteamericanos.

—Strauss está zumbao.

—Claro que lo está.

—Mañana dejará de estarlo. Lo mataremos.

—¿Matar a Strauss? —preguntó Tete—. Esa no es la misión. Nos han enviado a detenerlo. No somos ejecutores.

—Pero lo seremos —observó Lainier—. Al menos, alguno de nosotros. Mira, si pudiera detenerlo, lo haría. Pero no veo cómo. No se me ocurre ningún plan, y no hay tiempo para pensar uno. No me gusta cargarme a un tipo a sangre fría, pero no hay más remedio. VanderHall nos autorizó a ello.

—Bien. Qué se le va a hacer... —se resignó Tete.

—¿Y si se convierte en un mártir? —preguntó Berllerak, mientras montaba de nuevo el soporte vital permanente.

—No tiene un apoyo popular tan alto —replicó DeSalt.

Todos se sentaron. Lainier puso la cabeza del clon sobre la mesa y Berllerak la conectó al soporte vital permanente, ya reensamblado. ElArtista comenzó a hurgar las fosas nasales de Night Rider con un bolígrafo.

—Siempre he querido hacer esto —dijo.

—Déjalo en paz o te capto —amenazó Lainier.

—¡Dios, que gente con tan poco sentido del humor! —exclamó, sacando el bolígrafo y tirándolo hacia atrás por encima del hombro.

—Mañana vamos a matar a Strauss, así que ya me estás dando un plano del polideportivo, Jimmy —dijo Lainier, dirigiéndose a James.

—Aquí tengo un plano parcial —dijo, desplegándolo sobre la mesa—. Solo las zonas de acceso público.

—Tú te pondrás aquí —dijo Lainier al Artista, señalando la silla de la esquina inferior derecha de la zona de asientos para los periodistas, formada por diez hileras de cinco sillas cada una—. Y yo en la del otro extremo. Tendremos que llegar los primeros para conseguir esos asientos. Yo dispararé a Strauss mientras tú abates a los guardias que tengamos cerca. Después dispararás a los guardias que estén cerca de Strauss, que habrán perdido tiempo intentado cubrir a su presidente, espero que inútilmente. Después saldremos por la puerta principal entre el tumulto, a ser posible.

—¿Eso es el plan? —preguntó ElArtista.

—Pues sí.

—Acojonante.

—Se montará un tiroteo —dijo Tete—. Podrían morir periodistas.

—Espero que liquidemos a los enemigos rápidamente y que no se monte un lío —explicó Lainier—. Si eso no es posible, mala suerte. Además, esos periodistas saben que trabajan para la propaganda gubernamental, y no hay otra oportunidad de matar a ese tipo.

—Faltan detalles —señaló ElArtista—. Punto número uno: ¿cómo vamos a entrar?

—Usaremos la misma táctica que para acceder a la base, pero esta vez capturaremos periodistas.

—Lainier, aún tengo anestesiaos a los seis soldados que me trajisteis —advirtió James.

—Los periodistas no llevan armas —replicó ElArtista—. ¿Cómo vamos a colarlas?

—Jeje... Desmontaremos las pistolas —dijo Lainier—. El cañón puede hacerse pasar por el mango de un micro, y el resto... mmm...

—Estás improvisando todo esto, ¿verdad? —preguntó ElArtista, con rostro serio y haciendo muecas.

—Déjame pensar, coñes... Mmm... A ver... ¿Ande meto yo una empuñadura y que no la encuentren?

—En el culo.

—Que te calles, coño... mmm... Es inútil. Nos registrarán de arriba abajo. Meteremos las armas antes. Veamos... ¿Qué vehículos esperan?

—Uno que transporta comida —dijo DeSalt—. Dos personas viajan en él. Llega todas las mañanas a las ocho.

—¿El vehículo entra en el edificio?

—Sí, por el primer garaje. Primero inspeccionan el vehículo, a los currantes y la comida.

—¿Se les puede reemplazar?

—Sí. Controlamos a la mayoría de personas que tienen tratos con el ejército. Podemos secuestrar a los del camión cuando salgan por la mañana. No siempre entregan los mismos, así que el vigilante no notará nada raro. Pero antes de regresar a la empresa de catering, os pondréis caretas para hacerlos pasar por los repartidores originales.

—¿Pero cómo meterás las armas? —preguntó ElArtista.

—Mmm... ¿cuántos hombres hay en la entrada al garaje? —preguntó Lainier.

—Dos —respondió DeSalt.

—Después de que inspeccionen el interior del vehículo, ElArtista aparecerá por aquí, mientras distraemos a los guardias —explicó Lainier, señalando una alcantarilla situada a diez metros de la entrada del garaje—. Disparará una pistola lanzagarfios, a las que habremos atado dos pistolas normales. La soltará para que el cable se enrolle y las armas lleguen rápidamente hasta el vehículo. Entonces las recogeré y las meteré dentro. Después esconderé las armas en el interior del edificio.

—Esto es una locura —se quejó ElArtista.

—¿Ves por qué nos enviaron a nosotros?

Lainier activó su intercomunicador y llamó al Capitán.

—Dime —dijo el Capitán.

—¿Cómo va todo? —preguntó Lainier.

—He aparcado y regreso a pie. Nadie me sigue. Todo en calma.

—Busca una tienda 24 horas y compra cinta adhesiva —ordenó Lainier.

—¿Sabes dónde hay alguna?

—Hay una tres calles más abajo —dijo DeSalt a Lainier antes de que este preguntase.

—Tres calles más abajo desde el refugio —dijo Lainier.

—De acuerdo —dijo el Kapitán.

—Nada más. Adiós.

Lainier cortó la comunicación.

—Punto número dos —prosiguió ElArtista—. ¿Qué pasa si tienen peña camuflada entre los periodistas?

—Habrá que arriesgarse. No se puede prever todo. Pero confío en nuestra sagacidad para deducir si hay agentes infiltrados.

—¿Tú esnifas pegamento, machote?

—Mañana se hará y punto.

—¡Joder! ¡Pues tengo más dudas! ¡Punto número tres! ¿Cómo coño vamos a llegar a la capital? Tendremos que salir esta noche y viajar a toda hostia.

—Efectivamente.

—Eso es fácil —dijo DeSalt—. Conseguiré un coche. Además, hay agentes en la capital. Les llamaré para ver por dónde es más fácil pasar. Luego os dirigiréis a otro refugio.

—¿Bajo las cloacas? —preguntó Lainier.

—Sí. Os dibujaré un mapa.

—Bueno, pues ya está todo solucionado.

—Vamos a palmar —dijo ElArtista.

La discusión acabó. Al cabo de unos minutos El Kapitán volvió con la cinta. Tras el procedimiento identificativo de rigor, entró en la base y se quitó el disfraz.

—Aquí tenéis —dijo, dejando la cinta sobre la mesa.

—Tenemos controlado a un grupo de reporteros del periódico oficial del régimen —explicó DeSalt mientras Berllerak fijaba una Magnum y un Colt a la pistola lanzagarfios. Estaba claro quién usaría cada arma—. Sin duda estarán acreditados para el evento. Tengo sus direcciones. También me han dicho que entréis por la carretera A-1. Hay un control de cuatro agentes, pero si lográis darles esquinazo, podéis meteros por cualquier alcantarilla cercana. Desde ahí podéis llegar al refugio.

—Muy bien —dijo Lainier.

DeSalt trajo un amplio coche. Los clones subieron, de nuevo con Berllerak al volante. Volvieron a emplear las máscaras de los soldados y sus identificaciones, por si acaso. Condujeron rumbo a la capital por carreteras secundarias poco concurridas. Sin embargo, a mitad de camino se encontraron con un control policial. Cuatro agentes provistos de motos les dieron el alto. No tuvieron tiempo de hacer nada más. Cada uno de los clones excepto Berllerak sacó su arma y disparó contra los agentes, que cayeron fulminados con la cara destrozada. Berllerak aparcó en el andén.

—¡Deprisa, antes de que venga alguien! —exclamó Lainier, mientras los clones descendían del vehículo. Se acercaron a los motoristas, y se pusieron sus ropas; excepto Berllerak. Metieron un cadáver en el maletero y los otros tres en la parte trasera del coche, así como sus viejas ropas. Berllerak comenzó a conducir de nuevo, seguido por los clones montados en las motos de los agentes.

Cuando estaban cerca de la entrada a la capital los clones aceleraron. Los que iban en las motos activaron sus sirenas. Berllerak vislumbró a los cuatro agentes de la entrada A-1. Los esquivó, obligándolos a apartarse. ElArtista, Tete y el Kapitán siguieron tras él. Lainier se detuvo un momento a hablar con los guardias.

—¡Quédense aquí por si viene alguien más o intenta dar la vuelta! —dijo Lainier.

—¿Quién es? —preguntó uno de los agentes.

—¡Un espía yanqui! —dijo Lainier, poniéndose de nuevo en marcha.

Los clones se reunieron en un callejón cercano. Habían fingido detener a Berllerak. Cogieron el equipo necesario del coche y se introdujeron en las cloacas, dejando los vehículos arriba.

—Veamos —dijo Berllerak, consultando el mapa en su móvil—. Sí, es por aquí.

Los clones llegaron a una puerta metálica. El mecanismo de apertura era idéntico al del refugio de Piedras Negras. ElArtista se encargó de apretar el cadáver de la rata. Accedieron a un escondite muy parecido al anterior. No había nadie dentro. Durmieron el poco tiempo que les quedaba.

A primera hora de la mañana el Cuerpo de Asalto secuestró a los dos repartidores de comida. Berllerak tomó moldes de sus caras. Tete y Lainier se vistieron con sus ropas y se fueron en la furgoneta. Tete iba al volante. Lainier y ElArtista iban detrás, pero ElArtista se bajó poco antes de llegar y se metió en las cloacas. Sus compañeros llegaron al fin al polideportivo. Habían tardado media hora.

El Polideportivo Militar Norte estaba situado en el mejor complejo residencial de la capital, con grandes chalets y edificios lujosos rodeados de amplias zonas verdes. La mayoría de vecinos eran militares de alta graduación. El polideportivo se levantaba en medio del complejo y tenía forma de estadio de fútbol, aunque más pequeño.

—Bajen del vehículo —ordenó uno de los vigilantes cuando llegaron a la puerta del garaje. Los clones obedecieron. Los agentes comenzaron a cachearlos y a escanearlos con un pequeño aparato. Eran dos hombres de unos treinta años, vestidos con traje negro y gafas de sol.

—Bien. Abran las puertas —dijo el mismo vigilante de antes.

Los clones así lo hicieron. El hombre que aún no había hablado registró el interior, examinando los paquetes de comida.

—Limpio —dijo, bajando del vehículo.

—Pueden entrar —dijo el otro, mientras su compañero pulsaba un botón de la garita, situada a la izquierda.

Aprovechando que uno de los vigilantes estaba ocupado con el botón, y el otro no tenía línea visual al estar hablando con los clones, ElArtista, asomando levemente por la alcantarilla, lanzó el garfío. El cable se enrolló a velocidad de vértigo, debido al escaso peso que debía arrastrar. Tete atrapó las armas y las metió en la parte trasera. Cerró las puertas. Lainier y él subieron al vehículo y pasaron al otro lado. Rápidamente Tete quitó el celo, separando las armas. Luego ató las dos pistolas láser y se las pasó a Lainier, que las escondió bajo su ropa. Aparcaron en el garaje. Dos agentes, de aspecto similar a los de fuera, los esperaban.

—Venga, deprisa —dijo uno.

Los clones cargaron con la comida, acompañados por los agentes. Llegaron hasta la cocina y dejaron las cajas.

—No me siento bien —dijo Lainier—. ¿Puedo ir al servicio?

—Yo lo acompaño —dijo el otro agente.

Lainier fue escoltado por un pasillo. Al fondo a la derecha (cómo no) podía ver el servicio. En medio de un pasillo había una papelerera metálica. Se paró frente a ella.

—¡Bluerg! —Lainier se echó sobre la papelerera, vomitando. En ese momento sacó las pistolas y las introdujo en ella. Les habían colocado un imán, así que se fijaron a las paredes.

—¡No haga eso, guarro! —ordenó el vigilante, apartando bruscamente a Lainier de la papelerera.

El clon entró al servicio. Vomitó un poco más. Se lavó la cara y se reunió con Tete. Después salieron del lugar. ElArtista les esperaba unas cuantas calles más abajo. Regresaron al refugio sin dilación. Berlllerak les entregó a Lainier y Tete las máscaras con la cara de los repartidores. Se las pusieron y devolvieron la furgoneta a la empresa. Después regresaron al refugio. Berlllerak ya había finalizado las máscaras con la cara de los periodistas que iban a secuestrar. Los clones repasaron el plan.

—¿Una papelerera? —preguntó ElArtista mientras se ponía la careta de uno de los periodistas.

—Mejor sacar un arma de una papelerera que del lavabo —dijo Lainier, también disfrazándose—. Podrían sospechar si pides ir al servicio justo cuando está Strauss.

—¿Y cómo sacaremos las armas de la papelerera?

—Metiendo la mano.

—¿Y eso no es sospechoso?

—No si metes antes una botella de refresco vacía.

—Nos van a pillar.

—No, hombre. Cabe la posibilidad de que ya hayan encontrado el arma en la papelerera, aunque me extraña que hayan hecho un nuevo registro en el tiempo que queda. Y ahora, vámonos.

El Cuerpo de Asalto capturó a los periodistas mientras salían de sus casas. Lainier y ElArtista se hicieron con las acreditaciones. Dejaron a los “profesionales” de la información en la base, junto con los dos repartidores. Se dirigieron al polideportivo en el coche de uno de ellos. Aparcaron el vehículo en el parking exterior y se acercaron a la entrada. Habían logrado llegar los primeros. Iban vestidos con tejanos y una camiseta verde con el logotipo de la cadena. Llevaban una credencial sobre el pecho. Lainier llevaba otras gafas de sol distintas. El líder del Cuerpo de Asalto transportaba una bolsa en la mano izquierda que contenía un micrófono de mano, un teléfono móvil y una botella de un litro de agua mineral medio llena; aunque ElArtista la veía medio vacía. El compañero de Lainier cargaba con una cámara fotográfica, y llevaba otro teléfono móvil en el bolsillo. Dos hombres de negro les estaban esperando.

—¿Podemos entrar ya? —preguntó Lainier.

—Identificación —respondió uno de los guardias, un bruto fornido con cara de imbécil y de pocos amigos.

—El Oro de Corona —dijo Lainier, mencionando el nombre del infame periódico. Los clones mostraron las tarjetas.

—Déjenme la bolsa y la cámara —ordenó el bruto tras comprobar las identificaciones.

—Claro —dijo Lainier, mientras él y su compañero se desprendían del equipo. El guardia examinó la cámara, hasta convencerse de que realmente era eso y no un arma. Después desmontó el micrófono y los móviles. Finalmente, tomó un trago de agua.

—Adelante —dijo, devolviendo el equipo a los clones.

Lo primero que hicieron los policías al entrar fue hacer recuento de guardias: dos agentes en la salida. Otros dos a ambos lados de la tarima. Dos más a la derecha de los asientos de los periodistas y otros dos a la izquierda. Ocho personas a abatir.

Los clones se sentaron rápidamente en sus sillas. Al cabo de diez minutos comenzaron a llegar más periodistas. Cuando la sala estuvo llena Lainier se levantó, dejando sobre el asiento la bolsa con el micrófono. Sacó la botella de agua y se la bebió entera. Se acercó a la papelerera de marras. Nadie se fijó en él. Los periodistas iban y venían, hablando unos con otros. Algunos entraban y salían del servicio sin problemas. Lainier se echó sobre la papelerera, introduciendo la botella. Después sacó las pistolas y se las guardó bajo la ropa. Se acercó al Artista y disimuladamente le pasó la Colt. ElArtista se la guardó. Lainier regresó a su asiento. Los tipos de la salida estaban a escasos tres metros de los clones.

Finalmente todos los periodistas tomaron asiento.

Entonces apareció Strauss, por una puerta blindada situada detrás del estrado. Se acercó a él con paso firme. Lainier y ElArtista se quedaron estupefactos.

El dictador llevaba una armadura de combate de cuerpo entero de color negro. Solo se le veía la cara, pero llevaba el casco bajo el brazo. Era un hombre de unos cincuenta años, con cara de mala leche, con el pelo negro engominado hacia atrás. Si querían matarlo, tendría que ser ahora, antes de que se pusiera el casco; pero entonces serían abatidos por los guardias. Sin embargo, Lainier no dio la señal. Estaba pensando.

Strauss se puso la máscara, cubriendo así todo su cuerpo.

—Ruego disculpen mi aspecto —dijo, acercándose al micrófono—. Pero hay serios motivos para pensar que puedo ser víctima de un atentado.

ElArtista envió un mensaje de texto a Lainier con su móvil. Este lo leyó.

“No podemos perforar su armadura”, rezaba.

Lainier contestó al mensaje.

“Entonces le cogeremos. Tras matar a los guardias, iremos a por él. Prepárate para la señal”, escribió el clon.

“Moriremos aquí”, pensó ElArtista.

Mientras los clones discutían, Strauss estaba dando un discurso demagógico y populista.

—...poder de nuestra gran nación. Ahora el enemigo temblará de miedo ante... —decía el dictador. Su voz se escuchaba con claridad por diversos altavoces. Debía tener un micrófono bajo el casco.

A los tres minutos de monólogo, ElArtista recibió la señal que estaba esperando: su móvil zumbó. Lainier y él sacaron las armas velozmente mientras arrojaban los móviles hacia atrás y se dejaban caer de espaldas al suelo. Dispararon contra los guardias de los lados, acabando con ellos, mientras que los de la puerta se limitaron a esquivar los móviles, creyendo que quizás fuesen explosivos. Sin detenerse, los clones se giraron hacia atrás, mientras los guardaespaldas del estrado intentaban cubrir a Strauss y los vigilantes de la entrada desenfundaban. No tuvieron tiempo de disparar. Cada uno recibió dos impactos en el cuerpo. Los guardaespaldas de Strauss trataron de apuntar, pero los clones estaban en el suelo, ocultos tras las filas de periodistas, que comenzaron a agacharse. Strauss estaba abriendo la puerta blindada. Finalmente sus protectores encontraron la muerte. Lainier y ElArtista oyeron cómo las puertas de entrada se abrían. Se hicieron cada uno a un lado y acribillaron a dos agentes que entraron en el recinto. Strauss por su parte acababa de cerrar la puerta blindada tras él.

—¡Necesito explosivos! —gritó ElArtista echando una ojeada al exterior. Se acercaban cuatro agentes, que habían aparcado sus vehículos fuera.

Lainier se acercó a uno de los coronenses caídos para registrarlo.

—¡Y vosotros, periodistas de mierda! —gritó ElArtista—. ¡Cómo nos toquéis los webos, os reventamos los vuestros!

Lainier encontró una granada. Se la pasó al Artista, que la arrojó sobre los agentes. Dos de ellos volaron por los aires. El resto se echó a tierra. ElArtista y Lainier los remataron.

—¡Vamos afuera! —gritó ElArtista.

Los clones salieron al exterior disparando contra cuatro coches más que se acercaban.

—¡Yo al garaje uno! —gritó Lainier mientras los clones se subían a dos coches pertenecientes a los primeros agentes que habían entrado.

Los policías y militares coronenses intentaron detenerlos, pero fueron sorprendidos por el resto del Cuerpo de Asalto, que se había acercado a la zona junto a cinco hombres más, los resistentes de la capital. Cada uno iba montado en un coche propio. Tirotearon a los agentes. Estos se detuvieron y descendieron de los vehículos. Los clones y sus aliados hicieron lo mismo, comenzando así una feroz batalla.

Aprovechando la distracción, ElArtista y Lainier prosiguieron su camino. Cambiaron sus armas por escopetas de proyectiles explosivos que encontraron en los coches, y también se guardaron una granada cada uno. Lograron acabar con los agentes que vigilaban las salidas de garaje, dos en cada una; pero Strauss no salía por ninguna. Quizás esperaba dentro, atrincherado, esperando simplemente que los clones fueran superados en número, cosa que pasaría en cuestión de minutos. Pero ElArtista sabía de la cobardía de Strauss. Sabía también que las fuerzas de seguridad eran una mierda pinchada en un palo, y de ahí la imperiosa necesidad que tuvo Strauss de crear los clones. El dictador querría salir de allí. De repente escucharon un sonido, que parecía unas compuertas abriéndose. Pero no eran las de los garajes. Lainier y ElArtista condujeron hacia la fuente del sonido. Contemplaron cómo una nave monoplaza surgía del suelo de una zona verde situada a cien metros del polideportivo. Una salida secreta.

ElArtista y Lainier dispararon a los propulsores traseros de la pequeña nave. Esta se desplomó a doscientos metros de los clones, quienes corrieron hacia ella. Strauss salió al exterior y corrió hacia los bloques de viviendas más cercanos. El choque había averiado las baterías de su armadura. Ahora le pesaba mucho. Intentó desprenderse de parte de ella para correr más deprisa, dejando solo el casco, los guantes y el peto, para evitar daños mortales. Por un momento los clones pensaron que esto era un señuelo y que el auténtico Strauss seguía en el edificio, pero no tenían otra opción: no podían entrar a las estancias protegidas del polideportivo, y si Strauss intentaba escapar por otro lado, confiaban en que sus compañeros se diesen cuenta.

Los dos clones perseguían al dictador, pero tres coches policiales les cerraron el paso. Strauss se subió a uno de ellos.

—¡Sáqueme de aquí! —ordenó al conductor.

El coche trató de alejarse. Los clones aceleraron al máximo y abrieron las puertas, saltando y rodando. Los vehículos impactaron contra los demás. ElArtista lanzó una granada contra el de Strauss, deteniéndolo, mientras Lainier acribillaba con la escopeta al resto. Las explosiones se sucedieron en una típica orgía de muerte y destrucción. Al final solo quedó vivo el conductor del coche de Strauss. El agente se apeó del vehículo, pero Lainier le vació las

tripas de un disparo. Después intentó acabar con el presidente, pero se le había acabado la munición. Strauss abrió la puerta trasera izquierda para salir. El Artista disparó, pero el proyectil impactó en la puerta. El dictador echó a correr.

—Muere —murmuró El Artista, apuntando. Apretó el gatillo.

Sin munición.

—¡Mierda!! —exclamó.

—¡Cojamos las escopetas de los coches! —dijo Lainier, registrando el vehículo del que había salido Strauss. Cambió la escopeta anterior por una nueva. Se aseguró de que estaba cargada. El Artista hizo lo mismo en otro coche, agenciándose además un cuchillo. Strauss estaba corriendo por los jardines para ocultarse entre los árboles. Los clones le persiguieron, disparando.

—¿Cómo sabías que saldría al exterior? —preguntó Lainier mientras apretaba el gatillo.

—Porque es un cobarde —respondió El Artista.

—Podría haber ido al edificio más cercano por un pasillo subterráneo.

—No —replicó El Artista—. El edificio más cercano está a cientos de metros. Las obras de construcción del túnel se hubieran notado, y todo el mundo lo sabría.

—Unos metros más y es nuestro —dijo Lainier—. Acabemos con él antes de que lleguen refuerzos.

—Ya llegan —dijo El Artista. Cerca de diez coches se aproximaban a lo lejos, por detrás de los clones, con las sirenas a todo volumen.

Strauss se aproximó a una finca. Entró rompiendo la cerradura con un empujón. Un guardia de seguridad se acercó a él. No estaba viendo las noticias y no sabía que era Strauss. El presidente iba a pedir ayuda, pero el guardia de seguridad le empujó al exterior primero, sacando su arma.

—Un segurata —dijo El Artista—. Le voy a disparar al brazo derecho.

—Usa la pistola —dijo Lainier.

El Artista sacó la pistola de debajo de su camisa con la mano izquierda.

—Ayúdeme. Soy el presidente —ordenó Strauss al guardia, que estaba apuntándole con su arma y sacando el móvil. No vio venir a los clones, y menos el disparo. El vigilante cayó al suelo, herido. Strauss subió al primer piso. Trató de llamar a las puertas.

—¡Soy el presidente, abridme! —gritó, pero ni siquiera sus adinerados amigos le ayudaron. Afuera había varios asesinos muy eficaces, y no estaban dispuestos a morir también.

Strauss desistió y llamó al ascensor, que estaba en la planta baja, mientras los clones dejaban inconsciente al guardia. Subieron al primer piso, pero Strauss se introdujo en el ascensor antes de que le alcanzasen.

—¡Mierda! —gritó El Artista, aporreando la puerta del ascensor.

—¡Por las escaleras! —gritó Lainier.

—¡Espera! ¡Iremos disparando contra los controles de los ascensores para que no puedan usarlos!

Lainier y El Artista comenzaron a subir mientras disparaban con los láseres contra los botones de llamada del ascensor en cada planta, prestando atención por si Strauss se bajaba antes de llegar arriba. En total eran diez pisos. En el octavo se les acabó la munición. Reventaron los dos últimos controles con las escopetas. Estaban en el décimo piso. El ascensor se había detenido allí. Salieron a la azotea. Había cuatro depósitos de agua cerca del deslunado. Lainier se acercó al borde para ver si Strauss colgaba del otro lado mientras El Artista rodeaba los depósitos. No estaba allí. Seguían empuñando sus armas, aunque sabían que tenían poca munición. A Lainier le quedaban dos tiros y al Artista uno, aunque pensaron que eran suficientes.

Strauss apareció por la izquierda de Lainier, empujándolo y tratando de correr hacia la salida. El clon se abalanzó sobre él. Sin problemas. Strauss sacó un arma, una pistola minúscula, solo eficiente a distancia corta. Lainier se la quitó golpeándole el brazo con la escopeta. El arma rodó por la azotea. El Artista corrió hacia ellos. Las pisadas de los agentes se oían por la escalera, así como las sirenas de los coches agolpados alrededor del edificio. Una nave biplaza apareció en el cielo. Un agente apuntaba con un rifle, asomando por el lado izquierdo de la nave, pero no disparaba por miedo a darle al presidente. Decidió cambiar de objetivo y disparar al Artista, pero su indecisión le costó la vida: El Artista apretó el gatillo, destrozando la cabeza del francotirador. El piloto trató de apuntar con los cañones que la nave tenía a cada lado. El Artista se puso ante Lainier, y por tanto ante Strauss, dificultando la labor del piloto. Mientras, Strauss golpeó a Lainier en la cara y trató de estrangularlo. Lainier se lo quitó de encima de un empujón. Después se giró.

—¡Al suelo! —gritó.

El Artista se agachó, y Lainier disparó sus dos tiros contra la cabina.

La metralla de uno de los proyectiles alcanzó al piloto en el hombro. Bajo otras circunstancias Lainier lo hubiera matado, pero estaba demasiado cansado. El piloto logró acercarse a la azotea, haciendo aterrizar violentamente la nave. Mientras, Strauss se acercó por la espalda a Lainier, tratando nuevamente de estrangularlo. El piloto se quitó el cinturón de seguridad mientras El Artista corría hacia él. El coronense intentó coger el rifle de su compañero caído, pero El Artista abrió la puerta y arrojó el cuchillo sobre el enemigo, hundiéndolo en su cuello. Después se lo sacó. Mientras, Lainier apuntó con su escopeta a la pierna izquierda de Strauss y disparó. Un trozo se hizo pedazos.

—¡¡Aaarg!! —gritó Strauss, soltando su presa.

Lainier se dio la vuelta muy cabreado.

—¡Me cago en tu miserable e inútil vida! —gritó el clon, golpeando la cabeza del dictador con la escopeta. Esta se partió, pero el cristal del casco se agrietó. Incapaz de ver, Strauss se lo quitó con la mano derecha y trató de golpear la cabeza de Lainier con él. El clon bloqueó el ataque con el brazo izquierdo, y sin pensar golpeó fuertemente el estómago del dictador y después le propinó un gancho. Strauss se fue hacia atrás, golpeándose contra el borde de la azotea. Su

pierna no tenía fuerzas para mantenerlo en equilibrio y cayó al vacío. Su cuerpo se estampó contra el suelo. Los policías se agolparon alrededor. Lainier se asomó, seguido por ElArtista, que había cogido el rifle de la nave.

—¡Joder, creía que no le había dado tan fuerte! —dijo Lainier.

—¡Estás acostumbrado a entrenar con clones! —señaló ElArtista—. En fin, yo que estaba listo para matarlo...

—Vámonos.

ElArtista pasó el rifle a Lainier y sacó el cadáver del piloto del interior de la nave. Le robó un móvil, que estaba encendido, y se lo entregó a su compañero. Después se puso a los mandos mientras Lainier se sentaba detrás, listo para disparar.

ElArtista despegó y se largaron rumbo a las cloacas. Nadie parecía seguirlos. Lainier hizo una llamada.

—Misión cumplida —dijo.

—Bien —contestó Berllerak al otro lado.

Lainier rebuscó en el vehículo. Había unas gafas de sol oscuras antideslumbrantes en un compartimento. Se quitaron las caretas y las lentillas. Lainier se colocó las gafas.

—¿Cuántos modelos has estrenado esta semana? —preguntó ElArtista.

—Más de los que me hubiese gustado —respondió Lainier.

Abandonaron el vehículo en un callejón y continuaron a pie. Descendieron a las cloacas. El refugio estaba vacío. Lainier sintonizó una pequeño televisor situada sobre la mesa. Aunque las autoridades estaban tratando de ocultar la muerte de Strauss, la gente no se lo creía. La mayor parte del pueblo y algunos militares se habían rebelado, y se estaban peleando en las calles.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta con el código de marras. Lainier se acercó, pero en vez de abrir, habló.

—Quién es —dijo.

—Una rubia de senos enormes —respondió Berllerak al otro lado.

—Pregúntale si la chupa —dijo ElArtista.

—Que me dicen que te pregunte que si la chupas —dijo Lainier.

—A tí no, que eres mu feo —respondió Berllerak.

—¿Qué tendrá que ver eso para chuparla?

—¿Me vas a dejar entrar o no?

—Sí, venga.

Lainier abrió la puerta. Los clones entraron.

—Mira que eres pesao, Lai —dijo Berllerak.

—Si has empezao tú... —dijo Lainier.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó ElArtista.

—La resistencia se ha ido a participar en las revueltas populares —explicó Berllerak—. Van a tomar el ayuntamiento.

—No es por no ir, pero estoy cansado.

—Por eso mismo nos han dicho que nos vayamos. Volveremos con James.

El resto fue pan comido. Para cuando los clones se reunieron con James y DeSalt, el ejército estadounidense ya había cruzado la frontera. Pronto los militares que aún trataban de mantener el chollo se rindieron. Antes de volver a casa los clones pararon primero en un hospital de Cyborg Inc. en Chicago, para restaurar a Night Rider.

El Cuerpo de Asalto esperaba en una amplia sala rectangular de unos cincuenta metros cuadrados bastante acogedora. Pasaban trece minutos de las cuatro de la tarde. El Hospital Cyborg Inc. de Chicago era famoso por sus intervenciones biomecánicas. Los clones volvían a vestir de la forma habitual.

—Todo ha salido bien —dijo un médico de unos treinta y cinco años, alto, delgado, calvo, con una gran nariz aguilena, mentón prominente y unas gruesas gafas de culo de vaso.

“Oh, no, el científico loco”, pensó Lainier.

—Le hemos mecanizado —prosiguió el doctor.

—¿Y eso? —preguntó Lainier.

Lainier y los demás clones sabían que Night Rider ya no podría seguir en el Cuerpo, ya que no se contemplaba el uso de cyborgs. Probablemente sería relegado a un cargo menor. A lo máximo que podría aspirar era a entrar en la división cyborg de los marines, aunque para eso tendría que nacionalizarse estadounidense, y Lainier sabía que Night Rider no lo haría. Se quedaría en Thuris aunque cobrara menos. Quizás podría ser enviado a Marte como comisario, pero era dudoso que aceptara ese destino, a pesar de estar bien pagado.

—¿Me está escuchando, joven? —preguntó el médico.

—Ah, sí, sí... perdone... —dijo Lainier—. Es que estaba pensando...

—Se ha mecanizado porque así lo especificaba en su póliza se seguro. En caso de sustitución masiva corporal, el paciente deseaba tener un cuerpo cyborg.

—¿Y qué cuerpo es ese?

—Ha elegido el Acosador 302, en modelo civil y militar. El nombre del modelo proviene porque lo diseñamos para las fuerzas del orden para perseguir y hostigar criminales. Como habrán imaginado, el modelo civil es un cuerpo mecánico recubierto de piel, para darle aspecto humano. Normalmente usamos piel sintética, pero en este caso usaremos la de los recambios que tenemos para vosotros, esto es, la copia genética de la piel del paciente. Los modelos civiles no suelen tener la cabeza desprendible; normalmente esto solo pasa con los militares, pero como ha comprado los dos

modelos, los dos cuerpos están preparados para que la cabeza del paciente se intercambie de uno a otro en cualquier momento. El modelo militar es totalmente mecánico y no lleva piel; salvo en la cabeza, para que el cyborg conserve un rasgo de humanidad y para que sea más fácil identificarlo. Aunque por supuesto tiene más fuerza que el modelo civil, el Acosador destaca en realidad por su destreza. Está hecho con materiales ligeros pero resistentes, y las placas metálicas están divididas en pequeñas secciones cerca de las articulaciones para adoptar diversas posiciones y favorecer el movimiento. Por fuera tiene un aspecto de metal verdoso. Tanto el modelo civil como militar tienen un interruptor en el cuello que al activarse permite no sentir dolor. Además, le hemos puesto un extra. El cliente quería unos colmillos desgarradores retráctiles. Los superiores son más grandes que los inferiores. Presionando un botón en el cuello, el cliente puede esconder los colmillos desgarradores y sacar unos normales, y viceversa. Allá él. Pasen a verlo.

Los clones entraron en una habitación del tercer piso. Night Rider estaba sentado sobre la cama, al lado de la ventana. Tenía puesto el cuerpo militar. Era de color verde oscuro, excepto en las zonas de las articulaciones, recubiertas de un material flexible de color negro. Efectivamente solo la cabeza seguía conservando un aspecto humano, aunque ese aspecto se desvaneció cuando Night Rider sonrió a sus compañeros, mostrando los afilados colmillos.

—Sin comentarios —dijo Lainier.

—Buenos tardes a todos —saludó Rider alegremente—. Que alguien me traiga un espejo, que no me he podido ver aún.

Lainier se fue a otra habitación a por un espejo. Night Rider se levantó de la cama y abrió un enorme estuche metálico de color negro que tenía al lado. Estaba repleto de armas blancas. Se colocó dos bayonetas cruzadas en la espalda. Las puntas asomaban por encima de sus hombros. Después enfundó un cuchillo de caza en su cintura. Finalmente, acopló en su mano derecha dos cuchillas de veinte centímetros de longitud parecidas a los Neko-De de los míticos ninja. Todas las armas estaban hechas de keridio en color verde. Cerró el estuche. Lainier entró a los pocos segundos con un espejo de mano.

—Ten cuidado al rascarte la nariz —dijo ElArtista mientras Lainier le entregaba el espejo a Rider.

—Bueno, veamos... —dijo Night Rider, alzando el espejo hasta la altura de los ojos. Se quedó petrificado durante un momento.

—¡Eeeerg! —gritó al cabo de unos segundos—. ¡Tengo la cicatriz sobre el ojo!

—Toma, claro —dijo el doctor—. Ya la tenía al llegar aquí.

—¡No la han quitado!

—Haberlo especificado. La reconstrucción facial es fiel al aspecto que tiene el paciente antes de la operación. En el contrato no ponía nada sobre hacer retoques. Pero por un módico precio podemos quitarle la cicatriz.

—No, si me alegro. Me queda bien.

—Pero este tío está zumbao... —murmuró Berllerak.

—Bueno... —dijo Night Rider, dejando el espejo sobre la cama—. Me voy.

—¿A dónde? —preguntó Lainier—. Supongo que sabes que no puedes continuar en el Cuerpo de Asalto tras haberte mecanizado.

—Cazarrecompensas seré.

—Flipado me quedo.

—Mira como molo.

Night Rider sacó de un cajón una capucha de plástico anatómico de color negro. Tenía agujeros para los orificios nasales y la boca. Una vez colocada, se acoplaba perfectamente como si fuera una segunda piel, recubriendo la boca que le quedaba a Rider, incluyendo labios y cuello. A la altura de los ojos, en lugar de agujeros, había dos espejos; aunque podía ver perfectamente. Night Rider se puso la capucha. Sonrió y dejó ver sus colmillos de nuevo. A efectos prácticos, parecía un monstruo.

—Encantador —dijo Lainier.

—Voy a hacer que me dibujen en la capucha un rayo de color amarillo que me cruce el ojo izquierdo, representando la cicatriz que llevo debajo. El factor intimidación es esencial para combatir el crimen.

Lainier pensó que los problemas mentales ya habían comenzado, y antes de lo previsto. Pero Night Rider ya estaba algo zumbao de antes.

—¿Puedo saber por qué te has convertido en cyborg? —preguntó el líder del Cuerpo de Asalto.

—Pues porque así figuraba en el seguro que contraté —respondió Rider—. Me costó una pasta, pero ha valido la pena.

—No me refiero a eso.

—Lainier, durante mucho tiempo me debatí entre ser policía o autónomo. Debido a tu orden casi la palmo, así que he decidido ser autónomo.

—¿¿Me echas la culpa a mí??

—No. Solo digo que por fin lo tengo claro. No quiero morir bajo las órdenes de otro. El que tus decisiones sean acertadas o no, es irrelevante. Lo siento, tío. Lo he intentado durante un tiempo, pero lo del accidente ha sido demasiado.

—Recapacita un poco. Aún estás a tiempo para ponerte un cuerpo clónico de repuesto. Bueno, siempre lo estás.

—Ni de coña. No me lo cambiaré jamás. Además, con lo que me ha costado el seguro, no voy a deshacerme de mis nuevos cuerpos —dijo Night Rider en tono sarcástico.

—Rider, ya sabes que si vas por libre... bueno... No sé yo si podrás controlarte...

—Eso es problema mío.

—Hasta que te detengan.

—Oh, vamos... Eso son suposiciones.

—Sin nadie que te vigile, eres... mmm...

—Soy maravilloso. Mi decisión está tomada. Seré cazarrecompensas. Llamadme Night Stalker, muchachos —
proclamó con voz grave—. Ese es mi nuevo nombre.

—Bueno... —se resignó Lainier, que tenía ganas de volver a casa de una puta vez.

V EL DUELO

Por fin los clones regresaron a Valencia. Se dirigieron al despacho de Thomas VanderHall. Night Stalker los acompañaba, con su cuerpo mecánico militar, sus armas a la espalda y su capucha, que ya tenía el rayo sobre el ojo. Tenía que despedirse del trabajo actual y apuntarse en el registro de cazarrecompensas.

—Kramer ha escapado —dijo Thomas en cuanto Lainier entró por la puerta del despacho. Estaba sentado, con rostro serio.

—Panda ineptos... —murmuró ElArtista.

—Lo cogemos —afirmó Lainier.

—En cualquier caso —comenzó a decir el comisario—, no serás tú.

—¿Cómo dice? —preguntó Lainier, recolocándose las gafas de sol con la mano derecha.

—Atracaste el banco. Y también sé quienes son tus cómplices —VanderHall lanzó una mirada acusadora al Artista y Berllerak—. Pero prescindir de tres clones es demasiado. Y además está claro que tú eras el cerebro. A ellos los dejaré en paz de momento. A ti te voy a permitir dimitir para no arruinar tu reputación.

Lainier dudó un momento antes de contestar. Podía haber micrófonos, listos para grabar una confesión.

—Si quiere hablar, tendrá que ser fuera —dijo al fin.

VanderHall se levantó y se dirigió hacia la salida, seguido por los clones.

—Yo no he dicho nada —susurró Tete al oído de Lainier mientras salían a la calle. Una vez en el exterior se detuvieron en una zona poco concurrida.

—¿Podría dejar que Berllerak le examinara en busca de micrófonos? —preguntó Lainier a VanderHall.

—Como quieras —respondió el comisario. Sabía que no podía discutir ese punto con Lainier. Se dejó cachear y explorar por el detector de Berllerak, pues tenía que oír de la boca de Lainier que él había atracado el banco. VanderHall llevaba encima un móvil y un intercomunicador. Ambos estaban desconectados, pero por si acaso Berllerak los examinó para asegurarse, y les quitó las baterías.

—Está limpio —dijo, devolviendo los artilugios a Thomas.

—Y ahora, habla —ordenó el comisario a Lainier.

—Vamos a ver —comenzó a decir Lainier—. ¿A qué viene esa tontería de que atracé el banco?

—Sé que no confesarás por propia voluntad. Bien, escucha esto.

VanderHall extrajo su móvil, volvió a ponerle las baterías y abrió un archivo de sonido. Se escuchó la voz de ElArtista:

—Tete la puede cagar en esta misión. No está mentalizado para matar a Strauss. Podría intentar detenernos.

—No. No pondría en peligro al grupo —la otra voz era de Lainier.

—No es necesario que la cague mientras estamos realizando la misión. Si cree que vamos a matar a Strauss a sangre fría intentará abortar el plan antes de ponerlo en marcha.

—Tete no es un iluso. Aunque no le guste la idea, no podría pararnos ni plantear por sí solo una alternativa al plan. Tendría que dejarnos hacer. En todo caso, él se negaría a participar; pero ni siquiera eso es seguro.

—¿Estás seguro, Lai? —la tercera voz era la de Berllerak.

—Seguro. Lo conozco mejor que vosotros. No nos traicionará.

—¿Qué? —preguntó sorprendido ElArtista—. Te recuerdo que nos quería entrullar por atracar el banco.

—Eso no es así. Lo que pasa es que estaba enfadado con nosotros por meterle en un lío. Desde ese punto de vista, los traidores somos nosotros.

—Razón de más para que ahora no secunde el plan.

—De todos modos, aún seríamos cinco hombres.

—Nunca se sabe si haremos falta todos.

—En fin, vamos a dormir.

VanderHall detuvo la reproducción, apagó el móvil, le quitó la batería y la guardó de nuevo.

—Esto fue grabado durante vuestra estancia en el hotel Vikk —dijo.

—Ya sé dónde fue grabado —respondió Lainier enfadado—. Pero me gustaría saber quién y sobre todo cómo, porque escaneamos las habitaciones en busca de micros.

—Mi hermano tenía micrófonos direccionales. Por eso no encontrasteis nada. Tenía que asegurarse de que ninguno era un espía de Strauss. En vuestro caso aún estaba más justificado, porque no sabía quiénes iban a venir en su ayuda. No os conocía de nada. Afortunadamente mi hermano cogió la grabación antes de huir del hotel.

—Esa grabación es ilegal —dijo Lainier seriamente—. Ningún juez la admitirá.

—¿De veras? Teniendo en cuenta que la grabación se realizó para asegurar el éxito de las operaciones contra Strauss, yo creo que sí la admitirán. Y ahora, habla de una puta vez.

—Yo... —comenzó a decir Lainier. Desvió la mirada hacia ElArtista y Berllerak, como buscando su aprobación, pero VanderHall se dio cuenta.

—¡Deja de mirarlos y habla conmigo! —exclamó.

Lainier volvió a encararse con el comisario.

—No diré nada —dijo finalmente.

—Como quieras, pero quiero tu dimisión.

—¿Sabe a lo que está renunciando? ¿Cuánto dinero invirtió el Estado solamente en mi creación, manutención y

educación? ¿Sabe los servicios que está desperdiciando?

—Perfectamente —admitió VanderHall—. Pero tú te lo has buscado. Vamos a perder a un gran clon. Es una pérdida irreparable, que mermará nuestro sistema defensivo. Dos clones en un día... tú y Night Rider... Nos quedamos con cuatro hombres, uno menos del número mínimo que quería el gobierno, pero así son las cosas. Eres bueno. Pero ahora nos has demostrado otra cosa: que también eres peligroso. Peligroso para nosotros mismos. Y no podemos arriesgarnos. Por supuesto, Berllerak y ElArtista también son un peligro potencial: tampoco tienen disciplina. Sin embargo, el gobierno no quiere que el Cuerpo de Asalto Clon se vaya al carajo, así que como no tenemos sustitutos adecuados, se van a quedar. Pero los tendré muy controlados.

Lainier estaba enfadado, y lo que peor le sentaba es que este rapapolvo se debía más al hecho de que demostrase independencia frente a sus superiores que a la presunta autoría del atraco al banco.

—Supongo que vosotros tampoco tenéis nada que decir —añadió el comisario girándose hacia ElArtista y Berllerak.

—No —dijo ElArtista.

—No —repitió Berllerak.

—Por supuesto —dijo Thomas—. No traicionaréis a vuestro compañero. Tenéis suerte de que no pueda prescindir de más hombres.

Berllerak y ElArtista observaban impasibles. La preocupación se reflejaba en el rostro de Tete, como si se sintiera culpable; aunque no fuera culpa suya. El resto parecía bastante confundido.

—Bien. ¿Vas a dimitir? —preguntó Thomas, girándose de nuevo hacia Lainier.

—Hablemos claro, comisario —dijo Lainier—. Solo tiene pruebas circunstanciales, nada más. No tiene mi confesión, no tiene nada. Tiene una grabación ilegal con una frase que se puede interpretar de muchas maneras. No pienso dimitir, y si me despide, presentaré una demanda por despido improcedente.

—Lainier. ¿Dónde crees que estás? De momento solo hay pruebas circunstanciales, pero ya encontraremos pruebas reales.

—Las creará usted, ¿eh?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Entonces es como yo temía. La justicia es una farsa.

—No lo hagas más difícil. Dimite y entrégame tu placa y tu arma.

—Dimito, y le entrego mi placa; pero no mi arma. Mi Magnum es propia, ¿o acaso va a revocar mi licencia de armas? Eso no lo puede hacer. No es legal. ¿O también va a crear un motivo?

—Quédate con tu jodida Magnum. Y ahora, la placa.

—Tómela y métasela por el culo —dijo Lainier, arrojando el dorado metal sobre la cara de VanderHall, que recogió la placa del suelo.

—Te enfadas porque te he descubierto, no porque te haya obligado a dimitir —señaló VanderHall—. Una actitud no muy adulta.

—Estúpido sicario del gobierno —dijo Lainier mientras le daba la espalda al comisario—. Me enfado porque ha amenazado con inventarse las pruebas si les denunciaba.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó VanderHall mientras Lainier se alejaba. El clon se limitó a levantar el brazo derecho y hacer un característico gesto despectivo con el dedo corazón sin detener su marcha.

Lainier se fue tranquilo. Los clones le siguieron.

—¡Tenéis cinco minutos para despediros! —gritó VanderHall mientras se alejaban—. ¡Después regresad, que hemos de hablar sobre Kramer!

Lainier estaba apunto de subir a su deportivo cuando Night Stalker le agarró por el hombro, seguido por los demás.

—Espera, hombre —dijo el cazarrecompensas—. ¿Qué prisa tienes?

—Me voy a echar una partidilla al ordenador, o a lo que sea, a ver si me alegro el día...

—Lainier —dijo Tete—. Lamento esto, aunque no me creas.

—Te creo —dijo Lainier—. No te preocupes.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó el Capitán—. ¿Los denunciarás?

—Psé... lo más probable es que salga perdiendo. Realmente pienso que se inventarían las pruebas. De momento no sé que hacer.

—Hazte cazarrecompensas como yo, joder —dijo Night Stalker—. Aunque pensándolo bien, búscate otro empleo. No quiero competencia, je je je...

—¿Crees que me quedará jubilación? —preguntó Lainier sonriendo. Por un momento el buen humor volvió a él.

—¿Por un año de trabajo? Ni un puto duro, macho —respondió Night Stalker.

—Bueno... yo me voy de p... ¡coño, el móvil!

Lainier sacó el móvil de su bolsillo. Estaba zumbando. No conocía el número. Pulsó el botón de "aceptar" y se lo llevó a la oreja.

—Me diga —dijo el clon.

—Hola —respondió una voz al otro lado.

—Pues hola.

—Soy Kramer.

—Pues yo no.

—¿Te burlas de mí, bastardo?

—Feo.

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré!

—Ai loviu.

—Te espero mañana a las doce de la mañana en el desguace de las afueras de Valencia, zona sur. Ven solo. Un combate. Tú contra mí.

—¿Se ha vuelto loco todo el mundo hoy? ¿A qué cojones viene eso ahora? ¿Para qué coño quieres pelear contra mí? Yo creo que es una emboscada.

—Tengo que matarte personalmente.

—¿Por qué?

—Eso solo lo sabrás si me derrotas.

—No cuela.

—Te doy mi palabra.

—Yo no te doy ni los buenos días. ¿Te crees que estoy loco o qué?

—Puedo certificar que lo está —dijo ElArtista acercándose al teléfono—. ¡Pero yo aún más!

—¡Quita, coño! —Lainier apartó al Artista, mientras este se reía.

—¿Estás ahí? —preguntó Kramer.

—Ohhh, vamous, Laaii, sigue —gritó ElArtista con voz insinuante, mientras Lainier trataba de mantener el aparato lejos de su infame compañero.

—Sí —dijo mientras sus compañeros se partían de risa—. Pero te voy a colgar porque me das asco y porque no me creo un carajo de lo que dices. Que te follen.

—Si no vienes, iré a por ti.

—Si no sabes ni dónde vivo.

—Mataré una persona a la semana hasta que vengas a mí.

—Idiota, con ese sistema te pillarán.

—Puede, pero antes de eso, ya habré matado a bastante gente, ¿no crees?

—Aún así, no voy a ceder. Nadie aceptaría tal estupidez. Tú eres un imbécil. Desde luego, el proyecto de Natch te dejó bien jodido.

—¡Maldito seas! ¡Pelea!

—¿Te ha crecido la mano?

—Aún no. No tengo garras en la mano derecha, si es eso lo que te preocupa.

—Ja... Bien, acepto; pero no en un desguace donde pueda haber una emboscada. Que sea en un área desierta. Nada de sorpresas.

—Me parece bien.

—En la gran explanada desértica, kilómetro 20 según se mira al oeste. Será un combate sin armas, por supuesto. Puedes llevar prismáticos y móvil si quieres para comprobar que voy desarmado desde lejos. Yo también llevaré prismáticos y mi móvil.

—Allí estaré.

Lainier colgó y se giró a los demás:

—El tipo que me ha retado era Kramer.

—Pues dinos cómo coño tenía tu móvil —dijo Berllerak.

—Mmm... Sin duda Natch espió nuestras pertenencias cuando nos capturó, y averiguó nuestros números de móvil. Kramer los sacaría de ahí. Pero vamos al grano. Ya habéis oído lo del duelo. Debo estar allí mañana por la mañana a las doce, pero vosotros iréis esta noche con equipos de excavación. El idiota no ha caído en que he elegido esa zona porque es fácil levantar la tierra. Se nota que es un aficionado. Os ocultareis y...

—Para el carro, Lainier —dijo Night Stalker—. ¿Significa eso que no vas a luchar de hombre a hombre, con honor?

—¿Tengo cara de imbécil? No quiero palmar. Ese tipo es medio thorn. Pero aún así, me gustaría darle una lección personalmente.

—¿Por qué? —preguntó Tete. Al contrario que Stalker, veía absurda la idea del duelo.

—Lleva mi cara —contestó Lainier sonriendo—. Se la voy a deshacer a golpes.

—¡Así se habla! —gritó Stalker.

—Solamente atacareis cuando veáis que la voy a diñar irremediabilmente u os haga una señal... Por ejemplo...

—Grita: "arg... man dado..." —dijo Night Stalker.

—Em... bueno, vale...

—Un momento, Lainier —dijo Tete—. Nosotros no podemos ayudarte así como así. Ahora eres un civil y debemos consultar esto con VanderHall.

—Ese tipo es un cabrón. Aunque me dejara participar en la operación, cosa probable, pues Kramer debe verme a mí personalmente mañana, quiero ser yo el que cobre la recompensa. Porque seguro que piden una recompensa por ese tipo. Y VanderHall me privaría de ella para joderme. Y probablemente aprovecharía para tenderme alguna trampa. Después de lo de hoy, quiero tenerle lo más lejos posible de mí.

Berllerak consultó su móvil.

—La recompensa por Kramer es de 6.000 euros —informó.

Lainier no tenía licencia de cazarrecompensas. Cualquier ciudadano podía cobrar una recompensa. Pero los cazarrecompensas disponían de licencia de armas y cierta libertad de actuación, entre otros privilegios. Como el encuentro con Kramer era en una zona aislada, Lainier no tendría problemas con las restricciones pertinentes.

—Lainier —prosiguió Berllerak, guardando el móvil—. Me estás diciendo que te ayudemos con ese tío para luego llevarte tú el dinero. Eres un cabrón...

—Lo repartiré —afirmó Lainier—. Serán 857 euros por cabeza.

—No me jodas —protestó ElArtista—. ¡Eso es una puta mierda! ¡Por cuatro duros no lo hago!

—Pero para mí sería cobrar en un día un tercio de lo que gano en un mes —dijo el Kapitán—. Además, no declararemos ese dinero a hacienda. Así que me apunto.

—Pero Lainier sí lo ha de declarar.

—No —dijo Night Stalker—. El dinero que obtiene un cazarrecompensas legalizado por sus capturas está libre de impuestos.

—Para el carro —dijo Lainier—. Que el duelo es mañana, y no pienso ir ahora a registrarme. Estaría toda la puta noche con el papeleo, y mañana tengo que estar en forma. De momento, nada de ser cazarrecompensas.

—No estoy seguro de esto —dijo Tete—. Si VanderHall descubre que hemos colaborado...

—Recordad que el líder del Cuerpo de Asalto Clon tiene autonomía relativa para ejecutar misiones. Técnicamente, no os puede pasar nada por no informar a VanderHall de la operación. En cualquier caso, la decisión debe ser del nuevo líder del Cuerpo de Asalto, y ese es Berllerak.

—Cierto —dijo Berllerak, que no había caído en la cuenta hasta ahora.

—Bueno, ¿qué harás?

—Mmm... Prefiero llevar esto en secreto. Si VanderHall es tan cabrón como dices, más vale dejarlo al margen. Iré contigo. ¡Y espero no tener que ordenar al resto que haga lo mismo! —dijo Berllerak, echando una rápida ojeada a los demás.

—Está bien... iré... —dijo Tete.

—Bueno, yo también, qué coño... —dijo ElArtista.

—Todos vamos —dijo el Kapitán.

—Em... ¿Eso me incluye a mí? —preguntó Night Stalker. Todos se quedaron mirándole—. ¡Es broma, es broma, chicos! ¡Je, je, je...! ¡Iré a acribillar a ese bastardo!

—Oye, Lainier —preguntó Berllerak—. Kramer tiene garras, aunque sea en una sola mano. No son lo suficientemente largas para matarte si te las clava en el estómago, pero si te raja la garganta, dará igual que estemos ahí para dispararle. ¿Has pensado en eso?

—Esta noche me recubrirás la tráquea con una protección metálica —explicó Lainier—. Cuando acabe el combate me libraré de ella, por supuesto. Ahora, volved a hablar con VanderHall a ver qué os dice, y después informadme.

El Cuerpo de Asalto regresó a comisaría. Lainier empezó a caminar rumbo a casa, vigilando que nadie lo siguiera. Al cabo de diez minutos Berllerak le telefoneó.

—Dime —dijo Lainier, contestando la llamada.

—Na —dijo Berllerak—. Kramer se escapó gracias a la incompetencia de un juez. En vez de enviarlo a prisión, ordenó su internamiento en una clínica psiquiátrica, y como la vigilancia en esos sitios es una mierda, se ha escapado. Los guardias no tenían la habilidad suficiente para retenerlo. Aparte de eso, nada más.

—Bien. Diles a los demás que vayan a excavar. ¿Dónde me realizas la operación?

—En media hora tengo una sala disponible en Cyborg Inc. —dijo Berllerak—. No te preocupes por las cicatrices. Usaré tus recambios de piel. Siguen siendo tuyos, aunque en teoría la operación no debería ser gratis porque ya no estás en el Cuerpo. Pero ya me inventaré una excusa. Además, sé que Helio hará la vista gorda.

El plan pareció funcionar. Berllerak operó a Lainier sin problemas. Los clones cavaron zanjas en el suelo y se cubrieron con mantas y tierra por encima. Sería incómodo permanecer varias horas así, pero estaban preparados para ello.

La noche transcurrió sin incidentes. Lainier estaba esperando a Kramer. Este no se hizo de rogar. A las 11:50 ya estaba allí. Desde lejos contempló al clon con sus prismáticos. Le llamó por el móvil. Lainier contestó.

—Te estoy observando —señaló Kramer—. Alza los brazos. Date la vuelta. Ábrete la camisa. Vacía los bolsillos. Enséñame las piernas que no me fio de lo que lleves bajo el pantalón.

Lainier obedeció. No llevaba armas encima. El clon iba vestido con camiseta, chándal y zapatillas deportivas negras, a pesar del calor que hacía. Al menos, sus gafas de sol le protegían de los fuertes rayos.

—Perfecto —dijo Kramer.

—Ahora tú —dijo Lainier, cogiendo sus prismáticos.

Kramer emuló al policía. Iba vestido con ropas que intentaban duplicar el antiguo uniforme de Lainier, aunque el diseño no era exactamente igual, y por supuesto no llevaba placa. Parecía ir desarmado, aunque Lainier pensó que eso no era del todo cierto. Su cuerpo tenía armas naturales: dientes afilados y garras en la mano izquierda: efectivamente, aún no le habían crecido los dedos en la derecha. Además Kramer tenía mucha más fuerza y resistencia. No sabía luchar, pero aún así Lainier no tenía esperanza de ganar el combate. Sus amigos tendrían que abatir al monstruo. De todos modos, quería enfrentarse a él.

Kramer se aproximó a Lainier. Se paró a cinco metros de distancia.

—Antes de comenzar me gustaría saber... para qué demonios debes luchar contra mí —dijo Lainier.

—No te lo puedo decir —dijo Kramer—. Podrías llevar micrófonos.

—Idiota. Ya has visto que no llevo nada.

—Llevas un móvil.

Lainier tiró el móvil al suelo, destrozándolo con el pie izquierdo.

—Y tus prismáticos —dijo Kramer—. Quien sabe si llevan un micrófono.

Lainier destrozó los prismáticos.

—Haz lo mismo con los tuyos —dijo Lainier.

Kramer sonrió y también machacó su móvil y sus prismáticos.

—Y las gafas de sol —añadió Kramer.

—No me las pienso quitar —protestó Lainier—. Aquí hace un sol de muerte y me cegaría. Tú no tienes ese problema con tus ojos de thorn.

—Bueno, es igual. Estamos muy lejos de cualquier núcleo poblado para que puedas enviar información con las gafas, y si grabas algo con ellas, ya te las quitaré cuando te mate.

—Habla pues.

—Es una prueba. La Coalición de Asesinos Profesionales me la exige para entrar.

—¿La Coalición de Asesinos Profesionales? ¿Has intentado entrar en ella?

La Coalición de Asesinos Profesionales podía tener un nombre ridículo, pero no era para tomárselo a risa. Sus miembros habían creado un negocio perfectamente estructurado que ofrecía servicios de asesinato a cualquiera que pagase el precio adecuado. Se movían por gran parte de la galaxia. No se conocía el emplazamiento de su base principal ni el número exacto de sus miembros. Tres de ellos habían caído muertos ante acciones policiales. Uno había sido capturado, pero no se le pudo sacar nada. Y solo uno había muerto a manos de la persona a la que pretendía matar. Otros cinco habían sido avistados. Pertenecían a razas diversas, algunas incluso desconocidas. Las investigaciones señalaban que la Coalición podía tener entre cien y mil miembros, pero nada era seguro.

—Sí, Lainier —afirmó Kramer—. Pero primero debo matarte. Es una prueba de habilidad. No pueden perder tiempo entrenando a sus miembros. Matar al líder del Cuerpo de Asalto les pareció apropiado. Cuando mueras me ayudarán a escapar y me uniré a ellos.

Lainier se dio cuenta en ese momento de que Kramer parecía más musculoso... y sudoroso.

—¿Qué has hecho con tu cuerpo? —preguntó el clon.

—Anfetaminas —respondió Kramer—. He de acabar contigo.

—Oh...

—Comencemos.

Kramer extrajo sus garras. Lainier confiaba en el metal que protegía su tráquea, aunque le provocaba rigidez en el cuello.

El primer impacto fue para Lainier. El puño de Kramer golpeó su cara, impulsándolo hacia atrás. El clon cayó al suelo. Kramer se abalanzó sobre él. Lainier se lo quitó de encima con una patada doble. Ahora era él quien estaba en el suelo. Lainier se levantó y dirigió su puño derecho contra los dientes del monstruo, confiando en destrozarse esos malditos colmillos afilados; pero el criminal se apartó rodando a la derecha, propinando acto seguido una patada en el costado izquierdo del clon, quien sintió cómo algunas costillas se quebraban. Aún así se puso en pie, y Kramer también.

La criatura volvió a patear a Lainier, esta vez en el abdomen; pero este lo había visto venir y se había hecho un poco hacia atrás, tensando los abdominales, suavizando así el impacto. Asió la pierna izquierda de Kramer pero no trató de rompérsela. Probablemente no sería capaz. Tendría que golpear los puntos débiles.

Aprovechando el desequilibrio del híbrido, Lainier golpeó con su puño derecho el estómago de su enemigo, y ahora sí, lo lanzó al suelo aún sujetando su pierna, para rompérsela. Trató de retorcerla, pero como pensaba, Kramer tenía mucha fuerza y no pudo hacerlo.

Kramer alzó su cuerpo para clavar sus garras en el rostro de Lainier, pero este estaba preparado. Soltó la pierna y rodó hacia atrás. El híbrido se levantó tambaleándose. Dio un paso hacia delante y vomitó cualquier cosa que hubiese comido esa mañana. Otro instante que Lainier aprovechó al instante. Golpeó la boca del monstruo con su pie izquierdo. Kramer dio varios pasos hacia atrás pero conservó el equilibrio. Le había roto varios dientes. La sangre caía a borbotones, manchando su camisa.

El bastardo aguantaba bien. Lainier le había golpeado más veces, pero Kramer le había dado más duro. El clon se encontraba peor que él. Su costado izquierdo le dolía horrores. Si era alcanzado de nuevo sería el fin. Para colmo, Kramer estaba drogado, así que no debía sentir ningún dolor. Entonces se acordó de algo.

—Jamás te admitirán en la Coalición, aunque me derrotes —dijo—. Has usado drogas. Los asesinos profesionales no usan esos recursos a no ser que sea estrictamente necesario. Pero tú has recurrido a ello desde el principio. No admitirán a alguien como tú. Seguramente me ganes, pero al desequilibrar tanto la balanza con tus sucios métodos, no puedes mostrar tu verdadera valía. No te admitirán. Je, je... jódete.

—¡Hijo de...!

Kramer se tiró sobre Lainier con ambos brazos extendidos tratando de agarrarlo. El clon le propinó una patada giratoria. Un golpe en el perfil derecho de la cabeza de Kramer. Se desplomó, con su oído sangrando. No se levantaba.

—Mmm... ¿He ganado? —se preguntó Lainier a sí mismo—. No puedo creerme que me haya servido la táctica de cabrearlo para que fallara. Joder... he ganao... aplausos, etcétera...

Lainier observaba el cuerpo inerte de Kramer. No pensaba acercarse a él. Pasados treinta segundos decidió que ya era suficiente. Había ganado. Una sorpresa incluso para él.

—¡Salid ya! —ordenó a sus compañeros, que aparecieron enseguida, limpiándose el polvo.

—¿Ya está? —preguntó el Kapitán.

—¿No lo ves? Ponle las esposas.

—Hombre, Lainier, no me jodas... Pónselas tú, que para algo lo has capturado.

—Yo no puedo usar esposas de la policía. Ya no pertenezco al cuerpo. Además, tú eres más fuerte. Imagina que se mueve.

—Oh, vamos... Yo no voy a acercarme a eso.

—Joder. Dámelas, pero mantente a mi lado.

—Bueno.

—Podemos dispararle a las extremidades para asegurarnos de que no se mueve —observó Night Stalker.

El cyborg, además de su pistola y las armas blancas habituales, había traído un nuevo artilugio: una espada vibradora de keridio de aspecto similar a un gladius pero ligeramente más larga, dotada de una larga cadena que comenzaba en el pomo y que tenía enroscada alrededor de la cintura.

—Incluso podemos dispararle a la cabeza para asegurarnos de que no se mueve —añadió ElArtista en tono jocoso.

—Silencio —dijo Lainier mientras el Kapitán y él se acercaban al caído. Los clones apuntaron al criminal con sus armas.

Lainier se arrodilló ante Kramer, y en ese momento se alzó. Lainier se hizo a un lado.

—¡No te muevas, jodeputa! —ordenó el Kapitán apuntando a la cabeza. Lainier se apartó.

—Dadme un arma —dijo.

—Solo tenemos una pistola por persona —dijo Berllerak—. Además, qué más te da. Ya lo tenemos. Si se acerca lo freímos.

Pero las drogas estaban empezando a afectar a Kramer. Se movió hacia delante, a pesar de que seis hombres le apuntaban.

—¡Fuego! —ordenó Berllerak.

El Cuerpo de Asalto descargó toda su munición sobre Kramer, pero apenas fueron unos cuantos disparos, y de baja intensidad. El criminal tenía varias quemaduras, algunas importantes; pero seguía en pie.

—¿¿Pero qué coño estáis haciendo?? —gritó Lainier.

—¡Las pistolas se han calentado por haber estado toda la mañana debajo de tierra y con este puto sol! —gritó el Kapitán, retrocediendo rápidamente—. ¡No funcionan!

Los clones seguían apretando el gatillo, pero las armas se negaban a funcionar.

—Jooder, tíos, sois una jodida panda mariconas... —se quejó Stalker—. Somos seis contra uno. El muy mamón apenas se tiene en pie, y yo soy un cyborg. Y llevo mis armas blancas. Lo voy a trocear.

—Pues ves tú —dijo Berllerak—. Puede que seamos seis, pero el que vaya puede acabar con la garganta desgarrada.

—Voy a dejarlo pal arrastre —afirmó Night Stalker, blandiendo la espada con su mano derecha y activando la vibración.

Se acercó a Kramer y le atravesó el esternón sin problemas. La sangre manaba por el pecho y la espalda. Night Stalker extrajo la hoja. Kramer flaqueó, pero agarró al cyborg por el cuello con la mano izquierda y le propinó un cabezazo en medio de los ojos. Después lo alzó y lo lanzó a tierra. Por supuesto, esto no afectó al cuerpo blindado de Night Stalker, quien se levantó enseguida; aunque quedó sorprendido por la fuerza de su oponente.

—El bastardo no muere —dijo—. Menudo cabrón. En fin... a ver ahora...

Night Stalker pensaba usar las cuchillas de su mano derecha. Kramer se tambaleaba de un lado a otro. Parecía que no sabía por dónde iba ni dónde se encontraba. Se movía sobre un gran charco de sangre.

—Yo le tumaré —dijo Lainier—. Stalker, dame un cuchillo por si acaso.

—¿No prefieres la espada? —preguntó el cyborg.

—A ver si puedo capturarlo vivo...

—Allá tu. Toma —Night Stalker entregó un cuchillo de caza a Lainier. La hoja medía veinte centímetros.

—Vale, Kramer, estate quieto mientras te esposo o te corto una mano —advirtió Lainier, acercándose—. La sana.

Cuando el clon estuvo al lado del criminal, este le echó tierra mezclada con sangre en la cara mediante una patada. La repugnante combinación se adhirió a las gafas del clon, salpicando además su rostro.

—¡Joder! —gritó Lainier, llevándose las manos a la cara.

El monstruo agarró a Lainier con ambos brazos por la cintura, tratando de romperle la columna. Pero apenas le quedaban fuerzas. Aún así, Lainier no quería correr riesgos. Alzó el cuchillo y lo clavó en el hombro izquierdo de Kramer. Más sangre. Lainier sintió cómo su enemigo aflojaba la presa. Finalmente se derrumbó. El Kapitán lo esposó.

—¿Pero sigue vivo? —preguntó el Kapitán.

—Eso parece —respondió Lainier.

Berllerak y Lainier fueron a la sede de Cyborg Inc. a retirarle al segundo la protección del cuello. Lainier cobró la recompensa al día siguiente, repartiéndola tal y como prometió. VanderHall interrogó al Cuerpo de Asalto, pero estos no dieron muchos detalles al respecto, limitándose a decir que Lainier los había llamado de repente y que al acudir se habían topado con Kramer. VanderHall lo dejó correr. Dos días después, para celebrar tanto la detención de Kramer como la caída de Strauss, se fueron a comer a una pizzería de la Avenida Blasco Ibáñez, plagada de rascacielos. Eran las 21:00.

Los clones estaban sentados alrededor de una gran mesa de madera. ElArtista, Berllerak y Lainier estaban a un lado, y Night Stalker (llevando ahora el cuerpo civil), Tete y el Kapitán enfrente. Una camarera rubia de muy buen ver se acercó a tomar nota.

—¿Qué van a tomar? —preguntó.

—Yo quiero pizza cuatro quesos —dijo Lainier—. ¿Alguien más?

—Yo —dijo ElArtista.

—Yo también —dijo Night Stalker.

—¿Pedimos una pizza grande? —preguntó Lainier. ElArtista y Night Stalker asintieron—. Una pizza grande cuatro quesos —dijo a la camarera.

—Muy bien. ¿Y vosotros? —preguntó la camarera mirando al resto.

—Yo pizza de atún y bacon —dijo Tete.

—Venga, yo también —dijo Berllerak—. ¿Pedimos una mediana o una grande?

—Grande, claro. Una pizza de atún y bacon grande —dijo Tete a la camarera.

—¿Y tú? —preguntó ella, dirigiéndose al Kapitán.

El clon la miró sonriente y contestó:

—Para mí una pizza individual mediterránea, chati —el Kapitán finalizó la frase guiñando un ojo a la camarera—. Y agua para todos.

—Enseguida lo traigo —dijo ella sonriendo, y se alejó.

El Kapitán contempló durante unos segundos el culo de la camarera mientras esta caminaba hacia la barra, y después se giró hacia sus compañeros con rostro satisfecho.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Lainier, intrigado.

—El que vale vale, y el que no al prostíbulo —dijo el Kapitán, riendo.

—Joder.

—Lai, tío... yo estoy bueno, y vosotros no —dijo el Kapitán, señalándose con las manos—. Yo soy carismático y vosotros no. Las cosas como son.

—Eh, eh... —dijo Berllerak levantando el dedo—. Que a mí nunca me ha faltado compañía femenina.

La camarera sirvió las pizzas. Los clones comenzaron a comer con avidez.

—¿Qué hay de lo tuyo? —preguntó Night Stalker a Lainier—. ¿Te harás cazarrecompensas?

—Sí, claro. Mañana me apunto —respondió Lainier.

Siguieron comiendo en silencio durante unos minutos. Después Lainier volvió a hablar.

—Por cierto... ¿cómo te va? —preguntó a Night Stalker.

—Lainier, solo he trabajado un día —contestó el cazarrecompensas—. Solo capturé un camello y me pagaron una miseria.

—He oído que tenía la nariz y un brazo rotos cuando lo entregaste.

—Cosas que pasan.

—Ten cuidado con los de derechos humanos. Podrían pillarte.

—¡Oh, vamos, Lai! ¿Tú también con eso?

—Pues sí.

—Mira, Lainier, ellos se lo buscan. Si no se entregan voluntariamente, mala suerte. Si me disparan, ¿qué voy a hacer? ¿Aplaudirles? Pues eso.

—Ya, claro.

—Di que sí —dijo ElArtista a Stalker—. Es que siempre dan problemas. Tienen manía de resistirse.

—Buf... —murmuró Lainier—. Mira, Stalker, hablemos claro... si te encuentran culpable de tortura o asesinato, también meterás en líos al Cuerpo de Asalto, y por extensión, a mí; aunque ya no pertenezca a él. ¿Quieres que nos investiguen o qué?

—Tranqui, tío —dijo Stalker—. Sé lo que hago. Yo siempre llevo mucho cuidadín.

—Buff...

Cuando terminaron de comer pasearon por la calle. Luces de neón iluminaban la noche valenciana. Comenzó a llover. Los transeúntes intentaron refugiarse donde pudiesen, pero a los clones les daba igual. Siguieron caminando durante largo tiempo, charlando.

—¿No os parece que lo de Kramer es absurdo? —preguntó Lainier.

—¿Por? —preguntó Berllerak.

—Lo de retarme me pareció una gilipollez. Bueno, por su parte me lo creo, porque ese tipo está zumbado. Pero lo que me parece absurdo es que fuera la Coalición la que le sometiera a semejante prueba. Yo creo que no lo querían dentro, sino que lo usaron como peón.

—¿Y eso?

—Creo que Kramer vendió el Genoma 3 a la Coalición. Son muy buenos, y eso explica porqué lograron escapar de Marte. Aunque la sola presencia de Kramer indicaba que el proyecto era bueno, decidieron comprobar las cualidades de Kramer. Esto ha sido un experimento.

—No había nadie observando.

—Eso da igual —dijo Lainier—. Se trataba de ver cuanto podía aguantar Kramer, y ha aguantado mucho.

—Espero que ahora lo encierren en una prisión —dijo Stalker—. Así podremos interrogarlo.

—No creo que te dejen interrogar ahora que eres autónomo —señaló El Artista.

—Entonces hazlo tú por mí —dijo Stalker sonriendo.

—Si me dejan, con sumo gusto —ElArtista esgrimió otra sonrisa.

—De todos modos —dijo Tete—. ¿Cómo es que la Coalición deja que Kramer los mencione, revelando así que probablemente son ellos los que tienen el Genoma 3?

—Es irrelevante —dijo Lainier—. Antes o después lo sabríamos. Si son ellos, pronto usarán el proyecto para crear asesinos personalizados y nos enteraremos. Por otro lado, ¿qué es la Coalición de Asesinos Profesionales? Nada. Un

rumor. Una quimera. Datos inconexos. Podría ni siquiera haber una Coalición de Asesinos Profesionales. ¿Cómo sabemos que los que hablaron con Kramer eran realmente de esa Coalición? A lo mejor le mintieron.

—Bueno, ¿nos vamos de fiesta o qué? —preguntó ElArtista.

—Yo sí, pero por mi parte —dijo el Kapitán—. La camarera me ha dado su número. Acaba el turno en una hora, y entonces la llamaré.

—Yo me retiro —dijo Lainier—. Tengo cosas que hacer.

—¿Hacer? —preguntó ElArtista sorprendido—. ¿Qué coño vas a hacer si estás parado?

—Estaremos en contacto —se limitó a decir Lainier. Después se alejó en la noche.

VI CONSPIRACIÓN

Era un viernes por la noche. Lainier caminaba con prisa por las callejuelas de El Carmen, un barrio histórico de Valencia. Esa zona estaba plagada de gente considerada por la mayor parte de la sociedad como rara. Rebeldes, músicos, y jóvenes en busca de juerga atestaban las viejas pero animadas calles. Los vecinos solían protestar por el ruido, un problema que se arrastraba desde el siglo XX, y que se trataba de solucionar de cuando en cuando.

A pesar de la multitud, Lainier no tenía muchos problemas para avanzar. Todo parecía fluir y nadie se estorbaba, debido a la práctica de muchos años. Los pubs, los garitos, los centros de tatuajes, los locales de comida rápida y demás eran predominantes. A pesar de su popularidad, el Ayuntamiento no solía poner un duro en la modernización del barrio, que apenas había sufrido reformas desde los últimos veinte años, y las que había sufrido eran, a juicio de los jóvenes que frecuentaban la zona, para mal; aunque algunos vecinos opinaban lo contrario.

Lainier iba vestido con sudadera, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas, todos negros. Llevaba sus gafas. El clon llegó finalmente a un edificio aún más viejo de lo normal en el barrio. Estaba construido con ladrillos oscuros. Tenía solo tres plantas. Algunas ventanas estaban rotas, y apenas se veían luces encendidas en el interior. Lainier llamó a uno de los timbres. El portero automático constaba de vídeo. Algo habitual en otras zonas de Valencia, pero no aquí. El clon sabía que había sido comprado por la persona a la que iba a visitar. Al cabo de unos segundos le abrieron la puerta y entró.

El ascensor no funcionaba. Lainier subió a pie hasta el tercer piso. Había tres puertas. Una a la derecha del ascensor, otra a la izquierda y otra al frente. El clon se dirigió a esta última. Estaba abierta. Lainier entró y la cerró.

El piso parecía bien arreglado, pero era difícil saber hasta qué punto, debido a la oscuridad. Solo había una luz, que provenía de una habitación al final del pasillo. Su puerta estaba entreabierta. Lainier caminó hacia ella. A ambos lados había otras tres estancias, pero estaban cerradas. Finalmente el clon llegó a su destino. Cerró la puerta tras él y saludó al dueño de la casa.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas —respondió el dueño, sentado en una silla forrada de cuero negro, tras un enorme escritorio lleno de lápices ópticos, tabletas, y varios lápices y discos de almacenamiento.

A su izquierda tenía un ordenador, no muy nuevo, y a la derecha una papelera vacía. Tras él había un enorme ventanal que cubría toda la pared desde la mitad de su altura hasta el techo. Las persianas estaban bajadas. Las paredes no estaban decoradas. Había dos certificados, colgados a la izquierda del escritorio: uno acreditaba que había ejercido como policía entre 2151 y 2154. El segundo lo acreditaba como detective privado, y databa de 2155, el año actual. Lainier los estaba observando.

El dueño era un joven que parecía tener unos pocos años más que Lainier, aunque no era el caso. Tenía el pelo castaño con entradas en la frente, ojos del mismo color, cejas curvadas, y un hoyuelo en el mentón. Iba vestido con un polo rojo y pantalones y botas de cuero negro. El pantalón tenía tela en lugar de cuero en la zona de la entrepierna, para evitar molestias. Llevaba una cartuchera de cuero negro con una pistola láser colgando del hombro derecho, lo cual parecía indicar que era zurdo.

—No has aguantado mucho en el cuerpo, Däsh —señaló Lainier.

—¿Ein? —preguntó Däsh, haciendo una mueca.

—En el cuerpo de policía.

—Sí, ya... Bueno... Me temo que las órdenes y yo no hacemos buenas migas. Prefiero ser independiente. Al menos, durante mi ejercicio como agente pude obtener contactos.

—Supongo que por eso no te preparaste para pertenecer al Cuerpo de Asalto.

—Tenéis una relación demasiado directa con el poder.

—Yo ya no la tengo.

—¿Y eso?

—Ya no pertenezco al Cuerpo de Asalto Clon.

—Entonces tú tampoco has aguantado mucho que digamos.

—Lo mío es distinto. Me han obligado a dimitir. Hace cinco días.

—¿Por qué?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sí, hombre... y una leche... Antes de meterme en fregaos, me tienes que decir todo.

—Podría mentir.

—Ya... pero yo soy detective...

—Me echaron por atracar el Banco de Inversión de Thuris.

—Pero que hijo de... —dijo Däsh, moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de reprobación y sonriendo sarcásticamente.

—Va, hombre... seguro que no te sorprende. De todas formas, he dicho que me echaron; pero no si con razón, je, je... No hay pruebas contra nadie.

—Bueno... dejémoslo. ¿Y tus compinches... eh... presuntos compinches qué? ¿Berllerak? ¿Y quién era el tercero? Digo... ¿quién se supone que es?

—El comisario Thomas VanderHall acusó también a Berllerak y ElArtista, pero ha decidido mantenerlos en el Cuerpo por el momento. De todas formas, repito que no hay pruebas contra nadie.

—¿Entonces por qué coño te han hecho dimitir?

—Thomas tiene una grabación donde se puede escuchar esto.

Lainier sacó un papel con la transcripción de la conversación en el hotel Vikk y la puso sobre la mesa. Däsh se incorporó ligeramente hacia delante y cogió el papel. Lo leyó meticulosamente y se lo devolvió a Lainier.

—Tú estás un poco tonto, ¿no? —preguntó, sonriendo de nuevo mientras se acomodaba en su asiento.

—Escaneamos el lugar buscando micros —explicó Lainier—, pero tenían un micrófono direccional en otra habitación. Mala suerte.

—De todas formas eso no parece una prueba muy buena para usar en un juicio.

—Y no lo es. Pero el comisario sugirió que... podían encontrar las pruebas reales.

—Quieres decir falsificarlas.

—No empleó ese lenguaje, pero sí.

—Ya veo. De todas formas, con los pocos clones pertenecientes a las fuerzas de seguridad del Estado, es raro que te echaran.

—Bueno, VanderHall dijo que yo era demasiado peligroso. Pero cuando me calmé, y estuve solo en casa, se me ocurrió otro posible motivo.

—Dime.

—Antes de nada... ¿podría sentarme de una puta vez?

—¿Eh? Ah, sí... siéntate —dijo Däsh con una risita. Era un tipo algo despistado y raro. Lainier se sentó en una silla metálica frente al detective y prosiguió con su explicación:

—Natch, un HMG corrupto, culminó por su cuenta un proyecto secreto llamado Genoma 3, desarrollado en secreto por Helio y compañía, hasta que el gobierno se acojonó y decidió cancelarlo y deshacerse de todas las pruebas. Pero Natch hizo una copia de los datos y con la ayuda de uno de los científicos participantes, ahora muerto, lo acabó. El proyecto es una versión avanzada de la terapia genética. Permite provocar mutaciones de alto nivel a un humano. No solo se puede convertir en un doble casi exacto de otra persona, sino que incluso se le puede introducir características de otras especies, creando híbridos impensables hace años. Alguien le quitó los datos del proyecto a Natch y estos desaparecieron junto con muestras de ADN de todo el Cuerpo de Asalto Clon, y puede que ahora estén en manos de alguna nación de Neo World, o quizás de la Coalición de Asesinos Profesionales. Pero si el gobierno lograra recuperar el proyecto...

—...Podría convertir a otro policía en un doble tuyo, y tendría tu misma fuerza, resistencia, etc.

—Más o menos, sí. Por eso ya no soy necesario. Seguro que ya están haciendo una investigación exhaustiva para recuperar el proyecto.

—Pero... ¿el proyecto no estaba casi acabado cuando se canceló?

—Sí. Básicamente faltaba probarlo en un individuo.

—Pues no necesitan los datos de Natch para nada. Seguro que muchos de los participantes aún se acuerdan de cómo lo hicieron, sobre todo Helio, que es un cerebro prodigioso. Aunque borrarán los datos, Helio los recordará.

—Ya. Iba a decir eso mismo, pero me has interrumpido, jodío... Aunque esa diferencia no importa, puesto que las consecuencias son las mismas: el gobierno puede crear dobles míos y prescindir de mí. Cuando la oposición se cansa de indagar en los asuntos científicos del gobierno, es probable que se pongan de nuevo manos a la obra.

—Me sorprende que no acabaran la prueba en su día, aunque hubiera gente intentando meter las narices.

—No tanto. Como tú mismo has dicho, puede que Helio se acuerde de todos los datos. Si quieren retomar el proyecto, no tardarían mucho en completarlo. Pero hasta ese momento, pasarán meses, a no ser que lo retomaran en secreto después de que Natch se largara a Marte, aunque lo dudo, porque nadie llamó a Lindelof, el científico que se unió a Natch.

—Bueno, pero a todo esto... ¿qué coño querías de mí?

—Quiero volver al Cuerpo, y tú vas a ayudarme.

—¿Ein?

—Ya has escuchado mis hipótesis, y estas hipótesis demuestran que el gobierno no juega limpio. Tu misión consistirá en averiguar si piensan en usar el Genoma 3, o si efectivamente amañan pruebas por sus sucios intereses, o cualquier trapo sucio que puedas descubrir. Debe haber algo. Si se atreven a volver a jugar con genética aún después de perder unas elecciones debido a ello, es que son capaces de hacer más cosas de las que no tenemos noticias; aunque es solo una impresión, claro. El caso es que yo usaré esa información para acabar con el gobierno. Tamaña proeza provocará sin duda que el siguiente ejecutivo cuente con mis servicios. Espero. En cualquier caso, tras la caída del gobierno, si sacaran a la luz la grabación, no tendrían credibilidad.

—Vamos por partes. Primero... ¿no te liquidarían si averiguan que tienes pruebas contra ellos?

—No lo sabrán hasta que dichas pruebas vean la luz. Entonces ya no tiene sentido liquidar.

—Hay gente muy vengativa.

—Para matar a gente, hacen falta medios, y si no están en el poder, no tienen medios.

—¿Crees que no tienen dinero para costearse a un tipo de la Coalición de Asesinos Profesionales?

—No solo tendrían que matarme a mí, sino al Cuerpo de Asalto entero y a todos los investigadores que vendrían detrás. No tiene sentido.

—Cierto, pero de todas formas estamos presuponiendo que tengan trapos sucios. Y estamos presuponiendo que los podamos encontrar. De momento sabemos que borrarán todos los datos de Genoma 3.

—Ya veremos qué averiguamos. ¿Vas a investigar o qué?

—Esto va de derrocar un gobierno, con lo cual te va a costar caro. Digamos... veinte mil euros. Más mil por día de investigación.

—Y una mierda. Podrías pasarte meses sin hacer nada, para forrarte. Te pagaré treinta mil al final. Un tercio por adelantado.

—Je, je... De acuerdo. En cuanto me ingreses el dinero en esta cuenta comienzo a moverme.

Däsh tecleó en el ordenador e imprimió los datos de su cuenta, entregándoselos a Lainier—. ¿Tienes alguna información relevante?

—Joder, tú eres el detective —dijo Lainier con una sonrisa.

—Ya, pero necesito datos. Pueden usar el Cuerpo de Asalto contra mí, o todo el Cuerpo de Policía. Dime ahora mismo todo todo lo que sepas sobre las fuerzas de seguridad de Valencia. Yo iré tecleando.

—No podré decirte muchas cosas porque son secretas. Ya no pertenezco al Cuerpo, pero no puedo poner en peligro a mis antiguos compañeros revelando información que se puede filtrar. No es que no me fie de ti, pero alguien te puede robar los datos. Te contaré lo mínimo indispensable.

Tras una hora de dictado, Däsh apagó el ordenador.

—Bueno, pues eso es todo —dijo el detective—. Lárgate ya, que voy a ver la tele.

—Nos vemos —dijo Lainier—. ¿Tienes mi número, no?

—Claro. No pienso ponerte un correo para que lo intercepte ese Berllerak.

—Bien —Lainier se acercó a la puerta.

—¿Has pensado en pedir ayuda al mismísimo Cuerpo de Asalto? ¿A tus compinches? —preguntó Däsh. Lainier se giró.

—Mejor no los mezclo en esto —respondió.

—¿Y qué dirán cuando sepan lo que estás haciendo?

—En teoría no tienen porqué saberlo.

—Pero cuando todo acabe lo sabrán.

—Les dará igual. No perderán su empleo. Estoy seguro de que al próximo gobierno le encantará tenerlos a su servicio. Que a la oposición no le gusten los experimentos genéticos no quiere decir que desapruében nuestros servicios. De hecho no se han quejado.

—Lainier, me parece que en este asunto yo me juego el pellejo más que tú, ya que me toca a mí investigar.

—Yo también voy a intervenir activamente, no te preocupes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no te voy a traicionar y me voy a unir a ellos, entregándote?

—Porque si yo caigo tú caerás conmigo. No me entregaré sin lucha. Antes de que me cojan, a alguien me cargaré. Y tú serás el elegido si sospecho que me traicionas.

—Oh...

—Además te conozco. La corrupción te gusta tan poco como a mí...

—Ah, ¿no te gusta la corrupción?

—Claro que no.

—Ya. ¿Y por qué has esperado a quedarte sin trabajo para investigar al gobierno? ¿Por qué no lo has hecho antes?

—No estaba preparado. Me enteré de lo del Genoma 3 en mi primera misión como líder del Cuerpo. Ahora no es que esté mucho más preparado, pero las circunstancias me obligan a actuar. Además, no tenía a qué hincar el diente; aunque ahora espero solucionar eso.

—Claro, claro...

—Si necesitas ayuda, llámame. Mi número está en la lista de cazarrecompensas.

—¿Te has hecho cazarrecompensas?

—¿Por qué crees tú que lo hice?

—Para simular ante VanderHall que has decidido ganarte la vida de otra manera y te has olvidado del Cuerpo de Asalto.

—Exactamente. Pero no creo que cuele. Vale. Me voy.

—Hasta luego.

Lainier se retiró, pensando en que pronto se vengaría. Däsh sacó una botella de whiskey de 12 años y un vaso de cristal de un cajón del escritorio, dispuesto a echarse unos cuantos tragos.

Däsh era un HMG de la Serie 2. Como todos los de su serie, era ambidextro. Por lo general, en una situación normal, los clones preferían usar la mano derecha; pero Däsh usaba la izquierda. Por eso se había ganado el apodo de “el detective zurdo”, aunque eso fuera inexacto.

Al día siguiente a las cuatro de la tarde, VanderHall volvía a reunirse con un nuevo grupo de policías; pero no era el Cuerpo de Asalto. El comisario estaba sentado tras su mesa como de costumbre, y frente a él se sentaban a su vez cinco hombres. Uno de ellos era Jack DeSalt. A su derecha se sentaba Wohrkk Sukkehr, un silkeriano.

Los nativos del planeta Silkeria descendían de los felinos. Los hombres solían ser altos, de una media de 1,80 metros, con cuerpos atléticos y escasa grasa corporal. Todos tenían colmillos afilados, ojos y oídos felinos, y uñas retráctiles. Wohrkk Sukkehr tenía el pelo rubio y algo despeinado. Pertenecía al Cuerpo de Élite de Policía de una importante nación silkeriana. Vestía con el uniforme característico de su organización: camisa, pantalones, gabardina y botas negras. Y en la cintura, una pistola, también negra. En su pecho relucía una placa dorada.

A la izquierda de DeSalt se encontraba Jeht Faïs, un hombre de unos treinta años vestido con camisa blanca y

pantalones negros; con el cabello peinado hacia atrás, de color negro, y rostro anguloso. Era el mejor policía humano de Thuris, perteneciente a la Comisaría Sur de Valencia, de la que James VanderHall era el comisario, habiendo alcanzado tal cargo gracias a su éxito en Corona. Thomas había solicitado a James la presencia de Faïs, y como eran hermanos, James no había puesto reparos a que Thomas tomara prestado a su mejor hombre.

Detrás de ellos se encontraba Van der Neiden Sikrast Dupont, un detective de la policía también de la Comisaría Sur, y Lluís Khatt, un agente de la Comisaría Norte. Neiden era un joven delgado pero de férrea constitución, con su pelo oscuro recogido en una larga coleta. Vestía con un chaleco y pantalones de cuero. Khatt tenía unos 35 años. Era un tipo de mediana estatura, de rasgos duros, que denotaban su larga experiencia en el cuerpo. Tenía el pelo corto y vestía con un traje de color gris.

—El asunto es importante —advirtió Thomas—. Se trata de vigilar a Lainier Sind, al que hicimos dimitir del Cuerpo de Asalto hace unos cinco días. Lo conozco bien y sé que no se cruzará de brazos. Lo que necesito saber es qué trama.

—Por un momento —dijo Wohrkk—, pensé que nos ordenaría matarlo.

—Mal asunto. Sus antiguos compañeros acabarían conmigo si lo encontraran muerto o desapareciera. Ese recurso lo guardo para casos extremos.

—Por lo que veo sus monstruitos biológicos no le son muy fieles.

—Ante todo son fieles a ellos mismos. Son como una familia, así que vengarán a cualquiera de ellos que caiga. Ni siquiera puedo confiar en ellos para vigilar a Lainier. Por eso os he llamado a vosotros, y en un horario en el que ellos no están aquí, para que no se enteren de lo que tramamos. De hecho, si necesitáis venir a verme para algo, espero que lo hagáis por la tarde, no por la mañana. Me habría gustado quedar en otro lugar que no fuera la comisaría, pero si me ausentara, ellos acabarían enterándose y sospecharían.

—Para vigilar a un solo hombre... ¿solicita la colaboración de mi gobierno y de la CIA? —preguntó el silkeriano—. ¿No lo sobreestima?

—Los de tu planeta no conocen a los HMG. No va a resultar sencillo. Si os descuidáis os descubrirá.

VanderHall sacó cinco carpetas de un cajón de su escritorio y las repartió entre los presentes.

—Aquí se encuentra toda la información relevante sobre ese clon, y de paso sobre sus compañeros. Nunca se sabe si alguno de ellos estará trabajando en secreto para él. Por eso no os lo entrego en formato digital: Berlllerak podría piratear vuestros ordenadores.

—El perfil de este hombre es sorprendente —dijo Neiden ojeando las hojas—. Su calificación más baja es en artes marciales. Un ocho. Si nos descubre...

—Acabará con vosotros, probablemente —dijo VanderHall—. Pueden marcharse, señores.

Los policías se retiraron.

Däsh esperaba en un viejo coche rojo aparcado en la acera de enfrente de la Comisaría Norte. Aunque el vehículo era antiguo y destartado, poseía un ordenador de a bordo y un sistema de navegación con piloto automático que permitía al vehículo moverse sin intervención humana; aunque a baja velocidad.

El clon vio salir al grupo que debía vigilar a Lainier. Cada uno tomó una dirección diferente. Se dio cuenta de que uno, Neiden, había sido compañero suyo en la Comisaría Sur durante su corta estancia en la policía. Podía usarlo para sus fines, pero también corría el riesgo de ser descubierto más fácilmente; sobre todo porque Neiden también era detective. También reconoció a Jehd Faïs, que se dirigía al garaje de la comisaría. Era un hueso duro de roer, y ni por asomo pensaba intentar nada con él. El hombre de rojo se dirigía a la parada del autobús y podía tratarse de un agente de la CIA y miembro de la conspiración contra Strauss que Lainier le había descrito durante una conversación informal, así que también era mal asunto. El hombre de rostro serio vestido impecablemente iba en dirección contraria a la del tipo de rojo, y había sido descrito por Lainier como un policía de su comisaría. Al parecer era tan duro como aparentaba, lo cual no era muy alentador. Finalmente, el silkeriano vestido de negro se dirigía a un coche pequeño y negro aparcado cerca de la comisaría. Däsh lo reconoció inmediatamente como un policía de élite. Lo que faltaba.

—Maldición —susurró Däsh, arrancando el coche.

Däsh pensaba seguir a Neiden, pero este iba a pie; con lo cual resultaría difícil seguirlo en coche. Podía seguirlo a pie, pero entonces tendría que dejar el coche aparcado frente a la comisaría, y no le daba la gana. Seguir a cualquier otro podía resultar más arriesgado. Pero tenía que hacer algo aunque pudiesen descubrirlo.

Finalmente se decantó por seguir a Neiden en coche a una distancia muy prudencial, hasta que no tuviera más remedio que seguir a pie. Al menos apartaría su coche de la comisaría. Mientras conducía, llamó a Lainier por el móvil y le informó de lo que había descubierto.

—Ahora estoy siguiendo a Neiden —añadió el detective.

—¿A dónde va? —preguntó Lainier.

—Creo que a su comisaría.

—¿Tienes algún plan?

—Voy a aprovechar que Faïs no está cerca para intentar ver qué coño son unos documentos que lleva.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

—Ya pensaré en algo.

—¡No actúes si no estás seguro de que no van a descubrirte!

—Por supuesto.

Neiden llegó a la Comisaría Sur. Era muy parecida a la Comisaría Norte. Däsh había aparcado unas cuantas calles más abajo y había continuado a pie. Se acercó a la entrada, echando un rápido vistazo al interior. Si se encontraba con

algún compañero, la cagaría. No parecía haber ninguno. Pasó, siguiendo a Neiden, que se dirigía a su despacho; un pequeño habitáculo situado al fondo a la izquierda de la planta baja.

Tenía las cortinas corridas, con lo cual Däsh no podría ver dónde guardaba esos intrigantes documentos que llevaba bajo el brazo. Pensó en ir a hablar con él, pero desestimó la idea. Lo que debía hacer era entrar al despacho, pero había cámaras en los pasillos.

Tenía que pensar en algo. Sabía dónde estaba la sala de control. En el primer piso, al fondo a la derecha. Quizás Neiden saliera pronto del despacho, así que subió al primer piso para ocultarse. Un policía alto y fornido le detuvo. Däsh no llevaba su pistola encima, a pesar de tener licencia de armas, por si las moscas.

—¿A dónde va? —preguntó el policía.

—Soy amigo del detective Van der Neiden —dijo. No tenía otra opción. Además Däsh aún tenía un plan de emergencia—. Es más, trabajé como policía aquí hasta hace poco. Soy el detective privado Däsh.

—Su amigo está abajo. Le acompañaré —dijo el agente.

—Gracias —dijo Däsh.

El detective fue conducido al despacho de Neiden. El agente llamó a la puerta. Sikrast salió.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tiene visita, señor —respondió el agente.

Neiden se volvió hacia Däsh.

—Anda, el Däsh... —murmuró el policía con rostro serio. En realidad, Däsh y él no se llevaban muy bien.

—He venido a hacerte una visita —dijo el clon.

—Pues lo siento porque estoy trabajando —respondió Neiden secamente.

—Se trata de una colaboración. Saldremos ambos beneficiados.

—Bien, pasa —accedió Neiden finalmente.

Däsh entró al despacho, de unos veinte metros cuadrados. Era típico y tónico. Tenía archivador, ordenador... y una mesa repleta de discos y hojas digitales; pero no veía la carpeta que llevaba Neiden antes de entrar. Debía haberla guardado.

Neiden se sentó en su silla anatómica tras la mesa. Däsh tuvo que conformarse con una silla metálica algo incómoda que había enfrente. Echó un vistazo alrededor del despacho. Aparentemente no había cámaras. Que él supiera, nunca las hubo, y si las había, mala suerte. Se pensaba arriesgar.

—¿Puedes traerme un café? —preguntó el detective zurdo.

—Ve tú a cogerlo si quieres —respondió Neiden—. Ya sabes que las normas prohíben dejar a alguien ajeno a la comisaría a solas en un despacho particular.

—Ahora vuelvo —dijo Däsh levantándose.

El clon salió del despacho y se dirigió a la máquina de café, situada a la derecha de la entrada a comisaría, mientras pensaba cómo conseguir los documentos. Entonces sacó un pequeño mando de un bolsillo del pantalón. Era el control remoto de su coche. Lo puso en marcha y lo programó para que el vehículo se parase cerca de comisaría. Tardaría unos cuantos minutos, así que tenía que ganar tiempo. Sacó su cartera y extrajo unas monedas. Deliberadamente, las arrojó al suelo, fingiendo que se le habían caído. Se agachó a recogerlas. Las introdujo en la máquina y pulsó el botón. En unos segundos tenía su café. Lo cogió con parsimonia y se dirigió de nuevo al despacho de Neiden. Por el olor del café, parecía que seguía siendo tan malo como siempre. Entró de nuevo al despacho, cerrando la puerta tras de sí lentamente. Cuando fue a sentarse fingió tropezar, y derramó el café sobre sus propios pantalones.

—¡Mierda, joder! —exclamó.

—Mira que estás capullo —dijo Neiden.

—Tengo que limpiar esta mierda.

—Pues ya sabes donde están los servicios.

—¿No puedes darme unos pantalones?

—No. Ves al servicio y límpiate.

Däsh volvió a salir. Se dirigió a los lavabos. Allí se limpió lentamente, y echó una meada. Volvió al despacho.

—Bueno, dime de una puta vez qué quieres —exigió Neiden.

Aún faltaba algo de tiempo para que el coche llegara. Däsh comenzó a hablar de forma lenta y pausada:

—Un hombre me ha contratado porque cree que su mujer le engaña. Quiere pruebas. La mujer es abogada y tiene el despacho en un piso alquilado, donde trabaja hasta muy tarde, y el marido cree que ahí se producen las citas amorosas. He intentado entrar, pero el edificio es chungo. Tiene buena seguridad. Pero al parecer, esa mujer podría tener varios amantes. Busca jóvenes y se los lleva al despacho fingiendo ser clientes, y ahí se los cepilla. Al menos eso creo, porque he visto muchos jóvenes acudir a ella; pero no puedo ver qué sucede dentro. Necesito que te lées con ella y así me ayudes a conseguir las pruebas.

—¿Pero qué dices? —preguntó Neiden—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Te daré una parte de los beneficios. Si demuestro que esa mujer le pone los cuernos a su marido, me pagarán seis mil euros. Serían tres mil para cada uno.

—Pero... tendría que acostarme con ella... ¿Está buena? Has dicho que está casada, y que se lía con jóvenes. Eso me huele mal.

El sonido del control remoto del coche sonó con un pequeño pitido.

—Un momento —dijo Däsh, sacando su teléfono móvil del bolsillo y observando la pantalla para fingir. Al cabo de unos segundos, volvió a guardarlo—. Nada importante. Bueno, como iba diciendo, la mujer tiene unos treinta y pico

años; pero está bien. Si quieres, te envío una foto y ya está. Recuerda: tres mil por una noche.

—Me lo pensaré. Pero envía la foto.

Däsh metió una mano en el bolsillo y pulsó un botón del control remoto. Su coche, aparcado al lado de comisaría, estalló en llamas. No fue una explosión violenta, así que nadie resultó herido. A Däsh no le importaba perder ese coche. Lo había comprado de tercera mano tirado de precio, y lo único que costaba dinero era el ordenador de a bordo, el navegador y el sistema de inmolación, que había pagado Lainier. Los policías de la comisaría salieron a ver qué ocurría.

—¿Qué carajo...? —exclamó Neiden, que también corrió para enterarse de lo que sucedía.

—¡Un coche en llamas ahí fuera! —exclamó un policía—. ¡Podría tratarse de un atentado!

—¡Mierda!

Neiden se acercó a la entrada. Däsh aprovechó para abrir los cajones de la mesa. No había nada relevante en ellos, pero uno estaba cerrado. No quería usar láser ni golpearlo, pues dejaría marcas, así que siguió adelante con su improvisado plan. El clon se acercó hasta situarse detrás de los agentes que se agolpaban en la entrada.

Las llaves del cajón debían estar en los bolsillos de Neiden. Tenía que quitárselas. Aprovechando los empujones, logró deslizar su mano hasta el bolsillo derecho del pantalón del policía. Efectivamente, encontró un llavero. Con total tranquilidad regresó al despacho. El llavero tenía tres llaves. Comparó su forma con la de la cerradura. Abrió el cajón al primer intento y al fin obtuvo los documentos.

Däsh sacó de un bolsillo un móvil y activó la cámara integrada. Fotografizó los documentos, echando ojeadas esporádicas a través de las persianas por si Neiden regresaba.

Varios agentes estaban cogiendo extintores. Neiden parecía haber salido al exterior. Däsh acabó pronto el trabajo y se guardó de nuevo el móvil, devolviendo los originales a su lugar. Cerró el cajón con llave y fue de nuevo hacia la entrada. Neiden estaba en medio de la calle, inspeccionando la zona. Corrió hacia él, chocando. Le introdujo las llaves en el bolsillo.

—¿Pero qué haces? —preguntó Neiden—. ¡Ten cuidado!

—¡Ese es mi coche! —gritó Däsh, haciéndose el histérico—. ¡Me han volao el buga!

Neiden se volvió hacia él.

—¿¿Era tu coche?? —preguntó.

—¡Pues claro que lo era! ¡Me cago en todo!

—Pues era una mierda —dijo Neiden—. ¿Cuántos años tenía?

—Unos quince. Lo compré de tercera mano.

—En fin. Investigaremos qué ha pasado. ¿Tienes enemigos?

—Pues... muchos...

—Buf... Vamos a mi despacho y dame una lista detallada.

—Ahora prefiero largarme a casa, a ver si está bien.

—Enviaremos a un agente. Venga, vamos al despacho.

—No recuerdo los nombres de mis enemigos de memoria. Ya te he dicho que son muchos. Los tengo anotados en mi ordenador. Te enviaré la lista esta tarde.

Neiden se quedó observando a Däsh durante unos segundos.

—Bien —dijo al fin.

—Pues... hasta otra.

Däsh se retiró. Se dirigió a la parada de autobús más cercana. Estaba a cien metros. Neiden salió tras él siguiéndole a distancia prudencial.

Däsh subió al autobús. Había un par de asientos libres, pero se quedó de pie en la parte delantera. Neiden pidió un taxi.

—Soy policía. Siga a ese autobús —ordenó al conductor mientras le mostraba su placa.

Un hombre con barba negra y gafas de sol, vestido con camisa blanca y pantalones azules, se puso al lado de Däsh. El detective introdujo disimuladamente su móvil en un bolsillo del pantalón del hombre barbudo.

El autobús se detuvo en la Plaza del Carmen. Däsh se apeó y continuó caminando. El hombre barbudo también se había bajado en la misma parada, pero cruzó a la acera de enfrente y caminó en dirección contraria. Neiden también había descendido de su vehículo y seguía al detective zurdo a una prudente distancia. El hombre barbudo vio a Neiden, y realizó una llamada con un teléfono móvil.

—Está detrás de ti —dijo.

Neiden vio como Däsh había sacado su móvil. Se acercó algo más para intentar escuchar la conversación. Däsh hablaba en voz alta, así que le resultó fácil.

—Sí, hay que investigar a ese Lainier —dijo el clon—. Parece ser que está conspirando para vengarse de sus superiores. Si logro ser yo el que lo descubra, me haré famoso. Por supuesto tendréis parte de los beneficios. Moveos por todos los garitos y mañana me decís que tenéis. Bien. Adiós.

Däsh se guardó el móvil. Neiden se le acercó por detrás.

—Así que investigando a Lainier, ¿eh? —preguntó Neiden.

—¡Neiden! —exclamó Däsh—. ¡Me has seguido!

—Me gustaría cachearte.

—Yo no soy un vulgar ratero.

—A lo mejor eres un excepcional ratero. Levanta los brazos, por favor.

Däsh obedeció. Neiden lo cacheó, pero no encontró nada sospechoso.

—Ahora dime cómo sabes eso —ordenó Neiden mientras Däsh bajaba los brazos.

—Es bien sencillo —explicó el clon—. Al parecer, Lainier estuvo buscando apoyo de varios cazarrecompensas. Uno de ellos es informador mío y me lo dijo. Al parecer Lainier habló de “colaborar en una gran empresa”, pero no especificó más.

—¿Qué informador es ese?

—No revelo mis fuentes.

—Como quieras, pero podemos usar a ese informador tuyo para cazar a Lainier. Si logramos que se una a su conspiración...

—¿Por qué hablas en plural? Esta es mi investigación, y cuando tenga pruebas contra él, me haré famoso. Los clientes me lloverán del cielo. Pero si comparto esto con vosotros voy a parecer un simple subordinado.

—Mira, no tienes elección. Puedo detenerte por ocultar información vital a la policía.

—¿Qué información vital? Yo no he ocultado pruebas de nada. Solo que me enteré de que ese tipo va buscando apoyos para algo que está preparando. Quién sabe, quizás quiera pintar un mural. Mira, esto es asunto mío.

—No. Ahora que sabemos lo que sabes, colaborarás con nosotros. Tenemos recursos legales para obligarte.

—Quiero dinero. Quiero reconocimiento. ¿Comprendes?

—¿De cuánto estamos hablando?

—De seis mil euros.

—Eso tengo que hablarlo con Thomas VanderHall.

—¿Thomas? Creía que trabajabas en la comisaría Sur, no en la Norte.

—Mejor lo consulto primero con Thomas, ya que Lainier trabajaba para él.

—¿Y no le dirás nada a James?

—Lo que ordene Thomas.

—Creo que dirá que no.

—Ya veremos.

—Pues si va a ser que no, quiero el doble, por no decirle a James para qué demonios habéis requerido los servicios de un policía de su comisaría.

—Tampoco sería mucha diferencia que lo supiera James, pero espérate a ver qué dice Thomas. Y si dice que no, te sugiero que cierres la boca, si sabes lo que te conviene.

—¿Es una amenaza?

—Digamos que a Thomas no le gusta que jueguen con él.

—Y me arruinaría la vida, ¿eh?

—Pues sí.

—No me asustas.

—No acabes con mi paciencia. Cerrarás la puta boca y nos ayudarás a descubrir lo que trama Lainier, o tendrás que exiliarte de La Tierra.

—Bien, bien; pero... como tú has dicho, has de consultarlo con Thomas. Aunque si voy a colaborar, tendré que hablar con los implicados.

—Me pondré en contacto contigo.

Neiden se retiró. Däsh continuó caminando lentamente. Al cabo de unos minutos el hombre barbudo salió de detrás de una esquina y se acercó a Däsh.

—Se ha alejado —dijo el hombre, en realidad Lainier disfrazado—. Parece que ha funcionado.

—Esperemos —señaló Däsh.

—Bueno. Ya he copiado la información que has obtenido. Me piro antes de que nos vean juntos —dijo Lainier, devolviendo el móvil a Däsh.

—Si vas disfrazado.

—Por si acaso.

—Espera. He de decirte algo.

—No puedo perder un segundo. Yo me largo. Llámame por el móvil, coño.

—¡Eso me cuesta dinero! —dijo Däsh mientras Lainier se alejaba, ignorándolo.

El ex-líder del Cuerpo de Asalto llevaba dos minutos caminando por la calle cuando su móvil sonó. Lo descolgó. Era Däsh.

—Diga —dijo.

—Lai, yo hago mis averiguaciones. He consultado la base de datos de los cazarrecompensas. Si estás tan ocupado planeando tu venganza, ¿cómo es posible que realices una detención cada noche?

—Todo es organizarse.

—Vamos. Si te pasas el día buscando delincuentes en la base de datos, luego siguiendo su rastro, y luego capturándolos, no tienes tiempo para preparar tu plan maestro.

—Lo estoy preparando y estoy cazando. Yo es que soy la leche.

—¡Oh, vamos...! Está claro que apresas tanta gente para que VanderHall crea que estás demasiado ocupado como para tramar algo contra él. Pero claro, sí que lo tramas, y por consiguiente, tienes poco tiempo que perder como cazarrecompensas. Me gustaría saber cómo lo haces.

—Adiós.

Lainier colgó.

A la mañana siguiente Lainier estaba ojeando ropa en una tienda del centro de la ciudad. Iba vestido con sudadera, pantalones de chándal y zapatillas, todo de color negro, y por supuesto, llevando sus gafas.

—Llevas siguiéndome todo el puto día, sucio bastardo —dijo en voz alta mientras cogía una chupa de cuero. A unos diez metros de él estaba Wohrkk, que se quedó mudo por un instante, hasta que por fin reaccionó:

—Vaya, te has dado cuenta.

El silkeriano iba vestido de civil, con camisa azul y pantalones negros. No llevaba ningún símbolo visible que lo identificara como agente.

—No seas estúpido —dijo Lainier mientras se probaba la chupa—. ¿De verdad crees que a mí me podéis seguir sin que me entere?

—No seas tan prepotente —respondió Wohrkk—. Puede que seas algo más eficiente que los demás, pero...

—No soy solo algo más eficiente. Soy mucho más de lo que imaginas, mamarracho. No me llegas ni a la suela de los zapatos. Vuelve a casita con VanderHall y cómele la polla como a él le gusta —dijo Lainier, sonriendo. Trataba de provocar deliberadamente al silkeriano, pero este no parecía inmutarse.

—Si me has descubierto, eso es porque no me he preocupado en ocultarme.

—¡Ja! ¡Ya, hombre! ¿Y puedo saber por qué me sigues? ¿O prefieres que te denuncie por acoso?

—Eres sospechoso de tramar un complot contra VanderHall.

—¡Oh, vamos! ¡Yo nunca haría eso!

“Menudo mentiroso de mierda”, pensó Wohrkk.

“Menudo lameculos del poder”, pensó Lainier.

—Estaré pegado a tu culo durante un tiempo —advirtió Wohrkk, señalando al clon con el dedo—. Ten cuidado con lo que haces.

—Tú también —respondió Lainier mientras se quitaba la chupa.

El silkeriano se retiró de la tienda. Lainier pagó la prenda en caja y antes de salir se aseguró de que nadie estuviese vigilando ahí fuera. Por fin se marchó a casa, teniendo cuidado de que no le siguiesen.

Lainier vivía en una vivienda unifamiliar de dos plantas en un barrio cercano al puerto. Tras guardar la chupa en el armario de su dormitorio se puso ropa más cómoda, también de color negro. Entró en su amplia sala de estar y se sentó en el sofá, dejando sus gafas y su revólver sobre una mesita a su derecha, y comenzó a zapear en busca de un programa decente, tarea harto difícil. El móvil sonó. La pantalla del aparato informaba que era Däsh. Lainier descolgó.

—Dime —dijo, mientras cogía el mando a distancia del televisor y desactivaba el sonido.

—Pues que me reúno con VanderHall en su casa dentro de tres noches, concretamente a las diez —explicó el detective—. Eso quiere decir que actuaré a las diez y cuarto, lo más tardar, espero...

—Bien.

Lainier colgó y realizó una llamada para encargar una pizza, ya que eran las dos del mediodía, y empezaba a tener hambre. Después volvió a activar el sonido su televisor de 128 pulgadas. Últimas noticias. Kramer había vuelto a escapar del psiquiátrico.

“Fantástico. Ahora tendré que darle de hostias otra vez”, pensó. “A ver cuándo esos capullos lo envían a Nueva Alcatraz de una puta vez...”

El timbre de la puerta sonó. Lainier pulsó un botón de un mando distancia situado en la mesita, y el televisor mostró en pantalla al visitante. Era un repartidor de pizza, con el pedido de Lainier. Lo llevaba en alto, y tenía la cabeza medio agachada, con una gorra. Apenas se le veía la cara. El clon se levantó del sofá. Se colocó sus gafas y cogió su arma. Se dirigió hacia la puerta.

—Voy —dijo.

“Seguro que es un poli”, pensó. “Tendrán controlados todos los establecimientos de la zona. Seguro que intentan colarme un micro en la keli, los muy ilusos. Claro que un repartidor de pizza tiene pocas posibilidades... No tiene porqué entrar a mi casa... Bah, seguro que es solo un repartidor...”

Lainier estaba a punto de abrir la puerta cuando vio en un pequeño monitor de la entrada cómo el repartidor sacaba un fusil láser, oculto hasta hace un instante fuera del alcance de la cámara.

—¡Joder! —exclamó, saltando hacia el sofá.

Las ráfagas láser perforaron la puerta. Lainier blandió su arma mientras trataba de dirigirse a las escaleras, situadas más atrás. El falso repartidor disparaba a discreción.

Lainier llegó hasta su hangar privado en el piso superior y se introdujo en su coche volador. Mientras, el asaltante abrió la puerta de entrada con una patada y rodó al interior apuntando con su arma. Siguió avanzando con cuidado. Lainier arrancó el coche. El asaltante lo oyó y corrió hacia él. El techo del garaje se abrió y el vehículo comenzó a ascender.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el clon.

El asaltante entró al garaje disparando a diestro y siniestro. Alzó la mirada y localizó a Lainier. Disparó con su arma. El clon decidió largarse de allí, pero antes se quedó con la cara de su agresor.

Era un tipo de pelo oscuro y rizado, pero apenas podía verle la cara, pues una máscara negra le cubría casi todo el rostro, dejando solo al descubierto parte de la nariz, la boca, la barbilla y algo de las mejillas. Los ojos eran invisibles, pues estaban ocultos bajo dos cristales amarillos.

La puntería del tipo era extraordinaria. Lainier decidió no tentar a la suerte sacando su brazo para contraatacar, y se largó de allí, mientras su coche humeaba. En ese momento lamentó no haber instalado un mecanismo de

autodestrucción en la casa para volar en pedazos a ese sucio bastardo que le había atacado. Sin embargo el desconocido ya había salido y se alejaba en una motocicleta de la pizzería. No le habría dado tiempo a volar la casa con él dentro. Sin duda era un experto.

Parecía increíble, pero VanderHall le quería muerto. Había enviado a un tipo a matarle. Por un momento estuvo tentado de pagarle con la misma moneda. Dejarse de sutilezas y acabar con el comisario, pero pensó en seguir con el plan. Además, tenía que estar seguro de si lo había enviado Thomas. Cogió el móvil y llamó a VanderHall para decirle un par de cosas.

—¿Lainier? —preguntó el comisario.

—Estás acabado, sucio mamón —espetó Lainier—. Te has pasado de listo.

—¿De qué coño me hablas?

—Sigo vivo. Jódete. Tu sicario no ha podido conmigo. ¿De verdad creías que podría matarme en mi propia casa? Aunque el bastardo es hábil. Me he tenido que ir sin darle su merecido. Pero ya ajustaré cuentas con todos.

—No he enviado a nadie a matarte. Cálmate.

—¡No me jodas! ¡He pedido una pizza y me habéis enviado un sicario!

—Yo no he enviado a nadie.

—No me jodas. Pues ese tipo desde luego tenía controlada la pizzería. Y si tiene controlada la pizzería, tiene controlados todos los establecimientos que hay cerca de mi casa, como poco, y tal despliegue de medios es exclusivo de la policía.

—Te digo que nosotros no hemos mandado a nadie a...

—A tomar por culo —Lainier colgó el teléfono. A los pocos segundos sonó. En la pantalla aparecía el nombre de Thomas VanderHall. El clon lo descolgó.

—Dame la descripción del tipo ese —dijo el comisario.

—No me vas a engañar así —señaló Lainier.

—Tú dame la descripción, coño.

Lainier vaciló un momento y finalmente contestó:

—Ni puta idea. Llevaba una mierda de máscara. Lo único que puedo decir es que tenía una nariz, una boca y un mentón normales y corrientes. Bueno, que te den —Lainier colgó el teléfono.

VanderHall guardó su móvil, se recostó sobre su silla y observó a los policías que se encontraban en la sala de reuniones sentados frente a él.

—Alguien ha intentado liquidar a Lainier —dijo.

—¿Quién? —preguntó Neiden.

—Y yo que sé. Pero creo que ha sido uno de los nuestros. Voy a investigarlo.

De repente VanderHall se dio cuenta de que Jeht Faïs no estaba presente. El resto sí.

—¿Y Faïs? —preguntó el comisario.

—Precisamente estaba a punto de decirle que deberíamos llamarlo, porque no viene —explicó Wohrkk.

—Empiezo a sospechar —dijo VanderHall mientras sacaba de nuevo su móvil. Telefonó a Faïs. Nadie respondió. Ni siquiera el contestador.

—DeSalt, Khatt: que avisen a la patrulla más próxima que se pase por casa de Faïs. Vosotros id también, y cuidado —ordenó VanderHall a los dos agentes—. Si es el tipo que intentó acabar con Lainier, es que es mucho mejor de lo que creíamos.

—O —dijo Wohrkk mientras sus compañeros se retiraban—, el mismo tipo que ha intentado matar a Sind se ha cargado a Faïs.

—Ya veremos —contestó el comisario mientras marcaba otro número de teléfono. James respondió la llamada.

—Dime —dijo James.

—Alguien ha atacado a Sind, y sospechamos que puede ser alguien de la policía —explicó Thomas—. Faïs no ha aparecido hoy por aquí. ¿Sabes algo de él?

—Nada. Hoy no se ha pasado por aquí. Debía ir a tu comisaría.

—Registra todas sus pertenencias y después me llamas con lo que tengas.

—Bien.

Thomas colgó el teléfono.

—Esto puede traer cola —dijo.

—Sin duda —afirmó Wohrkk—. No es moco de pavo que un policía intente cargarse a un clon. Aquí se cuece algo gordo. Suponiendo, claro, que Faïs sea el culpable. En cualquier caso, si Faïs ha muerto a manos de ese atacante, entonces tenemos a un tipo que ya habría atacado a dos de los mejores...

—Corta el rollo —increpó el comisario con rostro serio, señalando con el dedo a Wohrkk—. No me refería a eso.

—¿Ah, no?

—El que me preocupa es Lainier. No creo que lo haya convencido. Probablemente crea que hemos sido nosotros los culpables. Y aunque no se lo creyera, ahora estará muy cabreado. Ahora la amenaza de una posible venganza por parte de Sind es totalmente plausible. No creo que intente atacarme, pero si tenía algún plan en mente, lo pondrá en marcha por si las moscas.

—Señor comisario —comenzó a decir Wohrkk con tono serio, casi de reprobación—, habla usted como si le tuviera miedo.

—¿Miedo? —dijo Thomas con desdén, alzando una ceja—. ¡Me cago de solo pensarlo!

—No me lo puedo creer... —murmuró Wohrkk acomodándose en su asiento, casi llevándose la mano al rostro, como avergonzándose del comisario.

—Ya te dije que tú no conoces a los clones.

—Y usted tampoco me conoce a mí.

—Pero no hace falta. Conozco a los silkerianos. Y por muy bueno que tú seas, solo eres un silkeriano; pero ellos no son estrictamente humanos...

Wohrkk se alzó de la silla con estrépito, indignado:

—¿¿Te metes con mi raza, bastardo??

VanderHall echó la mano hacia su pistola instintivamente.

—Me has entendido mal... Lo que quiero decir es que tus cualidades solo pueden estar dentro del rango de los silkerianos, pero los clones están más allá del rango humano...

—No se esfuerce, comisario. Ya me he enterado de que ustedes los clones son la flor y nata de las criaturas de la galaxia. Y ahora tratemos sobre el problema de vigilancia. Sind sabía que lo seguía. Y sí, los clones son muy hábiles; pero no son omnipotentes. Creo que estaba al corriente de que lo vigilaba.

—Puede que Faïs le filtrara la información, o el atacante de Lainier primero le sacó la información a Faïs por la fuerza. Entonces esa persona quiere crear tensión entre nosotros y Lainier.

—Si Faïs le filtró la información, tenemos a un corrupto, y si a Faïs le sacaron la información, tenía que ser alguien que estuviera al corriente de nuestra misión, con lo cual probablemente también se trata de un policía, ergo seguimos teniendo un corrupto. Mal asunto.

—Sí. Mal asunto. Pero hay otra posibilidad...

—¿Cuál?

—Habla, Neiden —ordenó el comisario a Sikrast.

—Hay un detective privado llamado Däsh que hasta hace poco fue policía en mi comisaría —explicó Neiden—. Vino a verme para pedirme ayuda en un caso rutinario. Mientras hablábamos, su coche, aparcado cerca de comisaría, estalló en llamas. No me fiaba de él, así que lo seguí. Entonces descubrí que estaba investigando a Lainier, porque al parecer le habían informado de que estaba intentando reclutar gente para algo. Le he obligado a que colabore con nosotros. En principio la visita que me hizo no tiene nada que ver con lo de Lainier, pero quizás estuvo husmeando. Comprobé que no hubiera forzado mis cajones o tecleado en mi ordenador. Le cacheé y no llevaba nada encima. El caso es que si estuvo allí para encontrar información sobre Lainier, pudo ser por dos motivos: o para detenerlo, tal y como dice, o para ayudarlo. Quizás fue él quien alertó a Lainier de nuestra vigilancia, aunque aún así se supone que Däsh no conocía a Wohrkk. De todos modos nunca se sabe. Quedaremos con él y ya veremos qué sucede.

—Eso es todo —dijo VanderHall.

—Bien —dijo Wohrkk—. Y ahora si me disculpa, me retiro a hacer mi trabajo, dentro, eso sí, de las cualidades de un silkeriano...

VanderHall no contestó. Se limitó a hacer un leve gesto con la mano. Wohrkk salió dando un portazo.

En la Comisaría Sur, James estaba ojeando la mesa de trabajo de Faïs. Durante el servicio usaba el mismo uniforme que su hermano. No encontró nada relevante. Abrió los cajones. El contenido era igual de irrelevante. Un lápiz de almacenamiento. Una pistola de repuesto. Baterías sueltas. Un par de cerillas. Chicles, aparentemente normales. James tenía la impresión de que no sacaría nada de todo aquello, pero mandó analizar todo.

Media hora después de que Wohrkk saliera de la sala de reuniones, Thomas requirió la presencia de Berllerak, quien se molestó, pues acababa de regresar a casa desde comisaría, y ahora tenía que volver otra vez. Por supuesto, no podía rechistar, así que obedeció. Al cabo de quince minutos llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo el comisario mientras ojeaba su tableta. Berllerak entró y se quedó de pie ante su superior.

—Siéntate —ordenó el comisario sin alzar la vista, mientras apagaba el dispositivo.

Berllerak se sentó en la misma silla que instantes antes había ocupado Wohrkk. Su semblante era aún más serio que el del silkeriano tras su discusión con VanderHall.

—Hoy ha pasado algo bastante preocupante —explicó el comisario, mirando por fin a Berllerak—. Alguien ha intentado matar a su antiguo compañero, Lainier Sind.

—¿A Lai? —preguntó Berllerak, sorprendido.

—Sí. Alguien que tenía acceso a los sistemas de vigilancia de locales, y que iba bien armado. Lainier no me ha dado una buena descripción, pero sospechamos de un policía. He encargado un informe. Me llegará enseguida.

—¿Dónde se encuentra Lainier ahora?

—¿Y yo que sé? Si quieres saberlo, llámale, a ver si te lo dice.

—No creo que me lo diga después de esto.

—Yo tampoco.

Pasaron unos segundos, y en el monitor apareció un informe.

—Bien —dijo VanderHall. Cogió el ratón y pinchó en “imprimir”. La impresora comenzó a funcionar.

—¿Algo interesante? —preguntó Berllerak.

—Eso parece —dijo VanderHall sin apartar la mirada del monitor—. Nuestro sospechoso se llama Jeht Faïs. O podría ser alguien que haya tomado su forma. Pero el Genoma 3 lleva tiempo, y Faïs hace poco que pasó los controles de identificación. Justo el día en que atacaron a Lainier. Fichó a las nueve de la mañana. Las cámaras revelan que Faïs salió de comisaría justo un rato antes de que Lainier fuera atacado. El Faïs original, tras salir a la calle, podría haber sido capturado por el falso Faïs, que podría haberlo suplantado y haberle sacado la información; pero para eso el falso

Faïs tendría que haber sabido lo que el Faïs original estaba llevando entre manos. Además, ¿por qué se ausentó Faïs de la comisaría, y además instantes antes de que atacaran a Lainier? Na... Es absurdo. A ver que más pone... Mmm... Al parecer Faïs experimentó un aumento del rendimiento físico hace unas semanas. Y antes de eso estuvo un par de semanas de vacaciones. Sin duda le aplicaron el Genoma 3. Eso, o el auténtico Faïs fue secuestrado durante sus vacaciones y suplantado; pero me inclino porque Faïs es el culpable, porque es sospechoso que pidiera vacaciones sin venir a cuento y en primavera en vez de verano, algo poco habitual. Faïs solo lleva cinco años en el cuerpo, pero es uno de los mejores agentes de Valencia. No veo nada raro en su expediente. Mmm... espera un momento...

VanderHall comenzó a hacer clic con el ratón frenéticamente. Estuvo así durante unos segundos.

—Me cago en to —dijo, mirando fijamente la pantalla—. Estuvo en Marte. Es uno de los hombres que me llevé. Él se llevó el Genoma 3. Kramer se lo entregaría antes de intentar escapar.

—Arriesgado —dijo Berllerak—. Podría habérnoslo dicho. Más bien se lo entregó a alguien y ese alguien se lo entregó a Faïs para que lograra sacarlo del planeta.

—¡Joder! ¡Todo es culpa vuestra! —gritó el comisario dando un fuerte golpe sobre la mesa. “La presión está pudiendo con el pobre bastardo”, pensó Berllerak—. Si hubierais hecho bien vuestro puto trabajo, nada de esto habría ocurrido. ¡Si hubierais detenido a Natch no estaríamos ahora de mierda hasta el cuello!

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—¡A callar! ¡A callar, joder! —aulló el comisario levantándose de su asiento, amenazante.

“Ahora ya me está tocando los huevos”, pensó Berllerak, haciendo retroceder la silla levemente.

VanderHall volvió a sentarse. Bajó la cabeza y comenzó a pasarse ambas manos por los cabellos. Cogió el móvil y llamó a DeSalt, que respondió casi al instante.

—Diga —dijo el estadounidense.

—Tened cuidado —dijo Thomas—. Es Faïs. O al menos alguien que ha ocupado su lugar. ¿Dónde estáis?

—Nos quedan cinco minutos para llegar, pero ya hay una patrulla allí. Dicen que no hay nadie dentro y que no hay señales de violencia.

—Bien. Pero que tengan cuidado. Podría estar cerca.

El comisario colgó.

Däsh estaba sentado en su cómoda silla como todas las tardes. Estaba viendo un partido de fútbol en el monitor de su ordenador cuando Lainier irrumpió pistola en mano, apuntándole a la cabeza.

—¿¡Pero qué...! —exclamó Däsh mientras intentaba alcanzar con su mano izquierda una pequeña pistola que siempre tenía escondida bajo la mesa. Intentar coger el arma de su cartuchera era demasiado obvio. Por supuesto, su elección tampoco sirvió de nada. Lainier disparó hacia la mesa, haciendo un agujero cerca de la esquina donde estaba situada el arma. Däsh retiró la mano.

—¡Ni lo intentes, mamonazo! —exclamó Lainier.

—¿¡Qué sucede!?

—¡Me has vendido a esos cabrones! ¡Han intentado matarme!

—No me extraña. Después de que les dijera eso... ¿de verdad pensabas que se limitarían a detenerte?

—¡Por supuesto! ¡Los conozco! ¡No me habrían intentado matar solamente por haber oído que busco gente para hacer algo que desconocen! ¡Tú les has contado todo!

—¡Eh, eh, eh! ¡Yo no he dicho nada!

Lainier sacó un pequeño estuche metálico de su chaqueta. Había logrado cambiarse de ropa. Salvo la chaqueta, de cuero negro, iba igual que en su primera visita a Däsh. Colocó el estuche sobre la mesa y lo abrió. Dentro había un frasco y una jeringuilla.

—¡Espera, espera! ¿¿Qué cojones es eso?? —preguntó Däsh haciendo una mueca.

—Nazherac —dijo Lainier.

—¡Eh, a mí no me inyectes eso!

—¿Prefieres que te torture?

—¿No me torturarás igualmente después de inyectarme esa mierda?

—Ya veremos. De todos modos no tienes elección. Si no ocultas nada, no tienes de qué preocuparte.

—Entonces acabemos con esto ya.

Lainier inyectó la droga a Däsh. Cuando el detective estuvo listo, comenzó el interrogatorio.

—Däsh... ¿Le has contado a alguien lo que estamos tramando? —preguntó Lainier.

—No —respondió el detective en voz baja.

—¿Me has traicionado de alguna forma?

—No.

—Em... ¿tienes trapos sucios?

—No.

—Vaya por dios... em... ¿Has averiguado algo sobre mi caso y no me has informado?

—No. Caaapullo...

—Vale —Lainier se levantó, guardó su arma, se dio la vuelta y se alejó.

—Espera... no... me dejes así... so mamón...

—No me voy. Voy a vaciarte la nevera.

Lainier se dirigió a la cocina, situada a la izquierda de la entrada. Era una cocina muy pequeña, con todos los

cacharros desordenados. Parecía muy vieja. Lainier abrió la nevera.

—Cielos —dijo—. No hay alimentos calóricos. No hay pizza. No hay hamburguesas. ¡No hay patatas!

Finalmente, Lainier se frió un huevo.

—Sin patatas esto pierde, pero hay que comer —dijo mientras cocinaba.

Lainier volvió con su cena al despacho de Däsh. Se sentó y apartó los objetos sobre la mesa. Se comió el huevo acompañado de pan y encendió la tele. Solo ponían una estúpida película de acción.

—¿Ya estás mejor? —preguntó a Däsh.

El detective alzó la cabeza. Aún estaba algo atontado.

—¡Te puedo denunciar por esto! —exclamó.

—Calla, coño, que tiro de la manta. Bueno, quedan dos días para el gran momento. No me falles. Ah... por cierto... me vas a buscar a un tipo...

—Sí, hombre... lo que faltaba...

—Mide un metro ochenta. Complexión fuerte. Nariz normal. Mentón normal. Dos ojos. Dos orejas, etc.

—¿Pero de qué coño estás hablando? ¿Cómo quieres que encuentre a alguien con esa descripción?

—Precisamente con esa descripción no deberías tener problemas para encontrar gente ajustada a ella.

—Jo, jo, jo, qué gracioso. Me refería a que así no puedo encontrar a ese tipo.

—Ah, y dispara de la hostia. Y creo que tiene algo que ver con la policía.

—Vale, vale... Por cierto... ¿Puedo preguntarte algo ahora que tenemos un momento de relax?

—Tú pregunta, que ya veré si contesto.

—Se rumorea que el Cuerpo de Asalto está más allá de la ley. ¿Es verdad?

—El Cuerpo de Asalto no está corrupto.

—Yo no hablo de corrupción. Hablo de métodos sucios de actuación.

—¿Esperas que te dé detalles del Cuerpo de Asalto?

—¡Es muy intrigante!

—¡Ja! ¡Pues investiga!

—¡Se rumorea que sois asesinos del gobierno!

—¿Quién rumorea tales cosas?

—Oh, vamos... sabes de sobra que eso está en boca de todos. Los rumores se extienden con rapidez.

—Y supongo que no sabes quién empezó a propagarlos.

—No. Averiguar quién coño empieza un rumor es como buscar una aguja en un pajar, y ya están demasiado extendidos como para buscar el origen. De todas formas, aunque lo supiera no te lo diría. Quizás alguna de esas personas se levantaría algún día con las pelotillas seccionadas.

—Ya no soy agente...

—Pero lo piensas ser...

—Oh, vamos... Además, al Cuerpo le da igual que se rumoreen cosas. Si no hay pruebas, no hay pruebas. Los rumores siempre estarán allí. Tenemos muchos enemigos. Solo preguntaba si conocías a alguien en concreto, por curiosidad.

—Ya, claro.

—¡Joder, curiosidad!

—Tranqui, Lai. Y recuerda que una cosa es que la gente rumoree, y otra que se crea los rumores.

—¿Tú los crees?

—Tengo más preguntas...

—¿Pero los crees?

—Ni creo ni dejo de creer. Soy un escéptico.

—Adelante con tu pregunta.

—Dicen que estáis autorizados a entrar en cualquier propiedad privada sin permiso, sea en el lugar de la galaxia que sea, así como de detener sin cargos, y de disparar por la espalda, y... bueno... y en general, de disparar a matar... entre otras cosas...

—Y dale con los rumores...

—Vale, vale, olvídalo.

—¿No encuentras muy dudoso que hagamos semejantes cosas, siendo un grupo público?

—Público pero no conocido. Además... puede ser simplemente un método para que no sospechen lo que hacéis en realidad.

—Muy rebuscado, ¿no?

—¿Y qué? Además, no puedes negar que vuestras misiones son... bastante peculiares. Resulta difícil no quebrar ninguna norma cuando realizas ciertos tipos de trabajo...

—Seamos francos. Estamos al límite de la legalidad.

—Ya, pero... ¿el límite por la derecha o por la izquierda?

—Jodido matemático... Nos movemos dentro de la ley.

—¿De qué ley?

—Pues eso. La ley. La ley es la ley.

—Oh, sí... la ley. ¿De Thuris?

—Claro —Lainier se levantó de su asiento—. Bueno, si no tienes ninguna pregunta impertinente más, me voy.

—En realidad tengo una más.
—¿Solo una?
—Una solo.
—Escupe.
—¿Y si... vuestras actividades ilegales es lo único que encuentro en mi investigación?
—Eh, eh... ya vale de acusar. Formula tu pregunta de otro modo.
—Está bien, pesao. Supongamos que investigando los trapos sucios del gobierno, lo único que descubro es que os movéis al margen de la ley. ¿Usarás eso contra el gobierno?
—¿Y a ti que más te da? Yo solo te pago para que investigues.
—Curiosidad.
—En el hipotético caso de que el Cuerpo de Asalto tuviera la permisividad del gobierno para moverse al margen de la ley, y eso fuera el único escándalo que descubrieras, no lo usaría en su contra, ya que yo también acabaría entre rejas, y traicionaría a mis compañeros.
—Así que tendré que buscar algo más, ¿eh?
—Exacto.
—También he de suponer que no sería bueno para mi salud que investigara en esa dirección.
—Yo no soy un matón, Däsh. Te arruinaría la vida, pero no te mataría.
—Es un alivio. ¿Y qué hay de tus amigos?
—No los veo capaces de asesinar inocentes.
—Suenan como si hubierais asesinado a criminales. Es decir: “oh, no asesinamos inocentes; pero ya nos hemos cargado a un buen puñado de criminales.”
—Hay que ver cómo lees entre líneas.
—Será escuchar entre frases.
—Bueno, eso. De todas formas, no descubrirás nada que me incrimine en ese sentido.
—Ya. No guardáis los informes, ¿eh?
—¿Podemos dejarlo ya? ¿Puedo irme?
—¡Nadie te retiene!
—¡Pues adiós!

Lainier se largó de la casa de Däsh y se fue a su casa a dormir.

El siguiente día fue tranquilo para el comisario. Eran las 12:13. Ninguna llamada de Lainier. Ningún rastro de Faïs. Thomas estaba sentado en la sala de reuniones, desconcertado.

—No tenía parientes... no tenía amigos... sus compañeros de colegio no le ven desde hace siglos —dijo VanderHall mientras leía la información que Berllerak y sus hombres habían recopilado—. Se ha esfumado y no podemos seguirle la pista. Esto me encanta. Y aún queda ese asunto de...

VanderHall estuvo a punto de nombrar a Lainier, pero se contuvo. Berllerak estaba de pie frente a él.

—Bien, a la mierda todo —dijo finalmente—. Retírate.

Berllerak se dispuso a salir. En ese momento entró Wohrkk seguido por Neiden. Berllerak y Wohrkk cruzaron miradas pero no dijeron una sola palabra. Aunque al principio el comisario había evitado que los clones se cruzaran con Wohrkk y sus hombres, ya le daba igual. Tras el ataque a Lainier, había tenido que encomendar a los clones la misión de encontrar a Faïs y cuidar sus propias espaldas por si acaso. Oficialmente, Wohrkk y los otros también estaban trabajando para encontrar a Faïs. Sin embargo Berllerak sospechaba que algo se les ocultaba, porque, si ambos grupos trabajaban en lo mismo, ¿por qué el comisario solía quedar a solas con Wohrkk y los demás? Berllerak había telefoneado a Lainier, pero no respondía.

El clon se retiró cerrando la puerta detrás de él. Wohrkk se sentó. En teoría no debía hacerlo sin permiso, pero el día anterior el comisario le había tocado las narices, así que ya le daba todo igual.

—Infórmeme, Wohrkk —dijo VanderHall sin alzar la mirada de su tableta. Ya no había nada que leer, pero aún no se atrevía a hablar cara a cara con Wohrkk.

—No hay rastro de Lainier Sind —explicó el silkeriano—. No lo he vuelto a ver por las calles desde el día en que me descubrió. Esto no habría pasado si hubiéramos vigilado su casa. Y ya de paso, ese Faïs no habría intentado...

—Si hubiéramos vigilado la casa de Lainier —interrumpió el comisario —, nos habría descubierto más pronto aún de lo que lo hizo.

—Yo he descubierto algo —dijo Neiden.

—Hable —ordenó VanderHall, mirando a Neiden.

—He estado examinando la actividad de Lainier. Realiza muchas detenciones como cazarrecompensas. Como sabe, nunca entrega a los detenidos en las dos grandes comisarías; pero las cámaras le han captado y sin duda es Lainier. El caso es que aunque sea él quien entrega a los delincuentes, dudo que sea él quien los detenga.

—¿Por qué?

—Porque no creo que tenga tiempo. Su actividad es frenética, pero si está tramando algo, no tendría tiempo para ejercer como cazarrecompensas. Entonces hay dos opciones: o no está tramando nada, o alguien está cazando a los criminales por él. Entonces el objetivo sería hacernos creer que está ocupado trabajando. He interrogado a los detenidos: ninguno vio llegar a Lainier. La mayoría fueron capturados por alguien vestido totalmente de negro y con el rostro

cubierto, y el resto ni siquiera supieron qué los había dejado fuera de combate. Esto refuerza mi teoría.

—¿Entonces?

—Primero pensé en Däsh, pero no tiene licencia de cazarrecompensas, con lo cual sería ilegal. Además, tampoco tiene la habilidad necesaria para dejar fuera de combate a los delincuentes con esa rapidez y capacidad de sorpresa. Ni siquiera Lainier me parece tan hábil. Entonces me acordé de Night Stalker.

—¿Entonces le está ayudando en su plan?

—No lo sé. Quizás solo le hace un favor para que Lainier gane unas pelas.

—Lainier no necesita dinero. Es un ladrón.

—Con todos los respetos, señor, aún no está probado.

—Da igual. El caso es que Stalker podría saber algo.

—¿Le investigamos?

—¿Estás loco? Si os descubre, no sé lo que haría.

—¿Entonces?

—No sé. Daré orden de que cualquier agente que vea a Stalker nos avise. Pero nada de buscarlo activamente. Además, podría ser una táctica de distracción de Lainier. Podéis retiraros.

Lo dos agentes dejaron solo a VanderHall con sus pensamientos.

En la Academia de Policía Sur, James VanderHall estaba entrenando con veinte cadetes clones. Al igual que su hermano, compaginaba su trabajo de comisario con este. Uno de sus alumnos era Jacob Speed, un clon de la Serie 1. Speed medía un metro noventa. Tenía un rostro anguloso. Era atractivo pero de expresión cruel, de ojos y cabello negros, ligeramente rizados. Vestía todo de verde, con botas de combate, pantalones anchos, y una camiseta extremadamente sudada, ya que había estado corriendo junto al grupo durante largo tiempo por la pista de atletismo que rodeaba el edificio de preparación física. Finalmente se detuvo, hincando la rodilla derecha en tierra.

—No puedo más —susurró, agotado.

James volvió la vista hacia atrás. Se acercó a Speed. El resto de sus estudiantes continuó la marcha.

—¿Algún problema, Speed? —preguntó James.

—Esto es demasiado... —se quejó Speed—. El entrenamiento es demasiado duro.

—Haber leído la letra pequeña antes de haber rellenado la solicitud —dijo James con semblante serio, cosa no habitual en él; pero este alumno ya le había dado más de un problema—. Tienes posibilidades, pero no avanzas como los demás. Y no es que seas vago, o que tengas poca capacidad de concentración. El problema es que... te crees que te hacemos trabajar solo para joder.

“Lainier y algunos de sus compañeros también eran rebeldes, pero siempre rendían de manera excelente”, pensó James. “Quizás es que no soy tan buen profesor como pensaba... Mmm, naa... mariconás.”

—Pues eso es lo que hacen: joder —replicó Speed—. Necesito un descanso...

—¡No hay descanso! —exclamó James, visiblemente cabreado—. Nosotros somos clones; resistimos más que la gente normal. Y no me vuelvas a hablar así. Voy a ser tu instructor de ejercicios y profesor de teoría policiaca durante todo este año. He tratado de ser amable contigo, pero no pareces aprender. Te daré un último voto de confianza y sanseacabó...

—Gracias, señor... —dijo Speed, esgrimiendo una sonrisa de oreja a oreja, mostrando unos dientes blancos y relucientes, mientras se levantaba del suelo—. Es usted muy generoso...

James no hizo caso del sarcasmo y continuó la carrera. Speed se puso en marcha también.

De repente el móvil de James sonó. El clon descolgó.

—Diga —dijo—. ¿Eh? Sí, sí... Claro, le conozco. Mmm... podría ser. Bien, allí estaré.

James colgó y regresó al entrenamiento.

Era el día señalado. El día en que Lainier y Däsh tenían que llevar a cabo su plan maestro. Las diez de la noche. Däsh y Neiden llegaron a casa de VanderHall. Se trataba de un piso sencillo, situado en la octava planta de un edificio en un barrio de clase media, rodeado de otros de altura y aspecto similares.

Thomas les abrió la puerta. Cuando Däsh pasó al salón, se sorprendió al ver a James VanderHall sentado en una silla. La estancia era pequeña. James estaba de espaldas al balcón. Ante él había una mesa redonda de madera de roble, cubierta por un mantel blanco, rodeada por tres sillas de madera. La habitación se completaba con varias estanterías repletas de libros, un televisor de cien pulgadas y un equipo multimedia.

—Creía que James no sabía nada... —comenzó a decir Däsh, preocupado. Tuvo la sensación de que el engañado había sido él.

—Se lo he tenido que decir por circunstancias que no vienen a cuento —explicó Thomas.

—Oh... —se limitó a decir Däsh.

Ahora eran tres contra uno. Esto iba a complicar las cosas. Däsh ya había contemplado que podría haber invitados no esperados, pero el invitado era un clon, y eso no era nada bueno para sus planes. Por desgracia no tenía forma alguna de comunicárselo a Lainier. Neiden le había registrado antes de ir a casa de Thomas y ni siquiera le había dejado llevar pistola. Pero Däsh sabía que a Lainier no le serviría como excusa para abortar la misión la mera presencia de otro clon. Däsh tenía que intentarlo. “Lainier, hijo de puta”, pensó, “me has jodido”.

Mientras, el profesor Helio trabajaba en su despacho de Cyborg Inc. Era una amplia estancia llena de aparatos

técnicos. Solamente los cachivaches del ordenador ocupaban diez metros cuadrados, entre el ratón, la impresora, el escáner, etc.

Del techo colgaban monitores, cables y cámaras varias. Una de ellas apuntaba hacia la entrada, una gruesa puerta metálica de apertura vertical. Toda la estancia en sí era metálica, de un tono gris oscuro.

El profesor estaba sentado en una silla con ruedas, de espaldas a la entrada, tecleando en el ordenador. De pronto surgió una voz de un altavoz:

—Profesor, han venido a verle dos personas.

—¿Quiénes? —preguntó a través de un micrófono situado sobre un panel.

—Michael Smith Skanovich y Nickolai Stevic.

Helio abrió los ojos, sorprendido y preocupado. Mantuvo silencio durante un segundo, mientras tomaba aire. Después respondió en tono serio:

—¿Dónde se encuentran?

—En el vestíbulo principal. Hay diez guardias de élite con ellos.

—¿Van armados?

—Iban armados, señor; pero han depuesto las armas en cuanto se lo hemos solicitado.

—Por supuesto —dijo Helio en voz baja.

—¿Perdón, señor?

—Dígame... ¿Stevic lleva un cuerpo cyborg de combate?

—Sí, señor.

—¿Lleva una capucha?

—Sí, señor; aunque se la hemos levantado un instante para comprobar su identidad.

—Joder, joder, joder...

Helio se temía que hubieran venido a por él. Pero también tuvo en cuenta que Stevic era un hombre de guerra que prefería llevar el cuerpo militar antes que el civil.

—Stevic lleva un paquete de discos de almacenamiento con él, señor —explicó la voz—. Los hemos comprobado, son discos normales.

—Bien —dijo Helio—. Avise a Thomas VanderHall y que suban. Y que los guardias los acompañen.

VanderHall le había dicho a Helio que lo avisara inmediatamente si él o alguno de sus hombres veían a Lainier o Stalker.

Cuatro guardias con armaduras de combate de color azul oscuro y armados con subfusiles subieron en uno de los diez ascensores del edificio con Lainier y Night Stalker. Helio tenía su despacho en la última planta, mirando hacia el mar. Los clones caminaron por un amplio pasillo hasta llegar a la puerta blindada.

—Ya hemos llegado, señor —se escuchó por el altavoz.

—Bien —dijo Helio.

El profesor pulsó un botón de un mando sobre su mesa. La puerta blindada se alzó, pero aún había un cristal transparente entre Helio y sus visitantes, de unos tres centímetros de grosor. Helio giró la silla para mirarlos.

—Tenemos que hablar a solas —dijo Lainier. Iba vestido como en su primera visita a Dāsh.

Helio pareció dudar un momento. Pero estaba en su edificio, había un cristal especial ante él, y los clones iban desarmados.

—Podéis retiraros —dijo Helio a los guardias, que se fueron ipso facto—. Hablad ahora —añadió, dirigiéndose a los clones.

—¿Es necesario este cristal? ¿Tenemos que hablar desde el pasillo? —preguntó Lainier.

—Hombre... pues sí, pues sí —dijo Helio, asintiendo levemente con la cabeza y esgrimiendo una leve sonrisa.

—Déjanos pasar, coño. Aquí no me concentro.

—Di lo que tengas que decir desde ahí. Y si lo considero interesante, pues entonces os dejo pasar.

—¡Entonces te lo diré cuando estemos a solas! —exigió Lainier.

—¡Estamos a solas!

—No. Hay una cámara allí arriba —dijo Lainier, señalando la cámara, situada sobre la puerta del ascensor.

—Ordenaré desactivarla.

—Bien.

Helio regresó al panel de control y activó el intercomunicador.

—Desactiven la cámara de mi planta —ordenó.

—Pero señor... —dijo una voz al otro lado.

—Ahora.

—Sí, señor.

El indicador luminoso de la cámara se apagó.

—¿Te importa si tapo la cámara? —preguntó Lainier.

—¿¿No ves que se ha apagado?? —exclamó Helio mientras se acercaba de nuevo al cristal.

—Pues si está desactivada, entonces no te importará que la tape.

—Lo vas a hacer de todos modos...

—Ciertamente —dijo Lainier, dirigiéndose hacia la cámara. Sacó un pañuelo negro del bolsillo y cubrió la lente. Después regresó a la puerta.

—Queremos consultar la base de datos —dijo finalmente.

—¿Traéis una orden? —preguntó Helio.

—No. Había pensado en falsificarla, pero supongo que habrías llamado a Thomas de todos modos para confirmar.

—Pues eso está mal, ¿eh? Está mal... Debería darte vergüenza, Lainier... —dijo Helio en tono sarcástico, sonriendo

—. Lo siento, pero sin una orden no puede ser.

—Ni siquiera me ha dejado explicarle lo que buscamos.

—Fuera lo que fuese, no puedo dejaros. Es la ley.

—Hecha la ley, hecha la trampa.

—Sí, bueno... ¿alguna cosa más?

—Sí —dijo Night Stalker, levantando el paquete de discos—. Queremos que le eche un vistazo a esto. A lo mejor entonces nos deja consultar la base de datos.

—¿Qué es?

—Véalo.

—Estamos solos. ¿Qué es?

—Toda precaución es poca. Échele una ojeada que no le cuesta nada.

Helio vaciló un momento.

—Bien, pásalo por debajo del cristal —dijo al fin.

Helio activó un botón en la pared. El cristal se levantó diez centímetros, suficiente para que Stalker pasase los discos.

El cazarrecompensas así lo hizo, pero tras introducir los discos, sujetó la base del cristal con ambas manos y comenzó a empujar hacia arriba con todas sus fuerzas. Lainier hizo lo mismo, aunque su potencia no era comparable a la del cyborg.

—¿¿Qué hacéis?? —exclamó Helio.

Los clones no malgastaron fuerzas contestando. Levantaron la puerta varios centímetros. Helio al fin reaccionó y pulsó el botón para hacer descender la puerta. Sin embargo ya la habían levantado lo suficiente como para que Stalker se deslizara por debajo. La puerta cayó sobre él, pero se arrastró hasta el otro lado mientras Lainier retiraba las manos. Helio corrió hacia el panel de control a dar la alarma, pero el cyborg le alcanzó, propinándole lo que para él era un ligero golpe tras la cabeza, noqueándolo.

Mientras, Thomas había sido avisado de la presencia de Lainier y Stalker por el móvil. Habló en voz baja, alejado de Däsh, para que no lo oyese. El detective zurdo supo entonces que Lainier ya se había puesto en marcha. Thomas llamó a Wohrkk.

—Lainier y Stalker están en Cyborg Inc. —informó el comisario—. No van armados, pero Stalker usa el cuerpo militar. Ves con los demás por si acaso.

—Bien —dijo Wohrkk.

Thomas guardó su móvil mientras Neiden se colocaba a su lado. El detective habló en voz baja:

—Me parece mucha casualidad que Lainier actúe justo cuando Däsh está aquí.

—¿Qué crees que trama? —preguntó el comisario, también susurrando.

—No lo sé. Como poco, ejercer de espía para Lainier. Pero esto es mera suposición. ¿Lo interrogamos?

—¿Acusándolo de qué? ¿Y si Lainier espera precisamente que se nos vaya la mano con Däsh para denunciarnos? No, lo mejor es que prosigamos como si no pasara nada y lo tratemos con cautela.

—Bien.

Cuando Helio volvió en sí al cabo de unos minutos, estaba atado a una silla. Lainier tecleaba en su ordenador. Mientras, Stalker se había hecho con una pequeña pistola y vigilaba a Helio. Los discos estaban sobre la mesa, al lado del ordenador. Habían bajado la puerta blindada.

—¡Me habéis engañado! —exclamó Helio.

—No me jodas —respondió Night Stalker—. En verdad es usted un genio.

—Profesor —dijo Lainier sin dejar de teclear y desviar la vista del monitor—. No encuentro la puta clave de acceso. He intentado muchas cosas, pero conociéndole seguro que usó como clave algo que no tuviera nada que ver con usted, posiblemente cualquier cadena alfanumérica elegida al azar. Así que dígame cómo coño accedo a la puta base de datos, si es tan amable.

—¡Ja! ¡Vas de culo! —exclamó Helio.

—Profesor —dijo Night Stalker quitándose la capucha y dejándola sobre una estantería cercana—. ¿Sabe que si no les parto la cara a tres o cuatro personas todas las noches, no puedo dormir tranquilo?

—No conseguirás nada mediante tortura.

—¿Le han arrancado alguna vez las uñas con una navaja suiza? Sencillamente a-pa-sio-nan-te.

—Em... —el profesor pareció vacilar. Night Stalker ya había rebuscado por toda la sala y había dispuesto todos los objetos potencialmente útiles para una sesión de tortura sobre una pequeña mesa metálica a su lado.

—Mire, profesor —dijo Lainier—. También hemos encontrado Nazherac, que por cierto, no paro de usar desde que me hice policía. Sin duda es un gran invento. Así que al final acabará hablando. Cómo lo haga, eso lo elige usted.

Helio vaciló un momento, y al fin habló:

—La clave es AZ9245. Las letras deben ir en mayúsculas.

—Muy amable —dijo Lainier, introduciendo inmediatamente la contraseña. Era correcta. Después cogió un disco de

almacenamiento y lo introdujo en el lector del ordenador. Vacío el contenido y comenzó a copiar la base de datos.

—Podría decirnos por dónde empezar a buscar, para ahorrarnos tiempo —prosiguió Lainier—. Verá, lo que queremos es todo aquello que pueda comprometer al actual gobierno.

Helio sonrió levemente.

—Búscalo por ti mismo —dijo—. Y no pierdas el tiempo amenazándome con tortura y drogas, que tardarás más tiempo.

—Lainier —dijo Night Stalker—. Este tipo no está preocupado. Dudo que encontremos algo en ese ordenador.

—Vamos a encontrar algo. Lo sé —dijo Lainier con severidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un presentimiento.

—Pues cojonudo. Pero este tipo parece tranquilo, tío.

—Por supuesto. No esperaba menos. Subestimás demasiado a la gente, Night Stalker, porque sobreestimás tu condición de clon.

—Ya sabes que soy megalómano. Qué le voy a hacer. Cosas de la vida.

Mientras, Däsh estaba pensando en ejecutar el plan.

—Bueno, ¿aquí no se come o qué? —preguntó sonriendo.

—Querrás decir cenar —señaló Thomas.

—Lo que sea, pero tengo hambre. Y cuando tengo hambre, ¡he de comer!

—Sí, ya recuerdo que cuando estabas en comisaría te metías unas comidas bien copiosas —dijo James sonriendo.

—Voy a preparar algo —dijo Thomas mientras se dirigía a la cocina, situada al fondo de un largo pasillo. Neiden se sentó ante James, y Däsh entre James y Neiden.

—¡Saca algo de beber! —gritó Däsh mirando hacia el pasillo—. ¡Si es alcohol, mejor que mejor!

Thomas respondió desde la cocina:

—Agua y sanseacabó. Yo no bebo.

—¿Te ayudo a preparar algo? —preguntó su hermano.

—No. Total, voy a poner unas pizzas en el horno.

Däsh se levantó del asiento.

—Eh, eh, ¿a dónde vas? —preguntó Neiden.

—Al servicio —respondió el clon—. ¿Por dónde queda?

—Ah, no sé. Nunca he estado aquí antes.

—Al fondo a la derecha —respondió James.

—Nunca lo hubiera imaginado —señaló Däsh, mientras se dirigía al baño. Al pasar por la cocina, se detuvo un instante. Thomas estaba sacando las pizzas de sus envoltorios. Dos de cuatro quesos y otras dos de atún.

—¿Voy llevando el agua y los cubiertos? —preguntó Däsh.

—Como quieras —respondió Thomas—. Los platos y vasos y una jarra están en la estantería de la derecha, y los cubiertos en el cajón de abajo. Si quieres agua fría, en la nevera hay botellas.

—Bien.

Däsh sacó la jarra y la llenó con el agua de las botellas. Mientras Thomas estaba ocupado metiendo las pizzas en el horno y ajustando el tiempo y temperatura, Däsh se arrancó un falso diente. Lo estrujó sobre la jarra, vertiendo un líquido transparente. Después llevó los vasos y la jarra a la mesa, y a continuación los platos y cubiertos.

—Bueno, y ahora me voy al servicio por fin, que tengo un apretoncillo —dijo el detective, encerrándose en el baño.

—¡Date prisa, que esto estará listo en quince minutos! —exclamó James.

Däsh se encerró en el servicio, bajó la tapa del inodoro y se sentó.

Pasó un cuarto de hora. Thomas sirvió las pizzas. Los presentes partieron diversos trozos y llenaron sus vasos.

—Ves a ver qué coño le pasa a ese —dijo Thomas a Neiden.

Tras levantarse, Neiden desenfundó su pistola. Se dirigió al baño lentamente. Golpeó la puerta con los nudillos y dijo:

—¿Sales de una puta vez? Deja de hacerte pajillas, guarro, que esta no es tu casa.

Däsh abrió la puerta.

—Ya estoy —dijo.

—Pues tira pallá —Neiden bajó el arma.

Däsh volvió al comedor. Neiden metió la cabeza un momento en el baño. No olía a mierda. Eso no era prueba de nada, pero ya estaba mosqueado. Volvió a la mesa.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le dijo a Thomas.

—Claro —VanderHall se levantó y acompañó a Neiden al lavabo.

—¿No crees que este tipo se ha pasado demasiado tiempo en el baño? —susurró Neiden.

—¡Que esto se enfría, coño! —gritó James—. Bueno, pues empecemos nosotros y que se jodan —dijo a Däsh, mientras tomaba un pedazo de pizza de cuatro quesos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas a Neiden, ignorando a su hermano.

—Quizás haya colocado algún micrófono, o... —explicó Neiden.

—¡Anda y no me jodas! ¿No lo registraste de arriba abajo antes de venir aquí o qué?

—Sí, y no encontré nada; pero yo que sé... Solo digo que me dejes inspeccionar el lavabo. Y vosotros tened cuidado

con él.

—Bien. Quédate aquí y mira lo que quieras.

Thomas volvió a su sitio y comenzó a comer.

—¿Y Neiden? —preguntó Däsh, preocupado, e inmediatamente comenzó a devorar una ración de pizza de atún. No se había servido agua.

—Está en el lavabo —dijo Thomas tomando una porción, también de atún.

Däsh casi se atragantó al escuchar eso, pero inmediatamente se repuso. Después de todo, no había hecho nada en el lavabo.

James ya había engullido dos porciones. Antes de arremeter contra una tercera, cogió su vaso de agua. Däsh se dio cuenta, pero apartó inmediatamente la mirada. Sin embargo, el hermano de Thomas no tuvo tiempo de llevarse el vaso a la boca. De repente, sonó un pitido.

—¡Al suelo! —gritó Thomas agarrando a su hermano por un brazo y apartándolo de la ventana. Los otros se lanzaron al suelo obedeciendo al comisario.

Los comensales no tardaron en darse cuenta de que un láser había perforado parte de la pared que estaba frente a ellos. Thomas sacó su arma, pero Däsh no llevaba nada.

—¡Neiden! ¡Nos están disparando por la ventana! —gritó Thomas mientras apuntaba a Däsh. Después se dirigió al clon—. ¡Más vale que no hagas nada raro, porque si descubro que esto es obra de Lainier, voy a fulminarte!

Neiden apareció en ese momento arrastrándose por el pasillo.

—¡Däsh, sucio bastardo! —aulló—. ¡Sabía que tramabas algo, pero esto es demasiado!

—¡Yo no sé nada de esto! —gritó Däsh. Ahora sí que estaba metido en un buen lío.

Thomas activó su comunicador para ponerse en contacto con comisaría:

—Thomas VanderHall. Ataque con láseres en mi casa. Enviad todo lo que podáis.

Esperaron unos segundos, pero no hubo más disparos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Thomas mientras miraba a todos lados sin mover la cabeza—. Arrastraos hasta la puerta. Tú delante, amigo Däsh.

El detective zurdo sabía que no podía negarse. Llegó hasta la puerta y la abrió en cuclillas, mientras Neiden, James y Thomas apuntaban a la entrada. Däsh la abrió rápidamente, pero no había nadie.

—Adelante —ordenó el comisario.

Däsh se arrastró hasta el pasillo. Nadie le disparó. Los otros le siguieron. Neiden apuntó hacia el piso de arriba y Thomas al de abajo. James vigilaba la retaguardia por si acaso alguien entraba por la ventana. Todo parecía despejado.

—Bajemos por las escaleras —dijo Thomas.

—¿Por qué no enviamos a este capullo por el ascensor? —dijo Neiden.

—Dejémoslo. Quizás no tenga nada que ver con esto, ni Lainier tampoco —explicó el comisario mientras descendía lentamente por las escaleras—. Creo que es Jeht Faïs.

Finalmente llegaron al garaje. Se arrastraron hasta el coche de Thomas, un deportivo de color rojo.

—Tú conduces, zurdo —ordenó Thomas a Däsh mientras abría las puertas del coche. Acto seguido le lanzó las llaves—. Neiden irá a tu lado.

Däsh se puso al volante y arrancó mientras los demás ocupaban sus asientos: Neiden al lado, James detrás a la derecha y Thomas detrás a la izquierda. James apuntaba con su arma al detective zurdo, mientras que Thomas y Neiden bajaban las ventanillas para poder disparar. Salieron del garaje. Entonces vieron un coche deportivo de color negro que se alejaba a toda prisa.

—Seguro que es él —dijo Thomas mientras colocaba la sirena encima del coche, la cual comenzó a sonar—. ¡Síguelo!

Däsh obedeció y pisó a fondo el acelerador. El coche de Faïs les llevaba mucha ventaja. Había mucho tráfico. El asesino esquivaba perfectamente los coches, aunque Däsh también.

—No podremos alcanzarlo —dijo el detective zurdo—, y no podemos disparar aquí... demasiados coches.

VanderHall volvió a usar su comunicador.

—Voy en mi coche —dijo—. Perseguimos a un deportivo Baryl A2 por la Alameda.

—Aunque venga el coche patrulla más cercano, no creo que lo atrapemos —señaló Däsh—. Ese tipo parece un profesional.

—Cállate, capullo —ordenó Thomas. El coche estaba a cincuenta metros de distancia.

—Voy a toda hostia. Esto no da más de sí. Como el bastardo no se tropiece con algo, no lo pillaremos.

—¿Cómo supiste que iba a disparar? —preguntó James a su hermano.

—Tras el ataque a Lainier, yo y el resto de mis hombres hemos tomado precauciones. Instalé cámaras tridimensionales al lado de la ventana, apuntando a los edificios de enfrente, para prever ataques como este —explicó Thomas. Las cámaras tridimensionales podían captar la forma de los objetos y obtener una imagen en tres dimensiones mediante un avanzado sistema de radar, aunque si mostraban la imagen, solo aparecía coloreada la parte captada por el dispositivo óptico—. En cuanto las cámaras detectaron un objeto sospechoso, la alarma de mi comunicador se activó. Neiden, busca una cámara fotográfica en la guantera. Quiero que fotografíes a ese tipo.

El detective obedeció. Dejó su arma en la bandeja de la puerta del coche y cogió la cámara. Era un modelo telescópico de gran alcance, de color negro. Comenzó a sacar fotos.

—James —prosiguió el comisario—, baja la ventanilla y prepárate para disparar.

—¿Seguro que quieres que deje de apuntar a Däsh? —preguntó James.

—Däsh no es un problema de momento —dijo Thomas. James obedeció.

La persecución prosiguió durante un par de minutos. En un par de ocasiones el vehículo de los policías estuvo a punto de colisionar. Otros conductores no tuvieron tanta suerte, y al intentar evitar a Faïs, acabaron estampándose.

—Enviad ambulancias también —ordenó Thomas por el intercomunicador.

—A ese Faïs le sería fácil disparar a los coches para montar un auténtico caos y detenernos, pero no lo hace — señaló Neiden—. Eso me hace pensar que realmente pertenece a la Coalición de Asesinos Profesionales.

—Cierto —dijo Däsh, quien también lo había deducido.

—Ya me he dado cuenta —dijo Thomas, que tampoco era tonto—. Si puede evitarlo, no se arriesgará a matar a los otros conductores.

—Solo le interesa acabar con su objetivo. Parece el código de conducta que se atribuye a la Coalición.

Thomas estaba a punto de efectuar otra llamada a comisaría cuando su intercomunicador sonó. Era Berllerak.

—El coche más cercano llegará en cinco minutos —informó Berllerak—. El Cuerpo de Asalto también se dirige allí, pero me temo que tardaremos.

—Joder, cinco minutos —se quejó el comisario—. Para entonces ya nos habrá dado esquinazo. Di a todas las unidades en persecución que el tipo ese es un asesino profesional.

Thomas cortó la comunicación. El coche del sospechoso giró a la izquierda, y tras unos metros, a la derecha. Däsh intentó emularlo, pero un autobús se cruzó y tuvo que frenar; aunque no lo suficiente como para evitar un ligero golpe contra el transporte público. Los ocupantes del coche no llevaban puesto el cinturón de seguridad y se fueron hacia delante. Un turismo que venía por detrás tampoco pudo frenar del todo y los golpeó, provocando otra molesta sacudida. Los clones salieron del coche maldiciendo.

—¡Mierda! —exclamó Neiden.

—Ya os dije que no podríamos seguirlo —dijo Däsh.

—¡Cállate, cabrón! —gritó Thomas, furioso.

El detective decidió obedecer. Thomas debía estar bastante cabreado. James se acercó a comprobar si los conductores del otro coche y del autobús estaban bien y a arreglar el papeleo del seguro.

—Ahora vengo —dijo.

—Señor, este se viene con nosotros a comisaría, ¿no? —preguntó Neiden a Thomas, señalando a Däsh.

—¿¿Pero qué dices?? —preguntó Däsh indignado.

—Sí —contestó Thomas—. Nos lo llevaremos hasta que examinemos las fotos y se aclare esto.

Däsh no tenía ganas de ir, pues sabía que acabaría hablando por las buenas o por las malas, y Lainier se iba a cabrear mucho. Entonces se dio cuenta de que Neiden se había dejado su arma en el auto. Thomas permanecía de pie, dando órdenes por su intercomunicador, mientras su hermano acababa de hablar con los accidentados.

—Venga, métete detrás —ordenó Neiden a Däsh. Pero el detective zurdo, en vez de obedecer, se abalanzó sobre la pistola, haciéndose con ella, sin llegar a entrar en el vehículo.

—¡Atrás! —dijo, apuntando a Neiden, mientras caminaba hacia la puerta del conductor.

—No me vas a disparar —dijo Neiden.

—Oh, en una pierna sí... —dijo Däsh.

—No es eso —dijo Neiden—. Está bloqueada.

—Suelta la pistola, idiota —dijo Thomas girándose y apuntando a Däsh—. Hay que saber cuándo rendirse.

—¡Joder! —gritó ahora Däsh, dejando caer el arma.

Neiden lo esposó. El detective hizo un leve gesto con la mano y la pistola se desbloqueó. Sin duda llevaba un control remoto oculto en el traje.

—Me pareció conveniente usar un artilugio así —explicó—. Pensé que nos traicionarías, y que si no lograbas entrar con armas... pues intentarías usar algunas de las nuestras.

—¡Joder! ¡Mierda! —Se quejó Däsh, con la mirada perdida.

James regresó al coche.

—No se os puede dejar solos ni un momento —dijo sonriendo. Los cuatro se dirigieron a la Comisaría Norte.

—¿¿Pero qué mierda es esta?? —gritó Lainier.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Night Stalker girando la cabeza hacia su compañero.

—¡La mirada fija en el prisionero, coño!

—¿Cómo coño sabes que te estoy mirando si no apartas la vista del monitor?

—Por el reflejo en los monitores apagados, capullín.

—Oh...

El cazarrecompensas volvió a posar su mirada sobre Helio.

—Pero dime qué coño has encontrado —insistió.

—Lavados de cerebro. Estoy copiando —respondió Lainier mientras comenzaba a grabar los datos en el disco.

—¿Cómo?

—Por llamarlos de alguna forma. Aquí está toda nuestra vida desde que fuimos clonados hasta el día de hoy. Al parecer recibimos una educación tendenciosa preparada por eminentes profesionales de la manipulación psicológica. La Serie 1 también. Nos adoctrinaban sutilmente desde pequeños mediante el uso de ciertos libros, películas, series, etcétera, que por sí mismos son inofensivos; pero que fueron usados en combinación de forma astuta para que el mayor número posible de clones sirviera a las fuerzas armadas del Estado cuando se hicieran mayores.

—No me jodas.

—¡¡Helio!! ¡¡Estoy muy cabreado!! —gritó Lainier girando la silla rápidamente hacia el profesor, aunque parecía estar exagerando su enfado. Night Stalker comenzó a presionar levemente el gatillo de su arma. La siniestra expresión del cazarrecompensas sí que era genuina.

—Lo que dices es verdad... —comenzó a decir Helio.

—¡Joder, claro que es verdad! ¡Lo estoy mirando aquí! —replicó Lainier agitando los brazos.

—...Pero en realidad, esa educación no fue realmente decisiva en vuestra decisión de haceros policías. Solo fueron unas directrices. Y que conste que actué por orden del gobierno. Amenazaron con quitarme Cyborg Inc. si no seguía sus instrucciones.

—Lo sé, lo he leído.

—También os enseñé a pensar por vosotros mismos. Eso fue decisión mía, y me la jugué.

—Sí, me acuerdo —dijo Lainier volviendo al ordenador. Comenzó a teclear rápidamente.

—¿Te acuerdas? —preguntó Stalker, sorprendido—. ¿¿Te acordabas también del lavado de cerebro??

—Lo sospechaba. Todos los clones tenemos buena memoria. En mi caso, soy capaz de recordar hechos de la infancia, algunos de forma nítida. Cuando era pequeño no les presté importancia, pero cuando me echaron, y empecé a darle vueltas a la cabeza, me volví a acordar. Que si una serie de acción por aquí, que si libros de aventuras por acá... Me pregunté porqué no recordaba divertimentos más normales. Y mira, he acertado.

—Vaya.

—Bueno, esto ya está. He copiado los datos al disco y he enviado esa información a todos los medios de comunicación habidos y por haber.

—¡Joder, Lainier! —gritó Helio—. ¿¿Qué coño estás haciendo??

—¿Para qué creías que queríamos la información? —preguntó Lainier girándose. Después volvió a fijar la vista en la pantalla—. Voy a hundir al gobierno.

—¡Y de paso a mí! —preguntó Helio—. ¡Me harás perder el trabajo!

—Hablaré en tu favor.

—¡Oh! ¡Fantástico! —dijo Helio en tono irónico.

—¡Joder, aquí hay algo más! —exclamó Lainier, observando la pantalla.

—¡Joder, Lai! ¿Qué coño has encontrado ahora? —preguntó Night Stalker, conteniendo el impulso de girar la cabeza. Lainier comenzó a copiar datos de nuevo.

—Un traidor de Cyborg Inc. podría haberles vendido a Neo World y Corona la tecnología de clonación, y además, un cigoto.

—¿Quién fue el traidor?

—No sé, pero aquí pone que sin duda se trataba de un científico. Se descubrió que alguien había usado el equipo de trabajo fuera de horario para crear un nuevo clon no autorizado y para usar el ordenador donde se almacenaban los datos del proyecto. El gobierno decidió silenciar el asunto. Este incidente ocurrió meses después de que Neo World estableciera contactos con Cyborg Inc. interesándose por sus trabajos de clonación, y tras el incidente los neos no dieron más señales de vida, así que resulta bastante sospechoso. En cuanto a los coronenses, pues bueno, empezaron a producir clones justamente unos meses después del incidente, así que también resulta sospechoso. Los rumores eran ciertos. Me pregunto quién de los dos se llevaría el clon no autorizado... ¡Más datos para la prensa! —dijo Lainier mientras enviaba los datos por Internet. La copia al disco ya había finalizado.

—Creo que se lo llevaría Neo World, que sin duda tiene más dinero —opinó Stalker—. Pero podría equivocarme. ¿Te imaginas que ese clon perdido fuese ElArtista? Se lo podrían haber llevado a Corona... y luego regresó con nosotros.

—Mmm... no. Me inclino por Neo World. Según ElArtista, todos los clones que conoció en Corona, que en teoría eran todos los creados, al educarse en un único centro, habían nacido en fechas similares, con solo unos días de diferencia, como mucho, y desde que Corona recibió el proyecto hasta que creó a los clones, pasaron varios meses. Puede que tuvieran a los clones preparados antes de anunciar al mundo la producción, pero en el mejor de los casos, desde que compraron el proyecto hasta que diseñaron sus propios clones, tuvo que pasar un mes por lo menos.

—Buen punto. Pero si hubieran comprado el clon, habrían falsificado la fecha de nacimiento para no levantar sospechas. ¿Y quién nota unos pocos meses de diferencia de edad cuando los niños están ya un poco creciditos?

—Touché, pero me sigo inclinando hacia Neo World.

—Por supuesto.

Durante unos instantes, hubo silencio.

—Otra cosa interesante —dijo Lainier.

—¿El qué? —preguntó Stalker.

—He encontrado la información sobre nuestro ADN. De qué estamos hechos.

—¿¿Y qué pone?? —preguntó Night Stalker, girando de nuevo la cabeza hacia Lainier, ansioso.

—¡La cabeza hacia delante, coño!

—Ops —dijo Stalker, enderezando la cabeza—. ¿Pero qué pone?

—No lo sé. ¿Sabes? Casi que me acojona saber qué genoma usaron...

—No solo nos definen los genes, sino nuestra educación. ¡Aunque nuestra educación parece haber sido una mierda, juas juas!

—En cualquier caso, si hay algo sucio aquí —dijo Lainier mientras cargaba los datos—, he de sab...

Un timbre telefónico sonó, interrumpiendo a Lainier.

—Déjale que responda —dijo Lainier—. Pero que no diga ni una palabra por su cuenta. Puede enviar códigos hablados. Dile exactamente lo que tiene que decir e incluso el tono de voz. ¿Has comprendido, Stalker?

—Claro —dijo Night Stalker mientras acercaba la mano al botón de un teléfono integrado en la mesa—. Ahora, dirás “diga”, con tono absolutamente normal —ordenó a Helio—. Si lo dices seriamente, te vuelo una pierna. Si lo dices alegremente, te vuelo otra. Si añades una letra o quitas otra, te vuelo un brazo, y si...

—Me da igual que me vuelen un brazo —dijo Helio—. Eso se repara enseguida, y sé que no vais a dejar que me desangre. No sois capaces de matarme.

—Yo sí.

—No, tú tampoco.

Night Stalker se quedó pensativo. El intercomunicador seguía sonando.

—¡Mierda! ¡No me lo puedo cargar! —exclamó al fin, mientras se echaba las manos a la cabeza.

—De todas formas yo no te hubiera dejado —señaló Lainier—. Déjale que conteste, y a tomar por culo. Si no contesta, entonces sí que subirán.

Night Stalker pulsó el botón del teléfono.

—Diga —dijo Helio.

—Señor, hay una llamada para Lainier Sind —dijo una voz al otro lado—. Es urgente. Un amigo suyo...

—Oh, sí... me han quitado el móvil —dijo Lainier.

—Pasen la llamada a la línea privada 1026. Lainier se pondrá —dijo Helio. Después miró a Lainier—. Usa los auriculares y el micro del ordenador y el programa de telefonía.

—Ya se cómo funciona —respondió el clon, colocándose los chismes—. Dígame.

—Lainier —dijo Dāsh al otro lado de la línea—. Tengo... eh... bueno... un problemilla, je, je...

—Has fracasado.

—Sí. Me han atrapado y he tenido que contarles todo. La culpa ha sido de Jeht Faïs. Ha intentado cargarse a James VanderHall mientras estábamos cenando... aunque yo creo que iba a por Thomas... o a por cualquiera... no sé...

—¡No jodas! —exclamó Lainier, asombrado.

—Pues sí. Y por eso he de decirte que yo no tengo la culpa de que todo se fuera al peo...

—No te preocupes. Tampoco esperaba que triunfaras. Eras el recurso adicional. Yo he continuado por mi cuenta y he logrado mi objetivo —explicó Lainier, verificando que los datos se habían enviado correctamente por Internet y que la copia al disco era correcta.

—¡Pe... pero qué cabroooón!

—Tranquilo, hombre. Esta noche los telediarios batirán récords de audiencia, y mañana los periódicos sacarán varias ediciones. Este gobierno está acabado. Pronto saldrás libre.

—¿Pronto? ¡Creía que vendrías a sacarme ahora!

—¿Estás de coña? ¿Cómo coño quieres que te saque? Además, yo no puedo pasarme por ahí.

—¡Sácame ya! ¡Podrían liquidarme!

—Tonterías.

—¡Sácame, mamón!

—Tranquilo, pronto estarás libre.

—¡Lainier!

—¿Qué?

—¿Cobraré por esto?

—Ni un euro.

—¡Serás hijo de...!

Lainier cortó la comunicación, conteniendo la risa.

—¿Quién coño era ese? —preguntó Night Stalker.

—Mi recurso adicional —respondió Lainier—. ¿Es que no me has escuchado?

—Joder, no me habías dicho que había más gente metida en esto.

—Así es mejor.

—¡Depongan las armas, liberen al profesor y entréguese! —se oyó por un altavoz.

—Esa es la voz de Sukkehr —observó Lainier.

Night Stalker miró un monitor. La cámara del pasillo había sido conectada de nuevo y habían retirado el pañuelo. Ahora se podía ver perfectamente lo que ocurría desde el despacho de Helio, y por supuesto, desde el centro de control de cámaras.

—Doce hombres en el pasillo —informó el cazarrecompensas—. Uno es Sukkehr, otro DeSalt y otro Khatt. El resto son guardias de Cyborg Inc. vestidos con monos azules acolchados y armados con pistolas simples. Nada importante. Yo mismo podría...

—Deja de delirar —dijo Lainier—. Hay doce porque no caben más. Después subirán otros. No me seas gilipollas.

—¿Qué hacemos?

—Bueno. Desde luego no nos vamos a cargar al profesor, aunque eso ellos no lo saben. Mmm...

—Pues tomémoslo como rehén.

—No. Esos tipos no son como nosotros. Algún capullo puede disparar y cargarse a Helio.

—Joder. Son guardias de Cyborg Inc. No pueden cagarla así.

—Me es igual. No me arriesgaré.

De repente comenzó a entrar gas por los conductos de ventilación. Lainier se colocó una máscara antigas que había en un cajón cercano al ordenador y le pasó otra a Night Stalker, quien se la puso a Helio. El cyborg no necesitaba máscara. Se colocó la capucha y se levantó.

—Tontos —dijo—. Así no pueden hacer nada. ¿No saben que Helio tiene aquí de todo?

—Tampoco pierden nada haciéndolo —señaló Lainier.

Entonces comenzó a entrar un humo mucho más espeso. Era para cegarlos. Pero Lainier activó un extractor de aire y el humo desapareció.

—Nada, que no se enteran —dijo Stalker.

—Entreguémonos y acabemos con esto —dijo Lainier.

—¿¿Estás seguro?? ¡Yo no lo haría!

—¿Y por qué no? ¿Qué van a hacernos? ¿Llevarnos a comisaría? Ya ves qué cosa...

—¿¿Pero realmente estás seguro?? ¿¿Y si VanderHall es más cabrón de lo que imaginas??

—Ya vale.

—Bien... Pero... ¿y lo del ADN?

Lainier aún no había echado un vistazo a esa información.

—No hay tiempo para analizarla, y tampoco importa mucho. Ya hemos encontrado material suficiente. Ahora vámonos.

—Pues yo c...

Antes de que Stalker pudiese finalizar la frase, todos los aparatos eléctricos de la estancia se apagaron.

—Ahora ya no hay nada sobre lo que discutir —dijo Lainier.

Los policías habían tardado en aislar la sala porque el despacho de Helio tenía una gran autonomía respecto al resto del edificio.

—Me gustaría saberlo antes de irme —dijo Lainier, desatando al profesor—. ¿Tenías el Genoma 3 ahí dentro?

—Decidí no arriesgarme y borré todos los datos —explicó Helio—. Pero los guardo en mi cabeza —añadió, señalándose con el dedo.

Finalmente, los clones depusieron las armas y se entregaron.

DeSalt esposó a Lainier y Khatt a Stalker. Por supuesto, al cyborg le pusieron unas esposas de keridío.

—Hola de nuevo —dijo Lainier sonriendo, dirigiéndose a Wohrkk.

—Hola —dijo el silkeriano secamente—. ¿Te divierte esto?

—Me divierte verte fracasar, pobre peón —respondió Lainier—. Ya he acabado mi trabajo.

—Registradlos —ordenó Wohrkk, tratando de disimular su enfado.

Los agentes incautaron todos los objetos personales de los clones, incluido el disco que Lainier había copiado; pero no importaba, porque los datos ya estaban en poder de los medios de comunicación. Después fueron encerrados en la parte trasera de un furgón blindado. Se sentaron a la izquierda. Wohrkk y Khatt los vigilaban, sentados enfrente. El furgón puso rumbo a la Comisaría Norte.

—¿Sabes? —dijo Lainier, dirigiéndose a Stalker, situado a su derecha—. Yo les voté.

—¿A quién? —preguntó Stalker.

—A la UFT.

—¿Les votaste?

—Ya ves.

—Pues me temo que yo también.

—¡Juas!

—¿Sabes? No le paro de dar vueltas. ¿Somos marionetas o Helio logró evitarlo?

—¿Te sientes una marioneta?

—La verdad es que no.

—Si yo sé algo, es que nunca nos hemos comportado de forma sumisa y ortodoxa. Todos tenemos una personalidad muy marcada. Incluso ElArtista, que se crió como esclavo, no pudo ser doblegado; y eso que no tuvo a Helio a su lado, con lo cual supongo que hay algo chungo en nuestros genes. En cualquier caso, este incidente bastará para causar mala imagen del gobierno, sobretodo en combinación con lo del robo del proyecto y tal.

Los dos policías sentados ante los clones no entendían nada.

—¡Hola! —dijo Lainier al entrar en comisaría. Sus antiguos compañeros estaban allí. Toda la gente se quedó mirándolo. VanderHall se reunió con Neiden, Wohrkk, DeSalt y Khatt en la sala habitual.

—Däsh ha confesado —dijo el comisario—. Lainier Sind le envió para capturarnos, usando un somnífero oculto en un falso diente. Al parecer Lainier costó de su propio bolsillo la extirpación del diente original, y también iba a pagar la reposición, y le iba a pagar una buena suma por sus servicios. Tras la captura, no tenía claro qué iba a hacer; pero en última instancia, Lainier Sind pretendía descubrir trapos sucios del gobierno o sus agentes para derribarlo y ser readmitido en el trabajo bajo un nuevo gobierno.

—Entonces es una suerte que lo hayan detenido —dijo Wohrkk sonriendo irónicamente, mientras pensaba en las palabras de Lainier.

—Oye, yo no tengo nada que ocultar —dijo Thomas, señalando con el dedo al silkeriano.

—Oh, claro —dijo Wohrkk bajando la mirada.

—¿Qué sucede?

—No los hemos detenido. Se han entregado. Lainier dijo que ya había acabado su trabajo.

—¡Mierda! —gritó el comisario—. ¡Mierda! ¡¡Mierda!! ¡¡¡Mierda!!!

—Creía que no tenía nada que ocultar.

—No es eso. Es que... me jode que se haya salido con la suya...

Los policías salieron de la sala. Lainier y Stalker estaban sentados, narrando sus aventuras a un nutrido grupo de agentes, entre ellos sus antiguos compañeros del Cuerpo de Asalto.

—¿¡Por qué demonios no los habéis llevado a los calabozos!?! —exclamó el comisario alzando la mano derecha.

—Es que quizá no haga falta —dijo Berllerak, girándose. En su cara se dibujaba una expresión de satisfacción. En la de sus otros compañeros también, pero él la disimulaba menos.

—¿De qué hablas?

—Pon un canal aleatorio —dijo Lainier—. Y verás lo que he logrado.

—Hemos —dijo Stalker.

—Hemos —repitió Lainier sonriendo.

VanderHall encendió un televisor que había cerca. Toda la comisaría se agolpaba para verla. El comisario puso el canal de noticias. La hecatombe ya había comenzado. La presentadora repetía lo que Lainier ya le había contado a Stalker.

—...enta ilegal del proyecto Genoma 2 a Corona y a alguna nación de Neo World, planeta conocido de sobra por sus numerosos estados dudosamente democráticos e incluso algunos dictatoriales.

VanderHall palideció.

—Mañana por la mañana, si no antes, este gobierno habrá desaparecido —explicó Lainier—. Se convocarán elecciones anticipadas. Supongo que ganará la oposición. No es de mi agrado, pero menos aún el partido que gobierna ahora. Yo seré proclamado un héroe, además de una pobre víctima. ¡Intocable seré! Y entonces ofreceré mis servicios al nuevo gobierno, que sin duda los aceptará. Y puede que me asciendan...

—No me lo puedo creer... —dijo VanderHall sin apartar la vista del televisor.

—Voy a interceder para que no expulsen a Helio —añadió Lainier—. Supongo que me escucharán.

VanderHall se dio la vuelta.

—Creía que ibas a vengarte de mí por expulsarte —dijo el comisario.

—En cierta forma, así ha sido —dijo Lainier—. Ahora no puedes mantenerme fuera del Cuerpo. Cualquier intento de implicarme con lo que ya sabes provocaría que acabases como sospechoso de todos esos tejemanejes del gobierno.

—Eh...

—¡No me digas que vas a intentar mantenerme fuera después de todo esto! —Lainier abrió los ojos como platos. VanderHall había vacilado.

—No... No lo voy a hacer —contestó el comisario. Lainier respiró tranquilo—. Eres demasiado bueno, y tengo el presentimiento de que te vamos a necesitar...

—Te refieres a lo de Jeht Faïs... —dijo Lainier seriamente.

—Sí.

—¿Os atacó él?

—Neiden le fotografió tridimensionalmente. Parece él.

—Lo cogeremos. Pero antes quítenos estas esposas —dijo Lainier con una sonrisa, alzando las manos. El comisario liberó a Lainier y Stalker de las esposas. Däsh se acercó al antiguo líder del Cuerpo de Asalto.

—Déjame adivinar... Night Stalker capturaba a los delincuentes que tú entregabas... —dijo el detective.

—Así es —respondió Lainier—. Aunque el dinero se lo quedaba él, claro.

—Qué cabrón.

—¿Él o yo?

—Tú. Bueno, y él también, qué coño...

Tal y como había previsto Lainier, a la mañana siguiente el presidente de Thuris y varios de sus Consellers dimitieron, siendo además imputados por varios delitos. Se convocaron elecciones anticipadas en un plazo de dos meses y ganó la oposición con mayoría absoluta. Lainier volvió a convertirse en el jefe del Cuerpo de Asalto Clon, y debido a los éxitos del grupo, el nuevo gobierno de Thuris y el central se pusieron de acuerdo para aumentar los poderes del Cuerpo, convirtiéndose en una fuerza federal; aunque manteniendo la residencia en Thuris, y bajo el mando tanto de la administración local como de la central. Helio no perdió su trabajo, pero sus actividades sufrieron más control por parte de la justicia. Por supuesto Däsh fue liberado, y al final cobró sus honorarios.

VII SPEED

Apenas un día después de que Lainier recuperara su empleo, Jacob Speed se presentó por la mañana en el despacho de James VanderHall en la Academia Sur. Speed había abandonado la Academia tras el escándalo gubernamental, ya que pensaba que su decisión de ser policía se debía al lavado de cerebro. James estaba sentado revisando documentos en su tableta, y se sorprendió cuando Speed entró, ya que nunca había ido a verle.

—Se llama antes de entrar —dijo James, molesto.

—No me de órdenes —dijo Speed sin vacilar—. Yo ya no soy su alumno.

—Es cuestión de educación, cosa que tú jamás has tenido, bastardo engreído.

—Mi educación es el menor de sus problemas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el comisario. Instintivamente, bajó la mano buscando su arma.

—Le diré lo que voy a hacer. Voy a acabar con usted, su hermano, y ese Cuerpo de Asalto tan eficiente. ¡Sí, con todos! ¡Todos son culpables! ¡Todos seguís siendo policías, a pesar de saber lo que sabéis!

James se levantó bruscamente de la silla, con los ojos abiertos como platos y golpeando la mesa con ambos puños.

—¡Te puedo detener ahora mismo...! —exclamó, furioso.

—No, no puede. No tiene pruebas... Solo han sido palabras, así que me marchó. Yo en su lugar avisaría de inmediato a su hermano.

Y Speed se fue de la Academia. Iba pensando en qué hacer:

“He de prepararme. Primero tendré que robar un vehículo volador. Después buscaré un refugio en algún lugar apartado y conseguiré armamento.”

—He recibido una llamada urgente de mi hermano —dijo Thomas VanderHall al Cuerpo de Asalto, reunidos en la sala habitual—. Speed, un clon de la Serie 1, es un tipo que estudiaba bajo la tutela de James. Al parecer es una especie de arrogante prepotente rencoroso. El mamón tiene un expediente abierto por amenazas a profesores y peleas con sus compañeros. También es sospechoso de quemar dos coches de profesores. Al final, harto de recibir órdenes de James, se ha largado de la Academia, y ha decidido pagarlo con nosotros, o al menos eso le ha dicho a mi hermano. Parece ser que su agresividad fue en aumento tras hacerse público lo del escándalo gubernamental. Quiere venganza o algo así, por lo mal que lo han tratado en la escuela, por el adoctrinamiento que recibió en Cyborg. Inc o no sé que pollas. Y parece ser que opina que los clones que seguimos trabajando de polis somos basura. Mi hermano me va a enviar un correo electrónico con el rostro de Speed para que lo veáis bien, y él mismo participará en la investigación, junto con Neiden. Y de momento eso es todo lo que se puede hacer: investigar. Tenemos vigilada la casa de Speed y poco más. Mientras, estad alerta. Ahora ya son dos los bastardos que quieren liquidarnos: Jeht Faïs y este loco. ¡Cuidado con lo que hacéis!

—¿Por qué no se le ha detenido? —preguntó Lainier, que volvía a vestir orgulloso su antiguo uniforme.

—Sencillo... —explicó Thomas—. Porque no hay pruebas. No se puede detener a alguien por sus palabras. Libertad de expresión.

—¡Esto no es libertad de expresión! Es una amenaza. Hay que ir a por él, no esperar a que actúe. Cortar el problema de raíz, porque si se corta desde la punta hay que ir descendiendo hasta abajo. Es más difícil y se tarda más tiempo. Y cabe la posibilidad de que cortando así alguien se pinche con una espina de la rosa y se haga daño... no sé si me entiende...

—No.

—Lo que intenta decir —aclaró ElArtista—. Es que hay que acabar con él antes de que él lo haga con nosotros.

—¡Que no se puede, leñe! —replicó Thomas— Ningún juez admitirá sus palabras, que ni siquiera están grabadas, como amenazas, y callaos que ya estoy recibiendo el correo...

—¡Como poder se puede! —replicó Lainier, golpeando el reposabrazos izquierdo de su silla con el puño.

—¿A qué viene ese repentino ataque, Lainier? —preguntó Berllerak sonriendo levemente y girando la cabeza hacia su compañero, situado a su derecha.

—Ha sido un arrebató —contestó el líder del Cuerpo de Asalto, ahora ya más tranquilo—. Es que desde que empezamos nos hemos dedicado principalmente a detener a otros clones policías. Esto empieza a ser un cachondeo.

—Empiezo a sospechar que la educación de Cyborg Inc no era tan eficiente como pensábamos —dijo ElArtista sonriendo.

—Será otro clon que se cree muy superior y que por eso se cree con derecho a hacer lo que quiere —dijo el Capitán.

—De todas formas, me parece raro que no le detengamos solo por no tener pruebas —señaló Lainier.

—Eso precisamente es culpa tuya —dijo el comisario, cogiendo la hoja que ya había acabado de imprimirse—. Con el anterior gobierno era posible. Con el nuevo, no. Al menos, de momento. Ya sabes, la cosa está muy fresca. Pero quién sabe si en el futuro...

—Ya, ya...

—Mirad —dijo VanderHall, mostrando un retrato en tres dimensiones de Speed en la pantalla de la pared.

—Este es Jacob Speed —prosiguió Thomas, rotando el retrato para mostrar a Speed desde todos los ángulos—. Según su ficha mide un metro noventa y pesa 95 kilos.

—Po bueno —dijo Lainier.

—Muy bien, esto es todo por ahora. Podéis iros.

A la mañana siguiente el comisario llegó a su despacho como todos los días y encendió su ordenador. Se dio cuenta de que había recibido un correo electrónico. El asunto del mensaje rezaba “SPEED”. Avisó al Cuerpo de Asalto, que se presentó inmediatamente.

—Berllerak —dijo Thomas—. Investiga esto.

VanderHall se levantó de su silla y se sentó en el borde de la mesa. Berllerak ocupó el asiento del comisario y echó una ojeada a la pantalla.

—¡Joder, Lainier! ¡Todo esto por tu culpa! —exclamó Thomas—. ¡Si no hubieras hecho público todo eso, no tendríamos estos problemas!

—Oiga, la verdad tenía que salir a la luz —respondió Lainier sin inmutarse.

—Voy a abrir el correo —avisó Berllerak.

—Bien —dijo el comisario, mirando la pantalla por encima del hombro de Berllerak—. Léelo en voz alta.

—“Querido Thomas VanderHall...” ¡Qué cachondo! “Te mando este correo para decirte que tus soldaditos de plomo pronto serán derretidos. Me habría gustado hablar contigo en persona, como hice con tu hermano; pero supongo que no es conveniente tentar a la suerte dos veces. Nos vemos.”

—Creo que va en serio —dijo Tete.

—Probablemente le divierta un juego con polis de verdad —conjeturó Stalker.

Los clones continuaron un rato discutiendo mientras Berllerak continuaba con su investigación.

—Tengo algo —dijo finalmente—. El mensaje ha sido enviado desde un servidor ilegal, pero voy de culo para rastrearlo... Quizás si buscáramos en los bajos fondos...

—Yo lo haré —dijo Lainier levantándose de su asiento.

El líder del Cuerpo de Asalto cogió su coche y se dirigió a Mislata. Aparcó en una estrecha callejuela y entró en un pequeño bar. Se acercó a la barra. Una camarera morena vestida con un traje negro ceñido se le acercó.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó la chica.

—Matarratas —contestó el clon.

—Ya veo... —dijo la camarera esgrimiendo una leve mueca—. Sígueme.

La camarera hizo un gesto con la mano izquierda a Lainier y se dirigió al fondo de un pasillo. Había dos puertas. Una a la derecha, los lavabos, y otra mirando hacia la salida, sin rotular. La camarera sacó unas llaves de su bolsillo y abrió esta última. Lainier pasó al interior. La camarera cerró la puerta tras él. El clon se encontraba en un estrecho y sucio pasillo de unos cinco metros de largo, iluminado tenuemente por varias bombillas que colgaban del techo. Al fondo había otra puerta, metálica. Se acercó hasta ella, pero antes de que pudiese llamar, se abrió. Al otro lado le esperaba un hombre pequeño, de poco más de veinte años, de pelo oscuro y peinado hacia atrás. Reposaba sobre una cómoda silla forrada de cuero, tras una enorme mesa.

—¡Yú! —exclamó—. Pasa —dijo haciendo un gesto con la cabeza y la mano. Lainier obedeció. El anfitrión pulsó una tecla bajo su mesa y la puerta se cerró. Lainier cogió una silla situada en una esquina y la llevó hasta la mesa.

El interior del despacho no era tan sucio como el pasillo, pero estaba terriblemente desordenado. Montones de tabletas y hojas digitales se agolpaban sobre la mesa. Por supuesto, había ordenador, y por supuesto, había una estantería donde multitud de discos cumplían, como era habitual, la Ley de la Entropía.

—Igualito que en mi casa —dijo Lainier mientras tomaba asiento—. A ver cuándo coño te buscas un lugar mejor. Siempre nos vemos en tugurios de estos.

—Así es mejor —contestó el joven.

—Mejor para ti. Yo preferiría estar en terreno neutral, no en el tuyo.

—Buscar un lugar apartado y seguro donde nadie nos vea es muy complicado. Y ahora, dime lo que quieres.

—Me tienes que hacer un favor, Nevuroy.

—Dime.

—Localízame la procedencia de este mensaje —dijo Lainier sacando un papel del bolsillo con toda la información referente al correo de Speed. Nevuroy lo cogió y lo observó durante un segundo—. Como ves, se envió desde un servidor ilegal.

—¿Por qué no usas a ese amigo tuyo, el detective zurdo? Parece que te dio buenos resultados.

—Pero tú estás metido en este mundo, y te enterarás antes.

—Hey, yo no estoy metido en este mundo. Simplemente, conozco gente que conoce gente... ya sabes...

—Pues hala, a buscar, que es urgente.

—Puede que no lo encuentre...

—¿Por qué?

—Porque...

—...Por que podría pasar que ese correo procediera de un pirata de telecomunicaciones que trabaje para ti, y claro, no vas a echar piedras sobre tu propio tejado. Solo me lo dirías si ese tipo no trabajara para ti.

—Hey, ya te he dicho que yo no ando metido en eso...

—Te voy a facilitar las cosas —Lainier sacó la fotografía de Speed de su bolsillo y se la entregó a Nevuroy—. Este es el tipo que ha recurrido al servidor. Si encuentras al que le proporcionó el servicio, pregúntale por este tipo, a ver si sabe algo de él, cualquier cosa.

Lainier se levantó del asiento.

—Bien —contestó Nevuroy—. Pero una cosa es que yo te devuelva el favor, y otra que un tipo me diga lo que sabe.

Me tendrás que dar algo de dinero para pagarme...

—No me jodas, Nevuroy, que nos conocemos —protestó Lainier—. Averigua lo que puedas y se acabó. Si es para mañana, mejor que mejor.

—¿¿Mañana??

—Si te pones pesado, para esta noche mismo...

—¡No me jodas, tío! Esto me va a llevar varios días...

—Tú date prisa o me cabrearé.

—Vale.

Lainier se largó del antro.

Por su parte, a Speed le faltaban aún algunos detalles para llevar a cabo su plan. Al día siguiente de que Thomas recibiera el correo electrónico, Speed entró en una céntrica tienda de armas llamada Gun Smith Derek, donde se podía encontrar material profesional. El clon sólo disponía de un cuchillo de combate, aunque en ese momento no lo llevaba encima, y pretendía arreglar eso. Se dio una vuelta por el local, examinando las armas expuestas. Eran de foguero, de caza o competición deportiva, y por tanto no había armas láser. Las armas de calidad no estaban a la vista.

Tras un enorme mostrador se encontraba el vendedor, un tipo de unos cincuenta años, con escaso pelo y bigote blanco. Un vigilante, de unos treinta años, con una insignia en el pecho que le acreditaba como guardia jurado de Cyborg Inc., protegía el local. Por supuesto, no le quitaba el ojo de encima a Speed. El clon se acercó al mostrador.

—Buenos días —dijo el vendedor cortésmente—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero comprar ropas de combate y armamento exclusivo —explicó Speed.

—Para eso debe tener un carnet que le acredite como policía, soldado, cazarrecompensas...

—Claro... aquí tiene —Speed sacó un carnet del bolsillo y se lo entregó al vendedor.

En cuanto el hombre bajó la vista para examinar el carnet, Speed le propinó un puñetazo, haciéndole caer inconsciente. El vigilante sacó su arma mientras Speed saltaba por encima del mostrador. Detrás del mueble, el vendedor guardaba una pistola láser para protegerse, por si el vigilante no era suficiente. Speed se hizo con el arma y asió el cuerpo inerte del vendedor. Speed se levantó, usando al vendedor como escudo. El vigilante vaciló durante una décima de segundo, y Speed disparó dos veces contra el hombre. El primer rayo atravesó su pecho y el segundo su cabeza. Speed dejó caer el cuerpo del vendedor y rápidamente cerró la entrada al local. Parecía que nadie había visto nada, pero tenía que darse prisa. Disparó contra las dos cámaras de las que estaba provista la tienda: aunque pretendía encontrar el centro de control de cámaras, era mejor destruirlas, por si estas, además de enviar la información a otro lugar, tenían insertado algún dispositivo de almacenamiento. Después cogió las llaves de la puerta de la trastienda, situada tras el mostrador, y accedió al interior. La puerta daba a un pasillo con una puerta a cada lado. Speed abrió la de la derecha. Era la habitación de control de las cámaras de vigilancia. El clon destrozó todo el equipo. Después se dirigió a la puerta de la izquierda. Esta daba al almacén de armas avanzadas. También había uniformes y accesorios diversos.

Speed se vistió con unos pantalones militares y una camiseta verde, similar a la que llevaba antes; pero menos sucia. Se calzó unas botas de punta de acero y se hizo con unas placas de identificación. Acto seguido grabó su nombre con una máquina láser que tenía el aspecto de una máquina de coser computerizada y se las puso al cuello. Cogió una enorme mochila y metió en ella unas cuantas armas potentes: un Rifle Láser AK-47-L de asalto, una pistola automática de bajo calentamiento y peso ligero Graytech con punto de mira, de cincuenta disparos en alta intensidad, un Fusil Láser Multifunción M-2 de Cyborg Inc., que además de proyectar un haz láser podía arrojar granadas explosivas y de humo y que también hacía las veces de lanzallamas y táser; y munición para todas las armas. Para terminar se hizo con un chaleco protector, formado por diversas placas metálicas reflectantes antiláser forradas de tela, y un casco con visor nocturno. Al salir del almacén vació la caja registradora, que contenía unos 600 euros. Escondió el cuerpo del vigilante en un rincón y abrió la puerta de entrada con cuidado, echando una ojeada al exterior. Salió afuera con total tranquilidad, girando a la izquierda y caminando con paso ligero.

—¡Joder! ¡Se me olvidaba el tipo ese! —exclamó de repente.

Speed dio la vuelta, pero antes de llegar al local oyó sirenas de policía, justo en la dirección por la que había venido. Speed decidió continuar adelante. Se escabulló entre los callejones y logró huir sin mayores complicaciones.

Mientras, en su despacho de la Comisaría Norte, Thomas VanderHall estaba hablando con su hermano por teléfono.

—Dime —dijo Thomas.

—Acabo de recibir un aviso —dijo James—. Han robado en una tienda de armas, han agredido al vendedor y han matado al vigilante.

—¿Speed?

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo. Voy a la tienda inmediatamente.

—Yo también. Nos vemos allí.

Thomas, Lainier y Berllerak se dirigieron a la tienda, cada uno en su propio coche. Llegaron en cinco minutos. Estaba acordonada por las típicas bandas amarillas. Un policía vigilaba fuera. Dentro había tres, aparte de James. Los clones pasaron al interior.

—Neiden está en el bar de enfrente hablando con el tipo que nos avisó, un camarero —dijo James—. Berllerak, necesito que veas si puedes salvar lo que quede de las cámaras de seguridad. Estaban provistas de tarjetas de almacenamiento de datos, pero fueron destruidas.

James señaló con su dedo los restos, que aún colgaban de la pared. Berllerak se acercó a uno de ellos y se subió a una silla que le acercó un oficial.

—Esta no sirve —dijo, echando una ojeada. Bajó de la silla y la desplazó hasta los restos de la otra cámara. Volvió a subirse y los examinó.

—Y esta tampoco —concluyó—. ¿Qué hay del equipo de control de cámaras?

—Sígame, por favor —dijo un oficial, que acompañó al clon hasta la sala de control.

Lainier y Thomas contemplaron el cadáver del vigilante.

—Buena puntería —dijo Thomas seriamente.

—Depende —dijo Lainier—. Habría que saber en qué circunstancias disparó.

—En cualquier caso, aunque su puntería fuera peor que la nuestra, no suelo ver atracadores que disparen a sus víctimas con esta precisión, así que no será una presa fácil.

—¿Dónde está el vendedor de armas? —preguntó Lainier a un oficial.

—Allí —El oficial señaló el fondo de la tienda, donde estaba sentado el hombre, esperando ser interrogado.

—Gracias...

Lainier se acercó al vendedor, cogió una silla y se sentó a su lado. Después sacó la foto de Speed. Thomas estaba atento, unos metros detrás de él.

—¿Es este el hombre? —preguntó Lainier.

—Ese es —respondió el vendedor.

—¡Orden de busca y captura contra Jacob Speed ahora mismo! —gritó Thomas.

—¡Sí, señor! —dijo uno de los agentes, que salió al exterior dispuesto a tramitar la orden usando el ordenador de su coche patrulla.

—Dígame que ha pasado —prosiguió Lainier.

—Ese hombre entró en mi tienda a las nueve... —explicó el vendedor—, me pidió armas exclusivas... pero al enseñarme el carnet, me golpeó. Quedé inconsciente. Me robó y mató al guardia... después vino la policía...

—¿Le identificará en el juicio?

—Sí, pero primero tienen que detenerlo.

—¿Me da su nombre, dirección y teléfono?

—Derek King, Cardenal Benlloch, Edificio AC3, piso 9, puerta 18.

—Gracias. ¿Qué se llevó Speed?

—Ya se lo he dicho a los agentes que llegaron primero.

—Me han entregado esta lista —dijo James acercándose a Lainier y pasándole un folio—. Por cierto, el carnet de Speed era de un videoclub.

El líder del Cuerpo de Asalto se levantó y comenzó a dar vueltas por la tienda mientras leía. Thomas lo seguía, mirando la lista por encima del hombro izquierdo de Lainier.

—Caramba... ese mamón sabía lo que robaba... —dijo Lainier, mientras James se le acercaba—. Estas son las armas que hubiera escogido yo. ¿Ein? ¿Unas placas de identificación?

—Bueno, voy a hablar con el viejo sobre su protección —dijo James, cogiendo el folio—, no sea que Speed intente liquidarlo. Seguramente lo dejó vivo porque la policía lo sorprendió.

Neiden se acercó a Lainier y Thomas.

—Ya he hablado con el camarero —informó Neiden—. El tipo sospechó algo cuando vio que la tienda estaba cerrada, cuando minutos antes estaba abierta. Entonces avisó a la policía. Sin embargo no vio a nadie salir de allí. Seguramente Speed saldría cuando no hubiera nadie mirando. Los agentes han encontrado un coche robado cerca de aquí, por el camino que siguió el coche patrulla que vino a investigar. Supongo que el coche era de Speed y que al ver llegar a la policía no pudo alcanzar el vehículo y se fue por otro lado.

—Se confirma la tesis de James de que fue sorprendido —dijo Lainier.

—Por otro lado, los policías que estaban vigilando el piso de Speed dicen que no lo han visto entrar y salir.

—Lo suponía.

El oficial que había salido a tramitar la orden de arresto se acercó a Thomas.

—Ya he tramitado la orden —dijo.

—Bien —contestó el comisario. El agente se retiró.

—¿Sabes? —dijo Lainier dirigiéndose a Thomas—. El hecho de que este tipo asesinara a un vigilante, que no tenía nada que ver con nosotros, demuestra que no busca justicia sino venganza. Es un loco.

—Quizás desde su punto de vista, el vigilante era culpable, y quizás el vendedor también —dijo Neiden —opinó el comisario—. Te recuerdo que el guarda era de Cyborg Inc. y que el vendedor vendía armas de dicha empresa.

—En cualquier caso, es una forma de pensar hartamente retorcida —señaló Lainier mientras sacaba su móvil, que estaba sonando. Un número oculto.

—Diga —dijo Lainier.

—Buenas noticias —dijo la voz al otro lado del teléfono. Era la de Nevuroy.

—Dime.

—Si no te das prisa, tu hombre podría escaparse. Está en las montañas de Cullera.

—¡Está en las montañas de Cullera! —gritó Lainier a sus compañeros.

—Lainier, Berllerak, Neiden, dirigíos allí —ordenó Thomas—. Avisaré a los demás para que se os unan.

—Bien —dijo Lainier mientras salía.

—¡Y ya me explicarás como lo has sabido! —exclamó el comisario, pero Lainier lo ignoró deliberadamente.

El líder del Cuerpo de Asalto se subió al coche y prosiguió la conversación con Nevuroy.

—Dime cómo lo sabes —requirió, mientras arrancaba el vehículo.

—Tu hombre usó un servidor ilegal, tal y como pensabas...

—Muy bien. Pero dime cómo sabes que se esconde en Cullera.

—No te lo puedo decir.

—Pero yo te puedo cortar las manos —dijo Lainier mientras se ponía en marcha—. ¿O prefieres que te envíe a Night Stalker?

—No amenazas, Lainier, que como me dijiste, nos conocemos.

—¡Venga, hombre! ¡He de saber porqué!

—¿Qué más te da?

—Para ver si la cosa resulta verosímil.

—¿Crees que miento?

—No, pero podrían haberte mentido a ti. ¿Vas a hablar o qué?

—Está bien, pesao. Speed usó un ordenador de una sala de telecomunicaciones ilegal. El problema es que su proveedor no respetó la privacidad. El propietario del servidor se dio cuenta de que algo gordo pasaba al leer la amenaza al comisario, así que colocó un rastreador en una moto que llevaba Speed. La moto es una Ruuma 207.

—Déjame adivinarlo... eso es una práctica habitual, para saber dónde viven los clientes, por si alguna vez os hace falta esa información, para hacerles chantaje o para vendérsela a la policía.

—¿Por qué dices “os hace falta”? A ver cómo coño tengo que repetirte que... ¡yo... no... me... dedico... a... esto!

—¡Claro! Quería decir que a ellos les hace falta.

—Eso no es así, Lainier. No es bueno para el negocio dedicarse a traicionar sistemáticamente a tus clientes. Si se le puso un localizador al tipo ese, es porque al proveedor no le hacía ni puta gracia verse metido en un atentado contra Thomas VanderHall.

—Por cierto, me voy a pasar rápidamente por tu tugurio a recoger el rastreador.

—¿Rastreador?

—Claro, para saber dónde está Speed en cada momento.

—Yo no tengo ningún rastreador. Porque, te repito de nuevo, que... ¡¡yo no me dedico a esto, joder!!

—Hombre, tengo que asegurarme de que sigue en Cullera. Además, el hecho de que tengas el rastreador no quiere decir que tú pusieras el localizador a Speed ni que tengas nada que ver con las telecomunicaciones ilegales, ¿eh? Pues eso, que me paso por tu tugurio ahora. ¿Estás ahí?

—Estoy. Por cierto, el rastreador tiene alcance limitado, así que hasta que no estés en Cullera, no sabrás la posición exacta del tipo.

—Lo suponía.

Lainier activó su intercomunicador para dirigirse al resto de agentes.

—Voy a desviarme un momento —informó—. Es urgente. Nos vemos en Cullera. No tardaré ni cinco minutos.

—¿Qué coño sucede? —preguntó Berllerak.

—Algo de la misión. Os lo explicaré después.

Lainier cortó la comunicación y se separó del resto de coches.

—Tengo otra cosa para ti —prosiguió Nevuroy—. Mis contactos de los bajos fondos me han informado que alguien que podría ser Speed estuvo buscando gente que le proporcionara armamento ilegal. Al final estuvo hablando con un tío vestido con gabardina negra que nadie conoce. No sé si llegaron a algún trato, pero estuvieron cinco minutos hablando, y después cada uno se fue por su lado. Eso fue la noche antes de que Speed enviara el correo.

—¿Y cómo coño era ese supuesto traficante de armas?

—¿No me has oído? ¡Llevaba gabardina negra!

—Maravilloso.

—Pues sí.

—¿Algo más?

—No.

—Pos ale, te dejo.

—¿No me vas a dar las gracias por esa porción de información gratis?

—Gracias, amable caballero. Da gusto ver a gente tan desinteresada como vos...

—Lo sé, lo sé...

—Vale. Au.

—Au.

Lainier cortó la comunicación.

Speed se había ocultado en un pequeño chalet en las montañas de Cullera. Planeaba mil y una cosas para vengarse de los que le habían robado su juventud. Después de todo, tras el escándalo de los clones destapado por Lainier, Däsh y Night Stalker, parecía claro que la decisión de Speed de convertirse en policía había estado determinada por su educación. Nadie lo había seguido. No le había dicho a nadie dónde se encontraba. Era un lugar olvidado de Dios. Y a pesar de todo, a eso de las once, un hombre trajeado de negro llamó a la puerta y Speed le abrió apuntándole con su pistola.

—Tranquilo, señor Speed —dijo el hombre, alto, fuerte, moreno, y de unos treinta años. Llevaba gafas oscuras, y la piel tenía un extraño tono azulado. Con la mano derecha sostenía una maleta negra—. Voy desarmado. Soy su enlace con Neo World. ¿Me deja pasar?

—Adelante. Pero yo me quedaré esa maleta —dijo Speed mientras la cogía con la mano izquierda.

Los dos entraron. Speed registró al hombre y se sentó en un sillón, pero sin dejar de apuntarle. Dejó la maleta en el suelo.

—Siéntese ahí —ordenó Speed, señalando un sofá frente a él. El hombre obedeció.

—Le he traído información sobre lo que pidió —dijo el hombre—. Abra la maleta.

—Ábrala usted. Muy despacio —dijo Speed, poniendo la maleta encima de una mesa de plástico transparente situada entre el hombre y él—. Y después le da la vuelta para que lo vea. Y muy despacio. Insisto.

El hombre abrió lentamente la maleta y mostró el contenido a Speed. Una hoja digital. Con muchas letritas, dibujitos y esquemitas varios.

—Como ve, es lo que le ofrecimos: le transformaremos a usted en un cyborg de última generación totalmente gratis, solo a cambio de que acabe con los clones. Placas metálicas de aleación de keridio reflectante de gran grosor. Aguantan láseres de alta potencia.

—¿Cuándo se realizará la operación?

—Dentro de tres días nos pondremos en contacto. Ya sabe dónde encontrarme.

—Claro.

El hombre trajeado se levantó.

—Quédese con la hoja y léasela, pero devuélvame la maleta, que me hace falta —dijo.

—Tome —dijo Speed sacando el dispositivo y dándole la maleta al hombre.

—Adiós —dijo el hombre saliendo por la puerta.

—Adiós —repitió Speed.

Lainier se encontró con Nevuroy en el mismo lugar de la otra vez. Ni siquiera se sentaron, pues Nevuroy sabía que Lainier tenía prisa. En la mano tenía un aparato electrónico parecido a un móvil.

—Esto es el rastreador de Speed —explicó Nevuroy—. Recuerda que es de baja calidad.

—Bien.

Lainier cogió el localizador y se dirigió a la salida.

—¡Espero que me lo devuelvas! —gritó Nevuroy.

—Calla, tacaño —dijo Lainier sin girarse—. Si es de baja calidad...

El Cuerpo de Asalto llegó a las montañas de Cullera. La policía local ya estaba allí hace un rato. Lainier tardó solo unos minutos más. Los gemelos VanderHall habían regresado a sus comisarías y se mantenían en contacto permanente con sus hombres. James había enviado a Sama como refuerzo. Sama era un gigante de más de dos metros. Tenía el rostro alargado y el pelo negro y corto. Su piel tenía una tonalidad ligeramente oscura, pues era hispanopalestino. Su uniforme era de color azul oscuro. Era un policía muy preparado, a pesar de su juventud: tenía la misma edad que los clones de la Serie 2.

—Al parecer, solo hay una casa en esta zona —dijo Berllerak desde su coche—. Os estoy poniendo el mapa en pantalla.

—Está ahí —dijo Lainier consultando el rastreador, que ya marcaba una posición precisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Lo que tú digas, Lai...

—Anda, investiga de quién es el chalet.

—Eso estoy haciendo —respondió Berllerak, consultando el ordenador del coche—. Es de un tal Andreu Llopis.

—¿Lo tendrá de rehén?

—Estoy llamando a Llopis —Berllerak marcó el número en su móvil.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro lado.

—¿Andreu Llopis?

—Sí, soy yo.

—Soy de la policía. Hay alguien en su casa. ¿Dónde se encuentra usted?

—Estoy fuera de viaje.

—Acuda a la comisaría o agente más cercano para confirmar su presencia y después que se pongan en contacto con nosotros.

—Bien.

Al cabo de diez minutos llamaron a Berllerak por intercomunicador.

—Diga —dijo el clon, reconociendo el código de la policía de Castellón.

—Llopis está aquí.

—Pregúntele si no tenía sistema de seguridad en la casa, porque hemos descubierto al intruso por casualidad —Berllerak seguía sin entender cómo Lainier había encontrado a Speed.

—Un momento.

Al cabo de unos instantes el policía regresó al aparato.

—No tenía —informó—. No guardaba nada en la casa de valor. Apenas la usaba. Demasiado apartada.

—Bien. Le dejo.

Berllerak cortó la comunicación y avisó a Lainier.

—El dueño está en Castellón, y la casa no tiene sistema de seguridad —dijo.

—Bien —respondió Lainier.

Hubo unos instantes de silencio. Al fin, Berllerak volvió a hablar:

—Uh... ¿Lai?

—¿Qué? —respondió Lainier.

—Esperamos órdenes.

—Por mí como si esperáis el tren. Yo estoy esperando a alguien.

—¿A alguien?

—Me he tomado la libertad de llamar a Night Stalker.

—No jodas.

—No jodas —repitió ElArtista.

—Como lo oís —dijo Lainier.

—Ese tío es un pesetero de mierda —se quejó Berllerak.

—Ya lo creo. Dice que aunque le ayudemos a capturar a Speed, quiere cobrar la recompensa completa, es decir, 3.000 euros. Si nos ayuda a nosotros a cogerlo, quiere la mitad. Y si lo cogemos aunque él no haya contribuido en nada, quiere un tercio.

—Hay que joerse —dijeron Berllerak y ElArtista simultáneamente.

—¿Y si se escapa mientras esperamos? —preguntó Berllerak.

—No creo que sepa que estamos aquí —dijo Lainier.

Al cabo de unos minutos Night Stalker llegó montado en una motocicleta de combate Nareel 206. Era un modelo avanzado empleado por militares. Tenía la forma de un cohete alargado. Había sido diseñada para resultar lo más aerodinámica posible. Tanto que el conductor iba completamente tumbado bocabajo. De hecho, la cara iba hundida en un receptáculo acolchado, con un monitor a unos pocos centímetros de los ojos que mostraba varias vistas captadas por diversas cámaras situadas a lo largo y ancho de la moto: por delante, atrás, abajo, arriba y los laterales. Tenía un par de cañones direccionales situados a cada lado del morro, capaces de disparar ráfagas láser de gran potencia. Los cañones estaban normalmente ocultos.

—Aquí estoy dispuesto a ayudar en lo que sea —dijo Night Stalker.

—Bien —dijo Lainier—. Un primer equipo subirá por la carretera para cortarle la ruta de escape. Un segundo equipo subirá volando. El segundo equipo no se acercará a la casa hasta que el primero no le dé una orden. Veamos... esa zona es muy inaccesible. Para llegar a ella solo hay una carretera cerrada porque es menos segura que una caja fuerte de cartón. Allí han muerto varias personas. Además hay que atravesar la enorme caverna que se produjo tras el ataque con misiles durante la Masacre Internacional. Es un lugar susceptible de estar plagado de trampas, así que iremos con cuidado. Conduciremos lentamente. El primer equipo estará formado por Tete, ElArtista, y Stalker. El segundo por el Capitán, Berllerak y yo mismo. Berllerak pilotará su vehículo. El Capitán irá a su lado y yo detrás de Berllerak, para disparar. Sama y Neiden se quedarán aquí abajo cortando el paso a Speed por si intenta escapar por la carretera. ¡En marcha!

—Deberíamos haber traído un caza —dijo Berllerak mientras Lainier y el Capitán accedían a su coche.

—No, que hacen más ruido que un coche —dijo Lainier.

—Ya veremos si no oye este.

El primer grupo subió muy, muy despacio para no desgraciarse por el camino. Dejaron los vehículos ocultos en la caverna y se aproximaron sigilosamente hacia el chalet, ocultándose tras varias rocas.

Night Stalker cogió unos prismáticos que llevaba en el cinturón y observó la casa. Afuera estaba aparcada una moto. Era parecida a la de Stalker, aunque menos avanzada. Su forma era menos aerodinámica. Estaba provista de cabina de cristal, era capaz de volar y también poseía dos cañones. Stalker vio a Speed pasar por delante de una ventana y activó su intercomunicador.

—Aquí Night Stalker —susurró—. Es él. Desde aquí veo que el único vehículo que posee Speed es una moto, aparcada a la derecha del chalet, según entras. Confirмо que es una Ruuma 207. Espero instrucciones.

—Bien —dijo Lainier mientras Berllerak volaba cerca del chalet de Speed, sin llegar a la altura de este—. Si logra montar en ella podemos tener problemas para alcanzarlo. Preparaos. Cuando estéis listos le soltáis la parrafada, que yo paso.

El primer equipo apuntó con sus armas. Los del segundo se prepararon para aparecer sobre el chalet. Tete habló por el megáfono:

—Speed, sabemos que estás ahí dentro. Así que sal con las manos en alto. Quedas detenido en nombre de la Ley. Cualquier cosa que digas o hagas podrá ser utilizada en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a permanecer en silencio. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagar uno se te proporcionará uno de oficio. Tienes derecho a una llamada. Te damos diez segundos para que te entregues.

El vehículo de Berllerak ascendió hasta la altura de la casa. Una silla de metal atravesó la ventana de la parte trasera. Speed, vestido con un suéter verde y el casco de visión nocturna, se asomó al exterior, con el Fusil Multifunción en las

manos. Apuntó al coche y lanzó una granada. Berllerak consiguió esquivar el proyectil, que estalló varios metros más abajo. Sus compañeros se asomaron por las ventanillas y dispararon al criminal, quien volvió a meterse en la casa.

—¡Ya te dije que nos oiría! —exclamó Berllerak.

Al cabo de unos segundos el fuego fue tan intenso que Speed tuvo que salir a través del cristal de la parte delantera de la casa, que quedó destrozada. Llevaba la mochila a la espalda. Stalker apuntó al criminal y le disparó al pecho. Speed cayó al suelo. Berllerak aterrizó cerca del primer equipo. Los ocupantes descendieron. Lainier se acercó a Speed, que continuaba tumbado en tierra, mientras Stalker examinaba las ruinas.

—Levántate, Speed —ordenó Lainier—. Por la forma de tu cuerpo sé que llevas el chaleco que robaste. Eres penoso.

—Vaya... que mamón —Speed se alzó.

—Quítate el suéter, el chaleco, el casco y la mochila lentamente —ordenó Lainier.

—Claro, hombre...

Speed se llevó las manos al suéter. En cuanto lo tocó, la moto se activó sola y se dirigió a gran velocidad hacia Lainier mientras la cabina se alzaba. Este tuvo que apartarse. Speed se subió en ella. La cabina se cerró y el criminal huyó por carretera.

—Un control remoto... —murmuró Lainier, sabiendo que ya había picado dos veces con el mismo truco—. Hay que joerse...

Night Stalker montó en su moto y salió tras Speed, que atravesaba la caverna. El equipo dos fue hacia el coche, pero era más lento y tenía menos maniobrabilidad. Sabían que no podrían alcanzar a Speed, pero no podían quedarse quietos; así que se sumaron a la persecución, mientras avisaban a Sama y Neiden. Stalker sí que logró alcanzar a Speed, colocándose a su izquierda. El cazarrecompensas maniobraba arriesgadamente. Su condición de cyborg le hacía temer menos un accidente. Speed comenzó a empujar a Stalker. Este se alejó un par de metros, acercándose peligrosamente a las paredes de la cueva. Extrajo los cañones y apuntó con el derecho al vehículo enemigo y disparó tres ráfagas. La moto de Speed echaba humo, pero este no se detuvo y extrajo sus cañones. Efectuó varios disparos contra Stalker. Por un momento el cazarrecompensas casi se estrelló. Frenó y se situó tras Speed para acabar con él. Sin embargo el criminal también frenó y fue él quien finalmente se situó detrás, preparado para disparar. Un giro desesperado a la derecha del cazarrecompensas impidió que Speed apuntara a la parte trasera de su moto, pero no pudo evitar que un par de ráfagas impactaran en el lateral izquierdo. La cabina salió volando por los aires y las cámaras de ese lado dejaron de funcionar. Stalker estaba al descubierto. El criminal abrió su cabina y cogió su fusil. Comenzó a acribillar al enemigo. Un rayo atravesó el hombro izquierdo de Stalker. Herido como estaba no podía maniobrar bien. Speed volvió a disparar. El segundo haz destrozó definitivamente el brazo izquierdo del cazarrecompensas. Los restos de su miembro cayeron al suelo.

—¡Mierda! —exclamó.

Speed le adelantó y activó el lanzagranadas de humo. Disparó y el túnel se llenó de gas. La moto de Stalker rozó contra una estalactita.

—Que tipo tan obstinado —dijo Speed—. Pensaba que te detendrías, pero como continúas tendré que matarte.

Speed conectó el lanzagranadas explosivo. Efectuó el último disparo, que voló por los aires la moto, y de paso a Stalker con ella. Ya se veía el final del túnel. Speed volvió a activar el lanzagranadas de humo, y lanzó un proyectil justo al salir al exterior. Neiden y Sama tuvieron que apartarse para no resultar arrollados, y pronto se vieron inmersos en una espesa niebla. Dispararon a ciegas, pero no lograron nada. Mientras, Stalker yacía en medio de la cueva con el cuerpo dañado.

—Despierta...

—¿Qué ha...? —Stalker miró hacia el lugar de donde procedía la voz. Era Lainier.

—Estás en una cama del Hospital Cibernético de Cyborg Inc. —dijo Helio entrando en la sala—. Te has metido una buena hostia. Te estamos reconstruyendo el cuerpo de combate. Tardaremos un día. Ahora llevas el normal. Por cierto, recuerda que me has de pagar.

Stalker se levantó de la cama.

—¿Se escapó? —preguntó.

—Sí —contestó Lainier seriamente.

—¿Cuántos días he estado aquí?

—No llevas ni tres horas, capullo.

—Ah.

—En fin... Cuando te recuperes, dirígete a la zona este de Valencia. Es el último lugar donde se ha visto a Speed, así que la estamos cercando.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Yo lo sé todo, chaval.

Lainier se retiró. Tras la huida de Speed había intentado seguirlo con el rastreador; pero la señal se había perdido en la zona este de Valencia. Se había pasado por allí y el aparato no marcaba nada. Quizás Speed lo había descubierto o estaba oculto en algún lugar que anulaba la señal. El caso es que Lainier decidió no pasearse mucho por allí, por si era una trampa y Speed aparecía para matarlo, así que había ordenado acordonar la zona y punto. Por supuesto, la policía no había encontrado nada en el chalet, y lo único que descubrieron es que su moto había sido robada a un cazarrecompensas en un descuido.

Speed estaba en un callejón de Cardenal Benlloch. Su objetivo era eliminar a Derek, el vendedor de armas, para que no testificase. También pretendía humillar al Cuerpo de Asalto mediante esta acción. Eran las diez de la noche y ya había oscurecido.

Derek tenía vigilancia policial. Estaba en su piso, custodiado por cinco policías, incluyendo a Sama, que era el líder. Iba armado con un subfusil. En la entrada del edificio se encontraban otros dos agentes, y en la azotea otros dos. El bloque tenía diez pisos de altura.

Speed se colocó el casco de visión nocturna y se vistió el suéter por encima del chaleco, aunque ya tenía un agujero, cortesía de Night Stalker. En la mano derecha llevaba una granada de humo. De la espalda colgaba el Fusil Multifunción. No llevaba la mochila.

Se acercó a los guardias por la izquierda, manteniéndose oculto tras la esquina del edificio. Echó una rápida ojeada. Arrojó la granada de humo hacia ellos y disparó. Uno de los agentes cayó al suelo fulminado. El otro rodó hacia delante para salir de la nube de humo, pero también fue alcanzado.

Speed se acercó rápidamente. Arrastró los cuerpos hasta un callejón. Cogió el fusil, abrió la puerta disparando a la cerradura y subió en ascensor hasta el piso de Derek. Aplicó la oreja a la puerta. Oyó varias voces. Sin esperarse ametralló todo el piso desde fuera. Entró echando la puerta abajo y se encontró con los pedazos de dos policías. De inmediato otros dos agentes llegaron adonde estaba Speed y le dispararon al cuerpo y la cabeza, pero el chaleco y el casco lo protegieron, así que el criminal los mató a todos en menos que canta un gallo.

El único policía que quedaba en el piso era Sama.

—Vaya a la azotea donde dos agentes le bajarán a la calle y díales que pidan refuerzos... —dijo a Derek, que se dio el piro por la escalera de incendios. Sama fue a encontrarse con Speed, pero no estaba. El agente comenzó a buscar en las habitaciones con sumo cuidado. Pensó en acribillar todo lo que tenía a la vista, pero quizás Speed tenía algún escudo humano. No tuvo más remedio que ir habitación por habitación, pero no encontró nada.

Tras asegurarse de que Speed se había ido, Sama subió por las escaleras de incendios rumbo a la azotea. Allí arriba uno de los policías estaba colocando un arnés a Derek para bajarlo con una polea a la calle, donde había un coche policial, camuflado y blindado a prueba de bombas. El otro vigilaba las escaleras. De repente vio a Speed subir y disparó, pero no pudo dañarlo, debido a la cobertura de las escaleras y a su vestimenta protectora. Speed contraatacó. Sin dejar de disparar corrió hacia arriba. El policía no podía asomarse debido a las constantes ráfagas.

—¡Esto ya está! —dijo el otro agente, que ya había preparado el arnés.

Speed llegó hasta arriba, pero se había quedado sin munición. Dejó caer el fusil y se abalanzó sobre el agente antes de que este pudiera dispararle a quemarropa. Rápidamente le rompió el cuello. Su compañero desenfundó, pero Speed usó el cadáver del policía como escudo. Cogió el arma del agente y voló la cabeza del que quedaba. Derek estaba ya bajando a la calle. Speed se acercó al borde para disparar.

—¡Quieto! —ordenó Sama, apuntando al clon con su arma. Acababa de llegar—. Deja tu arma. Muy despacio o te mato. No me preocupa tu chaleco o tu casco. Soy capaz de darte en la boca.

Speed obedeció. Tiró el arma. Derek ya estaba llegando abajo.

—Has perdido, Speed —dijo Sama.

—¿Tú crees? —Derek arrancó el coche y comenzó a acelerar. Speed desvió la mirada durante un segundo a la derecha, hacia la calle—. No. Me tengo que ir. Me gustaría haber acabado contigo, pero creo que esta vez no va a ser posible. Otra vez será.

—No sé de qué me hablas. No vas a ir a ninguna parte. Ahora no tienes una moto que te salve, listillo.

—Cierto.

Speed activó un control remoto que tenía en un reloj de su muñeca izquierda, y una plataforma voladora apareció por detrás de Sama y le golpeó en la nuca, cayendo al suelo. Las plataformas voladoras eran bastante más silenciosas que las motos. Por eso el policía no la había oído llegar.

Speed se aferró a unas asas de la plataforma y se elevó varios metros por encima del edificio. Se puso en pie sobre el artefacto volador, que tenía el aspecto de un disco de metal de un metro de diámetro por diez centímetros de grosor, y comenzó a perseguir a Derek.

—¡Tienes suerte de que no me quede munición! —dijo Speed mientras se alejaba —¡Adiós!

Speed cogió el Fusil Multifunción, que tenía en la plataforma voladora. Sama se levantó justo a tiempo para ver cómo el asesino disparaba un proyectil contra el coche. A pesar de estar blindado contra bombas, el vehículo saltó en pedazos. El policía intentó disparar a Speed, pero este maniobró dando vueltas en el aire y se desvaneció tras unos edificios.

Al día siguiente en la comisaría, Lainier se subía por las paredes. Estaba furioso.

—Mierda —dijo ante sus compañeros del Cuerpo de Asalto. Estaban todos excepto Berllerak—. Ese tío ha matado a ocho policías, un guardia jurado y un civil... Nos está dejando como tontos, y si lo que nos ha dicho Sama es cierto puede que dentro de poco estemos en problemas. Parece tener armamento importante.

Berllerak llegó al cabo de unos minutos.

—El laboratorio dice que fue una microbomba de las que usa el ejército —explicó.

—¿Qué ejército? —preguntó Lainier.

—Los de muchos planetas. Por ejemplo, La Tierra.

—Vamos a ver. Un clon híbrido que pretendía entrar en los Asesinos Profesionales, otro que usó su estancia en la

policía para intentar matarnos a mí y al comisario, y otro que consigue armamento pesado por el morro. Esto me huele mal.

—¿Crees que los tres son Asesinos Profesionales? —preguntó ElArtista.

—No lo sé —respondió Lainier—. Al menos Kramer intentó entrar en ellos. El segundo tiene toda la pinta. El tercero parece un psicópata, y no actúa como un profesional; pero usa armamento que no está al alcance de cualquiera...

—Alguien ha contratado a los Asesinos Profesionales para acabar con nosotros —dijo ElArtista—, o algo así.

—Sí, algo así —dijo Lainier cabizbajo.

Mientras, Speed había llegado a una pequeña comisaría de Valencia, situada cerca del puerto. Estaba dotada de un solo piso, sin contar la planta baja. La estaba observando desde la azotea del edificio de enfrente, de veinte plantas, con unos prismáticos. Eran las 16:30 y en la entrada había cinco policías.

Speed apuntó con su fusil y atravesó de un tiro a dos de ellos. Los otros tres se metieron en el recinto. Un par de agentes abrieron las ventanas del piso superior y dispararon a la azotea, pero el criminal se había ocultado. Otros cuatro agentes aprovecharon la cobertura de sus compañeros para correr al edificio de enfrente y subir por las escaleras. Sin embargo Speed les envió una bomba por el ascensor, que estalló al llegar al quinto piso. Los policías se encontraban en el segundo. Un par de ellos murieron aplastados por los escombros. Speed decidió rematar su trabajo. Descendió hasta dar con los policías supervivientes, que intentaban en vano retirar los restos para subir. Speed les disparó, acabando con ellos. Después se abrió paso a empujones, gracias a su fuerza superior de clon. Observó el exterior. Una camioneta que transportaba mercancías para un bar cercano pasaba por una calle perpendicular a la calle de la comisaría, a unos veinte metros de ella. La entrada del edificio de Speed estaba situada en la calle por la que pasaba la camioneta, así que la policía no lo vio. El criminal disparó a una rueda del vehículo, mientras corría hacia delante. La camioneta perdió el control, estrellándose. Los policías de las ventanas desviaron la vista hacia la zona del accidente. Speed aprovechó ese momento para surgir de la esquina y disparar su lanzagranadas a una de las ventanas. La violenta explosión creó un boquete en el piso superior. Uno de los agentes que estaba disparando murió hecho pedazos y el otro quedó herido, al igual que otros tres policías. Dentro de la comisaría, entre las dos plantas, debían quedar tres o cuatro agentes. Speed cargó el lanzagranadas con una de humo. Disparó contra la comisaría y dos agentes salieron asfixiados. Speed les ametralló el estómago y quedaron perforados. Cuando el humo se hizo más soportable, el clon entró a la comisaría y se hizo con unas cuantas preciadas granadas, munición, y una serie de útiles y expedientes. Mientras estaba saqueando, un par de hombres descendieron desde el piso superior con máscaras antiguas, pero Speed se deshizo de ellos con unas cuantas ráfagas. Después huyó.

Al día siguiente Speed decidió acabar con la Comisaría Norte. Se fue a la empresa que suministraba máquinas expendedoras para las comisarías. Se coló fácilmente e introdujo una cápsula de gas somnífero en una máquina que iba destinada a la Comisaría Norte. Speed se fue sin ser visto y satisfecho.

—Se ha cargado a un buen puñado de policías —dijo Lainier, sentado sobre la mesa de su cubículo en la Comisaría Norte. Sus compañeros estaban a su lado. VanderHall, en su despacho, había telefonado para solicitar la ayuda del ejército. Stalker, que no gustaba de quedarse quieto, se había ido a barrer la ciudad; aunque fuera una pérdida de tiempo —. Y ha robado algo de munición, pero no mucha. La mayoría estaba guardada en cámaras selladas. Se debe estar quedando sin armamento. En cuanto no pueda robar más, tendrá que ir a comprarlo. Sin embargo, no tenemos ni idea de quién es su proveedor.

—El hecho de que ataque polis demuestra que está loco —dijo ElArtista—. ¿Acaso piensa sobrevivir?

—Si no está loco, es que tiene a alguien muy importante detrás.

En ese momento, dos trabajadores entraron en comisaría y dejaron una máquina expendedora de comida en una esquina. Tras conectarla a la corriente, uno de los oficiales les firmó en una hoja y se fueron.

—Oh, mira —dijo el Capitán—. Ya han traído la máquina nueva. Voy a estrenarla ahora mismito.

La máquina contenía comida hipercalórica para clones. Esto no quería decir que no pudiera ser consumida por gente normal, pero otros agentes podrían engordar comiéndola. Los clones en cambio gastaban mucha energía a diario, simplemente entrenando.

—Tráeme un paquete de papas —dijo Lainier—, del sabor más fuerte que haya.

—Aquí hay unas picantes —dijo el Capitán mientras sacaba un euro del bolsillo. Lo introdujo en la máquina, y el gas que había puesto Speed comenzó a surgir.

—¡Joder! ¡Gas! —gritó el Capitán alejándose.

—¡Todo el mundo a ponerse las máscaras y a cubierto! —gritó Lainier mientras se lanzaba a los cajones. El resto de agentes lo emularon, pero no todos tuvieron tiempo de ponerse las caretas.

En unos pocos segundos toda la planta baja de la comisaría estuvo inundada de gas. Los clones habían logrado aguantar lo suficiente como para protegerse, y se habían agachado. Neiden, Sama y otros tres agentes también; pero el resto estaban por los suelos. En ese momento Speed pasó por delante de la comisaría montado en una motocicleta a todo gas, disparando varias ráfagas con su rifle contra las ruedas de los coches patrulla estacionados fuera, contra la planta baja donde se encontraban los clones y contra varios transeúntes, hiriéndolos.

—¡Cuidado! —gritó Lainier mientras todos permanecían agachados. Un policía que bajaba por las escaleras para ver qué sucedía fue alcanzado y cayó al suelo herido en el costado. Lainier esperaba un ataque de Speed en cuanto vio salir el gas, y por eso había dado la orden de ponerse a cubierto.

—¡Berllerak, ayuda a ese! —gritó Lainier señalando al herido. Berllerak obedeció—. ¡Los demás moveos! —ordenó

mientras avanzaba en cuclillas hasta una de las ventanas que daban al exterior. Sus compañeros le imitaron. Se asomaron rápidamente preparados para disparar, pero Speed ya estaba muy lejos. Giró a la izquierda al llegar al primer semáforo y desapareció. Thomas salió de su despacho, activando el intercomunicador.

—¡A todas las unidades de Valencia! ¡Speed en Distrito Norte! ¡Huye por el cruce A-1! —gritó.

Los clones salieron de comisaría.

—¡Heridos aquí afuera! —gritó Lainier—. Después se dieron cuenta de que los coches estaban inutilizados.

—Para que no le sigamos —dijo Tete.

Algunos policías atendieron a los heridos, mientras otros trataban de disipar el gas.

—¡Joder, Thomas! —exclamó Lainier girándose hacia el comisario—. ¡Como los militares no vengan pronto lo vamos a tener crudo!

—Llegarán en unas tres horas —contestó el comisario—. Un cuerpo de treinta hombres.

—¡Joder, Lai! —gritó ElArtista acercándose a Lainier por la espalda—. ¿Acaso piensas dejar esto en manos de los militares? ¡Ese bastardo es nuestro!

—No lo voy a dejar en manos de los militares —aseguró el líder del Cuerpo de Asalto—. Vienen como refuerzo. En fin, vamos a ver si hay testigos de lo que ha pasado.

Los clones interrogaron a un par de personas que habían visto pasar a Speed. No le habían visto la cara, pero sí dijeron que la motocicleta que llevaba no era la que había usado el criminal en Cullera.

—Como era de esperar, ha cambiado de vehículo —dijo Lainier, de nuevo en comisaría. El gas se había disipado y ya no llevaban las máscaras.

—¿Y dónde se ha deshecho del otro? —preguntó ElArtista—. Nadie ha encontrado nada. Solo sabemos que no la ha llevado a un desguace, porque los tenemos controlados.

—La tendrá en su escondite.

—Vaya deducción.

Al cabo de unos minutos Lainier recibió una llamada por su intercomunicador.

—Dime —dijo el clon.

—Hemos perseguido a Speed durante largo rato y le hemos perdido la pista en el centro de Valencia —informó Sama, al otro lado del aparato—. Hemos acordonado la zona. Neiden ha descubierto que en la parte este hay obras del metro por las que se puede acceder a distintos pasajes ocultos, restos de los días anteriores a la Masacre Internacional. Speed podría esconderse allí. Ya están mirando en diversos edificios y de momento no encuentran nada.

—Bien. Nosotros investigaremos esos pasajes.

En unos minutos los clones llegaron al centro. Se plantaron frente a unas obras de reforma del metro, vigiladas por un nutrido grupo de agentes. Actualmente estaban paralizadas y la línea cortada.

—Bien —dijo Lainier a sus hombres mientras bajaban las escaleras que daban a la estación de metro—. Estemos alerta y no dejemos de mirar en todas direcciones. Andemos con cuidado y hablemos en voz baja. Y por supuesto, tened las armas en modo silencioso y los intercomunicadores y los móviles en modo vibratorio.

—Siempre lo hacemos así, Lainier —dijo ElArtista.

—Ya, ya —contestó el líder del Cuerpo de Asalto—. Es que no quiero dejar cabos sueltos.

Los clones se introdujeron por uno de los túneles. Avanzaron lentamente. Lainier iba delante con el rastreador en la mano izquierda y su Magnum en la derecha. Los demás llevaban linternas para iluminar el camino además de sus armas. Aunque el rastreador podía emitir pitidos de aviso, Lainier lo había silenciado para no alertar a Speed y no tenía más remedio que ir ojeando la pantalla. Sin embargo no indicaba nada.

—¿Qué es ese cacharro que llevas en la mano? —preguntó ElArtista.

—Un rastreador —respondió Lainier.

—¿Un rastreador? ¿Para localizar a Speed?

—No te jode. Pues claro.

—¿Y cuándo coño le hemos puesto un localizador? ¿Me he perdido algo?

—Calla. Esto es cosa mía.

—¡Eso es un regalo de tu contacto!

—No te voy a decir nada.

—Fale, fale...

—De todos modos esto no marca nada.

—Lai, no ha venido Night Stalker —señaló Berllerak mientras se aproximaban a una puerta semiderruida que daba a las viejas ruinas.

—¿Y ahora te has dao cuenta? —preguntó Lainier.

—Joder, que mamón eres, Lai... —se quejó Berllerak.

—A lo mejor ha ido a recoger el cuerpo militar, que lo estaban reparando.

Los clones se detuvieron ante la puerta.

—Esto lleva a los restos de la antigua estación —explicó Lainier—. La que fue destruida durante la Masacre Internacional.

—Parece que cabe una moto —observó ElArtista.

—Vamos pues.

Lainier abrió la puerta de una patada y rodó por el suelo pistola en mano.

—¡Todolmundalsuelomecagonlaputa...! —gritó, pero la sala estaba vacía—. No hay nadie.

—A mirar, pues —dijo ElArtista.

Los clones registraron el lugar. Era una estancia con las paredes agrietadas. El suelo estaba cubierto de polvo, y alguna rata se escabullía entre los ladrillos. Había dos caminos a seguir, uno enfrente y otro a la derecha, ambos pasillos tan mugrientos como la sala. Los dos tenían a un lado máquinas expendedoras de comida y bebida, por supuesto caducadas. Lainier observó el lugar con detenimiento.

—Huellas —dijo, señalándolas con el dedo. Los demás apuntaron con sus linternas para verlas mejor. Parecían pisadas marcadas en el polvo del suelo de la estancia y en el pasillo de enfrente. Iban en ambas direcciones.

—¿Entonces es por ahí? —preguntó ElArtista.

—Podría ser una trampa —advirtió Tete.

—Sí, pero si dejó huellas falsas, ¿cómo hizo para no dejar huellas reales? —se preguntó Lainier.

—No tuvo porqué pisar el suelo. Tiene una plataforma voladora.

—Es muy difícil maniobrar en este lugar.

—Pero no imposible.

—¿Qué hacemos, pues? —preguntó ElArtista.

—Voy a adelantarme hasta el final del pasillo —dijo Lainier, guardando el rastreador y cogiendo una linterna de su cinturón. La encendió y comenzó a caminar. Cuando llegó a la altura de la máquina expendedora situada a su izquierda, hizo un rápido giro para mirar al otro lado por si Speed estaba oculto, pero no había nada. Lainier prosiguió su camino hasta llegar al otro lado. El pasillo daba a una vía de metro. El clon observó a su alrededor durante unos instantes, alerta, apuntando sin cesar.

—Creo que todo está en orden —dijo Lainier por el intercomunicador. Aunque sus compañeros no estaban lejos, no quería alzar la voz.

—Adelante pues —dijo ElArtista.

Los clones se unieron a Lainier y comenzaron a inspeccionar los alrededores, pero no encontraban nada. El líder del Cuerpo de Asalto consultó durante unos instantes su rastreador, pero seguía sin dar señal, así que volvió a usar su linterna. Al cabo de unos minutos, se quedó contemplando una pared. Había un enchufe.

—Un enchufe —dijo Lainier.

—Aguda observación —señaló ElArtista.

—¿Qué había enchufado aquí? —se preguntó Lainier.

—¿Y yo que sé?

El líder del Cuerpo de Asalto contempló la vía. Unos cuantos metros a su derecha había una máquina expendedora. En el otro andén había dos. Una estaba situada justo enfrente de la máquina que estaba a la derecha de Lainier. Sin embargo, enfrente de la otra no había nada, excepto el enchufe.

—Han movido la máquina —dijo Lainier.

El clon volvió al pasillo y observó la máquina expendedora. La empujó a un lado y descubrió otro pasillo.

—Vamos —dijo Lainier.

Avanzaron hasta llegar a lo que parecía ser un centro de control. Monitores, paneles y ordenadores destrozados decoraban el lugar. La pared del fondo se había venido casi toda abajo y daba a lo que parecían ser las cloacas, a juzgar por el olor.

—Mmm... Qué aroma —dijo ElArtista.

—Mejor nos ponemos los filtros —dijo Lainier, sacando de un bolsillo de su camisa una pequeña máscara nasal. El resto de sus compañeros lo imitó. Se colocaron los filtros en la nariz y pasaron al otro lado. El camino continuaba a la derecha, ya que hacia la izquierda había una rendija que impedía el paso, aunque Lainier la comprobó para asegurarse de que estaba fija. Prosiguieron su camino intentando no entrar en el caudal de agua fétida, pero la presencia de ratas les obligó a ello. El repugnante líquido les cubría hasta los tobillos. Por supuesto, aquí ya no había huellas que buscar.

—Si Speed realmente aguanta esto, es que es más machote de lo que pensábamos —murmuró ElArtista mientras avanzaban.

Lainier guardó su linterna y consultó su rastreador.

—Tengo señal —informó Lainier, sorprendido. Un punto verde se iluminaba en el monitor—. Está quieto a unos trescientos metros todo recto. Preparaos y tened cuidado. Podría ser una trampa. Este cacharro no daba señal desde que dejó Cullera.

—Hombre —dijo ElArtista—. No me extraña que no diera señal si estaba aquí abajo. Ese cacharro no parece muy preciso.

—Sí, pero el localizador está puesto en la moto que tenía Speed en Cullera. ¿Por qué bajar una moto hasta aquí? Es muy complicado sacarla.

—Para desmontar los cañones. Dijiste que se estaba quedando sin armamento, ¿no?

—Ya veremos.

Mientras el Cuerpo de Asalto caminaba, contemplaron un par de escaleras, separadas veinte metros entre sí, que daban a trampillas para salir al exterior. Todas estaban cerradas. Por fin se situaron a cincuenta metros de la señal. Ante ellos había una gran puerta metálica circular dotada de un asa.

—Vamos a ver... —comenzó a decir Lainier—. Tete se pondrá veinte metros atrás, justo a diez metros de la escalera más cercana, y vigilará que nadie baje, que no me fio. ElArtista y el Kapitán se quedarán a diez metros de la puerta, apuntando. Yo y Berllerak nos pegaremos a ella y trataremos de abrirla. En cuanto la abramos, nosotros entraremos y el

resto se quedará en sus posiciones hasta nueva orden.

Los clones se colocaron en formación. Lainier se puso en cuclillas a la izquierda y Berllerak a la derecha.

—Usted mismo —dijo Lainier a Berllerak. Este sacó su móvil y comenzó a tocar botones.

—Mmm... —murmuró. Entonces retrocedió unos metros, aferró una rata con un rápido movimiento y la arrojó contra la puerta. La rata se rehizo y huyó—. No está electrificada.

—Fascinante.

Berllerak sacó un amplificador de sonido, parecido a un embudo. Se lo puso en la oreja izquierda y pegó la cara contra la puerta.

—No oigo un pijo —aseguró.

—Demasiado tranquilo —dijo Lainier.

—Quizás haya una bomba —conjeturó Berllerak mientras palpaba con la mano el asa de la puerta—. Mmm... Esto no tiene cerradura. Si giro el asa y empujo hacia afuera, se abre... Pero desde luego no lo voy a hacer...

Berllerak observó largo rato la puerta.

—¿Hay bomba o no? —preguntó Lainier, impaciente.

—Y yo que sé —dijo Berllerak—. Tenemos dos opciones. Una es derribar la puerta con láseres desde una distancia prudencial por si hay una bomba. No es muy gruesa, así que podemos hacerlo. Pero si Speed está al otro lado, eso lo alertará y escapará mientras nos acercamos.

—De todos modos prefiero no arriesgarme.

—¿Puedo acercarme? Tengo otra idea mejor —dijo Tete por el intercomunicador.

—Sí. Artista, vigila las escaleras.

Tete avanzó, y ElArtista retrocedió.

—Le ataré mi cable y la abriré desde lejos mientras los demás apuntáis —explicó Tete mientras se aproximaba a la puerta—. Todos atrás.

Lainier y Berllerak retrocedieron mientras Tete enrollaba el cable metálico de su muñeca alrededor del asa. La giró y retrocedió. Estiró del cable y se produjo una explosión que hizo saltar la puerta y derrumbarse parte de las paredes cercanas. Los clones no resultaron alcanzados, pero se cubrieron la cara para protegerse. Inmediatamente después de la explosión oyeron la trampilla más cercana abrirse. ElArtista se preparó para detener a Speed en cuanto le viese aparecer bajando la escalera, mientras los demás se daban la vuelta. Pero en vez de eso, lo que se encontró fue con una granada, que se hundió en el agua. ElArtista corrió hacia sus compañeros mientras gritaba:

—¡Granada!

La bomba estalló a unos quince metros de ElArtista, que cayó al suelo herido. Los demás habían logrado apartarse lo suficiente como para permanecer ilesos.

—¡Apuntad! —gritó Lainier a sus compañeros, aunque no hacía falta que diese semejante orden—. ¡Berllerak! ¡Ayúdale! —gritó Lainier refiriéndose a ElArtista.

Berllerak se acercó a su compañero mientras el resto le cubría. La explosión había derrumbado parte del túnel y podía verse el cielo. Speed no se asomó por allí. Los clones escucharon gritos arriba. Parecía gente asustada o policías dando órdenes. Berllerak examinó a ElArtista.

—¡Joder, me duele un webo! —exclamó el herido, sentado contra la pared.

—Tienes esquivarlas en la espalda y las piernas quemadas —dijo Berllerak mientras preparaba el Devial—. Hay que sacarte de aquí o pillarás una infección del copón. Pero vivirás. Qué se le va a hacer.

—¿Se ha ido? —preguntó el Kapitán.

—Puede —dijo Lainier—. No creo que se quede aquí ahora que ha perdido el factor sorpresa. Voy a avisar a los demás —Lainier activó su intercomunicador—. Speed está en la zona A-3. Parece que va a pie.

—Lo sabemos —respondió Sama—. Hemos oído la explosión. Estamos acordonando la zona.

—Era una trampa —dijo Lainier a sus compañeros, mirando su rastreador. Ya no marcaba nada—. En fin, a por él.

Speed, armado únicamente con su pistola, y desprovisto de todo utensilio, como su casco, estaba buscando la forma de alejarse rápidamente. Había vaciado el cargador del fusil contra unos policías y unos coches patrulla que se habían acercado tras la explosión en las cloacas, y había dejado caer el arma para tener menos peso. Pronto escuchó más coches aproximándose por diversas direcciones. Ningún vehículo cercano le parecía lo suficientemente rápido, así que decidió robar uno de un concesionario. Se dirigió hacia un turismo detenido ante un semáforo y apuntó con su arma al conductor, un joven de veintipocos años.

—¡Largo del coche! —gritó Speed.

El conductor obedeció y se largó corriendo. El fugitivo se subió y se lanzó contra el concesionario más cercano, atravesando el cristal. Una vez dentro disparó contra uno de los encargados y un guarda. Se bajó del coche y se acercó a otro vendedor situado tras un mostrador, apuntándole.

—¡Dame las llaves del deportivo negro que tienes ahí o te mato! —dijo, señalando el espléndido vehículo, el mejor que había en el concesionario.

El asustado dependiente se las lanzó ipso facto. Speed robó el deportivo y continuó la huida.

Pero en la calle estaba Night Stalker.

Llegó en su coche, un deportivo de formas angulosas de color verde metálico, a toda velocidad, en sentido contrario al de Speed. Giró el volante bruscamente y chocó contra el coche del criminal.

—¡Ja! —exclamó Night Stalker, eufórico.

—¡Mierda! —gritó Speed, mientras intentaba escabullirse de allí.

El criminal subió el vehículo a la acera. Los transeúntes huyeron despavoridos. Night Stalker, que llevaba de nuevo su cuerpo militar, completamente reparado, dio la vuelta rápidamente y continuó con su persecución. Sacó su brazo izquierdo por la ventanilla empuñando un fusil, pero no pudo disparar. Había demasiada gente.

—¡Mierda! —exclamó.

Speed tuvo que girar a la izquierda. En cuanto volvió a la calzada, Stalker activó el sistema volador de su vehículo. El coche se elevó cuatro metros y pasó por encima de Speed. Stalker disparó al vehículo enemigo, que dio un vuelco y quedó bocabajo en medio de un cruce. El cazarrecompensas detuvo su coche a pocos metros y se bajó. Speed salió a gatas, con algunas contusiones y cortes leves. Se incorporó y se apoyó contra el deportivo. Aún iba armado.

—Quietó ahí, Speed —ordenó Stalker, apuntándole—. Si te mueves te vuelo los sesos con mi fusil. No quiero ni siquiera que tires el arma. Sostenla tal y como la tienes. No muevas un músculo. Me han ofrecido mucho dinero por ti, corasón... Ahora, Speed, me voy a vengar de lo que me hiciste en las montañas. Cuando acabe contigo tendrán que recomponerte todo el cuerpo.

Speed no pudo evitar esgrimir una leve sonrisa ante el comentario.

—¿¿Te hace gracia, mamón?? —aulló Night Stalker, cabreado.

El cazarrecompensas disparó a los brazos y piernas del criminal, quien cayó al suelo. No podía moverse. Soltó la pistola. No tenía fuerzas para sostenerla.

—Que fácil ha sido acabar contigo —se burló Stalker—. Solo hacía falta dispararte a sangre fría. Pero mis compañeros son unos blandos. Me habría gustado acribillar tu cuerpo cuando te disparé en las montañas, pero había demasiados testigos. Eso de rematar a un tío que está en el suelo no está muy bien visto por el cuerpo de policía. En fin, nos vamos a divertir un rato antes de que vengan los polis a joder la marrana. Se acabó, Speed.

—No, amigo. Esto acaba de empezar.

De repente el cielo se oscureció. Stalker alzó la vista y se quedó sin respiración, porque a cincuenta metros sobre el suelo había una gigantesca aeronave con forma aerodinámica y un diseño desconocido para el cazarrecompensas. Debía tener capacidad para trescientas personas.

Una escotilla situada en la parte inferior se abrió, y de la nave descendieron cincuenta hombres uniformados con ropas de combate de color negro mediante unos cables. Cada uno llevaba un casco que les cubría todo el rostro, impidiendo cualquier identificación, y un fusil.

—Ja, ja, ja, ja —Speed comenzó a reírse—. Mala suerte, Stalker. He de irme.

—¡Hijo de puta bastardo! —gritó Night Stalker mientras bajaba la mirada hacia Speed y apuntaba a la cabeza.

Los cincuenta hombres dispararon contra el cazarrecompensas, que comenzó a defenderse con su fusil, desistiendo de ejecutar a Speed. Los rayos enemigos destrozaban las placas exteriores de su cuerpo, pero eso no le importaba. Él tenía ventaja y logró acabar con veinte hombres. Cuando su epidermis metálica comenzó a resentirse, echó a correr alejándose de allí, sin dejar de disparar, deshaciéndose de diez hombres más. De la nave surgió un cañón láser de alta potencia que apuntó al cazarrecompensas. En el último microsegundo se dio cuenta y se apartó ligeramente, cubriéndose el rostro con el fusil justo cuando el cañón disparaba. El poderoso rayo rozó su cara, destrozando el arma. Stalker no se rindió. Degolló a un atacante con sus garras. Después sacó la espada y de un solo golpe empaló a dos hombres, que quedaron ensartados cual aceituna. Extrajo el arma y decapitó a otros dos. Cinco enemigos rodearon al cyborg, preparados para disparar. Aunque corrían el peligro de alcanzarse entre sí, parecía que les daba más miedo atacar todos de frente a Stalker. Pero el cyborg no necesitaba de la vista para acabar con sus enemigos. Por el oído sabía que algunos estaban detrás. Aferró la cadena de su espada, desplegándola, y comenzó a girar sobre sí mismo rápidamente. La hoja alcanzó a todos los hombres. Un par de ellos aún estaban vivos, pero yacían en el suelo, uno intentando evitar que sus intestinos abandonasen su cuerpo y otro privado de su brazo izquierdo. Stalker acabó con ellos con dos rápidos tajos y se preparó para la siguiente oleada: cinco soldados más se abalanzaron sobre él porque ya no tenían munición, pero con unos cuantos movimientos los descuartizó en un santiamén. Quedaban cinco hombres, que decidieron escapar. Stalker arrojó su espada al que estaba más cerca, desprendiéndose del arma. Luego esgrimió sus bayonetas, una en cada mano, y las arrojó contra otros dos, atravesándoles la espalda. Ya solo quedaban dos, que se alejaban rápidamente. Stalker arrojó su cuchillo contra uno, hundiéndolo en su cuello, cayendo fulminado. Para el último decidió acabar de forma fácil. Se hizo con una pistola de uno de los cadáveres y de un disparo eliminó a sus enemigo, que acabó con el corazón reventado. El cyborg arrojó la pistola al suelo y recogió sus armas blancas. Entonces se dio cuenta de que la nave estaba descendiendo y que le estaba apuntando con el cañón.

Night Stalker pensó en utilizar a Speed de rehén para protegerse. Parecía evidente que esa nave había llegado para proteger al criminal.

Pero cuando el cazarrecompensas quiso coger a Speed este había desaparecido. Cinco soldados le estaban subiendo en una plataforma hacia la nave. El cyborg se puso debajo de la plataforma, que ya estaba a veinte metros sobre el suelo. Al menos en esa posición no le dispararían con el cañón porque no tenía ángulo, de momento. Sacó la pistola porque no tenía otro remedio. Apuntó a Speed. Pero los soldados, muy profesionales ellos, estaban rodeando a su presa, de manera que tres cayeron a tierra aplastándose contra el asfalto, abatidos por las ráfagas del incansable cazarrecompensas. La plataforma entró en la nave. Ya no se podía hacer nada.

Y sin embargo, Stalker no se dio por vencido. Se montó en su coche y comenzó el vuelo, aproximándose a la nave, que había comenzado a moverse, manteniéndose alejado del cañón o de cualquier zona que pudiera albergar uno. Sabía que era cuestión de tiempo que su vehículo fuese detectado, así que decidió no perder tiempo. Se acercó a un saliente situado en la parte superior de la nave y activó el piloto automático del vehículo. Salió del coche y arrojó la espada

contra el saliente, enroscándose. Después saltó sobre la nave, cogió la espada y la clavó en el casco. Activó el control remoto de su coche, situado en su cinturón, y el vehículo descendió lentamente a tierra mientras la nave continuaba su camino. Se había elevado sobre los edificios y continuaba hacia delante. Afortunadamente para el cazarrecompensas, la nave se desplazaba lentamente. Y como es costumbre en la policía, llegaron segundos después de esto.

—A buenas horas —musitó Stalker, indignado, mientras contemplaba una multitud de coches patrulla agolpándose abajo, alrededor del suyo.

Lainier y sus compañeros se bajaron de los coches y vieron la nave. Faltaba ElArtista, que había sido trasladado al hospital más cercano. Lainier y Berllerak contemplaban el espectáculo con prismáticos. De repente llamaron a Lainier por el intercomunicador. El clon respondió la llamada.

—¡Estoy arriba de la nave, Lainier! —dijo Stalker al otro lado del aparato.

—¿¿Cómo?? —exclamó Lainier.

—Pues eso, que me he enganchado.

—Serás capullo. ¿No sabes que vienen cazas hacia acá? ¿Acaso piensas que esa nave puede pasar desapercibida para el radar?

—Pues ha salido de la nada.

—No señor. Me acaban de informar de que se la había detectado, pero es una nave muy rápida y no se la ha podido interceptar antes de que llegara aquí.

—Er... ¿y de dónde ha salido?

—Del espacio exterior.

—Vaya sistemas de seguridad que tenemos.

—Pues sí.

Lainier se fijó en el coche de Stalker. Era más rápido que el suyo, aunque más difícil de maniobrar. Estaba modificado específicamente para su cuerpo cyborg.

—Tom, llama a los cazas —dijo Lainier al comisario, que se encontraba detrás a su izquierda—. Que no actúen hasta que yo les dé una señal. Stalker va ahí y tengo que salvarlo.

—Bien —dijo Thomas—. De todos modos por el momento solo podemos atacarla si se aleja de la ciudad, y no parece que tenga esa intención por ahora. Se mueve lentamente. Lo que quiere es impedir que disparemos. Si la derribamos ahora morirán muchos civiles. Una explosión de una nave de ese tamaño puede ser desastrosa, y ni siquiera sabemos si contiene material explosivo. Tendremos que evacuar a mucha gente, sobre todo porque no para de desplazarse. Me imagino que intentará dar vueltas por toda Valencia, pero evacuar a todos los ciudadanos es absurdo. Tendremos que confinar la nave en una sola zona y luego evacuar a la gente... Llevará al menos una hora. Te avisaré por el intercomunicador cuando los cazas estén preparados.

—Bien. ¿Puedes pilotar eso, Berllerak? —preguntó Lainier, señalando el coche de Stalker.

—Claro —contestó Berllerak—. Piloto cualquier cosa que vuele.

—Si por cualquier razón decidís atacar la nave sin esperar mi señal —dijo Lainier a Thomas—. ¡Avisadme antes!

—Solo atacaremos si hemos evacuado la zona y vemos que la nave intenta escapar —dijo Thomas—, a menos que recibamos órdenes de arriba.

Lainier y Berllerak salieron volando hacia ella. Berllerak iba a los mandos y Lainier se sentaba a su lado.

En la sala médica de la nave los doctores ya habían comenzado el proceso que convertiría a Speed en cyborg. El paciente yacía sobre una mesa de operaciones, desnudo y con diversas marcas en la cabeza y cuello. A su izquierda había una gran cápsula, del tamaño de un hombre. Uno de los doctores pulsó un botón en un panel de control. La cubierta de la cápsula se alzó y apareció un cuerpo metálico de color negro. La operación era otra de las razones para el lento movimiento de la nave. El enlace con Neo World entró a la sala y se acercó a Speed.

—Nos ha dado problemas —dijo—. Nos ha obligado a venir en su ayuda.

—Me pusieron un localizador en la moto —dijo Speed—. Lo que no sé es cuándo, porque cuando la robé me aseguré que no tuviera sistema de seguimiento, y no tuve contacto con la policía hasta que me encontraron en el chalet. Pero como me localizaron rápidamente, tuve la sospecha y examiné la moto. Después les tendí una trampa, pero no han caído. No esperaba menos. Además, tampoco tenía muchos recursos...

—¡Le dijimos que esperase a que trajéramos más armas! ¡Pero las robó! ¡Y si no esperaba matarlos, no haberlo intentado, joder! Nos ha metido en un lío. Tiene suerte de que nos sea tan valioso —dijo el hombre señalando a Speed con su dedo mientras agitaba la mano.

—Lo sé. De todos modos, tenía que intentarlo. El cerco se estrechaba y ya no tenía muchas oportunidades de pillar a los clones antes de que ellos me pillaran a mí.

Speed fue anestesiado. Los médicos comenzaron la operación.

Lainier y Berllerak llegaron hasta la altura de Stalker, que los había guiado para que evitaran los cañones.

—Hola, Stalker —dijo Lainier por el intercomunicador—. Sube.

Berllerak mantuvo el coche a la derecha del cyborg. Lainier abrió la puerta izquierda trasera y Stalker entró, recuperando su espada. Cerró la puerta y volvió a enroscarse la cadena en la cintura.

—Unos cazas van a venir en cuanto dé una señal —explicó Lainier—. Están preparados para destruir esta cosa. Tenemos dos opciones: o nos vamos y dejamos que los cazas se encarguen de esto, o entramos ahí para asegurarnos de que Speed no escapa. En teoría tenemos una hora. Si tardamos más nos arriesgamos a que los cazas nos destruyan antes

de darnos el piro de aquí, ya que atacarán si la nave emprende la huida. De todos modos, nos avisarán de eso... aunque solo dispondremos de unos segundos, je, je...

—Oye, Lainier —dijo Berllerak—. No tengo ganas de enfrentarme a todos los soldados que habrá ahí dentro.

—Y no lo vamos a hacer. Solo hay que destruir las naves que tengan ahí metidas para que no puedan escapar...

—Entremos —dijo Stalker.

—Allá vamos —dijo Berllerak.

El clon maniobró hasta acercarse a una gran compuerta situada unos metros más adelante.

—Esa compuerta no se abre a hostias —dijo—. Lainier, ponte delante y mantén esto bien cerca.

—Bien —dijo Lainier, pasando hacia delante. Cogió los mandos y Berllerak pasó atrás.

—Stalker, tendrás que abrir el panel que hay al lado de la compuerta —dijo Berllerak, señalando el panel, situado a la izquierda del vehículo. Ocupaba un metro cuadrado de superficie y en el centro tenía un receptor de control remoto para abrir la compuerta desde fuera—. Pero con cuidado de no dañar lo de dentro, porque podríamos no entrar.

—Bien —dijo el cazarrecompensas.

Stalker abrió la puerta del coche y se asomó. Usó su espada para desgajar el panel. Diversa maquinaria electrónica quedó al descubierto.

—Que no caiga a la calle —dijo Lainier—. No sea que le dé a alguien, aunque no creo que nadie se esté paseando en estos momentos.

—Uh... no cabe —dijo Stalker, intentando en vano introducir la placa metálica en el vehículo.

—Espera —dijo Lainier. Se separó un par de metros de la nave—. Mira abajo y si no ves a nadie, arrójalo.

Stalker observó la calle. Estaba desierta. Dejó caer el panel.

—Listo —dijo.

Lainier volvió a aproximar el coche a la compuerta.

—Sujétame, Stalker —dijo Berllerak mientras preparaba un equipo electrónico especializado: una tarjeta de expansión conectada a su móvil, dotada de varios cables, conexiones y clavijas. Se lo sujetó a la cintura y sacó el cuerpo al exterior mientras el cyborg le asía las piernas. Berllerak comenzó a manipular la maquinaria.

—Date prisa, porque yo no tengo el mismo control que tú —advirtió Lainier al cabo de un par de minutos. El coche se movía ligeramente y a Berllerak le resultaba difícil operar.

—Ya casi está —dijo Berllerak.

Finalmente la compuerta se abrió. Berllerak regresó al coche. Lainier hizo una rápida pasada por delante de la abertura por si había alguien al otro lado, pero no vieron a nadie. Entraron y aterrizaron. Se encontraban en un gran hangar, con diez cazas biplaza. Tenían aspecto triangular, con formas curvas y de color plateado.

—Vamos a sabotear las naves —ordenó Lainier.

Los clones bajaron del vehículo, se separaron y se dedicaron a inutilizar los cazas.

—Esto son naves de Neo World —dijo Berllerak mientras destrozaba con su láser el panel de control de una de ellas—. Han sido modificadas, pero reconozco la tecnología; sobre todo después de haber visto el diseño del panel de control del hangar.

—Como temía —murmuró Lainier.

—Si esos tipos trabajan para Neo World, esto puede causar un conflicto interplanetario —señaló Night Stalker.

Tras sabotear todas las naves se reunieron frente a un respiradero.

—Vamos a meternos por ahí —dijo Lainier.

—¡Oh, siempre quise hacer eso! —dijo Stalker sonriendo.

Los clones se introdujeron por el respiradero. Lainier iba en cabeza, seguido por Berllerak y Night Stalker.

Veinte cazas del ejército de la Federación Ibérica se aproximaron a la nave y se prepararon para disparar. Se colocaron en medio de la trayectoria de la nave enemiga para obligarla a regresar por donde había venido. La nave enemiga no parecía de combate, sino de transporte, diseñada para favorecer la velocidad; pero con baja capacidad de ataque y escaso blindaje. No tardaría mucho en caer abatida por los cazas.

Los tres héroes deambulaban por los respiraderos, echando rápidas ojeadas entre las rendijas. Veían un soldado por allí, un tipo trajeado por allá; pero ni rastro de Speed. Avanzaban lentamente para no hacer ruido, lo que les hacía perder mucho tiempo. La presencia de Stalker, cuyo cuerpo metálico era menos sigiloso, sobre todo moviéndose por el respiradero, provocaba que aún se ralentizaran más de lo normal. Por lo general, los cyborgs usaban alguna prenda protectora para disminuir el ruido en estos casos; pero Stalker no llevaba ninguna encima, pues esto no estaba planeado. Aún no habían recorrido ni la mitad de la nave. El comunicador de Lainier vibró.

—Diga —susurró el clon. El grupo se detuvo.

—Los cazas tienen controlada la nave —informó Thomas—. Tenéis media hora.

—Bien.

—Recuerda: si la nave intenta huir, dispararán.

—Lo sé, lo sé. Corto —dijo Lainier, terminando la comunicación. Se detuvo a pensar durante unos instantes. Finalmente, se volvió hacia sus hombres—. Malas noticias. Los cazas atacarán dentro de media hora. Más vale que regresemos. No me quiero arriesgar.

—¡Joder! —exclamó Night Stalker.

—Silencio —ordenó Lainier—. Vámonos.

—Err... supongo que sabes que no podemos darnos la vuelta —observó Berllerak—. Esto está demasiado estrecho.

—No hace falta que nos giremos para retroceder.

—Entonces iremos muy lentos —dijo Stalker—, y tendremos más dificultades para reaccionar si algo pasa.

—Mmm... tiene que haber un cruce de respiraderos en algún sitio. Seguiremos adelante cinco minutos, y si no, volveremos hacia atrás.

Los clones continuaron arrastrándose durante cuatro minutos, hasta que llegaron al cruce. Después dieron la vuelta. En quince minutos estuvieron de nuevo en el hangar. Corrieron hacia el coche.

—Quietos —De repente, oyeron una voz familiar. Se giraron y contemplaron a un cyborg de dos metros de alto, recubierto completamente de un metal negro y brillante, que curiosamente tenía implantada en la cabeza metálica la cabellera, lo que le daba un aspecto extraño. Los clones no tardaron en darse cuenta de que iba peinado como Speed, y que su voz también coincidía. Sus ojos tenían la esclerótica de color dorado y estaban recubiertos por una membrana durísima y transparente para protegerlos, pero aún así se notaba que eran los ojos de Speed. No parecía tener boca. En vez de eso tenía una serie de pequeños orificios, que parecían un altavoz. Le habían operado en menos de una hora, lo que significaba que habían usado nanomáquinas cirujanas preprogramadas.

—No podéis hacerme nada —añadió—. Voy a irme en ese coche.

Detrás de Speed aparecieron cinco soldados, que parecían proteger al enlace con Neo World, situado más atrás. Tenía cara de pocos amigos.

“Ese debe ser el jefe”, pensó Lainier, “se escapa el primero, el muy rata...”

Lainier y Stalker dispararon contra los soldados mientras corrían a derecha e izquierda respectivamente, cubriéndose tras los cazas. No atacaban a Speed porque sabían que con sus armas no le harían daño. Berllerak, por su parte, corrió hacia el coche para ponerlo en marcha mientras sus compañeros le cubrían. A su vez, Speed corrió hacia Berllerak. Los soldados cayeron abatidos mientras el intercomunicador de Lainier vibraba. Parecía que la evacuación había acabado antes de lo previsto. El enlace trató de escabullirse corriendo por donde había venido, pero una ráfaga de Lainier le atravesó la espalda.

—¡Ug! —exclamó el enlace, cayendo al suelo.

—¡Los cazas atacan! —gritó Lainier, que no tenía forma de saber de cuánto tiempo disponían.

Lainier y Stalker giraron sus armas hacia Speed, aunque sabían que era inútil.

Berllerak se había metido en el coche, pero antes de que pudiera encender el motor, Speed arrancó la puerta del conductor. Berllerak salió por el otro lado.

—¡Dame las llaves! —gritó Speed, persiguiendo al clon.

Night Stalker corrió hacia el enemigo, sacando la espada. Sabía que era lo único que podía atravesar su blindaje. Activó la vibración y trató de hundirle la hoja en el cuello, pero Speed lo esquivó. El criminal trató de contraatacar con un puñetazo, pero no logró alcanzar a Stalker.

—Tu cuerpo es más fuerte —dijo el cazarrecompensas mientras mantenía a Speed a raya—. Y más resistente. Pero tu fuerza se anula por mi destreza y tu resistencia se anula por mi espada.

—Pero yo soy más listo —dijo Speed, que retrocedió para coger los cadáveres de dos soldados, uno con cada mano. Corrió hacia Stalker cubriéndose con los cuerpos. El cazarrecompensas sabía que probablemente se los arrojaría al estar cerca, así que antes de eso aferró la cadena de la espada y la arrojó, esperando cortar a Speed. Por desgracia no tenía mucho espacio para maniobrar, debido a la presencia de los cazas del hangar. Speed vio venir el golpe y soltó los cuerpos, atrapando la cadena y evitando la espada.

—¡Ja! —rió mientras blandía la hoja—. ¡Lo sabía!

—Sabe esto —dijo seriamente Stalker.

El cazarrecompensas activó un botón en su cinturón mientras soltaba la cadena. De repente una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de Speed. No notó el dolor, pero la sacudida provocó que soltara el arma. El cazarrecompensas volvió a recuperar su espada. Speed pareció recobrar el movimiento, pero de repente fue embestido por el coche de Stalker. El criminal fue impulsado hacia atrás, cayendo al suelo. Stalker subió al coche, colocándose al lado de Berllerak, que estaba pilotando. Lainier estaba sentado detrás.

Speed se levantó mientras Berllerak daba la vuelta.

—¡Acelera! —gritó Lainier mientras observaba a Speed.

—¡Cabrón resistente! —gritó Stalker, que también giró la cabeza para contemplar a su enemigo.

En vez de perseguir el vehículo, Speed corrió hacia dentro.

—¿Qué hace? —preguntó Stalker.

—Ni id... —comenzó a decir Lainier; pero fue interrumpido por una sacudida, acompañada de un fuerte ruido—. ¡Los cazas!

Berllerak inició el vuelo y salió al exterior. Los cazas de la Federación estaban disparando con misiles. Se produjo una gran explosión.

—Estamos fuera —dijo Lainier por el intercomunicador.

—¿Y Speed? —preguntó el comisario.

—Pues creo que sig...

—¡Lainier! —gritó Stalker, interrumpiendo a su compañero. El cazarrecompensas había sacado la cabeza por la ventanilla y señalaba algo que volaba detrás de ellos. Era Speed, montado en su plataforma voladora. En una mano llevaba un fusil.

—¡¡Mierda, mierda, mierda!! —gritó Lainier.

—¿Nos persigue? —preguntó Berllerak.

—No. No es tonto. Está huyendo.

Speed descendió para moverse entre los edificios, fuera del alcance de los cazas.

—¡Speed huye entre los edificios en una plataforma voladora! —informó Lainier por el intercomunicador—. ¡Ahora es un cyborg de color negro! ¡Creo que está hecho de keridio y es muy fuerte y resistente!

—Lo estamos siguiendo —dijo el comisario—, pero será difícil alcanzarlo. Además, los cazas han gastado todos los misiles.

A los pocos segundos se produjo una gran explosión en la nave. Media fue destruida. Los restos se precipitaron al suelo, en llamas. Fue un milagro que no golpeará contra ningún edificio, aunque estaban vacíos. Lainier, Berllerak y Stalker descendieron, y cada uno retomó la persecución de Speed en su propio vehículo. Los bomberos acudieron a sofocar el incendio.

—A todas las unidades —informó VanderHall por el intercomunicador—. El sospechoso se dirige hacia el norte.

Los clones surcaron los aires en sus vehículos voladores.

—El cuerpo de Speed cuesta un webo —dijo Berllerak por el intercomunicador del coche—. Tanto que incluso nosotros no fabricamos cyborgs de esos. Cuestan tres veces más que un modelo Acosador. Esto no me gusta nada. Puede que algún gobierno de Neo World esté detrás de esto. ¿Disponemos de artillería pesada?

—No, Berllerak —dijo el comisario cabreado—, no vas a coger el puto cañón de antimateria.

—Joder, jefe... estírese un poco... proyectil más, proyectil menos... que más dará...

—¡Que no, coño! ¡Lo abatiremos con otras armas!

—¿Qué armas? —se preguntó Berllerak—. ¡Porque las armas que llevamos son una mierda! Ya verás tú que armas vamos a usar...

—¡El ejército nos las traerá!

—Hombre, no me joda más, comisario... que el ejército ha tardado un cojón en venir... Si tiene que volver a por armas pesadas nos morimos de asco...

—No hace falta usar armas pesadas si lo cojo cuerpo a cuerpo —dijo Stalker.

—¡Más nos vale!

—Aquí Sama —dijo el policía—. Hemos logrado que Speed tenga que salir de Valencia. Ahora los cazas lo tienen a tiro, pero es difícil acertar a un blanco tan pequeño. Además sobrevuela la carretera para que no disparemos sobre los civiles. También ha provocado unos cuantos accidentes para que nos detengamos a auxiliar a los heridos. Y además... tenemos poca munición.

—Mierda —dijo Thomas.

—Hay que sacarlo de la carretera y luego evitar que vuelva a ella —dijo Lainier.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Sama.

—Cuento contigo de nuevo, Berllerak.

—¿Quieres que lo saque usando un coche? —se preguntó Berllerak.

—No. Montarás en un caza. Que uno de los pilotos que persigue a Speed aterrice. Nosotros te apoyaremos.

—Hay uno que se ha detenido para ayudar a los heridos —dijo Sama—. No está muy lejos, así que no tendréis que desviaros mucho. Os pongo las coordenadas en vuestros ordenadores.

—Deseadme suerte —dijo Berllerak, cambiando ligeramente de rumbo.

—¿Ha llegado Speed al polígono industrial? —preguntó Lainier.

—No —respondió Sama—, tardará unos minutos.

—Vamos a ver si le sacamos cuando esté cerca. Evacuad el polígono y que se cierren todas las naves, excepto el centro criogénico.

—¿Piensas congelarlo?

—Lo quiero vivo, y cogerlo por métodos normales es jodido. Hay que forzarlo a que entre en el centro criogénico. Y si no logramos congelarlo, espero distraerlo el tiempo suficiente para que alguien traiga alguna mierda para capturarlo sin poner más vidas en peligro. Pero es muy listo y podría darse cuenta de que es una trampa, así que le forzaremos a entrar, envolviéndole con nuestros vehículos.

Berllerak llegó hasta el lugar del accidente. Subió al caza y emprendió el vuelo a máxima potencia. En unos instantes vio a Speed, al resto de cazas y los coches de sus compañeros. Aminoró la marcha. Aparentemente Speed estaba perdido. No tenía escapatoria. Estaba rodeado. Pero los civiles peligraban. La policía y el ejército estaban ordenando a los conductores por megafonía que se alejasen de la zona, pero los que estaban más lejos no se enteraban de nada. Para colmo, el centro criogénico estaba demasiado cerca. Tenía que actuar ya. Berllerak apuntó a la plataforma de su enemigo, que no paraba de zigzaguear. Voló a ras de suelo para que en caso de fallar el disparo, no diese a un conductor. Speed se dio cuenta y descendió, metiéndose entre los coches.

—¡Mierda! —maldijo Berllerak. De repente se dio cuenta de que había un panel frente a él. Lo esquivó a duras penas y volvió a colocarse en posición. Buscó a Speed. Continuaba moviéndose entre los vehículos. De repente, por la izquierda del criminal apareció el coche de Lainier, y por encima el de Stalker. Distráido buscando la nave de Berllerak, no había visto acercarse a los otros.

—¡Perros! —gritó, no teniendo más remedio que salirse de la carretera. Intentó colarse de nuevo, pero los cazas y los demás clones dispararon inmediatamente, cortándole el paso. Finalmente la plataforma resultó alcanzada y Speed cayó a tierra. Se puso en pie y corrió hacia el polígono industrial, situado a unos trescientos metros de distancia.

—¡Fuego! —ordenó Lainier.

Los perseguidores vaciaron sus cargadores, pero no alcanzaron a Speed. Los cazas dispararon sus láseres, pero era difícil apuntar. Finalmente las naves se quedaron sin munición.

Lainier observó el polígono. Constaba de cinco edificios. Ya habían sido evacuados, y solo era accesible el centro criogénico.

—A por él —dijo Lainier.

Los perseguidores envolvieron a Speed, que no tuvo más remedio que entrar en la planta escogida por el líder del Cuerpo de Asalto.

Los policías y los soldados rodearon el recinto. Los clones descendieron de los coches. El Cuerpo de Asalto se dirigió al interior.

—Debemos darnos prisa —dijo Lainier—. Pronto se preguntará porqué no atacamos. Llegará a la conclusión de que nos falta munición, y entonces escapará tranquilamente. Aunque cabe la posibilidad de que al vernos decida acabar con nosotros ipso facto.

—¡Gran perspectiva de futuro...! —dijo Stalker mientras entraban en la planta.

—¡Ahí está el bastardo! —exclamó Lainier señalando con su dedo a Speed, que estaba subiendo por unas escaleras metálicas rápidamente, rumbo a una plataforma.

—¡Vamos a por él! —exclamó Berllerak.

—Rápido, busca un plano de esto, a ver dónde está la cámara criogénica —ordenó Lainier mientras corrían tras el criminal.

—Bien —Berllerak consultó su móvil. En la pantalla apareció un detallado plano de la factoría.

Los clones subieron, pero Speed ya no estaba a la vista.

—Mierda —dijo Lainier—. Ahora tendremos que tener cuidado. Stalker, tú delante, que nosotros no aguantamos los golpes de ese tío.

—Encantado —dijo Stalker, blandiendo su espada.

Los clones subieron lentamente por las escaleras. Berllerak echó una ojeada y después señaló hacia la planta baja.

—Ahí está la cámara criogénica —dijo. Abajo había un gran recinto de cristal de tres metros cúbicos con diversos cables conectados. Los clones lo observaron—. Los controles para activarla deben estar por aquí cerca.

—En cuanto comencemos a luchar con Speed —dijo Lainier—, tú tendrás que buscar los controles y activarlos. No lo hagas antes o sospechará.

—Bien.

Los clones dieron un par de pasos más. En ese momento Speed se abalanzó desde la tercera planta sobre Night Stalker, haciéndole perder su espada. El cazarrecompensas cayó al suelo, intentando zafarse de su adversario, que trataba de arrancarle la cabeza con ambos brazos. Stalker trató de alcanzar la cadena de su hoja, pero Speed se adelantó. En vez de arriesgarse a ser electrocutado, arrojó el arma por la barandilla.

Berllerak corrió hacia delante, consultando su móvil. Speed se olvidó del cazarrecompensas por unos segundos y le propinó a Berllerak una patada en la espinilla derecha, haciéndole caer al suelo, perdiendo su teléfono. Tenía la pierna rota.

—¡Dioooooooooos! —aulló el clon.

Night Stalker se puso en pie y estrelló a Speed contra una pared. Después intentó recuperar su espada, pero el criminal no parecía muy dispuesto a dejarle hacer. Speed le hizo una llave doble nelson, impidiendo que el cazarrecompensas se hiciese con su preciada arma. La presión comenzó a romper las juntas de Night Stalker. El Kapitán agarró a Speed de la pierna derecha y tiró con todas sus fuerzas, pero no logró nada. Tete extrajo su cable cortante intentado tomar a Speed por sorpresa desde el flanco izquierdo. Pero este se dio cuenta y se giró usando a Stalker como escudo.

—¡Ni se te ocurra! —dijo el criminal.

Tete se quedó paralizado. Speed flexionó la pierna a la que estaba aferrado el Kapitán, aplastándole las manos.

—¡Aaaaag! —gritó el Kapitán, retirándose.

—Más vale que os larguéis —amenazó Speed. De repente se dio cuenta de que Berllerak y Lainier se habían esfumado.

Berllerak había sido alejado de la contienda por Lainier. Finalmente, Berllerak vio los controles.

—Eso es —dijo.

Lainier le acercó a un inmenso panel y Berllerak pulsó varios botones. Al fin, la luz de la cámara criogénica se encendió, y las compuertas se abrieron.

—Dame un spray de pintura —dijo Lainier.

—¿Te vale este? —dijo Berllerak, sacando de uno de los compartimentos de su cinturón un pequeño spray.

—Me vale —Lainier cogió el spray y regresó corriendo para enfrentarse con Speed.

—¿Qué coño sucede? —se preguntó el criminal.

—Ríndete —dijo Stalker.

—¡Calla, imbécil! ¡Unos minutos más y te romperé en pedazos!

—Inútil de mierda, si en todo este tiempo no te has cargado a nadie de nosotros...

—¡Comenzaré por ti!

La distracción de Stalker surgió efecto, ya que Speed ignoró la cámara criogénica. Lainier se acercó al criminal, que giró la cabeza, justo lo que el policía quería. Alzó el spray y cubrió los ojos de Speed con pintura roja.

Speed se llevó las manos a los ojos mientras Lainier se apartaba retrocediendo. Night Stalker se volvió y agarró al enemigo por los hombros, volteándolo hacia atrás. Speed cayó de espaldas al suelo. Se incorporó, mientras el sistema de seguridad de su cuerpo eliminaba la pintura mediante un disolvente.

—¡Cinco metros a la derecha! —gritó Lainier.

—¡Aaaaaaaag! —Stalker gritó de pura rabia y cargó contra Speed, empujándolo en la dirección deseada. Cayeron al suelo, pero rápidamente se incorporaron.

—¡Disparad bajo sus pies! —ordenó Lainier.

Stalker se hizo a un lado. Los clones vaciaron los cargadores y destrozaron el suelo. El criminal se precipitó hacia abajo. Sin embargo se aferró a los bordes del boquete con sus manos y quedó colgando, con medio cuerpo atravesando el agujero. Night Stalker se acercó a él.

—La recompensa es mía —dijo, destrozando el suelo alrededor de las manos de Speed con sus garras, justo cuando el criminal intentaba subir.

Speed cayó a la cámara criogénica. Berllerak cerró las compuertas. La temperatura comenzó a bajar rápidamente. Speed abollaba las paredes, pero antes de que pudiese romperlas su cuerpo quedó congelado.

Todo el mundo se quedó contemplándolo.

—Habrà que sacarlo de ahí pronto o palmará —señaló Lainier mientras Night Stalker se quitaba la capucha—. No se ha seguido el procedimiento estándar para criogenizar humanos.

—Pues que se joda —dijo Stalker.

Al cabo de un rato llegó Helio y un enorme equipo destinado a llevarse a Speed. Los agentes estaban en el exterior, cerca de la entrada de la factoría. Tras media hora de trabajo, el criminal fue encerrado en un camión especial, que se retiró. Mientras, Helio había entablillado la pierna de Berllerak, que estaba tumbado en una camilla cerca de una ambulancia. También le había suministrado Devial. Lainier y Stalker estaban junto a ellos.

—Bueno, ahora en el hospital trataremos esto mejor —dijo Helio—. No es una fractura preocupante.

—Menos mal —dijo Berllerak.

—Por cierto, Speed es realmente un cyborg de keridio —prosiguió el profesor mientras introducía la camilla de Berllerak en la parte trasera de la ambulancia.

—Toma, claro —dijo Lainier.

—Consta de unas placas metálicas muy gruesas —explicó Helio—. Eso deja menos espacio para los órganos vitales, que tienen que ser miniaturizados. El keridio y la nanotecnología son carísimos. ¿Quién coño ha hecho esto?

—No estamos seguros. Creo que algún gobierno de Neo World.

—Muy mal asunto —dijo Helio, sentándose a la derecha de Berllerak.

—Ya lo creo —dijo Lainier, sentándose al otro lado.

—Bueno. Yo voy a hablar a VanderHall de mis dineros —dijo Night Stalker—. Nos vemos.

—De acuerdo.

Stalker cerró las puertas de la ambulancia. Esta arrancó inmediatamente y puso rumbo a la sede de Cyborg Inc.

—¡Misión cumplida! —dijo Lainier.

—Menos mal... —murmuró Berllerak.

—¿Sabes? Creo que todo está relacionado.

—¿El qué?

—El proyecto Genoma 3... Kramer... los Asesinos Profesionales... Faïs... Neo World... Corona... Speed.

—¡Oh! ¡Brillante deducción! —dijo Berllerak en tono irónico—. Veo que ta costao llegar a ella, pero lo has conseguido.

—Flipante, ¿eh?

Y así los clones se retiraron, dándose un merecido descanso.